

FA

808.8

L5795p

1

FR. L. DE LEON

UAABC
474646

12.00

BIBLIOTECA MORELOS
Núm. Prog. 783
Núm. Cat. 370
Presentado por
Frans Luis de León

FA
808.8
L5795P

N 213916
A 200538

783

 UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
AGUASCALIENTES
DEPTO. DE INFORMACION
BIBLIOGRAFICA

370

Le

LA PERFECTA CASADA



FRAY LUÍS DE LEÓN

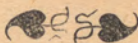
LA
PERFECTA CASADA

TRADUCCIÓN LITERAL Y DECLARACIÓN
DEL LIBRO DE LOS CANTARES
DE SALOMÓN

RESPUESTA

QUE DESDE SU PRISIÓN DA Á SUS ÉMULOS EL MAESTRO FRAY LUÍS DE LEÓN

Año de 1573



BARCELONA
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

Daniel Cortezo y C.^a-Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1889



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.*



LA PERFECTA CASADA

Á DOÑA MARÍA VARELA OSORIO

INTRODUCCIÓN

En que se habla de las leyes y condiciones del estado del matrimonio, y de la estrecha obligación que corre á la casada de emplearse en el cumplimiento dellas.

ESTE nuevo estado en que Dios ha puesto á vuestra merced, sujetándola á las leyes del santo matrimonio, aunque es como camino real, más abierto y menos trabajoso que otros, pero no carece de sus dificultades y malos pasos, y es camino adonde se estropeiza también y se peligra y yerra, y que tiene necesidad de guía como los demás; porque el servir al marido y el gobernar la familia y la crianza de los hijos, y la cuenta que juntamente con esto se debe al temor de Dios, y la guarda y limpieza de la conciencia (todo lo cual pertenece al estado y oficio de la mujer que se casa), obras son que cada una de por sí pide mucho cuidado, y que todas juntas, sin particular favor del cielo, no se pueden cumplir. En lo cual se engañan muchas mujeres, que piensan que el casarse no es más que dejar la casa del padre y pasarse á la del marido, y salir de servidumbre y venir á libertad y regalo; y piensan que con parir un hijo de cuando en cuando, y con arrojarle luego de sí en los brazos de una ama, son cabales y perfectas mujeres. Y dado que el buen juicio de

vuestra merced y la inclinación á toda virtud, de que Dios la dotó, me aseguran, para no temer, que será como alguna destas que digo, todavía el entrañable amor que la tengo y el deseo de su bien que arde en mí, me despiertan para que la provea de algún aviso, y para que la busque y encienda alguna luz que sin engaño ni error alumbre y enderece sus pasos por todos los malos pasos de este camino, y por todas las vueltas y rodeos dél. Y como suelen los que han hecho una larga navegación ó los que han peregrinado por lugares extraños, que á sus amigos, los que quieren emprender la misma navegación y camino, antes que lo comiencen y antes que partan de sus casas, con diligencia y cuidado les dicen menudamente los lugares por donde han de pasar y las cosas de que se han de guardar, y los aperciben de todo aquello que entienden les será necesario, así yo en esta jornada que tiene vuestra merced comenzada, la enseñaré, no lo que me enseñó á mí la experiencia pasada, porque es ajeno de mi profesión, sino lo que he aprendido en las sagradas letras, que es enseñanza del Espiritu Santo. En las cuales, como en una tienda común y como en un mercado público y general para el uso y provecho general de todos los hombres, pone la piedad y sabiduría divina copiosamente todo aquello que es necesario y conviene á cada un estado, y señaladamente en este de las casadas se reve y descende tanto á lo particular dél, que llega hasta, entrándose por sus casas, ponerles la aguja en la mano, y ceñirles la rueca y menearles el huso entre los dedos. Porque, á la verdad, aunque el estado del matrimonio en grado y perfección es menor que el de los continentes ó virgines; pero, por la necesidad que hay dél en el mundo para que se conserven los hombres, y para que salgan dellos los que nascen para ser hijos de Dios, y para honrar la tierra y alegrar el cielo con gloria, fué siempre muy honrado y privilegiado por el Espiritu Santo en las letras sagradas; porque dellas sabemos que este estado es el primero y más antiguo de todos los

estados, y sabemos que es vivienda, no inventada después que nuestra naturaleza se corrompió por el pecado y fué condenada á la muerte, sino ordenada luego en el principio, cuando estaban los hombres enteros y bienaventuradamente perfectos en el paraíso.

Ellas mismas nos enseñan que Dios por su persona concertó el primer casamiento que hubo, y que les juntó las manos á los dos primeros casados y los bendijo, y fué juntamente como si dijésemos el casamentero y el sacerdote. Allí vemos que la primera verdad que en ellas se escribe haber dicho Dios para nuestro enseñamiento, y la doctrina primera que salió de su boca fué la aprobación de este ayuntamiento, diciendo:

«Nó es bueno que el hombre esté solo (1).»

Y no sólo en los libros del Viejo Testamento, adonde el ser estéril era maldición, sino también en los del Nuevo, en los cuales se aconseja y como apregona generalmente, y como á són de trompeta la continencia y virginidad, al matrimonio le son hechos nuevos favores.

Cristo, nuestro bien, con ser la flor de la virginidad y sumo amador de la virginidad y limpieza, es convidado á unas bodas, y se halla presente á ellas y come en ellas, y las santifica, no solamente con la majestad de su presencia, sino con uno de sus primeros y señalados milagros (2).

El mismo, habiéndose enflaquecido la ley conyugal, y como aflojándose en cierta manera el estrecho ñudo del matrimonio, y habiendo dado entrada los hombres á muchas cosas ajenas de la limpieza y firmeza y unidad que se le debe; así que, habiéndose hecho el tomar un hombre mujer poco más que recibir una moza de servicio á soldada por el tiempo que bien le estuviese, el mismo Cristo, entre las principales partes de su doctrina, y entre las co-

(1) Génes., cap. 2, v. 18.

(2) Job, cap. 2.

sas para cuyo remedio había sido enviado de su Padre, puso también el reparo deste vínculo santo, y así le restituyó en el antiguo y primero grado (1). Y, lo que sobre todo es, hizo del casamiento, que tratan los hombres entre sí, significación y sacramento santísimo del lazo de amor con que él se ayunta á las almas, y quiso que la ley matrimonial del hombre con la mujer fuese como retrato é imagen viva de la unidad dulcísima y estrechísima que hay entre él y su Iglesia (2); y así, ennoblesció el matrimonio con riquísimos dones de su gracia y de otros bienes del cielo.

De arte (3) que el estado de los casados es estado noble y santo y muy preciado de Dios, y ellos son avisados muy en particular y muy por menudo de lo que les conviene en las sagradas letras por el Espíritu Santo, el cual, por su infinita bondad, no se desdeña de poner los ojos en nuestras bajezas, ni tiene por vil ó menuda ninguna cosa de las que á nuestro provecho hacen. Pues, entre otros muchos lugares de los divinos libros que tratan de esta razón, el lugar más propio y adonde está como recapitulado, ó todo ó lo más que á este negocio en particular pertenece, es el último capítulo de los *Proverbios*, adonde Dios, por boca de Salomón, rey y profeta suyo, y como debajo de la persona de una mujer, madre del mismo Salomón, cuyas palabras él pone y refiere, con hermosas razones pinta acabadamente una virtuosa casada con todos sus colores y partes; para que las que lo pretenden ser (y débenlo pretender todas las que se casan) se miren en ella como en un espejo clarísimo, y se avisen, mirándose allí, de aquello que les conviene para hacer lo que deben.

Y así, conforme á lo que suelen hacer los que saben de pintura y muestran algunas imágenes de excelente labor á

(1) Matth., cap. 19.

(2) Ad ephes., cap. 5.

(3) Vale lo mismo que, de modo, ó que, de suerte.

los que no entienden tanto del arte, que les señalan los lejos y lo que está pintado como cercano, y les declaran las luces y las sombras y la fuerza del escorzado, y con la destreza de las palabras hacen que lo que en la tabla parecía estar muerto, viva ya y casi bulla y se menee en los ojos de los que lo miran, ni más ni menos, mi oficio en esto que escribo será presentar á vuestra merced esta imagen que he dicho labrada por Dios, y ponérsela delante la vista y señalarle con las palabras, como con el dedo, cuánto en mí fuere, sus hermosas figuras con todas sus perfecciones, y hacerle que vea claro lo que con grandísimo artificio el saber y mano de Dios puso en ella encubierto.

Pero antes que venga á esto, que es declarar las leyes y condiciones que tiene sobre sí la casada, será bien que entienda vuestra merced la estrecha obligación que tiene á emplearse en el cumplimiento dellas, aplicándose toda á ellas con ardiente deseo. Porque, como en cualquier otro negocio y oficio que se pretende, para salir bien con él son necesarias dos cosas: la una, el saber lo que es, y las condiciones que tiene, y aquello en que principalmente consiste; y la otra, el tenerle verdadera afición; así en esto que vamos tratando, primero que hablemos con el entendimiento y le descubramos lo que este oficio es, con todas sus cualidades y partes, convendrá que inclinemos la voluntad á que ame el saberlas y á que sabidas, se quiera aplicar á ellas. En lo cual no pienso gastar muchas palabras, ni para con vuestra merced, que es de su natural inclinada á bueno, será menester, porque al que teme á Dios, para que desee y procure satisfacer á su estado bástale saber que Dios se lo manda, y que lo propio y particular que pide á cada uno es, que responda á las obligaciones de su oficio, cumpliendo con la suerte que le ha cabido, y que si en esto falta, aunque en otras cosas se adelante y señale, le ofende. Porque, como en la guerra el soldado que desampara su puesto no cumple con su capitán, aun-

que en otras cosas le sirva, y como en la comedia silban los miradores al que es malo en la persona que representa, aunque en la suya sea muy bueno; así los hombres que se descuidan de sus oficios, aunque en otras virtudes sean cuidadosos, no contentan á Dios. ¿Tendría vuestra merced por su cocinero y daríale su salario al que no supiese salar una olla y tocarse bien un *discante*? (1) Pues así no quiere Dios en su casa al que no hace el oficio en que le pone.

Dice Cristo en el Evangelio que «cada uno tome su cruz» (2); no dice que tome la ajena, sino manda que cada uno se cargue de la suya propia. No quiere que la religiosa se olvide de lo que debe al ser religiosa y se cargue de los cuidados de la casada, ni le place que la casada se olvide del oficio de su cosa y se torne monja.

El casado agrada á Dios en ser buen casado, y en ser buen religioso el fraile, y el mercader en hacer debidamente su oficio, y aun el soldado sirve á Dios en mostrar en los tiempos debidos su esfuerzo, y en contentarse con su sueldo, como lo dice san Juan (3). Y la cruz que cada uno ha de llevar y por donde ha de llegar á juntarse con Cristo, propiamente es la obligación y la carga que cada uno tiene por razón del estado en que vive; y quien cumple con ella, cumple con Dios y sale con su intento, y queda honrado é ilustre, y como por el trabajo de la cruz alcanza el descanso que merece. Mas al revés, quien no cumple con esto, aunque trabaje mucho en cumplir con oficios que él se toma por su voluntad, pierde el trabajo y las gracias.

Mas es la ceguedad de los hombres tan miserable y tan grande, que con no haber duda en esta verdad, como si fuera al revés y como si nos fuera vedado el satisfacer á nuestros oficios y el ser aquellos mismos que profesamos

(1) Especie de guitarra pequeña, que comunmente se llama tiple.

(2) Luc., cap. 14, v. 27.

(3) Ibid., cap. 3, v. 14.

ser; así tenemos enemistad con ellos y huímos dellos, y metemos todas las velas de nuestra industria y cuidado en hacer los ajenos. Porque verá vuestra merced algunas personas de profesión religiosas, que, como si fuesen casadas, todo su cuidado es gobernar las casas de sus deudos ó de otras personas, que ellas por su voluntad han tomado á su cargo, y que si se recibe ó se despidе el criado, ha de ser por su mano dellas, y si se cuelga la casa en invierno, lo mandan ellas primero; y por el contrario, en las casadas hay otras que, como si sus casas fuesen de sus vecinas, así se descuidan dellas, y toda su vida es el oratorio y el devocionario, y el calentar el suelo de la iglesia tarde y mañana, y piérdese entre tanto la moza, y cobra malos siniestros la hija, y la hacienda se hunde, y vuélvese demonio el marido. Y si el seguir lo que no son les costase menos trabajo que el cumplir con aquello que deben ser, tendrían éstas algún color de disculpa, ó si habiéndose desvelado mucho en aquesto que escogen por su querer, saliesen perfectamente con ello, era consuelo en alguna manera; pero es al revés, que ni el religioso, aunque más trabaje, gobernará como se debe la vida del hombre casado, ni jamás el casado llegará á aquello que es ser religioso; porque, así como la vida del monasterio y las leyes y observancias y todo el trato y asiento de la vida monástica favorece y ayuda al vivir religioso, para cuyo fin todo ello se ordena, así al que, siendo fraile, se olvida del fraile y se ocupa en lo que es el casado, todo ello le es estorbo y embarazo muy grave. Y como sus intentos y pensamientos y el blanco adonde se enderezan no es monasterio; así estropieza y ofende en todo lo que es monasterio, en la portería, en el claustro, en el coro y silencio, en la aspereza y humildad de la vida; por lo cual le conviene, ó desistir de su porfía loca, ó romper por medio de un escuadrón de duras dificultades, y subir, como dicen, el agua por una torre.

Por la misma manera, el estilo de vivir de la mujer casa-

da, como la convida y alienta á que se ocupe en su casa, así por mil partes la retrae de lo que es ser monja ó religiosa; y así los unos y los otros, por no querer hacer lo que propiamente les toca, y por quererse señalar en lo que no les atañe, faltan á lo que deben y no alcanzan lo que pretenden, y trabajan incomparablemente más de lo que fuera si trabajaran en hacerse perfectos cada uno en su oficio, y queda su trabajo sin fruto y sin luz. Y como en la naturaleza los monstruos que nacen con partes y miembros de animales diferentes no se conservan ni viven, así esta monstruosidad de diferentes estados en un compuesto, el uno en la profesión y el otro en las obras, los que la siguen no se logran en sus intentos; y como la naturaleza aborrece los monstruos, así Dios huye destos y los abomina. Y por esto decía en la ley vieja que ni en el campo se pusiesen semillas diferentes, ni en la tela fuese la trama de uno y estambre de otro (1), ni menos se le ofreciese en sacrificio el animal que hiciese vivienda en agua y en tierra (2).

Pues asiente vuestra merced en su corazón con entera firmeza que el ser amiga de Dios es ser buena casada, y que el bien de su alma está en ser perfecta en su estado, y que el trabajar en ello y el desvelarse es ofrecer á Dios un sacrificio aceptísimo de sí misma. Y no digo yo, ni me pasa por pensamiento, que el casado ó alguno han de carecer de oración, sino digo la diferencia que ha de haber entre las buenas religiosa y casada; porque en aquella el orar es todo su oficio, en ésta ha de ser medio el orar para que mejor cumpla su oficio. Aquella no quiso el marido y negó el mundo y despidióse de todos, para conversar siempre y desembarazadamente con Cristo; ésta ha de tratar con Cristo para alcanzar dél gracia y favor con que acierte á criar el hijo y á gobernar bien la casa y á servir como es

(1) Lev., cap. 19, v. 9.

(2) Deuteron., cap. 14.

razón al marido. Aquella ha de vivir para orar continuamente; ésta ha de orar para vivir como debe. Aquella aplice á Dios regalándose con él, ésta le ha de servir trabajando en el gobierno de su casa por él.

Mas considere vuestra merced cómo reluce aquí la grandeza de la divina bondad, que se tiene por servido de nosotros con aquéllo mismo que es provecho nuestro. Porque á la verdad, cuando no hubiera otra cosa que inclinara la casada á hacer el deber, sino es la paz y sosiego y gran bien que en esta vida sacan é interesan las buenas de serlo, esto solo bastaba; porque sabida cosa es, que cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama, y la familia anda en concierto, y aprenden virtud los hijos, y la paz reina, y la hacienda crece. Y como la luna llena en las noches serenas se goza rodeada y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella, y que la remiran y reverencian; así la buena en su casa reina y resplandece, y convierte á sí juntamente los ojos y los corazones de todos. El descanso y la seguridad la acompaña adonde quiera que endereza sus pasos, y á cualquiera parte que mira encuentra con el alegría y con el gozo; porque si pone en el marido los ojos, descansa en su amor; si los vuelve á sus hijos, alégrase con su virtud, halla en los criados bueno y fiel servicio, y en la hacienda provecho y acrecentamiento, y todo le es gustoso y alegre; como al contrario, á la que es mala casera todo se le convierte en amarguras, como se puede ver por infinitos ejemplos. Pero no quiero detenerme en cosa por nuestros pecados tan clara, ni quiero sacar á vuestra merced de su mismo lugar. Vuelva los ojos por sus vecinos y naturales, y revuelva en su memoria lo que de otras casas ha oído.

¿ De cuántas mujeres sabe que por no tener cuenta con su estado y tenerla con sus antojos, están con sus maridos en perpetua lid y desgracia? ¿ Cuántas ha visto lastimadas y afeadas con los desconciertos de sus hijos y hijas, con

quien no quisieron tener cuenta? ¿Cuántas yacerán en extrema pobreza porque no atendieron á la guarda de sus haciendas, ó por mejor decir, porque fueron la perdición, la polilla de ellas? Ello es así que no hay cosa más rica, ni más feliz que la buena mujer, ni peor, ni más desastrada que la casada que no lo es; y lo uno y lo otro nos enseña la Sagrada Escritura. De la buena dice así:

«El marido de la mujer buena es dichoso y vivirá doblados días, y la mujer de valor pone en su marido descanso, y cerrará los años de su vida con paz. La mujer buena es suerte buena, y como premio de los que temen á Dios, la dará Dios al hombre por sus buenas obras (1). El bien de la mujer diligente deleitará á su marido y hinchará de grosura sus huesos. Dón grande de Dios es el trato bueno suyo (2); bien sobre bien y hermosura sobre hermosura es una mujer que es santa y honesta. Como el sol que nace, parece en las alturas del cielo; así el rostro de la buena adorna y hermosea su casa (3).»

Y de la mala dice por contraria manera:

«La celosa es dolor de corazón y llanto continuo (4), y el tratar con la mala es tratar con los escorpiones (5). Casa que se llueve es la mujer rencillosa (6), y lo que turba la vida es casarse con una aborrecible (7). La tristeza del corazón es la mayor herida, y la maldad de la mujer es todas las maldades. Toda llaga, y no de corazón; todo mal, y no mal de mujer (8). No hay cabeza peor que la cabeza de la culebra, ni ira que iguale á la de la mujer enojada. Vivir con leones y con dragones más es pasadero que ha-

(1) Ecclesiast., cap. 26, v. 1, 2, 3.

(2) Ibid., v. 16, 17.

(3) Ecclesiast., v. 19, 21.

(4) Ibid., c. 26, v. 8.

(5) Ibid., v. 10.

(6) Proverb., cap. 19, v. 13.

(7) Ibid., cap. 30, v. 23.

(8) Ecclesiast., cap. 25, v. 17, 18, 19.

cer vida con la mujer que es malvada (1). Todo mal es pequeño en comparación de la mala; á los pecadores les caiga tal suerte. Cual es la subida arenosa para los pies ancianos, tal es para el modesto la mujer deslenguada (2). Quebranto de corazón y llaga mortal es la mala mujer. Cortamiento de piernas y descaimiento de manos es la mujer que no da placer á su marido. La mujer dió principio al pecado, y por su causa morimos todos (3), y por esta forma otras muchas razones.»

Y acontece en esto una cosa maravillosa, que siendo las mujeres de su cosecha gente de gran pundonor, apetitosas de ser preciadas y honradas, como son todos los de ánimo flaco, y gustando de vencerse entre sí unas y otras aun en cosas menudas y de niñería, no se precian, antes se des-cuidan y olvidan de lo que es su propia virtud y loa. Gusta una mujer de parecer más hermosa que otra, y aun si su vecina tiene mejor basquiña, ó si por ventura saca mejor invención de tocado, no lo pone á paciencia; y si en el ser mujer de su casa le hace ventaja, no se acuita, ni se duele, antes hace caso de honra sobre cualquier menudencia, y sólo aquesto no estima.

Como sea así que el ser vencida en aquello no le daña, y el no vencer en esto la destruye, con ser así que aquello no es su culpa y aquesto destruye todo el bien suyo y de su casa; y con ser así que el loor que por aquello se alcanza, es ligero y vano loor, y loor que antes que nazca perece, y tal, que si hablamos con verdad, no merece ser llamado loor, y por el contrario, la alabanza maciza y que tiene verdaderas raíces, y que florece por las bocas de los buenos juicios, y que no se acaba con la edad, ni con el tiempo se gasta, antes con los años crece, y la vejez la renueva, y el tiempo la esfuerza, y la eternidad se espeja en

(1) Ecclesiast., v. 22, 23.

(2) Ibid., v. 26, 27.

(3) Ibid., v. 31, 32, 33.

ella, y la envía más viva siempre y más fresca por mil vueltas de siglos. Porque á la buena mujer su familia la reverencia, y sus hijos la aman, y su marido la adora, y los vecinos la bendicen, y los presentes y los venideros la alaban y ensalzan. Y á la verdad, si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y preciada, es la mujer buena; y en comparación della el sol mismo no luce, y son oscuras las estrellas, y no sé yo joya de valor, ni de loor que así levante y hermostee con claridad y resplandor á los hombres, como es aquel tesoro de inmortales bienes de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad y regalo, de gozo y de paz, que encierra y contiene en sí una buena mujer cuando se la da por compañera su buena dicha.

Que si Eurípides (1), escritor sabio, parece que á bulto dice de todas mal, y dice que si alguno de los pasados dijo mal dellas, y de los presentes lo dice, ó si lo dijeren los que vinieren después, todo lo que dijeron y dicen y dirán, él solo quiere decir y dice. Así que, si esto dice, no lo dice en su persona, y la que lo dice tiene justa disculpa en haber sido Medea la ocasión de que lo dijese. Mas, ya que habemos llegado aquí, razón es que callen mis palabras, y que comiencen á sonar las del Espíritu-Santo, el cual en la doctrina de las buenas mujeres, que pone en los Proverbios (2), y yo ofrezco ahora aquí á vuestra merced, comienza destes mismos loores en que yo ahora acabo, y dice en pocas razones lo que ninguna lengua pudiera decir en muchas; y dice desta manera:

§. I.

Algunas advertencias del autor para entrar á tratar de la materia.

¿Quién hallará mujer de valor? Raro y extremado es su precio (3).

(1) In Hecuba.

(2) Proverb., cap. 31.

(3) Ibid., cap. 31, v. 40.

Pero antes que comencemos, nos conviene presuponer que en este capítulo el Espíritu Santo así es verdad que pinta una buena casada, declarando las obligaciones que tiene, que también dice y significa, y cómo encubre debajo desta pintura, cosas mayores y de más alto sentido, que pertenescen á toda la Iglesia. Porque se ha de entender que la Sagrada Escritura, que es habla de Dios, es como una imagen de la condición y naturaleza de Dios. Y así como la divinidad es juntamente una perfección sola y muchas perfecciones diversas; una en sencillez, y muchas en valor y eminencia; así la Santa Escritura por unas mismas palabras dice muchas y diferentes razones, y como lo enseñan los santos, en la sencillez de una misma sentencia encierra gran preñez de sentidos. Y como en Dios todo lo que hay es bueno, así en su Escritura todos los sentidos que puso en ella el Espíritu Santo son verdaderos. Por manera que el seguir él un sentido no es desechar el otro, ni menos el que en estas sagradas letras, entre muchos y verdaderos entendimientos que tienen, descubre uno dellos y le declara, no por eso ha de ser tenido por hombre que desecha los otros entendimientos.

Pues digo que en este capítulo, Dios, por la boca de Salomón, por unas mismas palabras hace dos cosas. Lo uno instruye y ordena las costumbres, lo otro profetiza misterios secretos. Las costumbres que ordena son de la casada; los misterios que profetiza son ingenio, y las condiciones que había de poner en su Iglesia, de quien habla como en figura de una mujer de su casa. En esto postrero da luz á lo que se ha de creer; en lo primero enseña lo que se ha de obrar. Y porque aquesto sólo es lo que hace ahora á nuestro propósito, por eso hablaremos dello aquí solamente, y procuraremos cuanto nos fuere posible sacar á luz y poner como delante de los ojos todo lo que hay en esta imagen de virtud, que Dios aquí pinta. Dice pues:

§. II.

Cuánto es menester para que una mujer sea perfecta, y lo que debe procurar ser la que es casada.

Mujer de valor ¿quién la hallará? Raro y extremado es su precio (1).

Propone luego al principio aquello de que ha de decir, que es la doctrina de una mujer de valor, esto es, de una perfecta casada, y loa lo que propone, ó, por mejor decir, propone loándolo, para despertar desde luego y encender en ellas aqueste deseo honesto y virtuoso. Y porque tuviese mayor fuerza el encarescimiento, pónelo por vía de pregunta diciendo: «Mujer de valor ¿quién la hallará?» Y en preguntarlo y decirlo así, dice que es dificultoso el hallarla, y que son pocas las tales. Y así, la primera loa que da á la buena mujer, es decir della que es cosa rara, que es lo mismo que llamarla preciosa y excelente cosa, y digna de ser muy estimada, porque todo lo raro es precioso. Y que sea aqueste su intento, por lo que luego añade se ve: «Alejado y extremado, dice, es su precio.» Ó como dice el original en el mismo sentido: «Más y allende, y muy alejado sobre las piedras preciosas el precio suyo.»

De manera que el hombre que acertare con una mujer de valor, se puede desde luego tener por rico y dichoso, entendiendo que ha hallado una piedra oriental, ó un diamante finísimo, ó una esmeralda, ú otra alguna piedra preciosa de inestimable valor. Así que, esta es la primera alabanza de la buena mujer, decir que es dificultosa de hallar. Lo cual, así es alabanza de las buenas, que es aviso para conocer generalmente la flaqueza de todas. Porque no sería mucho ser una buena si hubiese muchas buenas, ó si en general no fuesen muchos sus siniestros malos. Los

(1) Proverb., cap. 31, v. 10.

cuales son tantos, á la verdad, y tan extraordinarios y diferentes entre sí, que con ser un linaje y especie, parecen de diversas especies. Que como, burlando en esta materia, ó Focilides ó Simónides solía decir (1), en ellas solas se ven el ingenio y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje; que unas hay cerriles y libres como caballos, y otras resabidas como raposas, otras labradoras, otras mudables á todos colores, otras pesadas, como hechas de tierra, y por esto la que entre tantas diferencias de mal acierta á ser buena, merece ser alabada mucho.

Mas veamos por qué causa el Espiritu Santo á la buena mujer la llama mujer de valor, y después veremos con cuánta propiedad la compara y antepone á las piedras preciosas. Lo que aquí decimos mujer de valor, y pudiéramos decir mujer varonil, como Sócrates, acerca de Jenofón (2), llama á las casadas perfectas; así que esto decimos varonil ó valor, en el original es una palabra de grande significación y fuerza, y tal, que apenas con muchas muestras se alcanza todo lo que significa. Quiere decir virtud de ánimo y fortaleza de corazón, industria y riqueza y poder y aventajamiento; y finalmente, un sér perfecto y cabal en aquellas cosas á quien esta palabra se aplica; y todo esto atesora en sí la que es buena mujer, y no lo es si no lo atesora. Y para que entendamos que es esto verdad, la nombra el Espiritu Santo con este nombre, que encierra en sí tanta variedad de tesoro. Porque, como la mujer sea de su natural flaca y deleznable más que ningún otro animal, y de su costumbre é ingenio una cosa quebradiza y melindrosa; y como la vida casada sea vida sujeta á muchos peligros, y donde se ofrecen cada dia trabajos y dificultades muy grandes, y vida ocasionada á continuos desabrimientos y enojos, y como dice san Pablo (3), vida adonde anda el

(1) Apud Stobæum, serm. 73.

(2) Memorabil. sive De administratione domestica, lib. v.

(3) I, Ad corinth., cap. 7, v. 34.

ánimo y el corazón dividido y como enajenado de sí, acudiendo ahora al marido, ahora á los hijos, ahora á la familia y hacienda; para que tanta flaqueza salga con victoria de contienda tan dificultosa y tan larga, menester es que la que ha de ser buena casada esté cercada de un tan noble escuadrón de virtudes, como son las virtudes que habemos dicho y las que en sí abraza la propiedad de aquel nombre. Porque lo que es harto para que un hombre salga bien con el negocio que emprende, no es bastante para que una mujer responda como debe á su oficio; y cuánto el sujeto es más flaco, tanto para arribar con una carga pesada tiene necesidad de mayor ayuda y favor. Y como cuando en una materia ruda y que no se rinde al hierro, ni al arte, vemos una figura perfectamente esculpida, decimos y conocemos que era perfecto y extremado en su oficio el artífice que la hizo, y que con la ventaja de su artificio venció la dureza no domable del sujeto duro; así, y por la misma manera, el mostrarse una mujer la que debe entre tantas ocasiones y dificultades de vida, siendo de suyo tan flaca, es clara señal de un caudal de rarísima y casi heroica virtud. Y es argumento evidente que cuanto en la naturaleza es más flaca, tanto en valor del ánimo y en su virtud es mayor y más aventajada. Y esta misma es la causa también por donde, como lo vemos por la experiencia, y como la historia nos lo enseña en no pocos ejemplos, cuando alguna mujer acierta á señalarse en algo de lo que es de loor, vence en ello á muchos hombres de los que se dan á lo mismo. Porque cosa de tan poco ser como es esto que llamamos mujer, nunca ni emprende ni alcanza cosa de valor ni de ser, sino es porque la inclina á ello y la despierta y alienta alguna fuerza de increíble virtud que ó el cielo ha puesto en su alma ó algún dón de Dios singular. Que pues vence su natural, y sale, como río, de madre, debemos necesariamente entender que tiene en sí grandes acogidas de bien. Por manera que con grandísima verdad y significación de loor el Espíritu Santo, á la mujer buena no la

llamó como quiera buena, ni dijo ó preguntó: ¿Quién hallará una buena mujer? sino llamóla mujer de valor, y usó en ello de una palabra tan rica y tan significativa, como es la original que dijimos, para decirnos que la mujer buena es más que buena, y que esto que nombramos bueno, es una medianía de hablar que no allega á aquello excelente que ha de tener y tiene en sí la buena mujer; y que para que un hombre sea bueno le basta un bien mediano, mas en la mujer ha de ser negocio de muchos y muy subidos quilates, porque no es obra de cualquier oficial, ni lance ordinario, ni bien que se halla adó quiera, sino artificio *primo* (1) y bien incomparable, ó por mejor decir, un amontonamiento de riquísimos bienes. Y este es el primer loor que le da el Espíritu Santo, y con este viene como nascido el segundo, que es compararla á las piedras preciosas. En lo cual, como en una palabra, acaba de decir cabalmente todo lo que en esto de que vamos hablando se encierra. Porque, así como el valor de la piedra preciosa es de subido y extraordinario valor, así el bien de una mujer buena tiene subidos quilates de virtud; y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio, así lo que en el sujeto flaco de la mujer pone estima de bien, es grande y raro bien; y como en las piedras preciosas la que no es muy fina no es buena, así en las mujeres no hay medianía, ni es buena la que no es más que buena; y de la misma manera que es rico un hombre que tiene una preciosa esmeralda ó un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, y el poseer estas piedras no es poseer una piedra, sino poseer en ella un tesoro abreviado; así una buena mujer no es una mujer, sino un montón de riquezas, y quien la posee es rico con ella sola, y sola ella le puede hacer bienaventurado y dichoso; y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos y se ponè delante los ojos, y se asienta sobre

(1) Es lo mismo que excelente ó primoroso.

la cabeza para hermosura y honra della, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría y socorro en la necesidad; ni más ni menos á la buena mujer el marido la ha de querer más que á sus ojos y la ha de traer sobre su cabeza, y el mejor lugar del corazón dél ha de ser suyo, ó por mejor decir, todo su corazón y su alma, y ha de entender que en tenerla tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud, como dicen, que en toda sazón y coyuntura responderá con su gusto y le hinchirá su deseo, y que en la alegría tiene en ella compañía dulce con quien acrescentará su gozo, comunicándolo, y en la tristeza amoroso consuelo, y en las dudas consejo fiel, y en los trabajos regalo, y en las faltas socorro, y medicina en las enfermedades, acrescentamiento para su hacienda, guarda de su casa, maestra de sus hijos, provisora de sus excesos; y finalmente, en las veras y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida y en la vejez cansada, y por el proceso de toda la vida, dulce amor y paz y descanso.

Hasta aquí llegan las alabanzas que da Dios á aquesta mujer; veamos ahora lo que después desto se sigue.

§. III.

Qué confianza ha de engendrar la buena mujer en el pecho del marido, y de cómo pertenece al oficio de la casada la guarda de la hacienda, que consiste en que no sea gastadora.

Confía en ella el corazón de su marido, no le harán mengua los despojos (1).

Después que ha propuesto el sujeto de su razón, y nos ha aficionado á él, alabándolo, comienza á especificar las buenas partes dél, y aquello de que se compone y perficiona, para quea sentando los pies las mujeres en aquestas

(1) Vers. 11.

pisadas y siguiendo estos pasos, lleguen á lo que es una perfecta casada. Y porque la perfección del hombre, en cualquier estado suyo, consiste principalmente en el bien obrar, por eso el Espíritu Santo no pone aquí por partes de esta perfección de que habla sino solamente las obras loables á que está obligada la casada que pretende ser buena; y la primera es, que ha de engendrar en el corazón de su marido una gran confianza; pero es de ver cuál sea y de qué esta confianza que dice; porque pensarán algunos que es la confianza que ha de tener el marido de su mujer, que es honesta; y aunque es verdad que con su bondad la mujer ha de alcanzar de su marido esta buena opinión, pero á mi parecer, el Espíritu Santo no trata aquí de ello, y la razón por qué no lo trata es justísima: lo primero, porque su intento es componernos aquí una casada perfecta, y el ser honesta una mujer no se cuenta, ni debe contar entre las partes de que esta perfección se compone, sino antes es como el sujeto sobre el cual todo este edificio se funda, y para decirlo en una palabra, es como el sér y la sustancia de la casada; porque si no tiene esto, no es ya mujer, sino alevosa ramera y vilísimo cieno y basura la más hedionda de todas y la más despreciada. Y como en el hombre, sér dotado de entendimiento y razón no pone en él loa, porque tenerlo es su propia naturaleza, mas si le faltase por caso, el faltarle pondría en él mengua grandísima; así la mujer no es tan loable por ser honesta, cuanto es torpe y abominable si no lo es. De manera que el Espíritu Santo en este lugar no dice á la mujer que sea honesta, sino presupone que ya lo es, y á la que así es, en señal de lo que le falta y lo que ha de añadir para ser acabada y perfecta. Porque, como arriba dijimos, esto todo que aquí se refiere es como hacer un retrato ó pintura, adonde el pintor no hace la tabla, sino en la tabla que le ofrecen y dan pone él los perfiles é induce después los colores, y levantando en sus lugares las luces y bajando las sombras adonde conviene, trae á debida perfección su figura. Y por

la misma manera Dios, en la honestidad de la mujer, que es como la tabla, la cual presupone por hecha y derecha, añade ricas colores de virtud, todas aquellas que son necesarias para acabar una tan hermosa pintura. Y sea esto lo primero.

Lo segundo, porque no habla aquí Dios de lo que toca á esta fe, es porque quiere que este negocio de honestidad y limpieza lo tengan las mujeres tan asentado en su pecho, que ni aun piensen que puede ser lo contrario. Y como dicen de Solón, el que dió leyes á los atenienses, que señalando para cada maleficio sus penas, no puso castigo para el que diese muerte á su padre, ni hizo memoria deste delito, porque dijo que no convenía que tuviesen por posible los hombres, ni por acontecedero, un mal semejante; así por la misma razón no trata aquí Dios con la casada que sea honesta y fiel, porque no quiere que le pase aun por la imaginación que es posible ser mala. Porque, si va á decir la verdad, ramo de deshonestidad es en la mujer casta el pensar que puede no serlo, ó que en serlo hace algo que le deba ser agradecido. Que como á las aves les es naturaleza el volar, así las casadas han de tener por dote natural, en que no puede haber quiebra, el ser buenas y honestas, y han de estar persuadidas que lo contrario es suceso aborrescible y de desventura y hecho monstruoso, ó por mejor decir, no han de imaginar que puede suceder lo contrario más que ser el fuego frío ó la nieve caliente. Entendiendo que el quebrar la mujer á su marido la fe es perder las estrellas su luz, y caerse los cielos, y quebrantar sus leyes la naturaleza, y volverse todo en aquella confusión antigua y primera.

Ni tampoco ha de ser esto, como algunas lo piensan, que con guardar el cuerpo entero al marido, en lo que toca á las pláticas y á otros ademanes y obrecillas menudas se tienen por libres; porque no es honesta la que no lo es y parece. Y cuanto está lejos del mal, tanto de la imagen ó semeja dél ha de estar apartada. Porque, como dijo bien

un poeta latino, aquella sola es casta en quien ni la fama mintiendo osa poner mala nota. Y cierto, como al que se pone en el camino de Santiago, aunque á Santiago no llegue, ya le llamamos romero; así sin duda es principiada ramera la que se toma licencia para tratar destas cosas, que son el camino. Pero si no es esto, ¿qué confianza es la de que Dios habla en este lugar? En lo que luego dice se entiende, porque añade: «No le harán mengua los despojos.»

Llama despojos lo que en español llamamos alhajas y aderezo de casa, como algunos entienden, ó como tengo por más cierto, llama despojos las ganancias que se adquieren por vía de mercancías. Porque se ha de entender que los hombres hacen renta y se sustentan y viven ó de la labranza del campo ó del trato ó contratación con otros hombres.

La primera manera de renta es ganancia inocente y santa ganancia, porque es puramente natural, así porque en ella el hombre come de su trabajo, sin que dañe ni injurie, ni traiga á costa ó menoscabo á ninguno, como también porque en la manera como á las madres es natural mantener con leche á los niños que engendran, y aun á ellos mismos, guiados por su inclinación, les es también natural el acudir luego á los pechos; así nuestra naturaleza nos lleva é inclina á sacar de la tierra, que es madre y engendradora nuestra común, lo que conviene para nuestro sustento.

La otra ganancia y manera de adquirir, que saca fruto y se enriquece de las haciendas ajenas, ó con voluntad de sus dueños, como hacen los mercaderes y los maestros y artifices de otros oficios, que venden sus obras, ó por fuerza y sin voluntad, como acontece en la guerra, es ganancia poco natural y adonde las más veces interviene alguna parte de injusticia y de fuerza, y ordinariamente dan con disgusto y desabrimiento aquello que dan las personas con quien se granjea. Por lo cual, todo lo que en esta manera

se gana es en este lugar llamado despojos por conveniente razón. Porque de lo que el mercader hinche su casa, el otro que contrata con él queda vacío y despojado, y aunque no por vía de guerra, pero como en guerra, y no siempre muy justa.

Pues dice ahora el Espíritu Santo que la primera parte y la primera obra con que la mujer casada se perficiona, es con hacer á su marido confiado y seguro que teniéndola á ella, para tener su casa abastada y rica no tiene necesidad de correr la mar, ni de ir á la guerra, ni de dar sus dineros á logro, ni de enredarse en tratos viles é injustos, sino que con labrar él sus heredades, cogiendo su fruto, y con tenerla á ella por guarda y por beneficiadora de lo cogido, tiene riqueza bastante. Y que pertenezca al oficio de la casada, y que sea parte de su perfección aquesta guarda é industria, demás de que el Espíritu Santo lo enseña, también lo demuestra la razón. Porque cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres, no sólo para fin que se perpetuasen en los hijos el linaje y nombre dellos, sino también á propósito de que ellos mismos en sí y en sus personas se conservasen; lo cual no les era posible, ni al hombre solo por sí, ni á la mujer sin el hombre; porque para vivir no basta ganar hacienda, si lo que se gana no se guarda; que si lo que se adquiere se pierde, es como si no se adquiriese. Y el hombre que tiene fuerzas para desenvolver la tierra y para romper el campo, y para discurrir por el mundo y contratar con los hombres, negociando su hacienda, no puede asistir á su casa, á la guarda della, ni lo lleva su condición; y al revés la mujer, que por ser de natural flaco y frío, es inclinada al sosiego y á la escasez, y es buena para guardar, por la misma causa no es buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y así, la naturaleza, en todo proveída, los ayuntó, para que, prestando cada uno dellos al otro su condición, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados. Y de inclinaciones tan diferentes, con arte maravillosa, y como se hace en la mú-

sica, con diversas cuerdas hizo una provechosa y dulce armonía, para que cuando el marido estuviere en el campo la mujer asista á la casa, y conserve y endure el uno lo que el otro cogiere. Por donde dice bien un poeta que los fundamentos de la casa son la mujer y el buey: el buey para que are, y la mujer para que guarde. Por manera que su misma naturaleza hace que sea de la mujer este oficio, y la obliga á esta virtud y parte de su perfección, como á parte principal y de importancia. Lo cual se conoce por los buenos y muchos efectos que hace; de los cuales es uno el que pone aquí Salomón cuando dice que confía en ella el corazón de su marido, y que no le harán mengua los despojos. Que es decir que con ella se contenta con la hacienda que heredó de sus padres, y con la labranza y frutos della, y que ni se adeuda, ni menos se enlaza con el peligro y desasosiego de otras granjerías y tratos, que por do quiera que se mire, es grandísimo bien. Porque, si vamos á consciencia, vivir uno de su patrimonio es vida inocente y sin pecado, y los demás tratos por maravilla carecen dél. Si al sosiego, el uno descansa en su casa, el otro lo más de la vida en los mesones y en los caminos. La riqueza del uno no ofende á nadie, la del otro es murmurada y aborrecida de todos. El uno come de la tierra, que jamás se cansa ni enoja de comunicarnos sus bienes; al otro desámanle esos mismos que le enriquecen.

Pues si miramos la honra, cierto es que no hay cosa ni más vil, ni más indigna del hombre que el engañar y el mentir, y cierto es que por maravilla hay trato destes que carezca de engaño. ¿Qué diré de la institución de los hijos, y de la orden de la familia, y de la buena disposición del cuerpo y del ánimo, sino que toda va por la misma manera? Porque necesaria cosa es que quien anda ausente de su casa halle en ella muchos desconciertos, que nascen y crescen y toman fuerzas con la ausencia del dueño; y forzoso es, á quien trata de engañar, que le engañen, y que á quien contrata y se comunica con gentes de ingenio y de

costumbres diversas, se le apeguen muchas malas costumbres. Mas al revés, la vida del campo y el labrar uno sus heredades es una como escuela de inocencia y verdad; porque cada uno aprende de aquellos con quien negocia y conversa. Y como la tierra en lo que se le encomienda es fiel, y en el no mudarse es estable y clara, y abierta en brotar afuera y sacar á luz sus riquezas, y para bien hacer liberal y abastecida; así parece que engendra é imprime en los pechos de los que la labran una bondad particular y una manera de condición sencilla, y un trato verdadero y fiel y lleno de entereza y de buenas y antiguas costumbres, cual se halla con dificultad en las demás suertes de hombres. Allende de que los cría sanos y valientes y alegres y dispuestos para cualquier linaje de bien. Y de todos estos provechos, la raíz de donde nascen y en que se sustentan es la buena guarda é industria de la mujer que decimos.

Mas es de ver en qué consiste esta guarda. Consiste en dos cosas: en que no sea costosa, y en que sea hacendosa. Y digamos de cada una por sí. No ha de ser costosa, ni gastadora la perfecta casada, porque no tiene para que lo sea; porque todos los gastos que hacemos son para proveer ó á la necesidad ó al deleite; para remediar las faltas naturales con que nascemos, de hambre ó desnudez, ó para bastecer á los particulares antojos y sabores que nosotros nos hacemos por nuestro vicio. Pues á las mujeres en lo uno la naturaleza les puso muy grande tasa, y en lo otro las obligó á que ellas mismas se la pusiesen. Que, si decimos verdad y miramos lo natural, las faltas y necesidades de las mujeres son mucho menores que las de los hombres; porque, lo que toca al comer, es poco lo que les basta, por razón de tener menos calor natural. Y así es en ellas muy feo ser golosas ó comedoras. Y ni más ni menos, cuanto toca al vestir, la naturaleza las hizo por una parte ociosas, para que rompiesen poco, y por otra aseadas, para que lo poco les hiciese mucho. Y las que piensan que á fuerza de posturas y vestidos han de hacerse hermosas, viven muy en-

gañadas, porque la que lo es, revuelta lo es, y la que no, de ninguna manera lo es, ni lo parece, y cuando más se atavía es más fea. Mayormente que la buena casada, de quien vamos tratando, cualquiera que ella sea, fea ó hermosa, no ha de querer parecer otra de lo que es, como se dirá en su lugar. Así que, cuanto á lo necesario, la naturaleza libró de mucha costa á las mujeres, y cuanto al deleite y antojo, las ató con muy estrechas obligaciones para que no fuesen costosas. Y una dellas es el encogimiento y modestia y templanza que deben á su natural; que aunque el desorden y demasía, y el dar larga rienda al vano y no necesario deseo, es vituperable en todo linaje de gentes, en el de las mujeres, que nascieron para sujeción y humildad, es mucho más vicioso y vituperable. Y con ser esto así, no sé en qué manera acontece que cuánto son más obligadas á tener este freno, tanto, cuando le rompen, se desenfrenan más que los hombres y pasan la raya mucho más, y no tiene tasa ni fin su apetito. Y así, sea esta la segunda causa que las obliga á ser muy templadas en los gastos de sus antojos, porque si comienzan á destemplarse, se destemplan sin término, y son como un pozo sin suelo, que nada les basta, y como una carcoma, que de continuo roe, y como una llama encubierta, que se enciende sin sentir por la casa y por la hacienda, hasta que la consume. Porque no es gasto de un día el suyo, sino de cada día; ni costa que se hace una vez en la vida, sino que dura por toda ella; ni son, como suelen decir, muchos pocos, sino muchos muchos. Porque, si dan en golosear, toda la vida es el almuerzo y la merienda y la huerta y la comadre y el día bueno; y si dan en galas, pasa el negocio de pasión, y llega á increíble desatino y locura; porque hoy un vestido y mañana otro, y cada fiesta con el suyo; y lo que hoy hacen, mañana lo deshacen, y cuanto ven, tanto se les antoja. Y aun pasa más adelante el furor, porque se hacen maestras é inventoras de nuevas invenciones y trajes, y hacen honra de sacar á luz lo que nunca fué visto. Y como

todos los maestros gusten de tener discípulos que los imiten, ellas son tan perdidas, que en viendo en otras sus invenciones, las aborrescen, y estudian y se desvelan por hacer otras. Y cresce la frenesía más, y ya no les place tanto lo galano y hermoso como lo costoso ypreciado, y ha de venir la tela de no sé dónde, y el brocado *de más altos* (1), y el ámbar, que bañe el guante y la *cuera* (2), y aun hasta el zapato, el cual ha de relucir en oro también, como el tocado, y el manteo ha de ser más bordado que la basquiña; y todo nuevo y todo reciente y todo hecho de ayer, para vestirlo hoy y arrojarlo mañana. Y como los caballos desbocados, cuando toman el freno, cuanto más corren, tanto van más desapoderados, y como la piedra que cae de lo alto, cuanto más descende, tanto más se apresura; así la sed destas cresce en ellas con el beber, y un gran desatino y exceso que hacen les es principio de otro mayor, y cuanto más gastan, tanto les aplice más el gastar.

Y aún hay en ello otro daño muy grande, que los hombres, si les acontece ser gastadores, las más veces lo son en cosas, aunque no necesarias, pero duraderas ó honrosas, ó que tienen alguna parte de utilidad y provecho, como los que edifican suntuosamente y los que mantienen grande familia, ó como los que gustan de tener muchos caballos; mas el gasto de las mujeres es todo en el aire; el gasto muy grande, y aquello en que se gasta, ni vale, ni luce. En volantes y en guantes, y en *pebetes* (3) y *cazole-tas* (4), y azabaches y vidrios y musarañas, y en otras cosillas de la tienda, que ni se pueden ver sin asco, ni menear sin hedor. Y muchas veces no gasta tanto un letrado en

(1) Como si dijera, de más órdenes, que por lo regular en los brocados ó telas fabricadas de seda son tres, es á saber: el fondo, la labor, y sobre esta el escarchado.

(2) Especie de vestidura que se usaba antiguamente encima del jubón.

(3) Composiciones aromáticas.

(4) Cierta especie de perfume.

sus libros, como alguna dama en enrubiar los cabellos.

Dios nos libre de tan grande perdición; y no quiero ponerlo todo á su culpa, que no soy tan injusto; que grande parte de aquesto nasce de la mala paciencia de sus maridos. Y pasara yo agora la pluma á decir algo dellos, si no me detuviera la compasión que les he; porque si tienen culpa, pagan la pena della con las setenas. Pues no sea la perfecta casada costosa, ni ponga la honra en gastar más que su vecina, sino tenga su casa más bien abastada que ella y más reparada, y haga con su aliño y aseo que el vestido antiguo le esté como nuevo, y que con la limpieza, cualquiera cosa que se pusiere le parezca muy bien, y el traje usado y común cobre de su aseo della no usado ni común parecer. Porque el gastar en la mujer es contrario de su oficio, y demasiado para su necesidad, y para los antojos vicioso y muy torpe, y negocio infinito que asuela las casas y empobrece á los moradores, y los enlaza en mil trampas, y los abate y envilece por diferentes maneras; y á este mismo propósito es y pertenece lo que se sigue.

§. IV.

De la obligación que tienen los casados de amarse y descansar en los trabajos mutuamente.

Pagóle con bien, y no con mal, todos los dias de su vida (1).

Que es decir que ha de estudiar la mujer, no en empeñar á su marido y meterle en enojos y cuidados, sino en librarle dellos y serle perpetua causa de alegría y descanso. Porque, ¿qué vida es la de aquel que ve consumir su patrimonio en los antojos de su mujer, y que sus trabajos todos se los lleva el río, ó por mejor decir, el alba-

(1) Vers. 12.

M

ñar, y que tomando cada día nuevos censos, y creciendo de continuo sus deudas, vive vil esclavo aherrojado del joyero y del mercader ?

Dios, cuando quiso casar al hombre, dándole mujer, dijo: «Hagámosle un ayudador su semejante (1);» de donde se entiende que el oficio natural de la mujer y el fin para que Dios la crió, es para que sea ayudadora del marido, y no su calamidad y desventura ; ayudadora, y no destruidora. Para que le alivie de los trabajos que trae consigo la vida casada, y no para que le añada nuevas cargas. Para reparar entre sí los cuidados, y tomar ella su parte, y no para dejarlos todos al miserable, mayores y más acrecentados. Y finalmente, no las crió Dios para que sean rocas donde quiebren los maridos y hagan naufragio las haciendas y vidas, sino para puertos deseados y seguros en que, viniendo á sus casas, reposen y se rehagan de las tormentas de negocios pesadísimos que corren fuera dellas.

Y así como sería cosa lastimera si aconteciese á un mercader que, después de haber padescido navegando grandes fortunas, y después de haber doblado muchas puntas, y vencido muchas corrientes, y navegado por muchos lugares no navegados y peligrosos, habiéndole Dios librado de todos, y viniendo ya con su nave entera y rica, y él gozoso y alegre para descansar en el puerto, quebrase en él y se anegase ; así es lamentable miseria la de los hombres, que bracean y forcejan todos los días contra las corrientes de los trabajos y fortunas desta vida, y se vadean en ellas, y en el puerto de sus casas perecen ; y les es la guarda destrucción, y el sosiego olas de tempestad, y el seguro y el abrigo, Scila y Caribdis, y peñasco áspero y duro. Por donde lo justo y lo natural es, que cada uno sea aquello mismo para que es ; y que la guarda sea guarda, y el descanso paz, y el puerto seguridad, y la mujer dulce y perpetuo refrigerio y alegría de corazón, y como un halago

(1) Genes., cap. 2, v. 18.

que continuamente esté trayendo la mano, y enmollecien- do el pecho de su marido, y borrando los cuidados dél; y como dice Salomón: «Hale de pagar bien, y no mal, todos los días de su vida.» Y dice, no sin misterio, que le ha de pagar bien, para que se entienda que no es gracia y liberalidad este negocio, sino justicia y deuda que la mujer al marido debe, y que su naturaleza cargó sobre ella crián- dola para este oficio, que es agradar y servir, y alegrar y ayudar en los trabajos de la vida y en la conservación de la hacienda á aquel con quien se desposa; y que, como el hombre está obligado al trabajo del adquirir, así la mujer tiene obligación al conservar y guardar; y que aquesta guarda es como paga y salario que de derecho se debe á aquel servicio y sudor; y que, como él está obligado á lle- var las pesadumbres de fuera, así ella le debe sufrir y solazar cuando viene á su casa, sin que ninguna excusa la desobligue.

Bien á propósito desto es el ejemplo que san Basilio trae, y lo que acerca dél dice (1). «La víbora, dice, animal fero- císimo entre las sierpes, va diligente á casarse con la lam- prea marina; llegada, silba, como dando señas de que está allí para desta manera atraerla de la mar á que se abrace maridamente con ella. Obedecé la lamprea, y júntase con la ponzoñosa fiera, sin miedo. ¿Qué digo en esto? ¿Qué? Que por más áspero y de más fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer le soporte, y que no consienta por ninguna ocasión que se divida la paz. ¡Oh que es un verdugo! Pero es tu marido. ¡Es un beo- do! (2) Pero el ñudo matrimonial le hizo contigo uno. ¡Un áspero, un desapacible! Pero miembro tuyo ya, y miembro el más principal. Y porque el marido oiga lo que le con- viene también. La víbora entonces, teniendo respeto al ayuntamiento que hace, aparta de sí su ponzoña, ¿y tú no

(1) In Hexaem., homil. VII, De reptilibus.

(2) Tomado del vino.

dejarás la crudeza inhumana de tu natural por honra del matrimonio?»

Esto es de Basilio. Y demás desto, decir Salomón que la buena casada paga bien, y no mal, á su marido, es avisarle á él que, pues ha de ser paga, lo merezca él primero, tratándola honrada y amorosamente; porque, aunque es verdad que la naturaleza y estado pone obligación en la casada, como decimos, de mirar por su casa y de alegrar y de cuidar continuamente á su marido, de la cual ninguna mala condición dél la desobliga; pero no por eso han de pensar ellos que tienen licencia para serles leones y para hacerlas esclavas; antes, como en todo lo demás es la cabeza el hombre, así todo este trato amoroso y honroso ha de tener principio del marido; porque ha de entender que es compañera suya, ó por mejor decir, parte de su cuerpo, y parte flaca y tierna, y á quien por el mismo caso se debe particular cuidado y regalo. Y esto san Pablo, ó en san Pablo Jesucristo, lo manda así, y usa mandándolo de aquesta misma razón, diciendo: «Vosotros los maridos amad á vuestras mujeres (1), y como á vaso más flaco, poned más parte de vuestro cuidado en honrarlas y tratarlas bien.» Porque, así como á un vaso rico y bien labrado, si es de vidrio, le rodeamos de vasera (2), y como en el cuerpo vemos que á los miembros más tiernos y más ocasionados para recibir daño la naturaleza los dotó de mayores defensas, así en la casa á la mujer, como á parte más flaca, se le debe mejor tratamiento. Demás de que el hombre, que es la cordura y el valor, y el seso y el maestro, y todo el buen ejemplo de su casa y familia, ha de haberse con su mujer como quiere que ella se haya con él, y enseñarla con su ejemplo lo que quiere que ella haga con él mismo, haciendo que de su buena manera dél y de su amor aprenda ella á desvelarse en agradarle. Que

(1) Ad ephes., cap. 5, v. 25.

(2) Funda con que se defiende el vaso.

si el que tiene más seso y corazón más esforzado, y sabe condescender en unas cosas y llevar con paciencia algunas otras, en todo, con razón y sin ella, quiere ser impaciente y furioso, ¿qué maravilla es que la flaqueza y el poco saber y el menudo ánimo de la mujer dé en ser desgraciado y penoso?

Y aun en esto hay otro mayor inconveniente, que como son pusilánimes las mujeres de su cosecha, y poco inclinadas á las cosas que son de valor, si no las alientan á ellas cuando son maltratadas y tenidas en poco de sus maridos, pierden el ánimo más y descáenseles las alas del corazón, y no pueden poner ni las manos ni el pensamiento en cosa que buena sea; de donde vienen á cobrar siniestros villisimos.

Y de la manera que el agricultor sabio á las plantas que miran y se inclinan al suelo, y que si las dejasen se tenderían, rastrando por él, no las deja caer, sino con horquillas y estacas (1) que les arrima las endereza y levanta, para que crezcan al cielo, ni más ni menos el marido cuerdo no ha de oprimir ni envilecer con malas obras y palabras el corazón de la mujer, que es caedizo y apocado de suyo, sino al revés, con amor y con honra la ha de levantar y animar, para que siempre conciba pensamientos honrosos. Y pues la mujer, como arriba dijimos, se dió al hombre para alivio de sus trabajos y para reposo y dulzura y regalo, la misma razón y naturaleza pide que sea tratada dél dulce y regaladamente; porque ¿adó se consiente que desprecie ninguno á su alivio, ni que enoje á su descanso, ni que traiga guerra perpetua y sangrienta con lo que tiene nombre y oficio de paz? Ó ¿en qué razón se permite que esté ella obligada á pagarle servicio y contento, y que él se desobligue de merecérselo? Pues adéudelo él y páguelo ella porque se lo debe, y aunque no lo deba lo pague;

(1) Horca pequeña que sirve para afianzar ó asegurar alguna cosa en el suelo.

porque cuando él no lo supiere adeudar, lo que debe á Dios y á su oficio, pone sobre ella esta deuda de agradar siempre á su marido, guardando su persona y su casa, y no siéndole, como arriba está dicho, costosa y gastadora, que es la primera de las dos cosas en que, como dijimos, consiste esta guarda.

Y contentándonos con lo que della habemos escrito, vengamos ahora á la segunda, que es el ser hacendosa, á lo cual pertenesce lo que Salomón añade, diciendo :

§. V.

Por qué se vale el Espíritu Santo de la mujer de un labrador para dechado de las perfectas casadas; y cómo todas ellas, por más ricas y nobles que sean, deben trabajar y ser hacendosas.

Buscó lana y lino, y obró con el saber de sus manos (1).

No dice que el marido le compró lino para que ella labrase, sino que ella lo buscó. Para mostrar que la primera parte de ser hacendosa es que sea aprovechada, y que de los salvados de su casa y de las cosas que sobran y que parecen perdidas, y de aquello de que no hace cuenta el marido, haga precio ella, para proveerse de lino y de lana, y de las demás cosas que son como éstas, las cuales son como las armas y el campo adonde descubre su virtud la buena mujer. Porque ajuntando su artificio ella, y ayudándolo con la vela é industria suya y de sus criadas, sin hacer nueva costa y como sin sentir, cuando menos pensare, hallará su casa abastada y llena de riquezas.

Pero dirán por ventura las señoras delicadas de ahora que esta pintura es grosera, y que aquesta casada es mujer de algún labrador que hila y teje, y mujer de estado diferente del suyo, y que así no habla con ellas. Á lo cual respondemos que esta casada es el perfecto dechado de

(1) Vers. 13.

todas las casadas, y la medida con quien así las de mayores como las de menores estados se han de ajustar, cuanto á cada una le fuere posible; y es como el padrón desta virtud, al cual la que más se avecina es más perfecta. Y bastante prueba dello es, que el Espíritu Santo, que nos hizo y nos conoce, queriendo enseñar á la casada su estado, la pinta desta manera.

Mas porque quede más entendido, tomemos el agua de su principio y digamos así: Tres maneras de vidas son en las que se reparten y á las que se reducen todas las maneras de viviendas que hay entre los que viven casados; porque, ó labran la tierra, ó se mantienen de algún trato y oficio, ó arriendan sus haciendas á otros, y viven ociosos del fruto dellas. Y así, una manera de vida es la de los que labran, y llamémosla vida de labranza; y otra la de los que tratan, y llamémosla vida de contratación; y la tercera de los que comen de sus tierras, pero labradas con el sudor de los otros, y tenga por nombre vida descansada.

Á la vida de labranza pertenesce, no sólo el labrador que con un par de bueyes labra su pegujar (1), sino también los que con muchas juntas y con copiosa y gruesa familia rompen los campos y apacientan grandes ganados.

La otra vida, que dijimos de contratación, abraza al tratante pobre y al oficial mecánico, y al artífice y al soldado, y finalmente á cualquiera que vende ó su trabajo ó su arte ó su ingenio.

La tercera vida, ociosa, el uso la ha hecho propia ahora de los que se llaman nobles y caballeros y señores, los que tienen ó renteros ó vasallos de donde sacan sus rentas.

Y si alguno nos preguntare cuál destas tres vidas sea la más perfecta y mejor vida, decimos que la de la labranza es la primera y la verdadera; y que las demás dos, por la parte que se avecinan con ella y en cuanto le parecen son buenas, y según que della se desvían son peligrosas. Por-

(1) Corta porción de siembra.

que se ha de entender que en esta vida primera, que decimos de labranza, hay dos cosas, ganancia y ocupación; la ganancia es inocente y natural, como arriba dijimos, y sin agravio ó desgusto ajeno; la ocupación es loable, necesaria y maestra de toda virtud.

La segunda vida, de contratación, se comunica con esta en lo segundo, porque es también vida ocupada como ella, y esto es lo bueno que tiene; pero diferénciase en lo primero, que es la ganancia, porque la recoge de las haciendas ajenas, y las más veces con desgusto de los dueños dellas, y pocas veces sin alguna mezcla de engaño. Y así, cuanto á esto, tiene algo de peligro y es menos bien reputada.

En la tercera y última vida, si miramos á la ganancia, cuasi es lo mismo que la primera, á lo menos nascen ambas á dos de una misma fuente, que es la labor de la tierra, dado que cuando llega á los de la vida que llamamos ociosa, por parte de los mineros por donde pasa, cobra algunas veces algún mal color del arrendamiento y del rentero, y de la desigualdad que en esto suele haber, pero al fin, por la mayor parte y cuasi siempre es ganancia y renta segura y honrada, y por esta parte aquesta tercera vida es buena vida; pero si atendemos á la ocupación, es del todo diferente de la primera, porque aquella es muy ocupada, y esta es muy ociosa, y por la misma causa muy ocasionada á daños y males gravísimos, de manera que lo perfecto y lo natural en esto de que vamos hablando es el trato de la labranza. Y pudiera yo aquí ahora extender la pluma alabándola; mas dejarélo por no olvidar mi propósito, y porque es negocio sentenciado ya por los sabios antiguos, y que ha pasado en cosa juzgada su sentencia, y también porque á los que sabemos que Dios puso al hombre en esta vida, y no en otra, cuando le crió, y antes que hubiese pecado, y cuando más le regalaba y quería, bastanos esto para saber que de todas las maneras de vivir sobredichas, es aquesta la más natural y la mejor. Pues

dejado aquesto por cosa asentada, añadimos prosiguiendo adelante, que en todas las cosas que son de un mismo linaje y que comunican en una misma razón, si acontece que entre ellas haya grados de perfección diferentes, y que aquello mismo que todas tienen, esté en unas más entero y en otras menos, la razón pide que la más aventajada y perfecta sea como regla y dechado de las demás, que es decir que todas han de mirar á la más aventajada, y acercarse más á ella cuanto les fuere posible, y que la que más se le allegare será de mejor suerte.

Claro ejemplo tenemos desto en las estrellas y en el sol, los cuales todos son cuerpos llenos de luz, y el sol tiene más que ninguno dellos y es el más lucido y resplandeciente, y así es el que tiene la presidencia en la luz, y á quien todas las cosas lucidas miran y siguen, y de quien cogen sus luces tanto más cada una cuanto se le acerca más. Pues digo ahora que, como entre todas las suertes de vivir de los hombres casados tenga el más alto y perfecto grado de seguridad y bien la labranza, y sea ella, como está concluido, la medida y la regla que han de seguir, y el dechado que han de imitar, y el blanco adonde han de mirar, y á quien se han de hacer vecinas las demás suertes cuanto pudieren, no convenia en ninguna manera que el Espíritu Santo, que pretende poner aquí una que sea como dechado de las casadas, pusiese á una mercadera, mujer de los que viven de contratación, ó una señora regalada y casada con un ocioso caballero. Porque la una y la otra suerte son suertes imperfectas y menos buenas, y por la misma causa inútiles, para ser puestas por ejemplo general y por dechado. Si no escogió la mejor suerte, y hizo una pintura de perfecta mujer en ella, y púsola como delante de los ojos á todas las mujeres, así á las que tienen aquella condición de vida como á las de diferentes estados, para que fuese común á todas, á las del mismo estado, para que se ajustasen del todo con ellas, y á las de otra manera, para que se le acercasen y hiciesen semejantes

cuanto les fuese posible. Porque, aunque no sea de todas el lino y la lana, y el huso y la tela, y el velar sobre sus criadas, y el repartirles las tareas y las raciones; pero en todas hay otras cosas que se parecen á estas y que tienen parentesco con ellas, y en que han de velar y se han de remirar las buenas casadas con el mismo cuidado que aquí se dice. Y á todas, sin que haya en ello excepción, les está bien y les pertenesce, á cada una en su manera, el no ser perdidas y gastadoras, y el ser hacendosas y acrescentadoras de sus haciendas. Y si el regalo y mal uso de ahora ha persuadido que el descuido y el ocio es parte de nobleza y de grandeza, y si las que se llaman señoras hacen estado de no hacer nada y de descuidarse de todo, y si creen que la granjería y labranza es negocio vil y contrario de lo que es señorío, es bien que se desengañen con la verdad. Porque, si volvemos atrás los ojos, y si tendemos la vista por los tiempos pasados, hallaremos que siempre que reinó la virtud, la labranza y el reino anduvieron hermanados y juntos; y hallaremos que el vivir de la granjería de su hacienda era vida usada, y que les acarrea reputación á los príncipes y grandes señores.

Abraham, hombre riquísimo y padre de toda la verdadera nobleza, rompió los campos (1), y David, rey invencible y glorioso, no sólo antes del reino apascentó las ovejas (2), pero después de rey, los pechos de que se mantenía eran sus labranzas y sus ganados. Y de los romanos, señores del mundo, sabemos que del arado iban al consulado, que es decir al mando y gobierno de toda la tierra, y volvían del consulado al arado (3). Y si no fuera esta vida de nobles, y no sólo usada y tratada por ellos, sino también debida y conveniente á los mismos, nunca el poeta Homero en su poesía, que fué imagen viva de lo que á cada una persona y estado convino, introdujera á Elena, reina noble, que

(1) Genes., cap. 21.

(2) Lib. I, Reg., cap. 17.

(3) Cic. pro Rosc. Amerin. Plin., lib. XVIII, Hist. Nat., cap. 3.

cuando salió á ver á Telémaco asentada en su cadira (1), una doncella suya le pone al lado en un rico canastillo copos de lana ya puestos á punto para hilar, y husadas ya hiladas, y la rueca para que hilase (2). Ni en el palacio de Alcinoos, príncipe de un pueblo riquísimo, de cien damas que tenía en su servicio, hiciera, como hace, hilanderas á las cincuenta (3). Y la tela de Penélope, princesa de Itaca, y su tejer y destejer (4), no la fingiera el juicio de un tan grande poeta, si la tela y el urdir fuera ajeno de las mujeres principales. Y Plutarco escribe (5) que en Roma á todas las mujeres, por mayores que fuesen, cuando se casaban y cuando las llevaba el marido á su casa, á la primera entrada della y como en el umbral, les tenía, como por ceremonia necesaria, puesta una rueca para que lo que primero viesen al entrar de su casa les fuese aviso de aquello en que se habían de emplear en ella siempre.

Pero ¿qué es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos, y poner delante los ojos lo que, de muy apartado, cuasi se pierde de vista? Sin salir de nuestras casas, dentro de España, y casi en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos desta virtud, como de la reina católica doña Isabel, princesa bienaventurada, se lee. Y si las que se tienen ahora por tales, y se llaman duquesas y reinas, no se persuaden bien por razón, hagan experiencia dello por algún breve tiempo, y tomen la rueca y armen los dedos con la aguja y dedal, cercadas de sus damas, y en medio dellas hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este ejercicio, y húrtese al vicioso sueño, para entender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que, animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí,

(1) Voz antigua y de poco uso en la lengua castellana; significa silla.

(2) *Odys.*, lib. IV.

(3) *Ibid.*, lib. VII.

(4) *Ibid.*, lib. II.

(5) *In quæst. romanis.*

procurando de aventajarse en el ser hacendosas; y cuando por el aderezo ó provisión de sus personas y casas no les fuere necesaria aquesta labor (aunque ninguna casa hay tan grande ni tan real, adonde semejantes obras no traigan honra y provecho), pero cuando no para sí, háganlo para remedio y abrigo de cien pobrezas y de mil necesidades ajenas. Así que, traten las duquesas y las reinas el lino y labren la seda, y dén tarea á sus damas, y pruébense con ellas en estos oficios, y pongan en estado y honra aquesta virtud; que yo me hago valiente de alcanzar del mundo que las loe, y de sus maridos, los duques y reyes, que las precien por ello y que las estimen; y aun acabaré con ellos que en pago deste cuidado las absuelvan de otros mil importunos y memorables trabajos con que atormentan sus cuerpos y rostros, y que las excusen y libren del leer en los libros de caballerías, y del traer el soneto y la canción en el seno, y del billete y del donaire de los recaudos, y del terrero (1) y del sarao, y de otras cien cosas deste jaez, aunque nunca las hagan. Por manera que la buena casada en este artículo de que vamos hablando, de ser hacendosa y casera, ha de ser ó labradora en la forma que dicho es, ó semejante á labradora todo cuanto pudiere. Y porque del ser hacendosa decíamos que era la primera parte ser aprovechada, y que por esta causa Salomón no dijo que el marido le compraba lino á esta mujer, sino que ella lo buscaba y compraba, es de advertir lo que en esto acontece, que algunas, ya que se disponen á ser hacendosas, por faltarles esta parte de aprovechadas, son más caras y más costosas labrando, que antes eran desaprovechadas holgando; porque cuanto hacen y labran ha de venir todo de casa del joyero y del mercader, ó fiado, comprado á mayores precios, y quiere la ventura después que, habiendo venido mucho del oro y mucha de la seda y aljófar, pára todo el artificio y trabajo en un arañuelo (2) de pájaros ó en otra

(1) Lugar ó sitio desde donde cortejan en palacio á las damas.

(2) Red muy delgada con que se cazan avecillas.

cosa semejante de aire. Pues á estas tales mándenles sus maridos que descansen y huelguen, ó ellas lo harán sin que se lo manden, porque muy menos malas son para el sueño, que para el trabajo y la vela; que lo casero y lo hacendoso de una buena mujer, gran parte dello consiste en que ninguna cosa de su casa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor, y crezca en sus manos, y que, como sin saber de qué, se haga rica y saque tesoro, á manera de decir, de entre las barreduras de su portal. Y si el descender á cosas menudas no fuera hacer particular esta doctrina, que el Espiritu Santo quiso que fuese general y común, yo trujera ahora á vuestra merced por toda su casa, y en cada uno de los rincones della le dijera lo que hay de provecho; mas vuestra merced lo sabe bien y lo hace mejor, y las que se aplican á esta virtud, de sí mismas lo entienden; como al revés, las que son perdidas y desaprovechadas, por más que se les diga, nunca lo aprenden. Pero veamos lo que después de aquesto se sigue.

§. VI.

Declárase qué es ser mujer casera, y del modo que debe acrescentar la hacienda.

Fué como navío de mercader, que de lueñe (1) trae su pan (2).

Pan llama la Sagrada Escritura á todo aquello que pertenece y ayuda á la provisión de nuestra vida. Pues compara á esta su casada, Salomón, á un navío de mercader bastecido y rico. En lo cual hermosa y eficazmente da á entender la obra y el provecho desto que tratamos y llamamos casero y hacendoso en la mujer. La nao, lo uno corre la

(1) Voz anticuada: significa lejos ó distante.

(2) Vers. 14.

mar por diversas partes, pasa muchos senos, toca en diferentes tierras y provincias, y en cada una dellas coge lo que en ellas hay bueno y barato, y con sólo tomarlo en sí y pasarlo á su tierra, le da mayor precio y dobla y tresdobra la ganancia. Demás desto, la riqueza que cabe en una nao y la mercadería que abarca, no es riqueza la que basta á un hombre solo ó á un género de gente particular, sino es provisión entera para una ciudad, y para todas las diferencias de gentes que hay en ella trae lienzos y sedas y brocados, y piedras ricas, y obras de oficiales hermosas, y de todo género de bastimento; y de todo gran copia. Pues esto mismo acontece á la mujer casera, que como la nave corre por diversas tierras buscando ganancia, así ella ha de rodear de su casa todos los rincones, y recoger todo lo que pareciere estar perdido en ellos, y convertirlo en utilidad y provecho, y tentar la diligencia de su industria, y como hacer prueba della, así en lo menudo como en lo granado. Y como el que navega á las Indias, de las agujas que lleva y de los alfileres y de otras cosas de aqueste jaez, que acá valen poco y los indios las estiman en mucho, trae rico oro y piedras preciosas; así esta nave que vamos pintando, ha de convertir en riqueza lo que pareciere más desechado, y convertirlo sin parecer que hace algo en ello, sino con tomarlo en la mano y tocarlo, como hace la nave, que sin parecer que se menea, nunca descansa, y cuando los otros duermen, navega ella, y acrecienta con sólo mudar de aire el valor de lo que recibe; y así la hacendosa mujer, estando asentada no pára, durmiendo vela, y ociosa trabaja, y cuasi sin sentir cómo ó de qué manera, se hace rica.

Visto habrá vuestra merced alguna mujer como ésta, y dentro de su casa debe haber no pequeño ejemplo de aquesta virtud. Pero si no quiere acordarse de sí, y quiere ver con cuánta propiedad y verdad es nao la casera, ponga delante de los ojos una mujer que rodea su casa, y que de lo que en ella parece perdido hace dinero, y compra lana

y lino, y junta con sus criadas lo adereza y lo labra, y verá que, estándose sentada con sus mujeres, volteando el huso en la mano, y contando consejas (como la nave, que sin parecer que se muda, va navegando, y pasando un día y sucediendo otro, y viniendo las noches y amanesciendo las mañanas, y corriendo, como sin menearse, la obra), se teje la tela y se labra el paño, y se acaban las ricas labores, y cuando menos pensamos, llenas las velas de prosperidad, entra esta nuestra nave en el puerto y comienza á desplegar sus riquezas, y sale de allí el abrigo para los criados, y el vestido para los hijos, y las galas suyas, y los arreos para su marido, y las camas ricamente labradas, y los atavíos para las paredes y salas, y los labrados hermosos, y el abastecimiento de todas las alhajas de casa, que es un tesoro sin suelo. Y dice Salomón que trae esta nave *de lueñe* (1) pan, porque si vuestra merced coteja el principio desta obra con el fin della, y mide bien los caminos por donde se viene á este puerto, apenas alcanzará cómo se pudo llegar á él, ni cómo fué posible de tan delgados y apartados principios venirse á hacer después un caudaloso río. Mas pasemos á lo que después desto se sigue.

§. VII.

Pondérase la obligación de madrugar en las casadas, y se persuade á ello con una hermosa descripción de las delicias que suele traer consigo la mañana. Avisase también que el levantarse temprano de la cama ha de ser para arreglar á los criados y proveer á la familia.

Madrugó y repartió á sus gañanes (2) las raciones, la tarea á sus mozas (3).

Es, como habemos dicho, esta casada que pinta aquí y pone por ejemplo de las buenas casadas el Espíritu Santo,

(1) De lejos.

(2) Gañán es el pastor que sirve en los ministerios más ínfimos á los mayores y rabadanes, el cual se llama también zagal y hatero.

(3) Vers. 15.

mujer de un hombre de los que viven de labranza. Y la razón por qué pone por dechado á una mujer desta suerte, y no de las otras maneras, también está dicha. Pues como en las casas semejantes la familia que ha de ir á las cosas del campo es menester que madrugue muy de mañana, y porque no vuelve á casa hasta la noche, es menester también que lleve consigo la provisión de comida y almuerzo, y que se les reparta á cada uno, así la ración de su mantenimiento, como las obras y haciendas en que han de emplear su trabajo aquel día; pues como esto sea así, dice Salomón que su buena casada no encomendó este cuidado á alguna de sus sirvientas y se quedó ella regalando con el sueño de la mañana descuidadamente en su cama; sino que se levantó la primera, y que ganó por la mano al lucero, y amanesció ella antes que el sol, y por sí misma, y no por mano ajena, proveyó á su gente y familia, así en lo que habían de hacer, como en lo que habían de comer. En lo cual enseña y manda á las que son desta suerte, que lo hagan así, y á las que son de suertes diferentes, que usen de la misma vela y diligencia. Porque, aunque no tengan gañanes, ni obreros que enviar al campo, tienen cada una en su suerte y estado otras cosas que son como estas, y que tocan al buen gobierno y provisión de su casa, ordinario y de cada día, que las obligan á que despierten y se levanten y pongan en ello su cuidado y sus manos. Y así, con estas palabras dichas y entendidas generalmente, avisa de dos cosas el Espíritu Santo, y añade como dos nuevos colores de perfección y virtud á esta mujer casada que va dibujando. La una es, que sea madrugadora; y la otra, que madrugando, provea ella luego y por sí misma lo que la orden de su casa pide; que ambas á dos son importantísimas cosas. Y digamos de lo primero.

Mucho se engañan los que piensan que mientras ellas, cuya es la casa, y á quien propiamente toca el bien y el mal della, duermen y se descuidan, cuidará y velará la criada, que no le toca y que al fin lo mira todo como aje-

no. Porque si el amo duerme, ¿por qué despertará el criado? Y si la señora, que es y ha de ser el ejemplo y la maestra de su familia, y de quien ha de aprender cada una de sus criadas lo que conviene á su oficio, se olvida de todo; por la misma razón, y con mayor razón, los demás serán olvidadizos y dados al sueño. Bien dijo Aristóteles en este mismo propósito (1) que el que no tiene buen dechado no puede ser buen remedador. No podrá el siervo mirar por la casa si ve que el dueño se descuida della. De manera que ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo, y que ella es el alma dél, y que como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella y las levanta, y mueve á sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama y no la teniendo por testigo y por guarda suya, es peor que madruguen, porque entonces la casa por aquel espacio de tiempo es como pueblo sin rey y sin ley, y como comunidad sin cabeza; y no se levantan á servir, sino á robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos. Por donde, como en el castillo que está en frontera ó en el lugar que se teme de los enemigos nunca falta la vela, así en la casa bien gobernada, en tanto que están despiertos los enemigos, que son los criados, siempre ha de velar el señor. Es el que ha de ir al lecho el postrero, y el primero que ha de levantarse del lecho. Y la señora y la casada que esto no hiciere, haga el ánimo ancho á su gran desventura, persuadida y cierta que le han de entrar los enemigos el fuerte, y que un día sentirá el daño y otro verá el robo, y de continuo el enojo y el mal recaudo y servicio, y que al mal de la hacienda acompañará también el mal de la honra. Y como dice Cristo en el Evangelio (2), que mientras el padre de la familia

(1) *De cura rei familiaris*, lib. I, cap. 6.

(2) Matth., cap. 13, v. 25.

duerme, siembra el enemigo la zizaña; así ella con su descuido y sueño meterá la libertad y la deshonestidad por su casa, que abrirá las puertas y falseará las llaves y quebrantará los candados, y penetrará hasta los postreros secretos, corrompiendo á las criadas, y no parando hasta poner su infición en las hijas; con que la señora que no supo entonces, ni quiso por la mañana despedir de los ojos el sueño, ni dejar de dormir un poco, lastimada y herida en el corazón, pasará en amargos suspiros muchas noches velando. Mas no es trabajoso el madrugar ni dañoso para la salud. Cuando fuera así, siendo por otra parte tan provechoso y necesario para el buen gobierno de la casa, y tan debido al oficio de la que se llama señora della, se había de posponer aquel daño, porque más debe el hombre á su oficio que á su cuerpo, y mayor dolor y enfermedad es traer de continuo su familia desordenada y perdida, que padecer un poco, ó en el estómago de flaqueza, ó en la cabeza de pesadumbre; pero al revés, el madrugar es tan saludable, que la razón sola de la salud, aunque no despertara el cuidado y obligación de la casa, había de levantar de la cama en amanesciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demás, la dulzura y suavidad de su sabio gobierno, en que aquello á que nos obliga es lo mismo que más conviene á nuestra naturaleza y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho. Así que, no sólo la casa, sino también la salud, pide á la buena mujer que madrugue. Porque cierto es que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la orden que guarda la naturaleza para el bien y conservación de los demás, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. Pues ¿quién no ve que aquella hora despierta el mundo todo junto, y que la luz nueva saliendo, abre los ojos de los animales todos, y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la naturaleza (que en todas las cosas generalmente, y en cada una por sí, esquivada y huye el daño, y sigue y apetece el provecho, ó que, para decir la verdad,

es ella eso mismo que á cada una de las cosas conviene y es provechoso) no rompiera tan presto el velo de las tinieblas que nos adormecen, ni sacara por el oriente los claros rayos del sol, ó si los sacara, no les diera tantas fuerzas para nos despertar. Porque si nos despertase naturalmente la luz, no le cerrarían las ventanas tan diligentemente los que abrazan el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envía la luz, quiere sin duda que nos despierte. Y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene que despertemos. Y no contradice á esto el uso de las personas que ahora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del día. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual, ya por nuestros pecados ó por sus pecados de ellos mismos, hacen honra y estado, y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aun en esto, el concierto que Dios les pone. Castigaba bien una persona, que yo conocí, esta torpeza, y nombrábala con su merecido vocablo. Y aunque es tan vil como lo es el hecho, daráme vuestra merced licencia para que lo ponga aquí, porque es palabra que cuadra. Así que, cuando le decía alguno que era estado en los señores este dormir, solía él responder que se erraba la letra, y que por decir establo decían estado. Y ello á la verdad es así, que aquel desconcierto de vida tiene principio y nasce de otro mayor desconcierto, que está en el alma y es causa él también y principio de muchos otros desconciertos torpes y feos. Porque la sangre y los demás humores del cuerpo, con el calor del día y del sueño encendidos demasíadamente y dañados, no solamente corrompen la salud, mas también aficionan é inficionan el corazón feamente. Y es cosa digna de admiración que, siendo estos señores en todo lo demás grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto sólo se olvidan dél, y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la

luz, como viene después de las tinieblas y se halla como después de haber sido perdida, parece ser otra y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría, y la vista del cielo entonces, y el colorear de las nubes y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas (1) la coronan de rosas), y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente, y las flores y las hierbas y el campo, todo despide de sí un tesoro de olor? Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza y como alarde de sus mejores riquezas; así los animales y la tierra y el aire, y todos los elementos, á la venida del sol se alegran, y como para recibirle, se hermocean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los hombres concertados y cuerdos, aun por sólo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas; porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos, porque la vista se deleita con el nacer de la luz y con la figura del aire y con el variar de las nubes; á los oídos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazón el campo y las hierbas despiden de sí es olor suavísimo; pues el fresco del aire de entonces templá con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cría salud y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos antes que se ahogue en los negocios del día. Pero, si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor dellas, que aun del día hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño, y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho que dicho habemos, son poderosos para los hacer levantar, vuestra merced, que es hija de luz, levántese con

(1) Virgil., lib. VI, *Æneid.*, V. 535, y Garcilaso de la Vega, egl. II.

ella, y abra la claridad de sus ojos cuando descubriere sus rayos el sol, y con pecho puro levante sus manos limpias al Dador de la luz, ofresciéndole con santas y agradescidas palabras su corazón, y después de hecho esto, y de haber gozado del gusto del nuevo día, vuelta á las cosas de su casa, entienda en su oficio, que es lo otro que pide en esta letra el Espiritu Santo á la buena casada, como fin á quien se ordenó lo primero que habemos dicho del madrugar.

Porque no se entiende que si madruga la casada, ha de ser para que, rodeada de botecillos y arquillas, como hacen algunas, se esté sentada tres horas afileando la ceja y pintando la cara, y negociando con su espejo que mienta y la llame hermosa. Que, demás del grave mal que hay en aqueste artificio postizo, del cual se dirá en su lugar, es no conseguir el fin de su diligencia, y es faltar á su casa por ocuparse en cosas tan excusadas, que fuera menos mal el dormir. Levántese pues, y levantada, gobierne su gente y mire lo que se ha de proveer y hacer aquel día, y á cada uno de sus criados reparta su oficio; y como en la guerra el capitán, cuando ordena por hileras su escuadra, pone á cada un soldado en su propio lugar y le avisa á cada uno que guarde su puesto; así ella ha de repartir á sus criados sus obras y poner orden en todos, en lo cual se encierran grandes provechos, porque lo uno, hácese lo que conviene con tiempo y con gusto; lo otro, para cuando alguna vez acontece que, ó la enfermedad ó la ocupación tiene ausente á la señora, están ya los criados, por el uso, como maestros en todo aquello que deben hacer, y la voz y la orden de su ama, á la cual tienen hechos ya los oídos, aunque no la oigan entonces, les suena en ellos todavía, y la tienen como presente sin vella.

Y demás desto, del cuidado del ama aprenden las criadas á ser cuidadosas, y no osan tener en poco aquello en que ven que se emplea la diligencia y el mandamiento de su señora; y como conocen que su vista y provisión della se extiende por todo, paréceles, y con razón, que en todo

cuanto hacen la tienen como por testigo y presente, y así se animan, no sólo á tratar con fidelidad sus obras y oficios, sino también aventajarse señaladamente en ellos. Y así cresce el bien como espuma, y se mejora la hacienda, y reina el concierto, y va desterrado el enojo. Y finalmente, la vista y la presencia y la voz y el mando del ama hace á sus mozas, no sólo que le sean provechosas, sino que ellas en sí no se hagan viciosas, lo cual también pertenesce á su oficio. Síguese :

§. VIII.

La perfecta casada no sólo ha de cuidar de abastecer su casa y conservar lo que el marido adquiere, sino que ha de adelantar también la hacienda.

Vinole al gusto una heredad, y compróla, y del fruto de sus palmas plantó viña (1).

Esto no es algún nuevo precepto diferente de los pasados, ni otra virtud más particular que las dichas; sino antes es como una cosa que se consigue y nasce dellas. Porque cierto es que la casada que fuere tan tasada en sus gastos y tan no curiosa por una parte, y por otra tan casera y veladora y aprovechada, no sólo conservará lo que su marido adquiere, sino también ella lo acrescentará por su parte, que es lo que aquí ahora se dice. Porque de tan grande industria y vela, el fruto no puede ser sino grande. Por manera que á los demás títulos que, siguiendo esta doctrina de Dios, hemos dado á la buena mujer, añadimos ahora este, que sea adelantadora de su hacienda, no como título diferente de los primeros, sino como cosa que se sigue dellos, y que declara la fuerza de los pasados y lo que pueden, y el hasta dónde han de llegar. Y así, decir

(1) Vers. 16.

que compró heredamiento y que plantó viña del sudor de su mano, es avisarle que del ser casera, que se le pide, su propio punto no es parar hasta esto, que es, no sólo bastecer á su casa, sino también adelantar su hacienda; no sólo hacer que lo que está dentro de sus puertas esté bien proveído, sino hacer también que se acrescienten en número los bienes y posesiones de fuera. Y es decille que pretenda y se precie ella también de, señalando como con el dedo alguna parte de sus posesiones, poder decir claramente: «Este es fruto de mis trabajos; mi industria añadió esto á mi casa; de mis sudores fructificó esta hacienda;» como lo han hecho en nuestros tiempos algunas.

Pero dirán que es esto pedir mucho. Mas pregunto yo á las que lo dicen, ¿qué es en esto lo que tienen por mucho? ¿Tienen por mucho que de la diligencia y aprovechamiento y labor de una mujer, acompañada de sus mujeres, salga cosa de tanto valor como es esto? ¿Ó tienen por mucho que quiera ella gastar lo que adquiere en estos aprovechamientos y haciendas, y no en sus contentos y galas? Si aquesto postrero es lo que les parece mucho, en aquesta doctrina no tienen razón, ni en tener otro gasto, por más suyo, ni por más apacible y gustoso, ni en pensar que se vende en la tienda cosa que comprada las hermosee más que estas compras. Porque aquello pasa en el aire, y el bien y honra y contento, juntamente con el buen nombre, que por esta otra vía se adquiere, como tienen raíces en la virtud, es duradero y perpetuo. Mas si lo primero las espanta porque no creen tanto bien de sus manos, lo uno hácese injuria á sí mismas y limitan su poder apocadamente, y lo otro ellas saben que no es así, y que pueden, si quieren aplicarse, pasar de esta raya, porque ¿adónde no llegará la que puede hacer y la que hiciere lo que se sigue?

§. IX.

Cuánto debe evitar la mujer buena el ocio, y de los vicios y malas resultas que de él nacen

Ciñóse de fortaleza y fortificó su brazo. Tomó gusto en el granjear; su candela no se apagó de noche. Puso sus manos en la tortera (1), y sus dedos tomaron el huso (2).

Tenga valor la mujer, y plantará viña; ame el trabajo, y acrescentará su casa; ponga las manos en lo que es propio de su oficio, y no se desprecie dél, y crecerán sus riquezas; no se descienda, esto es, no se enmolezca, ni haga de la delicada, ni tenga por honra el ocio, ni por estado el descuido y el sueño, sino ponga fuerza en sus brazos y acostumbre á la vela sus ojos, y saboréese en el trabajar, y no se desdeñe de poner las manos en lo que toca al oficio de las mujeres, por bajo y por menudo que sea; y entonces verá cuánto valen y adónde llegan sus obras. Tres cosas le pide aquí Salomón, y cada una en su verso: que sea trabajadora lo primero, y lo segundo, que vele, y lo tercero, que hile. No quiere que se regale, sino que trabaje. Muchas cosas están escritas por muchos en loor del trabajo, y todo es poco para el bien que hay en él; porque es la sal que preserva de corrupción á nuestra vida y á nuestra alma; mas yo no quiero decir aquí nada de lo general.

Lo que propiamente toca á la mujer casada, eso diré solamente; porque cuanto de suyo es la mujer más inclinada al regalo y más fácil á enmollecerse y desatarse con el ocio,

(1) Significa la rodaja que suele ponerse á la punta del huso para torcer mejor la hebra; y así, la versión caldaica por el nombre hebreo *kiscor*, que la Vulgata interpreta *fortia*, entiende y pone *vertibulum*; lo cual parece haber gustado más á nuestro autor, por ser tan docto en la lengua hebrea.

(2) Vers: 17, 18, 19.

tanto el trabajo le conviene más. Porque si los hombres, que son varones, con el regalo conciben ánimo y condición de mujeres y se afeminan, las mujeres ¿qué serán, sino lo que hoy día son muchas dellas? Que la seda les es áspera y la rosa dura, y les quebranta el tenerse en los pies, y del aire que suena se desmayan, y el decir la palabra entera las cansa, y aun hasta lo que dicen lo abortan, y no las ha de mirar el sol, y todas ellas son un melindre y un *lixo* (1), y un asco; y perdónenme porque les pongo este nombre, que es el que ellas más huyen, ó por mejor decir, agrádzcanme que tan blandamente las nombro. Porque quien considera lo que deben ser lo que ellas mismas se hacen, y quien mira la alteza de su naturaleza y la bajeza en que ellas se ponen por su mala costumbre, y coteja con lo uno lo otro, poco dice en llamarlas así; y si las llamase cieno, que corrompe el aire y le inficiona, y abominación aborrescible, aún se podía tener por muy corto. Porque teniendo uso de razón y siendo capaces de cosas de virtud y loor, y teniendo ser que puede hollar sobre el cielo y que está llamado al gozo de los bienes de Dios, le deshacen tanto ellas mismas y se anian así con delicadez, y se envilecen en tanto grado, que una lagartija y una mariposilla que vuela, tiene más tono que ellas, y la pluma que va por el aire, y el aire mismo, es de más cuerpo y sustancia. Así que, debe mirar mucho en esto la buena mujer, estando cierta que en descuidándose en ello se volverá en nada. Y como los que están de su naturaleza ocasionados á algunas enfermedades y males se guardan con recato de lo que en aquellos males les daña, así ellas entiendan que viven dispuestas para esta dolencia de nadería y melindrería, ó no sé cómo la nombre, y que en ella el regalo es *rejargar* (2), y guárdense dél como huyen la muerte, y conténtense con su natural poquedad, y no le añadan bajeza, ni la hagan

(1) Lo mismo que cieno. Ya no se usa.

(2) Especie de veneno, que también llaman arsénico.

más apocada; y adviertan y entiendan que su natural es femenino, y que el ocio por sí afemina, y no junten á lo uno lo otro, ni quieran ser dos veces mujeres.

He dicho el extremo de nada á que vienen las muelles y regaladas mujeres, y no digo la muchedumbre de vicios que desto mismo en ellas nascen, ni oso meter la mano en este cieno. Porque no hay agua encharcada y corrompida que críe tantas y tan malas sabandijas, que nascen vicios asquerosos y feos en los pechos destas damas delicadas, de que vamos hablando. Y en una dellas, que pinta en los *Proverbios* (1) el Espiritu Santo, se ve algo desto; de la cual dice así:

«Parlera y vagabunda, y que no sufre estar quieta, ni sabe tener los pies en su casa, ya en la puerta, ya en la ventana, ya en la plaza, ya en los cantones de la encrucijada, y tiende por donde quiera sus lazos. Vió un mancebo, y llegóse á él y prendióle, y dijole, con cara relamida, blanduras: Hoy hago fiesta y he salido en tu busca, porque no puedo vivir sin tu vista, y al fin he hecho en ti presa. Mi cámara he colgado con hermosas redes, y mi cuadra con tapices de Egipto; de rosas y de flores, de mirra y *lináloe* (2) está cubierto el suelo todo y la cama. Ven y bebamos la embriaguez del amor, y gocémonos en dulces abrazos hasta que apunte la aurora.»

Y si todas las ociosas no salen á lo público de las calles, como ésta salía, sus abscondidos rincones son secretos testigos de sus proezas, y no tan secretos, que no se dejen ver y entender. Y la razón y la naturaleza de las cosas lo pide. Que cierto es que produce malezas el campo que no se rompe y cultiva, y que con el desuso el hierro se toma de orín y se consume, y que el caballo holgado se manca.

Y demás desto, si la casada no trabaja, ni se ocupa en lo

(1) *Proverb.*, cap. 7, á 10 ad 18.

(2) Lo mismo que *áloe*, árbol de las Indias orientales, cuya madera quemada causa un olor deliciosísimo.

que pertenece á su casa, ¿qué otros estudios ó negocios tiene en qué se ocupar? Forzado es que, si no trata de sus oficios, emplee su vida en los oficios ajenos, y que dé en ser ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, enemiga de su rincón, de su casa olvidada y de las casas ajenas curiosa, pesquisidora de cuánto pasa, y aun de lo que no pasa inventora, parlera y chismosa, de pleitos revolvedora, jugadora también y dada del todo á la conversación y al palacio, con lo demás que por ordinaria consecuencia se sigue, y se calla aquí ahora, por ser cosa manifiesta y notoria. Por manera que, en suma y como en una palabra, el trabajo da á la mujer, ó el sér ó el ser buena; porque sin él, ó no es mujer, sino asco, ó es tal mujer, que sería menos mal que no fuese.

Y si con esto que he dicho se persuaden á trabajar, no será menester que les diga y enseñe cómo han de tomar el huso y la rueca, ni me será necesario rogarles que velen, que son las otras dos cosas que les pide el Espíritu Santo, porque su misma afición buena se las enseñará; y así, dejando esto aquí, pasaremos á lo que se sigue.

§. X.

Ha de ser la perfecta casada piadosa con los pobres y necesitados; pero debe ir con cuidado en ver á quién admite en casa y favorece.

Sus palmas abrió para el afligido, y sus manos extendió para el menesteroso (1).

Á muy buen tiempo puso esto aquí Salomón, porque repitiendo tanto lo que toca á la granjería y aprovechamiento, y aconsejando á la mujer tantas veces y con tan encarecidas palabras que sea hacendosa y casera, dejábala, al parecer, muy vecina al avaricia y escasez, que son males

(1) Vers. 20.

que tienen parentesco con la granjería, y que se le allegan no pocas veces. Porque, así como hay algunos vicios que tienen apariencia y semejanza de algunas virtudes, así hay virtudes también que están como ocasionadas á vicios; porque, aunque es verdad que la virtud consiste en el medio, mas como este medio no se mide á palmos, sino es medio que se ha de medir con la razón, muchas veces se aleja más de un extremo que del otro, como parece en la liberalidad, que es virtud medida por la razón entre los extremos del avaro y del pródigo, y se aparta mucho menos del pródigo que del avaro. Y aun también acontece que de la virtud y del vicio, que en la verdad son principios muy diferentes en la vista pública, y en lo que de fuera parece, nazcan frutos muy semejantes.

Tanto es disimulado el mal, ó tanto procura disimularse para nuestro daño, ó por mejor decir, tanta es la fuerza y excelencia del bien, y tan general su provecho, que aun el mal, para poder vivir y valer, se le allega y se viste dél, y desea tomar su color.

Así vemos que el prudente y recatado huye de algunos peligros, y que el temeroso y cobarde huye también. Adonde, aunque las causas sean diversas, es uno y semejante el huir.

Y vemos por la misma manera que el hombre concertado granjea y beneficia su hacienda, y el avariento también es granjero, y que son unos en el granjear, aunque en los motivos del granjear son diferentes. Y puede tanto este parentesco y disimulación, que no solamente los que miran de lejos y ven sólo que se parece, engañándose, nombran por virtud lo que es vicio, mas también esos mismos, que ponen las manos en ello y lo obran, muchas veces no se entienden á sí, y se persuaden que les nace de raíz de virtud lo que les viene de inclinación dañada y viciosa. Por donde todo lo semejante pide grande advertencia, para que el mal disimulado con el bien no pueda engañarnos. Y así, porque á Dios no aplace sino la virtud, y porque

ser la mujer muy granjera le puede nacer de avaricia y de vicio, para que no se canse sin fruto y para que no ofenda á Dios en lo que piensa agradarle, avisale aquí que sea limosnera, que es decirle que, dado que le tiene mandado que sea hacendosa y aprovechada y veladora y allegadora, pero que no quiere que sea lacerada, ni escasa, ni quiere que todo el velar y adquirir sea para el arca y para la polla, sino para la provisión y abrigo, no sólo de los suyos, sino también de los necesitados y pobres, porque en ninguna manera quiere que sea avarienta. Y por eso dice elegantemente que abra la palma, que la avaricia cierra, y que alargue y tienda la mano, que suele encoger la escasez.

Y dado que el ser piadoso y limosnero es virtud que conviene á todos los que se tienen por hombres, pero con particular razón las mujeres deben esta piedad á la blandura de su natural, entiendo que ser una mujer de entrañas duras ó secas con los necesitados, es en ella vituperable más que en hombre ninguno. Y no es buena excusa decir que les va á la mano el marido; porque aunque es verdad que pertenece á él el dispensar la hacienda, pero no se entiende que si veda á la mujer y le pone ley para que no haga otros gastos perdidos, le quiere también cerrar la puerta á lo que es piedad y limosna, á quien Dios con tan expreso mandamiento y con tan grande encarecimiento la abre. Y cuando quisiese ser aun en esto escaso el marido, la mujer, si es en lo demás cual aquí pintamos, no debe por eso cerrar las entrañas á la limosna, que es debida á su estado, ni menos el confesor se lo vede. Porque si el marido no quiere, está obligado á querer; y su mujer, si no le obedece en su mal antojo, confórmase con la voluntad que él debe tener de razón; y en hacer esto trata con utilidad y provecho su alma dél y su hacienda; porque lo uno, cumple con la obligación que ambos tienen de socorrer á los pobres; y lo otro, asegura y acrecienta sus bienes con la bendición que Dios, cuya palabra

no puede faltar, tiene á la piedad prometida. Y porque muchos nunca se fian bien de esta palabra, por eso muchos hombres son crudos y lacerados. Que si se pusiesen á considerar que reciben de Dios lo que tienen, no temerían de le tornar parte dello, ni dudarían de que quien es liberal no puede jamás ser desagradecido; y quiero decir en esto que Dios, el cual, sin haber recibido nada dellos, liberalmente los hizo ricos, si repartieren después con él sus riquezas, se las volverá con gran logro.

Esto que he dicho, entiendo de las limosnas más ordinarias y comunes que se ofrescen cada día á los ojos; que en lo que fuere más grueso y más particular, la mujer no ha de traspasar la ley del marido, y en todo le ha de obedecer y servir. Y yo fio que ninguno habrá tan miserable, ni malo, que si ella es de las que yo digo, tan casera, tan hacendosa, tan veladora y tan concertada en todo y aprovechada, le vede que haga bien á los pobres. Ni será ninguno tan ciego, que tema pobreza de la limosna que hace á quien le enriquece la casa.

Así que, abra sus entrañas y sus brazos y manos á la piedad la buena mujer, y muestre que su granjería nasce de virtud, en no ser escasa en lo que según razón es debido. Y como el que labra el campo, de lo que coge en él da sus primicias y diezmos á Dios; así ella de las labores suyas y de sus criadas aplique su parte para vestir á Dios en los desnudos y hartarle en los hambrientos, y llámele como á la parte de sus ganancias, y abra, como aquí dice, sus manos al afligido, y al menesteroso sus palmas.

Mas si dice que abra sus manos y su casa á los pobres, es mucho de advertir que no le dice que las abra generalmente á todos los que se profesan ser pobres. Porque á la verdad y una de las virtudes de la buena casada y mujer es el tener grande recato acerca de las personas que admite á su conversación y á quien da entrada en su casa; porque, debajo de nombre de pobreza, y cubriéndose con piedad, á las veces entran en las casas algunas personas

arrugadas y canas, que roban la vida y entiznan la honra y dañan el alma de los que viven en ella, y los corrompen sin sentir, y los emponzoñan pareciendo que los lamen y halagan.

San Pablo (1) casi señaló con el dedo á este linaje de gentes, ó á algunas gentes deste linaje, diciendo: «Tienen por oficio andar de casa en casa ociosas, y no solamente ociosas, mas también parleras y curiosas, y habladoras de lo que no conviene.» Y es ello así, que las tales de ordinario no entran sino á aojar todo lo bueno que vieren, y cuando menos mal hacen, hacen siempre este daño, que es traer novelas y chismeras de fuera, y llevarlas á fuera de lo que ven ó les parece que ven en las casas donde entran, con que inquietan á quien las oye y les turban los corazones; de donde muchas veces nascen desabrimientos entre los vecinos y amigos, y materias de enojos y diferencias, y á veces hay discordias mortales.

En las repúblicas bien ordenadas, los que antiguamente las ordenaron con leyes, ninguna cosa vedaron más que la comunicación con los extraños y de diferentes costumbres. Así Moisés, ó por mejor decir, Dios por Moisés, á su pueblo escogido le avisa desto en mil lugares (2) con encarecimiento grandísimo. Porque lo que no se ve no se desea; que, como dice el versillo griego: «Del mirar nace el amar (3).» Y por el contrario, lo que se ve y se trata, cuanto peor es, tanto más ligeramente, por nuestra miseria, se nos apega. Y lo que es en toda una república, eso también en una sola casa por la misma razón acontece. Que si los que entran en ella son de costumbres diferentes de las que en ellas se usan, unos con el ejemplo y otros con la palabra alteran los ánimos bien ordenados, y poco á poco los desquician del bien. Y llega la vejezuela al oído,

(1) I, Ad Timoth., cap. 5, v. 13.

(2) Levit., cap. 22, v. 25. Numeror., cap. 18, v. 4. I, Esd., cap. 10, v. 11.

(3) Diogonian, apud Erasmum chil. 1. Adag., cent. 2, núm. 79.

dice á la hija y á la doncella que por qué huyen la ventana ó por qué aman la almohadilla tanto; que la otra Fulana y Fulana no lo hacen así. Y enséñales el mal aderezo, y cuéntales la desenvoltura del otro, y las marañas que ó vió ó inventó póneselas delante, y vuélveles el juicio, y comienza á teñir con esto el pecho sencillo y simple, y hace que figuren en el pensamiento lo que con sólo ser pensado corrompe; y dañado el pensamiento, luego se tienta el deseo, el cual en encendiéndose al mal, luego se resfria en el bien, y así luego se comienzan á desagradar de lo bueno y de lo concertado, y por sus pasos contados vienen á dejarlo del todo á la postre. Por donde, acerca de Euripides (1), dice bien el que dice: «Nunca, nunca jamás, que no me contento con decirlo una sola vez, el cuerdo casado consentirá que entren cualesquier mujeres á conversar con la suya, porque siempre hacen mil daños. Unas por su interés tratan de corromper en ella la fe del matrimonio; otras, porque han faltado ellas, gustan de tener compañeros de sus faltas; otras porque saben poco y de puro necias. Pues contra estas mujeres y las semejantes á éstas conviénele al marido guarnecer muy bien con aldabas y con cerrojos las puertas de su casa; que jamás estas entradas peregrinas ponen en ella alguna cosa sana, sino siempre hacen diversos daños.» Pero veamos ya lo que después de aquesto se sigue.

§. XI

Del buen trato y apacible condición con que se deben portar las señoras con sus sirvientas y criadas

No temerá de la nieve su familia, porque toda su gente está vestida con vestiduras dobladas (2).

No es aquesta la menor parte de la virtud de aquesta perfecta casada que pintamos, ni la que da menos loor á

(1) Eurip. in Andromache.

(2) Vers. 22.

la que es señora de su casa, el buen tratamiento de su familia y criado; antes es como una muestra donde claramente se conoce la buena orden con que se gobierna todo lo demás. Y pues le había mostrado Salomón, en lo que es antes de esto, á ser limosnera con los extraños, convino que le avisase ahora, y le diese á entender que aqueste cuidado y piedad ha de comenzar de los suyos; porque, como dice san Pablo (1), «el que se descuida de la provisión de los que tiene en su casa, infiel es y peor que infiel.» Y aunque habla aquí Salomón del vestir, no habla solamente dél, sino por lo que dice en este particular enseña lo que ha de ser en todo lo demás que pertenece al buen estado de la familia. Porque, así como se sirve de su trabajo della el señor, así ha de proveer con cuidado á su necesidad, y ha de compasar con lo uno lo otro, y tener gran medida en ambas cosas, para que ni les falte en lo que han menester, ni en lo que ellos han de hacer los cargue demasadamente, como lo avisa y declara el Sabio en el capítulo 33 del *Eclesiástico*. Porque lo uno es injusticia, y lo otro escasez, y todo crueldad y maldad.

El pecar los señores en esto con sus criados, ordinariamente nace de soberbia y de desconocerse á sí mismos los amos. Porque, si considerasen que así ellos como sus criados son de un mismo metal, y que la fortuna, que es ciega, y no la naturaleza proveída, es quien los diferencia, y que nascieron de unos mismos principios, y que han de tener un mismo fin, y que caminan llamados para unos mismos bienes; y si se considerasen que se puede volver el aire mañana, y á los que sirven ahora servirlos ellos después, y si no ellos, sus hijos ó sus nietos, como cada día acontece, y que al fin todos, así los amos como los criados, servimos á un mismo Señor, que nos medirá como nosotros midiéremos; así que, si considerasen esto, pondrían el brio aparte, y usarían de mansedumbre, y trata-

(1) I, Ad Timoth., cap. 5, v. 8.

rían á los criados como deudos, y mandarlos hían como quien siempre no ha de mandar. Y aquí conviene que las mujeres hinquen los ojos más, porque se desvanescen más fácilmente, y hay tan vanas algunas, que casi desconocen su carne, y piensan que la suya es carne de ángeles, y las de sus sirvientas de perros, y quieren ser adoradas dellas, y no acordarse dellas si son nascidas; y si se quebrantan en su servicio, y si pasan sin sueño las noches y si están ante ellas de rodillas los días, todo les parece que es poco y nada para lo que se les debe, ó ellas presumen que se les ha de deber. En lo cual, demás de lo mucho que ofenden á Dios, hacen su vida más miserable de lo que ella se es, porque se hacen aborrescibles á los suyos, que es una encarescida miseria; porque ninguna enemistad es buena, y la de los criados, que viven dentro del seno de los amos y saben los secretos de casa y son sus ojos, y aunque les pese, de su vida testigos, es peligrosa y pestilencial. Y de aquí ordinariamente salen las chismeras y los testimonios falsos, y las más veces los verdaderos. Y esta es la causa por donde muchos hallan, cuando no piensan, las plazas llenas de sus secretos. Y como es peligrosa desventura hacer de los criados fieles, crueles enemigos con no debidos tratamientos; así el tratarlos bien es, no sólo seguridad, sino honra y buen nombre. Porque han de entender los señores que son como parte de su cuerpo sus gentes, y que es como un compuesto su casa, adonde ellos son la cabeza, y la familia los miembros, y que por el mismo caso que los tratan bien, tratan bien y honradamente á su misma persona. Y como se honran de que en sus facciones y disposición no haya ni miembro torcido, ni figura que desagrade, y como les añaden á todos sus miembros cuánto es en sí hermosura y los procuran vestir con debido color; así se han de preciar de que en toda su gente relumbre su mucha liberalidad y bondad. Por manera que los de su casa, ni estén en ella faltos, ni salgan della quejosos.

Conosci yo en aqueste reino una señora, que es muerta, ó por mejor decir, que vive en el cielo, que del caballo troyano que dicen, no salieron tantos hombres valerosos, como de su casa sirvientas suyas doncellas y otras mujeres remediadas y honradas. Á la cual, como le aconteciese echar de su casa, por razón de un desconcierto, á una criada suya no tan bien remediada como las demás, la oi decir muchas veces que no se podía consolar cuando pensaba que de las personas que Dios le había dado, que así lo decía, había salido una de su casa con desgracia y poco remedio. Y yo sé que en esta bondad gastaba muy grandes sumas, y que haciendo estos gastos y otros de semejantes virtudes, no sólo conservó y sustentó los mayorazgos de sus hijos, que estaban en su tutoría, y les venían de muchos abuelos de antigua nobleza, sino que también los acrescentó é ilustró con nuevos y ricos vínculos; y así era bendita de todos. Deben, pues, amar esta bendición las mujeres de honra, y si quieren ellas ser estimadas y amadas, aqueste es camino muy cierto. Y no quiero decir que todo ha de ser blandura y regalo; que bien vemos que la buena orden pide algunas veces severidad; mas, porque lo ordinario es pecar los amos en esto, que es ser descuidados en lo que toca al buen tratamiento de los que los sirven, por eso hablamos dello, y no hablamos de cómo los han de ocupar, de que ellos se tienen cuidado. Síguese:

§. XII

De cómo el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme á lo que pide la honestidad y la razón. Aféase el uso de los afeites, y condénanse las galas y atavíos, no sólo con razones tomadas de la misma naturaleza de las cosas, sino también con dichos y sentencias de los padres de la Iglesia y autoridades de la Sagrada Escritura.

Hizo para sí aderezos de cama; holanda y púrpura es su vestido (1).

(1) Vers. 22.

Porque había hablado de la piedad que deben las buenas casadas al pobre, y del cuidado que deben á la buena provisión de su gente, trata ahora del tratamiento y buen aderezo de sus mismas personas. Y llega hasta aquí la clemencia de Dios y la dulce manera de su providencia y gobierno, que descende á tratar de su vestido de la casada, y cómo ha de aderezar y asear su persona; y condescendiendo en algo con su natural, aunque no le place el exceso, tampoco se agrada del desaliño y mal aseo, y así dice: «Púrpura y holanda es su vestido.» Que es decir que desta casada perfecta es parte también no ser en el tratamiento de su persona alguna desaliñada y remendada, sino que, como ha de ser en la administración de la hacienda granjera, y con los pobres piadosa, y con su gente no escasa; así, por la misma forma, á su persona la ha de traer limpia y bien tratada, aderezándola honestamente en la manera que su estado lo pide, y trayéndose conforme á su cualidad, así en lo ordinario como en lo extraordinario también. Porque la que con su buen concierto y gobierno da luz y resplandor á los demás de su casa, que ella ande deslucida en sí, ninguna razón lo permite. Pero es de saber por qué causa la vistió Salomón de holanda y de púrpura, que son las cosas de que en la ley vieja se hacía la vestidura del gran Sacerdote (1); porque sin duda tiene en sí algún grande misterio. Pues digo que quiere Dios declarar en esto á las buenas mujeres que no pongan en su persona sino lo que se puede poner en el altar, esto es, que todo vestido y aderezo sea santo, así en la intención con que se pone, como en la templanza con que se hace. Y díceles que quien les ha de vestir el cuerpo no ha de ser el pensamiento liviano, sino el buen concierto de la razón; y de la compostura secreta del ánimo ha de nacer el buen traje exterior, y que este traje no se ha de cortar á la medida del antojo ó del uso vituperable y mundano, sino conforme

(1) Exod., cap. 28. v. 6, 7.

á lo que pide la honestidad y la vergüenza. Así que, señala aquí Dios vestido santo, para condenar lo profano. Dice púrpura y holanda, mas no dice los bordados que se usan ahora, ni los recamados, ni el oro tirado en hilos delgado. Dice vestidos, mas no dice diamantes, ni rubíes. Pone lo que se puede tejer y labrar en casa, pero no las perlas que se asconden en el abismo del mar. Concede ropas, pero no permite rizos, ni encrespos, ni afeites.

El cuerpo se vista, pero la cabeza no se desgreñe ni se encrespe en pronóstico de su grande miseria. Y porque en esto, y señaladamente en los afeites del rostro, hay grande exceso aun en las mujeres que en lo demás son honestas; y porque es aqieste su propio lugar, bien será que digamos algo dellos aquí. Aunque, si va á decir la verdad, yo confieso á vuestra merced, que lo que me convida á tratar desto, que es el exceso, eso mismo me pone miedo. Porque, ¿quién no temerá de oponerse contra una cosa tan recibida? Ó ¿quién tendrá ánimo para osar persuadirles á las mujeres á que quieran parecer lo que son? Ó ¿qué razón sanará la ponzoña del solimán? Y no sólo es dificultoso este tratado, pero es peligroso también; porque luego aborrescen á quien esto les quita. Y así querer ahora quitárselo yo, será despertar contra mí un escuadrón de enemigos. Mas ¿qué les va en que yo las condene, pues tienen tantos otros que las absuelven? Y si aman aquellos que, condescendiendo con su gusto dellas, las dejan asquerosas y feas, muy más justo es que siquiera no me aborrezcan á mí, sino que me oigan con igualdad y atención; que cuanto ahora en esto les quiero decir, será solamente enseñarles que sean hermosas, que es lo que principalmente desean. Porque yo no les quiero tratar del pecado que algunos hallan y ponen en el afeite, sino solamente quiero dárselo á conocer, demostrándoles que es un fullero engañoso, que les da al revés de aquello que les promete, y que como en un juego que hacen los niños, así él, diciendo que las pinta, las burla y entizna, para que, conocido

por tal, hagan justicia dél y le saquen á la vergüenza con todas sus redomillas al cuello. Pues yo no puedo pensar que ninguna viva en este caso tan engañada, que ya que tenga por hermoso el afeite, á lo menos no conozca que es sucio, y que no se lave las manos con que lo ha tratado antes que coma. Porque los materiales dél, los más son asquerosos; y la mezcla de cosas tan diferentes como son las que casan para este adulterio, es madre de muy mal olor, lo cual saben bien las arquillas que guardan este tesoro y las redomas y las demás alhajas dél. Y si no es suciedad, ¿por qué, venida la noche, se le quitan y se lavan la cara con diligencia, y ya que han servido al engaño del día, quieren pasar siquiera la noche limpias? Mas ¿para qué son razones? Pues cuando nos lo negasen, á las que nos lo negasen les podríamos mostrar á los ojos sus dientes mismos y sus encías negras y más sucias que un muladar, con las reliquias que en ellas ha dejado el afeite. Y si las pone sucias, como de hecho las pone, ¿cómo se pueden persuadir que las hace hermosas? ¿No es la limpieza el fundamento de la hermosura, y la primera y mayor parte della? La hermosura allega y convida á sí, y la suciedad aparta y ahuyenta. Luego ¿cómo podrán haber en uno lo hermoso y lo sucio? ¿Por ventura no es obra propia de la belleza, parecer bien y hacer deleite en los ojos? Pues ¿qué ojos hay tan ciegos ó tan botos de vista, que no pasen con ella la tela del sobrepuesto, y que no cotejen con lo encubierto lo que se descubre, y que viendo lo mal que dicen entre sí mismos, no se ofendan con la desproporción? Y no es menester que los ojos traspasen este velo, porque él de sí mismo, en cobrando un poco de calor el cuerpo, se trasluce; y descúbrese por entre lo blanco un oscuro y verdinegro, y un entre azul y morado; y matizase el rostro todo, y señaladamente las cuencas de los bellísimos ojos, con una variedad de colores feisimos; y aun corren á las veces derretidas las gotas, y aran con sus arroyos la cara. Mas si dicen que acontece esto á las que no son buenas

maestras, yo digo que ninguna lo es tan buena, que si ya engañare los ojos, pueda engañar las narices. Porque el olor de los *adobios* (1), por más que se perfumen, va delante de ellas, pregonando y diciendo que no es oro lo que reluce, y que todo es asco y engaño, y va como con la mano desviando la gente en cuanto pasa la que yo no quiero nombrar.

Tomen mi consejo las que son perdidas por esto, y hagan máscaras de buenas figuras y pónganselas; y el barniz pinte el lienzo, y no el cuerpo, y sacarán mil provechos. Lo uno, que ya que les agrada ser falsas hermosas, quedarán á lo menos limpias. Lo otro, que no temerán que las desafeite ni el sol ni el polvo ni el aire. Y lo último, con este artificio podrán encubrir, no sólo el color oscuro, sino también las facciones malas. Porque cierta cosa es que la hermosura no consiste tanto en el escogido color, cuanto en que las facciones sean bien figuradas cada una por sí, y todas entre sí mismas proporcionadas. Y claro es que el afeite, ya que haga engaño en la color, pero no puede en las figuras poner enmienda, que ni ensancha la frente angosta, ni los ojos pequeños los engrandece, ni corrige la boca desbaratada. Pero dicen que vale mucho el buen color. Yo pregunto, ¿á quién vale? Porque las de buenas figuras, aunque sean morenas, son hermosas, y no sé si más hermosas que siendo blancas; las de malas, aunque se transformen en nieve, al fin quedan feas, mas dirán que menos feas, yo digo que más; porque antes del barniz, si eran feas estaban limpias, mas después dél quedan feas y sucias, que es la más aborrecible fealdad de todas. Pero valga mucho el buen color, si de veras es buen color; mas este ni es buen color ni casi lo es, sino un engaño de color que todos lo conocen, y una postura que por momentos se cae, y un asco que á todos ofende, y una burla que promete uno y da otro, y que afea y ensucia. ¿Qué locura es

(1) Voz anticuada; ahora adobos.

poner nombre de bien á lo que es mal, y trabajarse en su daño y buscar con su tormento ser aborrecidas, que es lo que más aborrecen? ¿Qué es el fin del aderezo y de la cura del rostro, sino el parecer bien y agradar á los miradores? Pues ¿quién es tan falto, que destes adobios se agrade? Ó ¿quién hay que no los condene? ¿Quién es tan necio que quiera ser engañado, ó tan bolo que ya no conozca este engaño? Ó ¿quién es tan ajeno de razón, que juzgue por hermosura del rostro lo que claramente ve que no es del rostro, lo que ve que es sobrepuesto, añadido y ajeno? Querría yo saber destas mendigantas hermosas, si tendrían por hermosa la mano que tuviese seis dedos. ¿Por ventura no la hurtarían á los ojos? ¿No harían alguna invención de guante para encubrir aquel dedo añadido? Pues ¿tienen por feo en la mano un dedo más, y pueden creer que tres dedos de envidia sobre el rostro les es hermoso? Todas las cosas tienen una natural tasa y medida, y la buena disposición y parecer dellas consiste en estar justas en esto; y si dello les falta ó sobra algo, eso es fealdad y torpeza; de donde se concluye que estas de quien hablamos, añadiendo posturas y excediendo lo natural, en caso que fuesen hermosas, se tornan feas con sus mismas manos. Bien y prudentemente aconseja, acerca de un poeta antiguo (1), un padre á su hija y le dice: «No tengas, hija, afición con los oros, ni rodees tu cuello con perlas ó con jacintos, con que las de poco saber se desvanecen; ninguna necesidad tienes deste vano ornamento; ni tampoco te mires al espejo para componerte la cara, ni con diversas maneras de lazos enlaces tus cabellos, ni te alcohales con negro los ojos, ni te colores las mejillas, que la naturaleza no fué escasa con las mujeres, ni les dió cuerpo menos hermoso de lo que se les debe ó conviene.» Pues ¿qué diremos del mal del engañar y fingir, á que se hacen, y como en cierta manera se ensayan y acostumbran en esto? Aun-

(1) Naumach. apud Stobæum, serm. LXXIV.

que esta razón no es tanto para que las mujeres se persuadan que es malo afeitarse, cuanto para que los maridos conozcan cuán obligados están á no consentir que se afeiten. Porque han de entender que allí comienzan á mostrárseles otras de lo que son, y á encubrirles la verdad, y allí comienzan á tentarles la condición y hacerlos al engaño, y como los hallaren pacientes en esto, así subirán á engaños mayores. Bien dice Aristóteles en este mismo propósito (1), que «comó en la vida y costumbres la mujer con el marido ha de andar sencilla y sin engaño, así en el rostro y en los aderezos dél ha de ser pura y sin afeite». Porque la buena en ninguna cosa ha de engañar á aquel con quien vive, si quiere conservar el amor, cuyo fundamento es la caridad y la verdad, y el no encubrirse, los que se aman, en nada. Que, así como no es posible mezclarse dos aguas olorosas mientras están en sus redomas cada una; así en tanto que la mujer cierra el ánimo con la encubierta del fingimiento, y con la postura y afeites asconde el rostro, entre su marido y ella no se puede mezclar amor verdadero. Porque si damos caso que el marido la ama así, claro es que no ama á ella en este caso, sino á la máscara pintada que se parece, y es como si amase en la farsa al que representa una doncella hermosa. Y por otra parte, ella, viéndose amada desta manera, por el mismo caso no le ama á él, antes comienza á tener en poco, y en el corazón se ríe dél y le desprecia, y conoce cuán fácil es engañarle, y al fin le engaña y le carga. Y esto es muy digno de considerar, y más lo que se sigue tras esto, que es el daño de la conciencia y la ofensa de Dios. Que aunque prometí no tratarlo, pero al fin la conciencia me obliga á quebrantar lo que puse.

Y no les diga nadie, ni ellas se lo persuadan á sí, que ó no es pecado ó es muy ligero pecado, porque es muy al

(1) Lib. I, *De cura rei familiaris*, cap. 4.

revés; ca (1) él es pecado grave en sí, y que demás desto anda acompañado de otros muchos pecados, unos que nacen dél, y otros de donde él nace. Porque dejando aparte el agravio que hacen á su mismo cuerpo, que no es suyo, sino del Espíritu Santo, que le consagró para sí en el bautismo, y que por la misma causa ha de ser tratado como templo santo con honra y respeto; así que, aunque pasemos callando por este agravio que hacen á sus miembros, atormentándolos y ensuciándolos en diferentes maneras, y aunque no digamos la injuria que hacen á quien las crió, haciendo enmienda en su obra y como reprehendiendo, ó á lo menos no admitiendo su acuerdo y consejo (porque sabida cosa es que lo que hace Dios, ó feo ó hermoso, es á fin de nuestro bien y salud); así que, aunque callemos esto que las condena, el fin que ellas tienen y lo que las mueve é incita á este oficio, por más que ellas lo doren y apuren, ni se pueda apurar, ni callar. Porque, pregunto, ¿por qué la casada quiere ser más hermosa de lo que su marido quiere que sea? ¿Qué pretende afeitándose á su pesar? ¿Qué ardor es aquel que le menea las manos para *acicalar* (2) el cuerpo como arnés, y poner en arco las cejas? ¿Adónde amenaza aquel arco? y aquel resplandor ¿á quién ciega? El colorado y el blanco, y el rubio y dorado, aquella artillería toda ¿qué pide? ¿qué desea? ¿qué vocea? No pregunta sin causa el cantarillo común, ni es más castellano que verdadero: «¿Para qué se afeita la mujer casada?» Y torna á la pregunta y repite la tercera vez, preguntando: «¿Para qué se afeita?» Porque, si va á decir la verdad, la respuesta de aquel para qué, es amor propio desordenadísimo, apetito insaciable de vana excelencia, codicia fea, deshonestidad arraigada en el corazón, adulterio, ramería, delito que jamás cesa. ¿Qué pensáis las mujeres que es afeitaros? Traer pintado en el rostro vuestro deseo feo. Mas no todas

(1) Lo mismo que porque. Es voz del uso antiguo.

(2) Acicalar vale tanto, por metáfora, como afeitar, ó hacer tersa y reluciente alguna cosa.

las que os afeitáis deseáis mal. Cortesía es creerlo. Pero si con la tez del afeite no descubris vuestro mal deseo, á lo menos despertáis el ajeno. De manera que con esas posturas sucias, ó publicáis vuestra sucia ánima, ó ensuciáis las de aquellos que os miran. Y todo es ofensa de Dios. Aunque no sé yo qué ojos miran, que si bien os miran, no os aborrezcan, y no hallen ó asco ó hedor ó torpeza. Mas ¡qué bravo! diréis algunas. No estoy bravo, sino verdadero. Y si tales son los padres de quien aqueste desatino nace, ¿cuáles serán los frutos que dél proceden, sino enojos y guerra continua, y sospechas mortales y lazos de perdidos, y peligros y caídas, y escándalos y muerte y asolamiento miserable? Y si todavía os parezco muy bravo, oíd ya, no á mí, sino á san Cipriano, las que lo decís, el cual dice desta manera (1):

«En este lugar el temor que debo á Dios, y el amor de la caridad, que me junta con todos, me obliga á que avise no sólo á las vírgenes y á las viudas, sino á las casadas también; y universalmente á todas las mujeres, que en ninguna manera conviene, ni es lícito adulterar la obra de Dios y su hechura, añadiéndole ó color rojo ó alcohol negro ó arrebol colorado, ó cualquiera otra compostura que mude ó corrompa las figuras naturales. Dice Dios (2): Hagamos al hombre á la imagen y semejanza nuestra, ¿y osa alguna mudar en otra figura lo que Dios hizo? Las manos ponen en el mismo Dios cuando lo que él formó lo procuran ellas reformar, y desfigurar. Como si no supiesen que es obra de Dios todo lo que nace, y del demonio todo lo que se muda de su natural. Si algún grande pintor retratase con colores que llegasen á lo verdadero las facciones y rostro de alguno, con toda la demás disposición de su cuerpo, y acabado ya y perfeccionado el retrato, otro quisiese poner las manos en él, presumiendo de más maestro,

(1) Lib. *De disciplina et habitu Virginum*.

(2) Genes., c. 4, v. 26.

para reformar lo que ya estaba formado y pintado, ¿parécenos que tendría el primero justa y grave causa para indignarse? Pues ¿piensas tú no ser castigada por una osadía de tan malvada locura, por la ofensa que haces al divino Artífice? Porque, dado caso que por la alcahuetería de los afeites no vengas á ser con los hombres deshonesto y adúltera, habiendo corrompido y violado lo que hizo en ti Dios, convencida quedas de peor adulterio. Eso que pretendes hermo세arte, eso que procuras adornarte, contradicción es que haces contra la obra de Dios, y traición contra la verdad. Dice el Apóstol (1), amonestándonos:—Desechad la levadura vieja, para que seáis nueva masa, así como sois sin levadura, porque nuestra pascua es Cristo sacrificado. Así que, celebremos la fiesta, no con la levadura vieja, ni con la levadura de la malicia y de tacañería, sino con la pureza de sencillez y verdad.—¿Por ventura guardas esta sencillez y verdad cuando ensucias lo sencillo con adulerinos colores, y mudas en mentira lo verdadero con posturas de afeites? Tu Señor dice (2) que—no tienes poder para tornar blanco ó negro uno de tus cabellos; y tú pretendes ser más poderosa, por sobrepujar lo que tu Señor tiene dicho, con pretensión osada y con sacrilego menosprecio. Enrojas tus cabellos, y en mal agüero de lo que te está por venir les comienzas á dar color semejante al del fuego, y pecas con grave maldad en tu cabeza, esto es, en la parte más principal de tu cuerpo, y como del Señor esté escrito (3) que—su cabeza y sus cabellos eran blancos como la nieve,—tú maldices lo cano y abominas lo blanco, que es semejante á la cabeza de Dios. Ruégote, la que esto haces, ¿no temes en el día de la resurrección, cuando venga, que el Artífice que te crió no te reconozca; que cuando llegues á pedirle sus promesas y premios, te deseche, apar-

(1) I, Ad corinth., cap. 5, v. 7, 8.

(2) Matth., cap. 5, v. 36.

(3) Apocalyp., cap. 1, v. 14.

te y excluya; que te diga con fuerza y severidad de juez: Esta obra no es mía, ni es la nuestra esta imagen; ensuciaste la tez con falsa postura, demudaste el cabello con deshonesto color, hiciste guerra y venciste á tu cara, con la mentira corrompiste tu rostro, tu figura no es esa? No podrás ver á Dios, pues no traes los ojos que Dios hizo en ti, sino los que te inficionó el demonio; tú le has seguido, los ojos pintados y relumbrantes de la serpiente has en ti remedado; figuraste dél y arderás juntamente con él.»

Hasta aquí son palabras de san Cipriano. Y san Ambrosio (1) habla no menos agramente que él, y dice así:

«De aquí nace aquello que es vía é incentivo de vicios, que las mujeres, temiendo desagradar á los hombres, se pintan las caras con colores ajenos, y en el adulterio que hacen de su cara, se ensayan para el adulterio que desean hacer de su persona. Mas ¿qué locura aquesta tan grande, desechar el rostro natural y buscar el pintado? Y mientras temen de ser condenadas de sus maridos por feas, condénanse por tales ellas á sí mismas; porque la que procura mudar el rostro con que nació, por el mismo caso da sentencia ella contra sí y lo condena por feo; y mientras procura agradar á los otros, ella misma á sí se desagrade primero. Di, mujer, ¿qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que á ti misma, pues temes ser vista cual eres? Si eres hermosa, ¿por qué con el afeitte te encubres? Si fea y disforme, ¿por qué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas á ti, ni del engaño ajeno sacas fruto? Porque el otro en ti afeitada, no ama á ti, sino á otra, y tú no quieres como otra ser amada. Enséñasle en ti á ser adúltero, y si pone en otra su amor, recibes pena y enojo. Mala maestra eres contra ti misma, Más tolerable en parte es ser adúltera, que andar afeitada; porque allí se corrompe la castidad y aquí la misma naturaleza.»

Estas son palabras de san Ambrosio. Pero entre todos,

(1) Lib. I *De Virginibus*, ad Marcellinam sororem.

san Clemente Alejandrino es el que escribe más extendidamente, diciendo (1):

«Las que hermocean lo que se descubre, y lo que está secreto lo afean, no miran que son como las composturas de los egipcios, los cuales adornan las entradas de sus templos con arboledas, y ciñen sus portales con muchas columnas; y edifican los muros dellos con piedras peregrinas, y los pintan con escogidas pinturas, y los mismos templos los hermocean con plata y con mármoles traídos desde Etiopía. Y los sagrarios de los templos los cubren con planchas de oro; mas en lo secreto dellos, si alguno penetrare allá, y si con priesa de ver lo escondido, buscare la imagen del Dios que en ellos mora, y si la guarda dellos ó alguno otro sacerdote con vista grave, y cantando primero algún himno en su lengua, y descubriendo un poco del velo, le mostrare la imagen, es cosa de grandísima risa ver lo que adoran; porque no hallaréis en ellos algún Dios como esperábades, sino un gato ó un crocodilo, ó alguna sierpe de las de la tierra, ó otro animal semejante, no digno de templo, sino dignísimo de cueva ó de escondrijo ó de cieno, que como un poeta antiguo les dijo (2):

Son fieras sobre púrpura asentadas
los dioses á quien sirven los gitanos.

»Tales pues me parecen á mí las mujeres que se visten de oro y se componen los rizos, y se untan las mejillas y se pintan los ojos y se tiñen los cabellos, y que ponen toda su mala arte en este aderezo muelle y demasiado, y que adornan este muro de carne, y hacen verdaderamente como en Egipto, para atraer á sí á los desventurados amantes. Porque si alguno levantase el velo del templo, digo,

(1) Lib. III. Pedag., cap. 2.

(2) San Clemente Alejandrino no pone esta sentencia como de poeta; y así, parece que, por haberla leído en alguno nuestro autor, la alegó como de tal. Pero ya que añadió de suyo esto, debía haberle mencionado para darnos más noticia de una curiosidad observada de tan pocos ó ninguno.

si apartase las tocas, la tintura, el bordado, el oro, el afeitado, esto es, el velo y la cobertura compuesta de todas aquestas cosas, por ver si hallaría dentro lo que de veras es hermoso, abominaríalas, á lo que yo entiendo, sin duda. Porque no hallara en su secreto dellas por moradora, según que era justo, á la imagen de Dios, que es lo digno de precio, mas hallara que en su lugar ocupa una fornicaria y una adúltera lo secreto del alma, y averiguara que es verdadera fiera, mona con albayalde afeitada ó sierpe engañosa, que, tragando lo que es de razón en el hombre por medio del deseo del vano aplacer, tienen el alma por cueva; adonde mezclando toda su ponzoña mortal, y rebozando el tóxico de su engaño y error, trueca á la mujer en ramera aqueste dragón alcahuete, porque el darse al afeitado, de ramera es, y no de buena mujer, como claramente se ve; porque las que con esto tienen cuenta, no la tienen jamás con sus casas. Su cuenta es desenlazar las bolsas de sus maridos, y el consumirles las haciendas en sus vanos antojos, y para que testifiquen muchos que parecen hermosas, el ocuparse asentadas todos los días al arte del afeitarse con personas alquiladas á ello. Así que, procuran de guisar bien su carne, como cosa desabrida y de mala vista; y entre día por el afeitado se están deshaciendo en su casa, con temor que no se les eche ver que es postiza la flor; mas venida la tarde, como de cueva, luego se hace afuera aquesta adulterada hermosura, á quien ayuda entonces, para ser tenida en algo, la embriaguez y la falta de luz. Menandro el poeta lanza de su casa á la mujer que se enrubia, y dice:

Vé fuera desta casa; que la buena
no trata de hacer rubios los cabellos.

« Y no dice que se barnizaba la cara, ni menos que se pintaba los ojos. Mas las miserables no ven que con añadir lo postizo destruyen lo hermoso, natural y propio, y no ven que matizándose cada día, y estirándose el cuerpo y

emplastándose con mezclas diversas secan el cuerpo y consumen la carne, y con el exceso de los corrosivos marchitan la flor propia, y así vienen á tornarse amarillas y á hacerse dispuestas y fáciles á que la enfermedad se las lleve, por tener con los afeites la carne que sobrepintan gastada, y vienen á deshorrar al Fabricador de los hombres, como á quien no repartió la hermosura como debía; y son con razón inútiles para cuidar por su casa, porque son como cosas pintadas, asentadas para no más de ser vistas, y no hechas para ser caseras cuidadosas. Por lo cual, aquella bien considerada mujer, acerca del poeta cómico, dice:

»—¿Qué hecho podremos hacer las mujeres que de precio sea ó de valor, pues repintándonos y enflorciéndonos cada día, borramos de nosotras mismas la imagen de las mujeres valerosas, y no servimos sino de trastos de casa y de estropiezos para los maridos y de afrenta de nuestros hijos?

»Y asimismo Antifanes, escritor también de comedias (1), mofa de aquesta perdición de mujeres, poniendo las palabras que convienen á lo que comunmente todas hacen, y dice:

»—Llega, pasa, torna, no se pasa, viene, pára, límpiase, revuelve, relímpiase, péinase, sacúdense, friégase, lávase, espéjase, vístese, almízlase, aderézase, rociase con colores, y al fin si hay algo que no, ahógase y mátase.

»Merecedoras, no de una, sino de doscientas mil muertes, que se coloran con las *freces* (2) del crocodilo, y se untan con la espuma de la hediondez y que para las *aveñolas* (3) hacen hollín y albayalde para embarnizar las mejillas.

(1) *In Malthaca*, según el testimonio del mismo san Clemente Alejandro; porque tengo entendido que ya no está dicha obra.

(2) Freza, entre otras cosas, significa el extremo de los animales; y así, parece que había de decir frezas, y no freces. Pero, por cuanto en todas las ediciones que he visto se halla freces, no me he atrevido á corregirlo.

(3) Aunque no he hallado este vocablo en ninguno de los muchos diccio-

»Pues las que así enfadan á los poetas gentiles, la verdad ¿cómo no las desechará y condenará? Pues Alexi, otro cómico, ¿qué dice dellas, reprendiéndolas? Que pondré lo que dijo, procurando avergonzar con la curiosidad de sus razones su desvergüenza perpetua, sino que no pudo llegar á tanto su buen decir, y verdaderamente que yo me avergonzaría, si pudiese defenderlas con alguna buena razón, de que las tratase así la comedia. Pues dice:

»—Demás desto, acaban á sus maridos, porque su primero y principal cuidado es el sacarles algo, y el pelar á los tristes mezquinos; esta es su obra, y todas las demás en su comparación les son accesorias. ¿Es por ventura alguna dellas pequeña? embute los chapines de corcho; ¿es otra muy luenga? trae una suela sencilla; y anda la cabeza metida en los hombros, y hurta esto al altor (1); ¿es falta de carnes? afórrase de manera que todos dicen que no hay más que pedir; ¿crece en barriga? estréchase con fajas, como si *tranzase* (2) el cabello, con que va derecha y *cen-ceña* (3), sumida de vientre; como con puntales hace la ropa adelante; ¿es bermeja de cejas? encúbrelas con hollín; ¿es acaso morena? anda luego el albayalde por alto; ¿es demasiadamente muy blanca? friégase con la tez del húmero; ¿tiene algo que sea hermoso? siempre lo trae descubierto; pues que si los dientes son buenos, forzoso es que se ande riendo. Y para que vean todos que tiene gentil boca, aunque no esté alegre, todo el santo día se ríe, y trae entre los dientes siempre algún palillo de murta delgado, para que, quiera que no, en todos tiempos esté abierta la boca.

narios de la lengua castellana que he visto á este fin, no pongo duda alguna en que su significado son las cejas, pues además de persuadirlo así el contexto, se infiere claramente por el original en griego de san Clemente Alejandrino, que dice desta suerte: *καὶ ταῖς οὐρύσι τηράσθολην ἀνα ματτομεναι*; lo cual vierten los intérpretes: *Et supercilia fuligine illinum*.

(1) Es voz que no se usa ya. Dicese ahora altura.

(2) Tranzar es lo mismo que trenzar.

(3) Vale tanto como delgada.

»Esto he alegado de las letras profanas, como para remedio contra este mal artificio y deseo excesivo del afeite, porque Dios procura nuestra salud por todas las vías posibles; mas luego apretaré con las letras sagradas, que al malo público natural es apartarse de aquello en que peca, siendo reprehendido por la vergüenza que padece. Pues así como los ojos vendados ó la mano envuelta en emplastos, á quien lo ve hace indicio de enfermedad, así el color postizo y los afeites de fuera dan á entender que el alma en lo de dentro está enferma.

»Amonesta nuestro divino Ayo y Maestro que no lleguemos al río ajeno, figurando por el río ajeno la mujer destemplada y deshonesta, que corre para todos, y que para el deleite de todos se derrama con posturas lascivas.

»—Contiéndete, dice (1), del agua ajena, y de la fuente ajena no bebas;—amonestándonos que huyamos la corriente de semejante deleite, si queremos vivir luengamente, porque el hacerlo así añade años de vida.

»Grandes vicios son los de comer y beber, pero no tan grandes, con mucha parte, como la afición excesiva del aderezo y afeite; para satisfacer el gusto la mesa llena basta, y la taza abundante; mas á las aficionadas á los oros, á los carmesíes y á las piedras preciosas, no les es suficiente ni el oro que hay sobre la tierra ó en sus entrañas della, ni la mar de Tiro, ni lo que viene de Etiopía, ni el río Pactolo, que corre oro, ni aunque se transformen en Midas, quedarán satisfechas algunas dellas, sino pobres siempre y deseando más siempre, aparejadas á morir con el haber.

»Y si es la riqueza ciega, como de veras lo es, las que tienen puesta en ella toda su afición y sus ojos ¿cómo no serán ciegas? Y es que, como no ponen término á su mala codicia, vienen á dar en licencia desvergonzada, porque les es necesario el teatro y la procesión y la muchedumbre de los miradores, y el vaguear por las iglesias y el dete-

(1) Eccle 1ast., cap. 25, v. 30.

nerse en las calles para ser contempladas de todos, porque cierto es que se aderezan para contentar á los otros.

»Dice Dios, por Hieremías (1):

»—Aunque te rodees de púrpura y te enjeyes con oro y te pintes los ojos con alcohol, vana es tu hermosura.

»Mas ¿qué desconcierto tan grande que el caballo y el pájaro y todos los demás animales de la hierba y del prado salgan alindados cada uno con su propio aderezo, el caballo con crines, el pájaro con pinturas diversas, y todos con su color natural, y que la mujer, como de peor condición que las bestias, se tenga á sí misma en tanto grado por fea, que haya menester hermosura postiza, comprada y sobrepuesta?

»Preciadoras de lo hermoso del rostro, y no cuidadosas de lo feo del corazón; porque sin duda, como el hierro en la cara del esclavo muestra que es fugitivo, así las floridas pinturas del rostro son señal y pregón de ramera. Porque los volantes y las diferencias de los tocados, y las invenciones del coger los cabellos, y los visajes que hacen dellos, que no tienen número, y los espejos costosos, á quien se aderezan, para cazar á los que, á manera de niños ignorantes hincan los ojos en las buenas figuras, cosas son de mujeres *raidas* (2), y tales, que no se engañará quien peor las nombrare, transformadoras de sus caras en máscaras.

»Dios nos avisa que no atendamos á lo que parece, sino á lo que se encubre (3); porque es lo que se ve temporal, y lo que no, sempiterno; y ellas locamente inventan espejos, adonde, como si fuera alguna cosa loable, se vea artificiosa figura, á cuyo engaño le venía mejor la cubierta y el velo. Que, como cuenta la fábula, á Narciso no le fué útil el haber contemplado su rostro. Y si veda Moisés (4) á los hombres que no hagan alguna imagen, compitiendo en el arte

(1) Hierem., cap. 4, v. 30.

(2) Libres y desvergonzadas.

(3) II, Ad corinth., cap. 4, v. 2.

(4) Exod., cap. 20, v. 4. Deuteron., cap. 5, v. 8.

con Dios, ¿cómo les será á las mujeres licito en sus mismas caras formar nuevos gestos en revocación de lo hecho?

»Al profeta Samuel cuando Dios le envió á ungir en rey á uno de los hijos de José, paresciéndole que el más anciano dellos era hermoso y dispuesto, y queriéndole ungir, díjole Dios:

»—No mires á su rostro ni atiendas á su buena disposición de ese hombre que le tengo desechado; que el hombre mira á los ojos y Dios tiene cuenta con el corazón (1).

»Y así, el Profeta no ungió al hermoso de cuerpo, sino consagró al hermoso de ánimo. Pues si la belleza de cuerpo, aun aquella que es natural, tiene Dios en tanto menos que la belleza del alma, ¿qué juzgará de la postiza y fingida el que todo lo falso desecha y aborrece?

»En fe caminamos, y no en lo que es evidente á la vista (2).—Manifiestamente nos enseñó en Abraham el Señor que ha de menospreciar quien le siguiere la parentela, la tierra, la hacienda y riquezas y bienes visibles (3). Hízole peregrino, y luego que despreció su natural y el bien que se veía, le llamó amigo suyo; y era Abraham noble en tierra y muy abundante en riqueza, que, como se lee (4), cuando venció á los reyes que prendieron á Lot, armó de sola su casa trescientas y diez y ocho personas.

»Sola es Ester la que hallamos (5) haberse aderezado sin culpa, porque se hermosteó con misterio y para el Rey, su marido; demás de que aquella su hermosura fué rescate de toda una gente condenada á la muerte; y así, lo que se concluye de todo lo dicho es, que el afeitarse y el hermostearse, á las mujeres hace rameras y á los hombres hace afeminados y adúlteros, como el poeta trágico lo dió bien á entender cuando dijo:

(1) Lib. I Regum, cap. 16, v. 7.

(2) II, Ad corinth., cap. 5, v. 7.

(3) Genes., cap. 12, v. 1.

(4) Genes., cap. 14, v. 14.

(5) Esther., cap. 5, v. 1.

De Frigia vino á Esparta el que juzgara,
según lo dice el cuento de los griegos,
las diosas ; hermosísimo en vestido,
en oro reluciente, y rodeado
de traje barbaresco y peregrino.
Amó, y partióse así, llevando hurtada
á quien también le amaba, al monte de Ida,
estando Menelao de casa ausente.

» ¡Oh belleza adúltera ! El aderezo bárbaro trastornó á toda Grecia. Á la honestidad de Lacedemonia corrompió la vestidura, la policía y el rostro. El ornamento excesivo y peregrino hizo ramera á la hija de Júpiter.

» Mas en aquellos no fué gran maravilla, que no tuvieron maestro que les cercenase los deseos viciosos, ni menos quien les dijese: — No fornicarás, ni desearás fornicar ;— que es decir: No caminarás al *fornicio* (1) con el deseo, ni encenderás su apetito con el afeite, ni con el exceso del aderezo demasiado.»

Hasta aquí son palabras de san Clemente. Y Tertuliano, varón doctísimo y vecino á los apóstoles, dice (2):

« Vosotras tenéis obligación de agradar á solos vuestros maridos. Tanto más los agradaréis á ellos, cuanto menos procurarédes parecer bien á los otros. Estad seguras. Ninguna á su marido le es fea ; cuando la escogió se agradó porque ó sus costumbres ó su figura se la hicieron amable. No piense ninguna que si se compone templadamente la aborrecerá ó desechará su marido, que todos los maridos apetecen lo casto. El marido cristiano no hace caso de la buena figura, porque no se ceba de lo que los gentiles se ceban ; el gentil en ser cosa nuestra la tiene por sospechosa, por el mal que de nosotros juzga. Pues dime, tu belleza ¿ para quién la aderezas, si ni el gentil la cree, ni el cristiano la pide ? ¿ Para qué te desentrañas por agradar al receloso ó al no deseoso ? Y no digo esto por induciros á

(1) Vale lo mismo que fornicación. Es voz que ya no se usa.

(2) Lib. *De culta faminarum*.

que seáis algunas desaliñadas y fieras, ni os persuado el desaseo, sino dígoos lo que pide la honestidad, el modo, el punto, la templanza con que aderezaréis vuestro cuerpo. No habéis de exceder de lo que al aderezo simple y limpio se debe, de lo que agrada al Señor; porque sin duda le ofenden las que se untan con unciones de afeites el rostro, las que manchan con arrebol las mejillas, las que con hollín alcoholan los ojos; porque sin duda les desagrade lo que Dios hace, y arguyen en sí mismas de falta á la obra divina, reprehenden al Artífice que á todos nos hizo. Reprehéndenle, pues le enmiendan, pues le añaden. Que estas añadiduras tómanlas del contrario de Dios, esto es, del demonio, porque, ¿quién otro será maestro de mudar la figura del cuerpo, sino el que transformó en malicia la imagen del alma? Él sin duda es el que compuso este artificio, para en nosotros poner en Dios las manos en cierta manera. Lo con que se nace, obra de Dios es; lo que se finge y *artiza* (1), obra será del demonio. Pues ¿qué malidad, á la obra de Dios sobreponer lo que ingenia el demonio? Nuestros criados no toman ni prestado de los que nos son enemigos; el buen soldado no desea mercedes del que á su capitán es contrario, que es aleve encargarse del enemigo de aquel á quien sirve, y recibir ayuda y favor de aquel malo el cristiano, si ya le llamo bien con tal nombre, si es ya Cristo. Porque más es de aquel cuyas enseñanzas aprende.

»Mas, ¡cuán ajena cosa es de la enseñanza cristiana de lo que profesáis en la fe! ¡Cuán indigno del nombre de Cristo traer cara postiza, las que se os mandó que en todo guardéis sencillez; mentir con el rostro, las que se os veda mentir con la lengua; apetecer lo que no se os da, las que os debéis abstener de lo ajeno; buscar el parecer bien, las que tenéis la honestidad por oficio! Creedme, benditas; mal guardaréis lo que Dios os manda, pues no conserváis

(1) Artizar es lo mismo que hacer por arte. No está en uso.

las figuras que os pone. Y aun hay quien con azafrán muda de su color los cabellos. Afréntanse de su nación; duélense por no haber nacido alemanas ó inglesas, y así procuran desnaturalizarse en el cabello siquiera. Mal agüero se hacen colorando su cabeza de fuego. Persuádense que les está bien lo que ensucian. Ó cierto, las cabezas mismas padecen daño con la fuerza de las lejías. Y cualquier agua, aunque sea pura, acostumbrada en la cabeza, destruye el cerebro, y más el ardor del sol con que secan el cabello y le avivan. ¿Qué hermosura puede haber en daño semejante, ó qué belleza en una suciedad tan enorme? Poner la cristiana en su cabeza azafrán, es como ponerlo al ídolo en el altar; porque, en todo lo que se ofrece á los espíritus malos, sacados los usos necesarios y saludables á que Dios lo ordenó, el usar dello puede ser habido por cultura de ídolos.

»Mas dice el Señor (1): «¿Quién de vosotras puede mudar su cabello ó de negro en blanco ó de blanco en negro?» ¿Quién? Estas que desmienten á Dios. Veis, dicen, en lugar de hacerle de negro blanco, le hacemos rubio, que es mudanza más fácil. Demás de que, también procuran de mudarle de blanco en negro las que les pesa de haber llegado á ser viejas! ¡Oh desatino, oh locura, que se tiene por vergonzosa la edad deseada, que no se asconde el deseo de hurtar de los años, que se desea la edad pecadora, que se repara y se remedia la ocasión del mal hacer! ¡Dios os libre á las que sois hijas de la sabiduría, de tan grande necesidad! La vejez se descubre más cuando más se procura encubrir. ¿Esa debe de ser sin duda la eternidad que se nos promete, traer moza la cabeza? ¿Esa la incorruptibilidad de que nos vestiremos en la casa de Dios, la que da la inocencia? Bien os dais prisa al Señor, bien os apresuráis por salir deste malvado siglo las que tenéis por feo el estar vecinas á la salida. Á lo menos decidme, ¿de qué os

(1) Matth., cap. 5, v. 36.

sirve esta pesadumbre de aderezar la cabeza? ¿Porqué no se les permite que reposen á vuestros cabellos, ya trenzados, ya sueltos, ya derramados, ya levantados en alto? Unas gustan de recogerlos en trenzas, otras los dejan andar sin orden y que vuelen ligeros con sencillez nada buena; otras, demás desto, les añadís y apegáis no sé qué monstruosas demasias de cabellos postizos, formados á veces como *chapeo* (1), ó como vaina de la cabeza, ó como corbetera de vuestra mollera, á veces echados á las espaldas, ó sobre la cerviz empinados. ¡Maravilla es cuánto procuráis estrellaros con Dios, contradecir sus sentencias! Sentenciado está (2) que «ninguno pueda acrecentar su estatura.» Vosotras, si no á la estatura, á lo menos añadís al peso, poniendo también sobre vuestras caras y cuellos no sé qué costras de saliva y de masa. Si no os avergonzáis de una cosa tan desmedida, avergonzáos siquiera de una cosa tan sucia. No pongáis, como iguales, sobre vuestra cabeza santa y cristiana los despojos de otra cabeza por ventura sucia, por ventura criminosa y ordenada al infierno. Antes alanzad de vuestra cabeza libre esa como postura servil. En balde os trabajáis por parecer bien tocadas, en balde os servís en el cabello de los maestros que mejor lo aderezan, que el Señor manda que lo cubráis (3). Y creo que lo mandó porque algunas de vuestras cabezas jamás fuesen vistas. Plegue á él que yo, el más miserable de todos, en aquel público y alegre día del regocijo cristiano alce la cabeza, siquiera puesto á vuestros pies, que entonces veré si resucitáis con albayalde, con colorado, con azafrán, con esos rodetes de la cabeza, y veré si á la que saliere así pintada la subirán los ángeles en las nubes al recibimiento de Cristo. Si son estas cosas buenas, si son de Dios, también entonces se vendrán á los cuerpos y resucitarán, y cada

(1) Lo mismo que sombrero. Es voz anticuada.

(2) Matth., cap. 6, v. 27.

(3) I, Ad corinth., cap. 11.

una conocerá su lugar. Pero no resucitarán más de la carne y el espíritu puros. Luego las cosas que ni resucitarán con el espíritu, ni con la carne, porque no son de Dios, condenadas cosas son. Absteneos pues de lo que es condenado. Tales os vea Dios ahora, cuales os ha de ver entonces.

»Mas diréis que yo, como varón y como de linaje contrario, vedo lo lícito á las mujeres, como si permitiese yo algo desto á los hombres. ¿Por ventura el temor de Dios y el respeto de la gravedad que se debe; no quita muchas cosas á los varones también? Porque sin ninguna duda, así á los varones por causa de las mujeres, como á las mujeres por contemplación de los hombres, les nace de su naturaleza viciosa el deseo de bien parecer. Que también nuestro linaje sabe hacer sus embustes: sabe *atusarse* (1) la barba, entresacarla, ordenar el cabello, componerle, dar color á las canas, y quitar, luego que comienza á nacer, el vello del cuerpo, pintarle en partes con afeites afeminados, y en partes alisarle con polvos de cierta manera; sabe consultar el espejo en cualquiera ocasión, ó mirarse en él con cuidado.

»Mas la verdad es, que el conocimiento que ya profesamos de Dios, y el despojo del desear aplacer, y la pausa que prometemos de los excesos viciosos, huye destas cosas todas, que en sí no son de fruto, y á la honestidad hacen notable daño. Porque adonde Dios está, allí está la limpieza, y con ella la gravedad, ayudadora y compañera suya. Pues ¿cómo seremos honestos si no curamos de lo que sirve á la honestidad como propio instrumento, que es el ser graves? Ó ¿cómo conservaremos la gravedad, maestra de lo honesto y de lo casto, si no guardamos lo severo así en la cara como en el aderezo, como en todo lo que en nuestro cuerpo se ve? Por lo cual también en los vestidos poned tasa con diligencia, y desechad de vos-

(1) Atusár significa propiamente cortar el pelo con tijera.

otras y dellos las galas demasiadas; porque, ¿qué sirve traer el rostro honesto y aderezado con la sencillez que pide nuestra profesión y doctrina, y lo demás del cuerpo rodeado de esas burlerías de ropas agironadas y pompasas y regaladas? Que fácil es de ver cuán junta anda esa pompa con la lascivia, y cuán apartada de las reglas honestas, pues ofrece al apetito de todos la gracia del rostro, ayudada con el buen atavío; tanto, que si esto falta, no agrada aquello, y queda como descompuesto y perdido. Y al revés, cuando la belleza del rostro falta, el lucido traje cuasi suple por ella. Aun á las edades quietas ya y metidas en el puerto de la templanza, las galas de los vestidos lucidos y ricos las sacan de sus casillas, é inquietan con ruines deseos su madurez grave y severa, pensando más el sainete del traje, que la frialdad de los años.

»Por tanto, benditas, lo primero, no deis entrada en vosotras á las galas y riquezas de los vestidos, como á rufianes que sin duda son y alcahuetes; lo otro, cuando alguna usare de semejantes arreos, forzándola á ello ó su linaje ó sus riquezas ó la dignidad de su estado, use dellos con moderación cuanto le fuere posible, como quien profesa castidad y virtud, y no dé riendas á la licencia con color que le es fuerza; porque, ¿cómo podremos cumplir con la humildad que profesamos los que somos cristianos, si no cobijáis como con tierra el uso de vuestras riquezas y galas que sirve á la vanagloria? Porque la vanagloria anda con la hacienda. Mas diréis: ¿No tengo de usar de mis cosas? ¿Quién os lo veda que uséis? Pero usad conforme al Apóstol, que nos enseña (1) que usemos deste mundo como si no usásemos dél. Porque, como dice, «todo lo que en él se parece vuela. Los que compraren, dice, compren como si no poseyesen (2).» Y esto ¿por qué? Porque había dicho primero (3), «el tiempo se acaba.» Y

(1) I, Ad corinth., cap. 7, v. 13.

(2) Ibid., v. 30.

(3) Ibid., v. 29.

si el Apóstol muestra que aun las mujeres han de ser tenidas como si no tuviesen, por razón de la brevedad de la vida, ¿qué será destas sus vanas alhajas? ¿Por ventura muchos no lo hacen así, que se ponen en vida casta por el reino del cielo, privándose de su voluntad del deleite permitido y tan poderoso? ¿No se ponen entredicho algunos de las cosas que Dios cría, y se contienen del vino y se destierran del comer carne, aunque pudieran gozar dello sin peligro ni solicitud, pero hacen sacrificio á Dios de la afición de sí mismos en la abstinencia de los manjares? Harto habéis gozado ya de vuestras riquezas y regalos, harto del fruto de vuestras dotes. ¿Habéis por caso olvidado lo que os enseña la voz de salud? Nosotros somos aquellos en quien vienen á concluirse los siglos (1); nosotros á los que, siendo ordenados de Dios antes del mundo para sacar provecho y para dar valor á los tiempos (2), nos enseña él mismo (3) que castigemos, ó como si dijésemos, que castremos el siglo; nosotros somos la circuncisión general de la carne y del espíritu (4), porque cercenamos todo lo seglar del alma y del cuerpo. ¿Dios sin duda nos debió de enseñar cómo se cocerían las lanas, ó en el zumo de las hierbas ó en la sangre de las ostras? ¿Olvidósele, cuando lo crió todo, mandar que naciesen ovejas de color de grana ó moradas? ¿Dios debió de inventar los telares do se tejen y labran las telas, para que labrasen y tejiesen las telas delicadas y ligeras, y pesadas en solo el precio? ¿Dios debió de sacar á luz tantas formas de oro para luz y ornamento de las piedras preciosas? ¿Dios enseñaría horadar las orejas con malas heridas, sin tener respeto al tormento de su criatura, ni al dolor de la niñez, que entonces se comienza á doler, para que de aquellos agujeros del cuerpo, soldadas ya las heridas, cuelguen no

(1) I, Ad corinth., cap. 10, v. 11.

(2) Ad ephes., cap. 1, v. 4.

(3) II, Ad corinth., cap. 6, v. 9.

(4) Ad philippens., cap. 3, v. 3.

sé qué malos granos? Los cuales los partos se engieren por todo el cuerpo en lugar de hermosura; y aun hay gentes que al mismo oro, de que hacéis honra y gala vosotras, le hacen servir de prisiones, como en los libros de los gentiles se escribe. De manera que estas cosas, por ser raras, son buenas, y no por sí. La verdad es, que los ángeles malos fueron los que las enseñaron, ellos descubrieron la materia, y los mismos demostraron el arte. Juntóse con el ser raro la delicadez del artificio, y de allí nació el precio, y del precio la mala codicia que dello las mujeres tienen, las cuales se pierden por lo precioso y costoso. Y porque estos mismos ángeles que descubrieron los metales ricos, digo la plata y el oro, y que enseñaron cómo se debían labrar, fueron también maestros de las tinturas con que los rostros se embellecen y se coloran las lanas, por eso fueron condenados de Dios, como en Enoch se refiere.

»Pues ¿en qué manera agradaremos á Dios, si nos preciamos de las cosas de aquellos que despertaron contra sí la ira y el castigo de Dios? Mas háyalo Dios enseñado, háyalo permitido, nunca Esaías (1) haya dicho mal de las púrpuras, de los joyeles; nunca haya embotado las ricas puntas de oro; pero no por eso, haciendo lisonja á nuestro gusto, como los gentiles lo hacen, debemos tener á Dios por maestro y por inventor destas cosas, y no por juez y pesquisidor del uso dellas. ¡Cuánto mejor y con más aviso andaremos si presumiéremos que Dios lo proveyó todo y lo puso en la vida para que hubiese en ella alguna prueba de la templanza de los que le siguen! De manera que, en medio de la licencia del uso, se viesse por experiencia él templado. ¿Por ventura los señores que bien gobiernan sus casas no dejan de industria algunas cosas á sus criados, y se las permiten, para experimentar en qué manera usan dellas, si moderadamente, si bien, pues que loado es allí el que se abstiene de todo, el que se recela de la con-

(1) Ad philippens., cap. 3.

descendencia del amo? Así pues, como dice el Apóstol (1), «todo es lícito, pero no edifica todo.»

»El que se recelare en lo lícito, ¡cuánto mejor temerá lo vedado! Decidme qué causa tenéis para mostraros tan enjaezadas, pues estáis apartadas de lo que á las otras las necesita; porque ni vais á los templos de los ídolos, ni salís á los juegos públicos, ni tenéis que ver con los días de fiesta gentiles; que siempre por causa destes ayuntamientos, y por razón de ver y de ser vistas se sacan á plaza las galas, ó para que negocie lo deshonesto, ó para que se engría lo altivo, ó para hacer el negocio de la deshonestidad, ó para fomentar la soberbia.

»Ninguna causa tenéis para salir de casa, que no sea grave y severa, que no pida estrechez y encogimiento; porque, ó es visita de algún infiel enfermo, ó es ver la misa ó el oír la palabra de Dios. Cada cosa destas es negocio santo y grave, y negocio para que no es menester vestido y aderezo, ni extraordinario, ni polido, ni disoluto. Y si la necesidad de la amistad ó de las buenas obras os llama á que veáis los infieles, pregunto, ¿por qué no iréis aderezadas de lo que son vuestras armas, por eso mismo, porque vais á las que son ajenas de vuestra fe, para que haya diferencia entre las siervas del demonio y de Dios? ¿Para que les sea como ejemplo y se edifiquen de veros? ¿Para que, como dice el Apóstol, sea Dios ensalzado en vuestro cuerpo? Y es ensalzado con la honestidad y con el hábito que á la honestidad le conviene. Pero dicen algunas: Antes porque no blasfemen de su nombre en nosotras, si ven que quitamos algo de lo antiguo que usábamos; luego no quitamos de nosotros los vicios pasados. Seamos de unas mismas costumbres, pues queremos ser de un mismo traje, y entonces con verdad ¿no blasfemarán de Dios los gentiles? ¡Gran blasfemia es, por cierto, que se diga de alguna que anda pobre, después que es cristiana! ¿Temerá nadie de

(1) Ad corinth., cap. 10, v. 23.

parecer pobre después que es más rica, ó de parecer sin aseo después que es limpia? Pregunto á los cristianos, ¿cómo les conviene que anden, conforme al gusto de los gentiles, ó conforme al de Dios?

»Lo que hábamos de procurar es, no dar causa á que con razón nos blasfemen. ¡Cuánto será más digno de blasfemia si las que sois llamadas sacerdotes de honestidad salís vestidas y pintadas como las deshonestas se visten y afeitan, ó que más hacen aquellas miserables que se sacrifican al público deleite y al vicio, á las cuales, si antiguamente las leyes las apartaron de las matronas y de los trajes que las matronas usaban, ya la maldad deste siglo, que siempre crece, las ha igualado en esto con las honestas mujeres, de manera que no se pueden reconocer sin error! Verdad es que las que se afeitan como ellas, poco se diferencian dellas, verdad es que los afeites de la cara, las escrituras nos dicen que andan siempre con el cuerpo *burdel* (1), como debidos á él y como sus allegados. Que aquella poderosa ciudad, de quien se dice (2) que preside sobre siete montes, y quien mereció que la llamase ramera Dios, ¿con qué traje, veamos, corresponde á su nombre? En carmesí se asienta sin duda, y en púrpura y en oro y en piedras preciosas, que son cosas malditas, y sin que pintada ser no pudo la que es ramera maldita. La Thamar, porque se engalanó y se pintó, por eso á la sospecha de Judas fué tenida por mujer que vendía su cuerpo (3); y como la encubría el rebozo, y como el aderezo daba á entender ser ramera, hizo que la tuviese por tal; quísola y recuestóla, y puso su concierto con ella. De adonde aprendemos que conviene en todas maneras cortar el camino aun á lo que hace mala sospecha de nosotros. Que ¿por qué la entereza del ánima casta ha de querer ser manchada con la sospecha ajena? ¿Por qué se esperará de vos lo que huís como

(1) Se toma como adjetivo, y es lo mismo que torpe ó lujurioso.

(2) Apocalyp., cap. 17.

(3) Genes., cap. 38, v. 14, 15, 16, 17, 18.

la muerte? ¿Por qué mi traje no publicará mis costumbres, para que, por lo que el traje dice, no ponga llaga la torpeza en el alma, y para que pueda ser ténida por honesta la que desama el ser deshonesto? Mas dirá por caso alguna: No tengo necesidad de satisfacer á los hombres, ni busco el ser aprobada dellos; «Dios es el que ve el corazón (1).» Todos sabemos eso, mas también nos acordamos de lo que él mismo por su Apóstol escribe: «Vean los hombres que vives bien (2).» Y ¿para qué, sino para que la mala sospecha no os toque, y para que seáis buen ejemplo á los malos, y ellos os den testimonio? Ó ¿qué es, si esto no es? Resplandezcan vuestras buenas obras; ó ¿para qué nos llama el Señor luz de la tierra (3)? ¿Para qué nos compara á ciudad puesta en el monte, si nos sumimos y lucir no queremos en las tinieblas? Si ascondiéredes debajo del clemín la candela de vuestra virtud, forzoso será quedaros á oscuras, y de fuerza estropezarán en vosotras diversas gentes.

»Las obras de buen ejemplo, estas son las que nos hacen lumbreras del mundo; que el bien entero y cabal no apeetece lo oscuro, antes se goza en ser visto, y en ser demostrado se alegra. Á la castidad cristiana no le basta ser casta, sino parecer también que lo es; porque ha de ser tan cumplida, que del ánima mane al vestido, y del secreto de la conciencia salga á la sobrehaz para que se vean sus alhajas de fuera, y sean cual convienen ser para conservar perpetuamente la fe.

»Porque conviene mucho que desechemos los regalos muelles, porque su blandura y demasía excesiva afeminan la fortaleza de la fe y la enflaquecen. Que cierto no sé yo si la mano acostumbrada á vestirse del guante sufrirá pasarse con la dureza de la cadena, ni sé si la pierna hecha al calzado bordado consentirá que el cepo la estreche.

(1) I, Reg., cap. 16, v. 7. Ps. VII, v. 10.

(2) Ad philippens., cap. 4, v. 5.

(3) Matth., 5, v. 14.

Temo mucho que el cuello embarazado con los lazos de las esmeraldas y perlas no dé lugar á la espada. Por lo cual, benditas, ensayémonos en lo más áspero, y no sentiremos. Dejemos lo apacible y alegre, y luego nos dejará su deseo. Estemos aprestadas para cualquier suceso duro, sin tener cosa que temamos perder; que estas cosas ligaduras son que detienen nuestra esperanza. Desechemos las galas del suelo si deseamos las celestiales. No améis el oro, que fué materia del primer pecado del pueblo de Dios (1). Obligadas estáis á aborrecer lo que fué perdición de aquella gente; lo que apartándose de Dios, adoró; y aun ya desde entonces el oro es yesca del fuego. Las sienes y frentes de los cristianos en todo tiempo, y en este principalmente, no el oro, sino el hierro, las traspasa y enclava. Las estolas del martirio nos están prestas y á punto. Los ángeles las tienen en las manos para vestirnoslas. Salid, salid aderezadas con los afeites y con los trajes vistosos de los apóstoles. Poneos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad; alcoholad con la vergüenza los ojos, y con el espíritu modesto y callado. En las orejas poned como arracadas las palabras de Dios. Añudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo. Subjetad á vuestros maridos vuestras cabezas, y quedaréis así bien hermosas. Ocupad vuestras manos con la lana, enclavad en vuestra casa los pies, y agradarán más así que si los cercásedes de oro. Vestid seda de bondad, Holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que afeitadas desta manera, será vuestro enamorado el Señor. Esto es el Tertuliano.»

Mas no son necesarios los arroyos, pues tenemos la voz del Espíritu Santo, que por la boca de sus apóstoles, san Pedro y san Pablo, condena este mal clara y abiertamente. Dice san Pedro (2):

«Las mujeres estén sujetas á sus maridos, las cuales ni

(1) Exod., cap. 32.

(2) I, Pet., cap. 3, v. 1, 3, 4, 5.

traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras preciosas, sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazón escondido. La entereza y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios; que desta manera en otro tiempo se aderezaban aquellas santas mujeres.»

Y san Pablo escribe semejantemente (1): « Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados y sin oro y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras.»

Este, pues, sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara, hagan como hacía alguna señora deste reino. Tiendan las manos y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirvienta les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte della en la boca y laven las encías, y tornen los dedos por los ojos y llévenlos por los oídos, y detrás de los oídos también, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen, y después, dejando el agua, limpiense con un paño áspero, y queden así más hermosas que el sol. Añade:

§. XIII

La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz suerte y bendición de su marido

Señalado en las puertas su marido cuando se asentare con los gobernadores del pueblo (2).

En las puertas de la ciudad eran antiguamente las plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces y de los que se juntaban para consultar sobre el

(1) I, Ad timoth., cap. 2, v. 9.

(2) Vers. 23.

buen gobierno y regimiento del pueblo. Pues dice que en las plazas y lugares públicos, y adonde quiera que se hi-
ciere junta de hombres principales, el hombre cuya mujer
fuere cual es la que aquí se dice, será por ella conocido y
señalado ypreciado entre todos. Y dice esto Salomón, ó en
Salomón el Espíritu Santo, no sólo para mostrar cuánto
vale la virtud de la buena, pues da honra á sí y ennoblece
á su marido, sino para enseñarle en esta virtud de la per-
fecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo della,
y la raya hasta donde ha de llegar, que es el ser corona y
luz y bendición y alteza de su marido; pues es así que
todos conocen y cantan y reverencian, y tienen por dicho-
so y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte;
lo uno por haberle cabido, porque no hay joya ni posesión
tan preciada, ni envidiada como la buena mujer; y lo otro,
por haber merecido que le cupiese; porque, así como este
bien es precioso y raro, y dón propiamente dado de Dios,
así no le alcanzan de Dios sino los que, temiéndole y sir-
viéndole, se lo merecen con señalada virtud. Así lo testifica
el mismo Dios en el *Eclesiástico* (1): «Suerte buena es la
mujer buena, y es parte de buen premio de los que sirven
á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.» De
arte que el que tiene buena mujer es estimado por dichoso
en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido tener. De
donde se entiende que el carecer deste bien, en muchos
es por su culpa dellos. Porque á la verdad, el hombre vi-
cioso y distraído y de *aviesa* (2) y revesada condición, que
juega su hacienda, y es un león en su casa, y sigue á rien-
da suelta la deshonestidad, no espere, ni quiera tener buena
mujer; porque ni la merece, ni Dios la quiere á ella tan
mal, que la quiera juntar á compañía tan mala, y porque
él mismo con su mal ejemplo y vida desvariada la estraga
y corrompe. Pero torna Salomón á lo casero de la mujer, y
dice:

(1) *Ecclesiast.*, cap. 26, v. 3.

(2) Mal inclinada.

§. XIV

La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no sólo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra

Lienzo tejió y vendiólo; franjas dió al cananeo (1)

Cananeo llama al mercader y al que decimos cajero, porque los de aquella nación ordinariamente trataban desto, como si dijésemos ahora al portugués. Y va siempre añadiendo una virtud á otra virtud, y lleva poco á poco á su mayor perfección esta pintura que hace, y quiere que la industria y cuidado de la buena casada llegue, no sólo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra, y que las sobras las venda, y las convierta en riqueza suya y en arreo y provisión ajena. Y baste lo que ya acerca desto arriba tenemos dicho.

§. XV

De la templanza y medio que ha de observar la perfecta mujer en su condición y trato

Fortaleza y buena gracia su vestido, reirá hasta el día postrero (2).

Aunque esta buena casada ha de ser para mucho, que es lo que aquí Salomón llama fortaleza, no por eso tiene licencia para ser desabrida en la condición, y en su manera y trato desgraciada; sino, como el vestido ciñe y rodea todo el cuerpo, así ella toda y por todas partes ha de andar cercada y como vestida de un valor agraciado y de una gracia valerosa. Quiero decir, que ni la diligencia, ni la vela, ni la asistencia á las cosas de su casa la ha de hacer áspera y terrible, ni menos la buena gracia y la apacible

(1) Vers. 24.

(2) Vers. 25.

habla, semblante ha de ser muelle, ni desatado. Sino que templando con lo uno lo otro, conserve el medio en ambas á dos cosas, y haga de entrambas una agradable y excelente mezcla. Y no ha de conservar por un día ó por un breve espacio aqueste tener, sino por toda la vida, hasta el día postrero della. Lo cual es propio de todas las cosas que, ó son virtud ó tienen raíz en la virtud, ser perseverantes y casi perpetuas, y en esto se diferencian de las no tales; que estas, como nacen de antojo, duran por antojo; pero aquellas, como se fundan en firme razón, permanecen por luengos tiempos. Y los que han visto alguna mujer de las que se allegan á esta que aquí se dice, podrán haber experimentado lo uno y lo otro. Lo uno, que á todo tiempo y á toda sazón se halla en ella dulce y agradable acogida; lo otro, que esta gracia y dulzura suya no es gracia que desata el corazón del que la ve, ni le enmollece, antes le pone concierto y le es como una ley de virtud, y así le deleita y aficiona, que juntamente le limpia y purifica; y borrando dél las tristezas, lava las torpezas también; y es gracia que aun la engendra en los miradores. Y la fuerza della, y aquello en que propiamente consiste, lo declara más enteramente lo que se sigue:

§. XVI

Cuánto importa que las mujeres no hablen mucho y que sean apacibles
y de condición suave

Su boca abrió en sabiduría, y ley de piedad en su lengua (1).

Dos cosas hacen y componen este bien de que vamos hablando, razón discreta y habla dulce. Lo primero llama sabiduría, y piedad lo segundo, ó por mejor decir, blandura. Pues entre todas las virtudes sobredichas, ó para decir

(1) Vers. 26.

verdad, sobre todas ellas, la buena mujer se ha de esmerar en esta, que es ser sabia en su razón y apacible y dulce en su hablar. Y podemos decir que con esto lucirá y tendrá como vida todo lo demás de virtud que se pone en esta mujer, y que sin ello quedará todo lo otro como muerto y perdido. Porque una mujer necia y parlera, como lo son de continuo las necias, por más bienes otros que tenga, es intolerable negocio. Y ni más, ni menos la que es brava y de dura y áspera conversación, ni se puede ver, ni sufrir. Y así, podemos decir que todo lo sobredicho hace como el cuerpo desta virtud de la casada que dibujamos; mas esto de ahora es como el alma y es la perfección y el remate y la flor de todo este bien. Y cuanto toca á lo primero, que es cordura y discreción ó sabiduría, como aquí se dice, la que de suyo no la tuviere ó no se la hubiere dado el dón de Dios, con dificultad la persuadiremos á que le falta y á que la busque. Porque lo más propio de la necedad es no conocerse y tenerse por sabia. Y ya que la persuadamos, será mayor dificultad ponerla en el buen saber, porque es cosa que se aprende mal cuando no se aprende en la leche. Y el mejor consejo que les podemos dar á las tales, es rogarles que callen y que ya que son poco sabias, se esfuercen á ser mucho calladas. Que como dice el Sabio (1): « Si calla el necio, á las veces será tenido por sabio y cuerdo.» Y podrá ser así; que callando y oyendo, y pensando primero consigo lo que hubieren de hablar, acierten á hablar lo que merezca ser oído. Así que, deste mal esta es la medicina más cierta, aunque ni es bastante medicina, ni fácil. Mas, como quiera que sea, es justo que se precien de callar todas, así aquellas á quien les conviene encubrir su poco saber, como aquellas que pueden sin vergüenza descubrir lo que saben; porque en todas es, no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco. Y el abrir su boca en sabiduría, que

(1) Proverb., cap. 17, v. 28.

el Sabio aquí dice, es no la abrir sino cuando la necesidad lo pide, que es lo mismo que abrirla templadamente y pocas veces, porque son pocas las que lo pide la necesidad. Porque, así como la naturaleza, como dijimos y diremos, hizo á las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obliga á que cerrasen la boca; y como las desobligó de los negocios y contrataciones de fuera, así las libertó de lo que se consigue á la contratación, que son las muchas pláticas y palabras. Porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes ó señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo; por donde, así como á la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias, ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico; así les limitó el entender, y por consiguiente les tasó las palabras y las razones; y así como es esto lo que su natural de mujer y su oficio le pide, así por la misma causa es una de las cosas que más bien le está y que mejor le parece. Y así solía decir Demócrito (1) que el aderezo de la mujer y su hermosura era el hablar escaso y limitado. Porque, como en el rostro la hermosura dél consiste en que se respondan entre sí las facciones, así la hermosura de la vida no es otra cosa sino el obrar cada uno conforme á lo que su naturaleza y oficio le pide. El estado de la mujer, en comparación del marido, es estado humilde, y es como dote natural de las mujeres la mesura y vergüenza, y ninguna cosa hay que se compadezca menos, ó que desdiga más, de lo humilde y vergonzoso, que lo hablador y lo parlero.

Cuenta Plutarco (2) que Fidias, escultor noble, hizo á los elienses una imagen de Venus que afirmaba los pies sobre una tortuga, que es animal mudo y que nunca desampara su concha; dando á entender que las mujeres por

(1) Apud Stobæum, serm. LXIX.

(2) Lib. *De præceptis conjugalibus*.

la misma manera han de guardar siempre la casa y el silencio. Porque verdaderamente el saber callar es su sabiduría propia y aquella de quien habla aquí Salomón, aunque para aprendida es muy dificultosa á aquellas que de su cosecha no la tienen, como decíamos. Y esto cuanto á lo primero. Mas lo segundo, que toca á la aspereza y desgracia de la condición, que por la mayor parte nace más de la voluntad viciosa que de naturaleza errada, es enfermedad más curable. Y deben advertir mucho en ello las buenas mujeres; porque, si bien se mira, no sé yo si hay cosa más mostruosa y que más disuene de lo que es, que ser una mujer áspera y brava. La aspereza hízose para el linaje de los leones ó de los tigres, y aun los varones, por su compostura natural y por el peso de los negocios en que de ordinario se ocupan, tienen licencia para ser algo ásperos. Y el sobrecejo y el ceño y la esquivez en ellos está bien á las veces; mas la mujer, si es leona, ¿qué le queda de mujer? Mire su hechura toda, y verá que nació para piedad. Y como á las onzas las uñas agudas y los dientes largos y la boca fiera y los ojos sangrientos las convidan á crueza, así á ella la figura apacible de toda su disposición la obliga á que no sea el ánimo menos mesurado que el cuerpo parece blando. Y no piensen que las crió Dios, y las dió al hombre sólo para que le guarden la casa, sino también para que le consuelen y alegren; para que en ella el marido cansado y enojado halle descanso, y los hijos amor, y la familia piedad, y todos generalmente acogimiento agradable. Bien las llama el hebreo á las mujeres «la gracia de casa». Y llámalas así, en su lengua con una palabra, que en castellano, ni con decir gracia, ni con otras muchas palabras de buena significación, apenas comprendemos todo lo que en aquella se dice; porque dice aseo, y dice hermosura, y dice donaire, y dice luz y deleite y concierto y contento, el vocablo con que el hebreo las llama. Por donde entendemos que de la buena es tener estas cualidades todas, y entendemos también que la que va

por aquí, no debe ser llamada, ni la gracia, ni la luz, ni el placer de su casa, sino el trasto della y el estropiezo, ó por darles su nombre verdadero, el *trasgo* (1) y la *estantigua* (2) que á todos los turba y asombra. Y sucede así, que como las casas que son por esta causa asombradas, después de haberlas conjurado, al fin los que las viven las dejan; así la habitación donde reinan en figura de mujer estas fieras, el marido teme entrar en ella, y la familia desea salir della, y todos la aborrecen, y lo más presto que pueden la santiguan y huyen. ¿Qué dice el Sabio? (3) «El azote de la lengua de la mujer brava por todo se extiende, enojo fiero la mujer airada y borracha, es su afrenta perpetua (4).» Conoció yo una mujer que cuando comía reñía, y cuando venía la noche reñía también, y el sol cuando nacía la hallaba riñendo, y esto hacía el *disanto* (5) y el día no santo, y la semana y el mes, y todo el año no era otro su oficio sino reñir; siempre se oía el grito y la voz áspera, y la palabra afrentosa y el deshonor sin freno, y ya sonaba el azote y ya volaba el chapín, y nunca la oí que no me acordase de aquello que dice el poeta (6):

Tesifone, ceñida de crueza
la entrads sin dormir de noche y día,
ocupa, suena el grito, la braveza,
el lloro, el crudo azote, la porfia.

Y así, era su casa una imagen del infierno en esto, con ser en lo demás un paraíso, porque las personas della eran, no para mover á braveza, sino para dar contento y descanso á quien lo mirara bien. Por donde, cargando yo el juicio algunas veces en ello, me resolví en que de todo aquel vocear y reñir no se podía dar causa alguna que co-

(1) Duende.

(2) Visión ó fantasma, que ofreciéndose á los ojos, causa espanto.

(3) Ecclesiast., cap. 26, v. 9.

(4) *Ibid.*, v. 12.

(5) Domingo ó día de fiesta. No es voz política.

(6) Ovid., lib. IV, *Metamorph.*

lorada fuese, sino era querer digerir con aquel ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario esta señora excedía. Y es así que en estas bravas, si se apuran bien todas las causas desta su desenfrenada y continua cólera, todas ellas son razones de disparate; la una, porque le parece que cuando riñe es señora; la otra, porque la desgració el marido, y halo de pagar la hija ó la esclava; la otra, porque su espejo no le mintió, ni la mostró hoy tan linda como ayer, de cuánto ve levanta alboroto. Á la una embravece el vino, á la otra su no cumplido deseo, y á la otra su mala ventura. Pero pasemos más adelante. Dice:

§. XVII

No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro y se han de acostumar á estarse en casa.

Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde (1).

Quiere decir que en levantándose la mujer, ha de proveer todas las cosas de su casa, y poner en ellas orden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de ahora hacen, que unas en poniendo los pies en el suelo, ó antes que los pongan, estando en la cama, negocian luego con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se sientan con su espejo á la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres ó cuatro horas, y es pasado el mediodía, y viene á comer el marido y no hay cosa puesta en el concierto. Y habla Salomón desta diligencia aquí, no porque antes de ahora no hubiese hablado della, sino por dejarla, con el repetir, más firme en la memoria, como cosa importante, y como quien conocía de las mujeres cuán mal se hacen al cuidado y cuán inclinadas son al regalo. Y

(1) Vers. 27.

dícelo también porque, diciéndole á la mujer que rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los pies la mujer, y los lugares por donde ha de andar, y como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las huertas, ni las casas ajenas. «Rodeó, dice, los rincones de su casa;» para que se entienda que su andar ha de ser en su casa, y que ha de estar presente siempre en todos los rincones de ella, y que porque ha de estar siempre allí presente, por eso no ha de andar fuera nunca, y que, porque sus pies son para rodear sus rincones, entienda que no los tiene para rodear los campos y las calles. ¿No dijimos arriba que el fin para que ordenó Dios la mujer, y se la dió por compañía al marido, fué para que le guardase la casa, y para que lo que él ganase en los oficios y contrataciones de fuera, traído á casa, lo tuviese en guarda la mujer, y fuese como su llave? Pues si es por natural oficio guarda de casa, ¿cómo se permite que sea callejera y visitadora y vagabunda? ¿Qué dice san Pablo á su discípulo Tito que enseñe á las mujeres casadas? «Que sean prudentes, dice, y que sean honestas y que amen á sus maridos, y que tengan cuidado de sus casas (1).» Adonde, lo que decimos, «que tengan cuidado de sus casas,» el original dice así: «Y que sean guardas de su casa.» ¿Por qué les dió á las mujeres Dios las fuerzas flacas y los miembros muelles, sino porque las crió, no para ser postas, sino para estar en su rincón sentadas?

Su natural propio pervierte la mujer callejera. Y como los peces, en cuanto están dentro del agua, discurren por ella y andan y vuelan ligeros, mas si acaso los sacan de allí, quedan sin se poder menear; así la buena mujer, cuanto para de sus puertas adentro ha de ser presta y ligera, tanto para fuera dellas se ha de tener por coja y torpe. Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los nego-

(1) Ad. tit., cap. 2, v. 4, 5.

cios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, mídanse con lo que son y conténtense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola.

Los chinos, en naciendo, les tuercen á las niñas los pies, porque cuando sean mujeres no los tengan para salir fuera, y porque para andar en su casa aquellos torcidos les bastan. Como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento, y como es de los hombres el hablar y el salir á luz, así dellas el encerrarse y encubrirse.

Aun en la iglesia, adonde la necesidad de la religión las lleva y el servicio de Dios, quiere san Pablo (1) que estén así cubiertas, que apenas los hombres las vean, ¿y consentirá que por su antojo vuelen por las plazas y calles, haciendo alarde de sí? ¿Qué ha de hacer fuera de su casa la que no tiene partes ningunas de las que piden las cosas que fuera della se tratan? Forzoso es que, como la experiencia lo enseña, pues no tienen saber para los negocios de sustancia, traten, saliendo, de poquedades y menudencias, y forzoso es que, pues no es de su oficio, ni natural, hacer lo que pide valor, hagan el oficio contrario. Y así es que las que en sus casas cerradas y ocupadas las mejoran, andando fuera dellas las destruyen. Y las que con andar por sus rincones ganarán las voluntades y edificarán las conciencias de sus maridos, visitando las calles corrompen los corazones ajenos y enmollecen las almas de los que las ven, las que, por ser ellas muelles, se hicieron para la sombra y para el secreto de sus paredes. Y si es de lo propio de la mujer mala el vaguear por las calles, como Salomón en los *Proverbios* lo dice (2), bien se sigue ha de ser propiedad de la buena el salir pocas veces en público.

Dice bien uno acerca del poeta Menandro (3):

(1) I, Ad corinth., cap. 11.

(2) Cap. 7, v. 10.

(3) Apud Stobæum, serm. LXXIV.

Á la buena mujer le es propio y bueno
el de continuo estar en su morada,
que el vaguear defuera es de las viles.

Y no por esto piensen que no serán conocidas ó estimadas si guardan su casa, porque al revés, ninguna cosa hay que así las haga preciar como el asistir en ella á su oficio, como de Teano la pitagórica, que siendo preguntada por otra cómo vendría á ser señalada y nombrada, escriben que dijo (1) que hilando y tejiendo y teniendo cuenta con su rincón. Porque siempre á las que así lo hacen les sucede lo que luego se sigue. Esto es:

§ XVIII

De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligación que tiene la que es madre de criar por sí á los hijos.

Levantáronse sus hijos y loáronla, y alabóla también su marido (2).

Parecerá á algunos que tener una mujer hijos y marido tales que la alaben, más es buena dicha della, que parte de su virtud. Y dirán que no es esta alguna de las cosas que ella ha de hacer para ser la que debe, sino de las que si lo fuere, le sucederán.

Mas aunque es verdad que á las tales les sucede esto; pero no se ha de entender que es suceso que les adviene por caso, sino bien que les viene porque ellas lo hacen y lo obran. Porque al oficio de la buena mujer pertenece, y esto nos enseña Salomón aquí, hacer buen marido y criar buenos hijos, y tales, que no sólo con debidas y agradecidas palabras le dén loor, pero mucho más con buenos hechos y obras. Que es pedirle tanta bondad y virtud cuanta

(1) Sophocles in Phrixo.

(2) Vers. 28.

es menester, no sola para sí, sino también para sus hijos y su marido. Por manera que sus buenas obras dellos sean propios y verdaderos loores della, y sean como voces vivas que en los oídos de todos canten su loor.

Y cuanto á lo del marido, cierto es lo primero que el Apóstol dice, que muchas veces la mujer cristiana y fiel, al marido que es infiel le gana y hace su semejante (1). Y así, no han de pensar que pedirles esta virtud es pedirles lo que no pueden hacer, porque si alguno puede con el marido es la mujer sola. Y si la caridad cristiana obliga al bien del extraño, ¿cómo puede pensar la mujer que no está obligada á ganar y á mejorar su marido?

Cierto es que son dos cosas las que entre todas tienen para persuadir eficacia: el amistad y la razón. Pues veamos cuál destas dos cosas falta en la mujer que es tal cual decimos aquí, ó veamos si hay algún otro que ni con muchas partes se iguale con ella en esto.

El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el más estrecho, como es notorio, porque le principia la naturaleza, y le acrecienta la gracia, y le enciende la costumbre, y le enlazan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razón y la palabra de la mujer discreta es más eficaz que otra ninguna en los oídos del hombre, porque su aviso es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales, así su voz se lanza luego y se apega más con el corazón.

Muchos hombres habría en Israel tan prudentes y de tan discreta y más discreta razón que la mujer de Tecua; y para persuadir á David y para inducirle á que tornase á su hijo Absalón á su gracia, Joab, su capitán general, avisadamente se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola ésta quiso que con su buena razón y dulce palabra ablandase y torciese á piedad el corazón del Rey, justamente indignado (2), y sucedióle su intento; porque, como digo,

(1) Ad I corinth., cap. 7, v. 14.

(2) II, Reg., cap. 14.

mejórase y esfuérase mucho cualquiera buena razón en la boca dulce de la sabia y buena mujer. Que ¿quién no gusta de agradar á quien ama? Ó ¿quién no se fia de quien es amado? Ó ¿quién no da crédito al amor y á la razón cuando se juntan?

La razón no se engaña y el amor no quiere engañar; y así, conforme á esto, tiene la buena mujer tomados al marido todos los puertos, porque ni pensará que se engaña la que tan discreta es, ni sospechará que le quiere engañar la que como su mujer le ama. Y si los beneficios en la voluntad de quien los recibe crían deseo de agradecimiento y la aseguran, para que sin recelo se fie de aquel de quien los ha recibido, y ambas á dos cosas hacen poderosísimo el consejo que da el beneficiador al beneficiado, ¿qué beneficio hay que iguale al que recibe el marido de la mujer que vive como aquí se dice?

De un hombre extraño, si oímos que es virtuoso y sabio, nos fiamos de su parecer, ¿y dudará el marido de obedecer á la virtud y discreción que cada día ve y experimenta? Y porque decimos cada día, tienen aún más las mujeres para alcanzar de sus maridos lo que quisieren esta oportunidad y aparejo, que pueden tratar con ellos cada día y cada hora, y á las horas de mejor coyuntura y sazón. Y muchas veces lo que la razón no puede, la importunidad lo vence, y señaladamente la de la mujer, que, como dicen los experimentados, es sobre todas. Y verdaderamente es caso, no sé si diga vergonzoso ó donoso, decir que las buenas no son poderosas para concertar sus maridos, siendo las malas valientes para inducirlos á cosas desatinadas que los destruyen.

La mujer por sí puede mucho, y la virtud y razón también á sus solas es muy valiente, y juntas entrambas cosas, se ayudan entre sí y se fortifican de tal manera, que lo ponen todo debajo de los pies. Y ellas saben que digo verdad, y que es verdad que se puede probar con ejemplo de muchas que con su buen aviso y discreción han enmenda-

do mil malos siniestros en sus maridos, y ganádoles el alma y emendádoles la condición, en unos brava, en otros distraída, en otros por diferentes maneras viciosa. De arte que las que se quejan ahora dellos y de su desorden, quéjense de sí primero y de su negligencia, por la cual no los tienen cual deben.

Mas si con el marido no pueden, con los hijos, que son parte suya y los traen en las manos desde su nacimiento y les son en la niñez como cera, ¿qué pueden decir, sino confesar que los vicios dellos y los desastres en que caen por sus vicios, por la mayor parte son culpas de sus padres? Y porque ahora hablamos de las madres, entiendan las mujeres que, si no tienen buenos hijos, gran parte dello es porque no les son ellas enteramente sus madres. Porque no ha de pensar la casada que el ser madre es engendrar y parir un hijo; que en lo primero siguió su deleite, y á lo segundo le forzó la necesidad natural. Y si no hiciesen por ellos más, no sé en cuánta obligación los pondrán.

Lo que se sigue después del parto es el puro oficio de la madre, y lo que puede hacer bueno al hijo y lo que de veras le obliga. Por lo cual, téngase por dicho esta perfecta casada que no lo será si no cría á sus hijos, y que la obligación que tiene por su oficio á hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad á que los críe á sus pechos; porque con la leche, no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido es remedio el olvido; sino digo que se bebe y convierte en sustancia y como en naturaleza todo lo bueno y lo malo que hay en aquella de quien se recibe; porque el cuerpo ternece de un niño, y que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar. Y según quedare bien formado el cuerpo, así le avendrá el alma después, cuyas costumbres ordinariamente nacen de sus inclinaciones dél; y si los hijos salen á los padres de quien nacen, ¿cómo no saldrán á las amas con quien pacen, si es verdadero el refrán español? ¿Por ventura no vemos que cuando el niño está enfermo purgamos

al ama que le cría, y que con purificar y sanar el mal humor della le damos la salud á él? Pues entendamos que, como és una la salud, así es uno el cuerpo, y si los humores son unos, ¿cómo no lo serán las inclinaciones, las cuales, por andar siempre hermanadas con ellos, en castellano con razón las llamamos *humores*? De arte que si el ama es borracha, habemos de entender que el desdichadito beberá con la leche el amor del vino; si colérica, si tonta, si deshonesto, si de viles pensamientos y ánimo, como de ordinario lo son, será el niño lo mismo. Pues si el no criar los hijos es ponerlos á tan claro y manifiesto peligro, ¿cómo es posible que cumpla con lo que debe la casada que no los cría?

Esto es decir la que en la mejor parte de su casa, y para cuyo fin se casó principalmente, pone tan mal recaudo. ¿Qué le vale ser en todo lo demás diligente, si en lo que es más es así descuidada? Si el hijo sale perdido, ¿qué le vale la hacienda ganada? Ó ¿qué bien puede haber en la casa donde los hijos para quien es no son buenos? Y si es parte desta virtud conjugal, como habemos ya visto, la piedad generalmente con todos, las que son tan sin piedad, que entregan á un extraño el fruto de sus entrañas, y la imagen de virtud y de bien que en él había comenzado la naturaleza á obrar, consienten que otro lo borre, y permiten que imprima vicios en lo que del vientre salía con principio de buenas inclinaciones, cierto es que no son buenas casadas, ni aun casadas, si habemos de hablar con verdad; porque de la casada es engendrar hijos, y hacer esto es perderlos; y de la casada es engendrar hijos legítimos, y los que se crían así, mirándolo bien, son llanamente bastardos.

Y porque vuestra merced vea que hablo con verdad, y no con encarecimiento, ha de entender que la madre en el hijo que engendra no pone sino una parte de su sangre, de la cual la virtud del varón, figurándola, hace carne y huesos. Pues el ama que cría pone lo mismo, porque la

leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre que vive en el hijo hace la misma obra ; sino que la diferencia es esta, que la madre puso este su caudal por nueve meses, y la ama por veinticuatro; y la madre cuando el parto era un tronco sin sentido ninguno, y el ama cuando comienza ya á sentir y reconocer el bien que recibe ; la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que echando la cuenta bien, el ama es la madre, y la que parió es peor que madrastra, pues enagena de sí á su hijo, y hace borde lo que había nacido legitimo, y es causa que sea mal nacido el que pudiera ser noble, y comete en cierta manera un género de adulterio poco menos feo y no menos dañoso que el ordinario, porque en aquel vende al marido por hijo el que no es dél, y aquí el que no lo es della, y hace sucesor de su casa al hijo del ama y de la moza, que las más veces es una ó villana ó esclava.

Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano, de la familia de los Gracos, que volviendo de la guerra vencedor y rico de muchos despojos, y viniéndole al encuentro para recibirle alegres y regocijadas su madre y su ama juntamente, él, vuelto á ellas y repartiendo con ellas de lo que traía, como á la madre le diese un anillo de plata y al ama un collar de oro, y como la madre, indignada desto, se doliese dél, le respondió que no tenía razón ; « porque, dijo, vos no me tuvisteis en el vientre más de por espacio de nueve meses, y ésta me ha sustentado á sus pechos por dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es sólo el cuerpo, y aun ese me diste por manera no muy honesta, mas la dádiva que desta tengo, diómela ella con pura sencilla voluntad. Vos, en naciendo yo, me apartaste de vos y me alejastes de vuestros ojos; mas ésta ofreciéndose, me recibió, desechado, en sus brazos amorosamente, y me trató así, que por ella he llegado y venido al punto y estado en que ahora estoy.»

Manda san Pablo, en la doctrina que da á las casadas, que

«amen á sus hijos (1).» Natural es á las madres amarlos, y no había para qué san Pablo encargase con particular precepto una cosa tan natural; de donde se entiende que el decir «que los amen», es decir que los críen, y que el dar leche la madre á sus hijos, á eso san Pablo llama *amarlos*, y con gran propiedad; porque el no criarlos es venderlos y hacerlos no hijos suyos, y como desheredarlos de su natural, que todas ellas son obras de aborrecimiento, y tan fiero, que vencen en ello aun á las fieras, porque, ¿qué animal tan crudo hay, que no críe lo que produce, que fie de otro la crianza de lo que pare?

La braveza del león sufre con mansedumbre á sus cachorrillos que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre, sediento de sangre, da alegremente la suya á los suyos. Y si miramos á lo delicado, el flaco pajarillo, por no dejar sus huevos, olvida el comer y se enflaquece, y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volando, y trae alegre en el pico lo que él desea comer, y no lo come porque ellos lo coman.

Mas ¿qué es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro della misma declara casi á voces su voluntad, enviando, luego después del parto, leche á los pechos. ¿Qué más clara señal esperamos de lo que Dios quiere, que ver lo que hace? Cuando les levanta á las mujeres los pechos, les manda que críen; engrosándoles los pezones, les avisan que han de ser madres; los rayos de la leche que viene, son como agujijones con que las dispierta á que alleguen á sí lo que parieron. Pero á todo esto se hacen sor-das algunas, y excúsanse con decir que es trabajo y que es hacerse temprano viejas, parir y criar.

Es trabajo, yo lo confieso; mas si esto vale, ¿quién hará su oficio? No esgrima la espada el soldado, ni se ponga al enemigo, porque es caso de peligro y sudor; y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ove-

(1) Ad tit., cap. 2, v. 4.



jas. Es trabajo el parir y criar, pero entiendan que es un trabajo hermanado, y que no tienen licencia para dividirlo.

Si les duele el criar, no paran, y si les agrada el parir, crien también. Si en esto hay trabajo, el del parto es sin comparación el mayor. Pues ¿por qué las que son tan valientes en lo que es más, se acobardan en aquello que es menos? Bien se dejan entender las que lo hacen así, y cuando no por sus hijos, por lo que deben á su vergüenza, habian de traer más cubiertas y disimuladas sus inclinaciones.

El parir, aunque duele agramente, al fin se lo pasan. Al criar no arrostran, porque no hay deleite que lo alcahute. Aunque si se mira bien, ni aun esto les falta á las madres que crían, antes en este trabajo la naturaleza, sabia y prudente, repartió gran parte de gusto y de contento. El cual, aunque no le sentimos los hombres, pero la razón nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque, ¿qué trabajo no paga el niño á la madre cuando ella le tiene en el regazo desnudo, cuando él juega con la teta, cuando la hiere con la manecilla, cuando la mira con risa? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, paréceme que aun la deja obligada. Crie pues la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe, y no quiera que torne á nacer mal lo que había nacido bien, ni que sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor, ni consienta que conozca á otra antes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure el rostro dél.

La piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber, con todos los demás bienes que le habemos dado, no sólo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino también los comience á imprimir en el alma tierna dél con los ojos y con los semblantes; y ame y desee que sus hijos

le sean suyos del todo, y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos; porque los tales con las obras la ensalzarán siempre, y muchas veces con las palabras, diciendo lo que se sigue.

§. XIX

Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo, es menester que esté adornada de muchas perfecciones

Muchas hijas allegaron riquezas, mas tú subiste sobre todas (1).

Hijas llama el hebreo á cualesquier mujeres. Por riquezas habemos de entender no sólo los bienes de la hacienda, sino también los del alma, como son el valor, la fortaleza, la industria, el cumplir con su oficio, con todo lo demás que pertenece á lo perfecto desta virtud, ó por decirlo más brevemente, riquezas aquí se toman por esta virtud conjugal puesta en su punto. Y dice Salomón que los hijos de la perfecta casada, loándola, la encumbran sobre todas, y dicen que de las buenas ella es la más buena, lo cual dice ó escribe Salomón que lo dirán conforme á la costumbre de los que loan, en la cual es ordinario lo que es loado ponerlo fuera de toda comparación, y más cuando en los que alaban se ayunta á la razón la afición.

Y á la verdad todo lo que es perfecto en su género tiene aquesto, que si lo miramos con atención, hinche así la vista del que lo mira, que no le deja pensar que hay igual. Ó digamos de otra manera, y es que no se hace la comparación con otras casadas que fueron perfectas, sino con otras que parecieron quererlo ser. Y esto cuadra bien, porque esta mujer que aquí se loa, no es alguna particular que fué tal como aquí se dice, sino el dechado y como la idea común que comprehende todo este bien; y no es

(1) Vers. 29.

una perfecta, sino todas las perfectas, ó por mejor decir, es la misma perfección; y así, no se compara con otra perfección de su género, porque no hay otra y en ella está toda, sino compárase con otras cualidades que caminan á ella y no le llegan, y que en la apariencia son este bien, mas no en los quilates. Porque á cada virtud la sigue é imita otro que no es ella, ni es virtud; como la osadía parece fortaleza, y no lo es, y el desperdiciado no es liberal, aunque lo parece.

Y por la misma manera háy casadas que se quieren mostrar cabales y perfectas en su oficio, y quien no atendiere bien, creerá que lo son, y á la verdad no atinan con él; y esto por diferentes maneras; porque unas, si son caseras, son avarientas; otras, que velan en la guarda de la hacienda, en lo demás se descuidan; unas crían los hijos y no curan de los criados; otras son grandes curadoras y acariciadoras de la familia, y con ella hacen bando contra el marido. Y porque todas ellas tienen algo de su perfección, que tratamos, parece que la tienen toda, y de hecho carecen della, porque no es cosa que se vende por partes. Y aun hay algunas que se esfuerzan á todo, pero no se esfuerzan á ello por razón, sino por inclinación ó por antojo; y así, son movedizas, y no conservan siempre un tenor, ni tienen verdadera virtud, aunque se asemejan mucho á lo bueno. Porque esta virtud, como las demás, no es planta que se da en cualquier tierra, ni es fruta de todo árbol, sino quiere su propio tronco y raíz, y no nace, ni mana, sino es de una fuente, que es la que se declara en lo que se sigue:

§. XX

De cómo la mujer que es buena ha de cuidar de ir limpia ó aseada para mostrar así su ánimo compuesto y concertado, que ha de procurar adorar principalmente con el temor santo de Dios.

Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de loor (1).

Pone la hermosura de la buena mujer, no en las figuras del rostro, sino en las virtudes secretas del alma, las cuales todas se comprehenden en la Escritura debajo desto que llamamos temer á Dios.

Mas aunque este temor de Dios, que hermosea el alma de la mujer como principal hermosura, se ha de buscar y estimar en ella, no carece de cuestión lo que de la belleza corporal dice aquí el Sabio, cuando dice que es vana y que es burlería; porque se suele dudar si es conveniente á la buena casada ser bella y hermosa. Bien es verdad que esta duda no toca tan derechamente en aquello á que las perfectas casadas son obligadas, como en aquello que deben buscar y escoger los maridos que desean ser bien casados. Porque el ser hermosa ó fea una mujer, es cualidad con que se nace, y no cosa que se adquiere por voluntad, ni de que se puede poner ley, ni mandamiento á las buenas mujeres.

Mas como la hermosura consista en dos cosas, la una que llamamos buena proporción de figuras, y la otra que es limpieza y aseo, porque sin lo limpio no hay nada hermoso; aunque es verdad que ninguna, si no lo es, se puede figurar como hermosa, dado que lo procure, como se ve en que muchas lo procuran y en que ninguna dellas sale con ello; pero lo que toca al aseo y limpieza, negocio es que la mayor parte dél está puesta en su cuidado y voluntad; y negocio de cualidad, que aunque no es de las virtudes que ornan el ánimo, es fruto della, é indicio grande

(1) Vers. 30.



de la limpieza y buen concierto que hay en el alma, el cuerpo limpio y bien aseado; porque, así como la luz encerrada en la linterna la esclarece y traspasa, y se descubre por ella, así el alma clara y con virtud resplandeciente, por razón de la mucha hermandad que tiene con su cuerpo, y por estar íntimamente unida con él, le esclarece á él, y le figura y compone cuánto es posible de su misma composición y figura; así que, si no es virtud del ánimo la limpieza y aseo del cuerpo, es señal de ánimo concertado y limpio y aseado, á lo menos es cuidado necesario en la mujer para que se conserve y se acreciente el amor de su marido con ella, si ya no es él por ventura tal que se deleite y envicie en el cieno. Porque ¿cuál vida será la del que ha de traer á su lado siempre en la mesa, donde se asienta para tomar gusto, y en la cama, que se ordena para descanso y reposo, un desaliño y un asco que ni se puede mirar sin torcer los ojos, ni tocar sin atapar las narices? Ó ¿cómo será posible que se allegue el corazón á lo que naturalmente aborrece y de que rehuye el sentido? Será sin duda un perpetuo y duro freno al marido el deseo de su mujer, que todas las veces que inclinare ó quisiere inclinar á ella su ánimo, le irá deteniendo y le apartará y como torcerá á otra parte.

Y no será esto solamente cuando la viere, sino todas las veces que entrare en su casa, aunque no la vea. Porque la casa forzosamente y la limpieza della olerá á la mujer, á cuyo cargo está su aliño y limpieza, y cuánto ella fuere aseada ó desaseada, tanto así la casa como la mesa y el lecho tendrá de sucio ó de limpio.

Así que, desto que llamamos belleza, la primera parte, que consiste en el ser una mujer aseada y limpia, cosa es que el serlo está en la voluntad de la mujer que lo quiere ser, y cosa que le conviene á cada una quererla, y que pertenece á esto perfecto que hablamos, y lo compone y hermosea como las demás partes dello. Pero la otra parte, que consiste en el escogido color y figuras, ni está en la



mano de la mujer tenerla, y así no pertenece á aquesta virtud, ni por ventura conviene al que se casa buscar mujer que sea muy aventajada en belleza; porque aunque lo hermoso es bueno, pero están ocasionadas á no ser buenas las que son hermosas. Bien dijo acerca desto el poeta Simónides (1):

Es bella cosa al ver la hembra hermosa,
bella para los otros; que al marido
costoso daño es y desventura.

Porque lo que muchos desean hase de guardar de muchos, y así corre de mayor peligro, y todos se aficionan al buen parecer. Y es inconveniente gravísimo que en la vida de los casados, que se ordenó para que ambas las partes descansase cada una dellas, y se descuidase en parte con la compañía de su vecina, se escoja tal compañía, que de necesidad obligue á vivir con recelo y cuidado, y que buscando el hombre mujer para descuidar de su casa, la tome tal, que le atormente con recelo todas las horas que no estuviere en ella. Y nõ sólo esta belleza es peligrosa porque atrae á sí y enciende en su codicia los corazones de los que la miran, sino también porque despierta á las que la tienen á que gusten de ser codiciadas; porque, si todas generalmente gustan de parecer bien y de ser vistas, cierto es que las que lo parecen no querrán vivir escondidas; demás de que á todos nos es natural el amar nuestras cosas, y por la misma razón el desear que nos sean preciadas y estimadas, y es señal que es una preciada cuando muchos la desean y aman; y así, las que se tienen por bellas, para creer que lo son, quieren que se lo testifiquen las aficiones de muchos. Y si va á decir verdad, no son ya honestas las que toman sabor en ser miradas y recuestadas deshonestamente. Así que, quien busca mujer hermosa, camina con oro por tierra de salteadores, y con oro que

(1) Apud Stobæum, serm. LXXIII.

no se consiente encubrir en la bolsa, sino que se hace él mismo afuera y se les pone á los ladrones delante los ojos, y que cuando no causase otro mayor daño y cuidado, en esto sólo hace que el marido se tenga por muy afrentado, si tiene juicio y valor; porque en la mujer semejante la ocasión que hay para no ser buena, por ser codiciada de muchos, esa mesma hace en muchos grande sospecha de que no lo es, y aquesta sospecha basta para que ande en lenguas menoscabada y perdida su honra. Y si este bien de beldad tuviera algún tomo, pudieran por él ponerse á este riesgo los hombres; mas ¿quién no sabe lo que vale y lo que dura esta flor, cuán presto se acaba, con cuán ligeras ocasiones se marchita, á qué peligros está sujeta, y los censos que paga? «Toda la carne es heno, dice el Profeta (1), y toda la gloria della, que es su hermosura toda, y su resplandor como flor de heno.» Pues bueno es que por el gusto de los ojos, ligero y de una hora, quiera un hombre cuerdo hacer amargo el estado en que ha de perseverar cuánto le perseverare la vida, y que para que su vecino mire con contento á su mujer, muera él herido de mortal descontento, y que negocie con sus pesares propios los placeres ajenos. Y si aquesto no basta, sea su pena su culpa, que ella misma le labrará; de manera que, aunque le pese algún día, y muchos días conozca sin provecho y condene su error, y diga, aunque tarde, lo que aquí dice deste su perfecto dechado de mujeres el Espíritu Santo: «Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de ser loada.» Porque se ha de entender que esta es la fuente de todo lo que es verdadera virtud, y la raíz de donde nace todo lo que es bueno, y lo que sólo puede hacer y hace que cada uno cumpla entera y perfectamente con lo que debe, el temor y respeto de Dios, y el tener cuenta con su ley; y lo que en esto no se funda, nunca llega al colmo, y por bueno que parece,

(1) Isaías, cap. 41, v. 6.

se hiela en flor. Y entendemos por temor de Dios, según el estilo de la Escritura Sagrada, no sólo el afecto del temer, sino el emplearse uno con voluntad y con obras en el cumplimiento de sus mandamientos, y lo que, en una palabra, llamamos servicio de Dios. Y descubre esta raíz Salomón á la postre, no porque su cuidado ha de ser el postero; que antes, como decimos, el principio de todo este bien es ella; sino lo uno, porque temer á Dios y guardar con cuidado su ley, no es más propio de la casada, que de todos los hombres. A todos nos conviene meter en este negocio todas las velas de nuestra voluntad y afición, porque sin él ninguno puede cumplir ni con las obligaciones generales de cristiano, ni con las particulares de su oficio. Y lo otro, dícelo al fin por dejarlo más firme en la memoria, y para dar á entender que este cuidado de Dios no solamente lo ha de tener por primero, sino también por postero; quiero decir, que comience y demedie y acabe todas sus obras, y todo aquello á que le obliga su estado, de Dios y en Dios y por Dios; y que haga lo que conviene, no sólo con las fuerzas que Dios le da para ello, sino última y principalmente por agradar á Dios, que se las da. Por manera que el blanco adonde ha de mirar en cuánto hace, ha de ser Dios, así para pedirle favor y ayuda en lo que hiciere, como para hacer lo que debe puramente por él; porque lo que se hace, y no por él, no es enteramente bueno, y lo que se hace sin él, como cosa de nuestra cosecha, es de muy bajos quilates. Y esto es cierto, que una empresa tan grande y adonde se ayuntan tan diversas y tan dificultosas obligaciones como es de satisfacer una casada á su estado, nunca se hizo, ni aun medianamente, sin que Dios proveyese de abundante favor. Y así, el temor y servicio de Dios ha de ser en ella lo principal y lo primero, no solamente porque le es mandado, sino también porque le es necesario; porque las que por aquí no van siempre, se pierden, y demás de ser mal cristianas, en ley de casadas nunca son buenas, como se ve cada día. Unas se esfuerzan por

temor del marido, y así, no hacen bien más de lo que ha de ver y entender. Otras, que trabajan porque le aman y quieren agradar, en entibiándose el amor, desamparan el trabajo. A las que mueve la codicia no son caseras, sino escasas, y demás de escasas, faltas por el mismo caso en otras virtudes de las que pertenecen á su oficio, y así, por una muestra de bien, no tienen ninguno. Otras, que se inclinan por honra y que aman el parecer buenas, por ser honradas cumplen con lo que parece, y no con lo que es, y ningunas dellas consiguen lo que pretenden, ni tienen un ser en lo que hacen, sino con los días mudan los intentos y pareceres, porque caminan ó sin guía ó con mala guía, y así, aunque trabajan, su trabajo es vano y sin fruto. Mas al revés, las que se ayudan de Dios y enderezan sus obras y trabajos á Dios, cumplen con todo su oficio enteramente, porque Dios quiere que le cumplan todo, y cúmplenlo, no en apariencia, sino en verdad, porque Dios no se engaña; y andan en su trabajo con su gusto y deleite, porque Dios persevera; y son siempre unas, porque el que las alienta es él mismo; y caminan sin error, porque no le hay en su guía; y crecen en el camino y van pasando adelante, y en breve espacio traspasan largos espacios, porque su hecho tiene todas las buenas cualidades y condiciones de la virtud; y finalmente, ellas son las que consiguen el precio y el premio; porque quien le da es Dios, á quien ellas en su oficio miran y sirven; y el premio es el que Salomón, concluyendo toda aquesta doctrina, pone en lo que se sigue:

§ XXI

Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no sólo en la otra vida, sino aun en este mundo

Dadle del fruto de sus manos, y léenla en las plazas sus obras (1).

(1) Vers. 31.

Los frutos de la virtud, quienes y cuales sean, san Pablo los pone en la epístola que escribió á los gálatas, diciendo (1): «Los frutos del Espíritu Santo son amor y gozo, y paz y sufrimiento, y largueza y bondad, y larga espera, y mansedumbre, y fe y modestia, y templanza y limpieza.» Y á esta rica compañía de bienes, que ella por sí sola parecía bastante, se añade ó sigue otro fruto mejor, que es gozar en vida eterna de Dios. Pues estos frutos son los que aquí el Espíritu Santo quiere y manda que se den á la buena mujer, y los que llama fruto de sus manos, esto es, de sus obras della. Porque aunque todo es dón suyo, y el bien obrar y el galardón de la buena obra; pero, por su infinita bondad, quiere que porque le obedecemos y nos rendimos á su movimiento, se llame y sea fruto de nuestras manos é industria lo que principalmente es dón de su liberalidad y largueza.

Vean, pues, ahora las mujeres cuán buenas manos tienen las buenas, cuán ricas son las labores que hacen y de cuán grande provecho. Y no sólo sacan provecho dellos, sino honra también, aunque suelen decir que no caben en uno. El provecho son bienes y riquezas del cielo, la honra es una singular alabanza en la tierra. Y así añade: «Y lóenla en las plazas sus obras.» Porque mandar Dios que la loen, es hacer cierto que la alabarán; porque lo que él dice se hace, y porque la alabanza sigue como sombra á la virtud, y se debe á sola ella. Y dice: «En las plazas;» porque no sólo en secreto y en particular, sino también en público y en general sonarán sus loores, como á la letra acontece. Porque, aunque todo aquello en que resplandece algún bien es mirado ypreciado, pero ningún bien se viene tanto á los ojos humanos, ni causa en los pechos de los hombres tan grande satisfacción, como una mujer perfecta, ni hay otra cosa en que ni con tanta alegría, ni con tan enca-recidas palabras abran los hombres las bocas, ó cuando

(1) Cap. 5, v. 22, 23.

tratan consigo á solas, ó cuando conversan con otros, ó dentro de sus casas, ó en las plazas en público. Porque unos loan lo casero, otros encarecen la discreción, otros suben al cielo la modestia, la pureza, la piedad, la suavidad dulce y honesta.

Dicen del rostro limpio, del vestido aseado, de las labores y de las velas. Cuentan las criadas remediadas, el mejor de la hacienda, el trato con las vecinas amigable y pacífico; no olvidan sus limosnas; repiten cómo amó y ganó á su marido; encarecen la crianza de los hijos, el buen tratamiento de sus criados; sus hechos, sus dichos, sus semblantes alaban. Dicen que fué santa para con Dios y bienaventurada para con su marido; bendicen por ella á su casa y ensalzan á su parentela, y aun á los que la merecieron ver y hablar llaman dichosos; y como á la santa Judit (1), la nombran gloria de su linaje y corona de todo su pueblo; y por mucho que digan, hallan siempre más que decir. Los vecinos dicen esto á los ajenos, y los padres dan con ella doctrina á sus hijos, y de los hijos pasa á los nietos, y extiéndose la fama por todas partes creciendo, y pasa con clara y eterna voz su memoria de unas generaciones en otras, y no le hacen injuria los años, ni con el tiempo envejece, antes con los días florece más, porque tiene su raíz junto á las aguas, y así no es posible que descaezca, ni menos puede ser que con la edad caiga el edificio que está fundado en el cielo, ni en manera alguna es posible que muera el loor de la que todo cuánto vivió no fué sino una perpetua alabanza de la bondad y grandeza de Dios, á quien sólo se debe eternamente el ensalzamiento y la gloria. Amén.

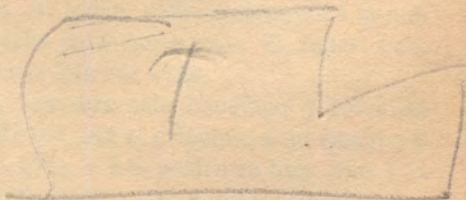
(1) Judith, cap. 15, v. 10.

TRADUCCIÓN LITERAL Y DECLARACIÓN

DEL

LIBRO DE LOS CANTARES

DE SALOMÓN



PRÓLOGO

NINGUNA cosa es más propia á Dios que el amor, ni al amor hay cosa más natural que volver al que ama en las mismas condiciones y genio del que es amado; de lo uno y de lo otro tenemos claras experiencias. Cierto es que Dios nos ama, y todo el que no esté muy ciego lo puede conocer en sí por los señalados beneficios que de su mano continuamente recibe: el sér, la vida, el gobierno de ella, y el amparo de su favor, que en ningún tiempo, ni lugar nos desampara. Que Dios se precie más de esto que de otra cosa, y que le sea propio el amor entre todas sus virtudes, vese en sus obras, que todas se ordenan á este fin, que es hacer repartimiento y poner en posesión de sus grandes bienes á las criaturas, haciendo que su misma semejanza resplandezca en todas, y midiéndose así á la medida de cada una de ellas para ser gozado de todas, que, como dijimos, es obra propia del amor.

Señaladamente se descubre este beneficio y amor de Dios en el hombre, al cual crió al principio á su imagen y semejanza, como otro Dios, y á la postre se hizo Dios á la figura y semejanza suya, volviéndose hombre últimamente por naturaleza, y mucho antes por trato y conversación, como se ve claramente en todo el discurso de las Sagradas letras, en las cuales por esta causa es cosa maravillosa el

cuidado que pone el Espíritu Santo en conformarse con nuestro estilo (á fin de que no nos extrañemos del que nos ama infinitamente), remedando nuestro lenguaje, é imitando en sí proporcionadamente toda la variedad de nuestro ingenio y condiciones, como es el hacerse del alegre y del triste, mostrarse airado y arrepentido, y amenazando á veces, y á veces vencíendose con mil blanduras, y no hay afición, ni cualidad tan propia á nosotros y tan extraña á él, en que no se transforme. Testigo de esto son los salmos de David, y mucho más los escritos de los santos profetas; pero ninguno tanto como este libro de los *Cantares*, que tenemos entre las manos, donde Dios se muestra herido, y todo á fin de que no huyamos de él, ni nos extrañemos de su gracia; y que vencidos, ó que por afición ó que por vergüenza hagamos lo que nos manda, que es aquello en que consiste nuestra mayor felicidad. Testigo de esto son los versos y canciones de David, las pláticas y sermones de los santos y profetas, los consejos de la sabiduría, y finalmente, toda la vida y doctrina de Jesucristo, luz y verdad, y todo el bien y esperanza nuestra.

Pues entre las demás escrituras divinas, una es la Canción suavísima que Salomón, rey y profeta, compuso, en la cual, debajo un enamorado razonamiento, y entre dos, pastor y pastora, más que en ninguna otra escritura, se muestra Dios herido de nuestros amores, con todas aquellas pasiones y sentimientos que este afecto suele y puede hacer en los corazones humanos más blandos y más tiernos. Ruega, llora y pide celos, vase como desesperado, y vuelve luego; y variando entre esperanza, temor, alegría y tristeza, ya canta de contento y ya publica sus quejas, haciendo testigos á los montes y á los árboles de ellos, á los animales y á las fuentes, de la pena grande que padece. Aquí se ven pintados al vivo los amorosos fuegos de los verdaderos amantes, los encendidos deseos, los perpetuos cuidados, las recias congojas que la ausencia y el temor en ellos causan, juntamente con los celos y sospechas

que entre ellos se mueven ; aquí se oye el sonido de los ardientes suspiros, mensajeros del corazón, y de las amorosas quejas y dulces razonamientos que unas veces se ven venidos de esperanza, y otras de temor ; y en breve todos aquellos sentimientos que los apasionados amantes suelen probar, se ven aquí tanto más agudos y delicados, cuanto más vivo y acendrado es el amor divino que el mundano. Dícelos con el mayor primor de palabras, blandura de requiebros, extrañeza de bellísimas comparaciones, que jamás se escribió y oyó ; á cuya causa la lección de este libro es dificultosa á todos, y peligrosa á los mancebos y á los que no están muy adelantados y firmes en la virtud ; porque en ninguna escritura se explica la pasión del amor con más fuerza y sentido que en esta ; y así, acerca de los hebreos no tenían licencia para leer este libro y otros algunos de la ley los que fuesen menores de cuarenta años. Del peligro no hay que tratar : la virtud y valor de vuestra merced nos hace seguros ; la dificultad, que es mucha, trabajaré yo cuánto alcanzaren mis fuerzas, que son bien pequeñas.

Cosa cierta es y sabida que en estos *Cantares*, como en persona del rey Salomón y su esposa, la hija del rey de Egipto, debajo de amorosos requiebros explica el Señor la encarnación de Cristo y el entrañable amor que siempre tuvo á su Iglesia, con otros secretos de gran misterio y de gran peso. En este sentido, que es espiritual, no tengo qué tocar ; porque de él hay escritos grandes libros por personas santísimas y muy doctas, que ricos del mismo espíritu que habló en este libro, entendieron gran parte de su secreto, y como lo entendieron lo pusieron en sus escrituras, que estaban llenas de espíritu y regalo. Así que, en esta parte no hay qué decir, ó porque ya está dicho, ó porque es negocio prolijo y de grande espacio ; solamente trabajaré en declarar la corteza de la letra así llanamente, como si en este libro no hubiera otro mayor secreto del que muestran aquellas palabras desnudas, y al parecer dichas

y respondidas entre Salomón y su esposa, que será solamente declarar el sonido de ellas y aquello en que está la fuerza de la comparación y del requiebro; que aunque es trabajo de menos quilates que el primero, no por eso carece de grandes dificultades, como luego veremos. Porque se ha de entender que este libro en su primer origen se escribió en metro, y es todo él una égloga pastoril, adonde con palabras y lenguaje de pastores hablan Salomón y su esposa, y algunas veces sus compañeros, como si fuesen gentes de aldea.

Hace dificultoso su entendimiento primeramente lo que suele poner dificultad en todas las escrituras adonde se explican algunas grandes pasiones ó afectos, mayormente de amor, que al parecer van las razones cortadas y desconcertadas; aunque á la verdad, entendido una vez el hilo de la pasión que mueve, responden maravillosamente á los afectos que explican, los cuales nacen unos de otros por natural concierto; y la causa de parecer así cortadas es, que en el ánimo enseñoreado de alguna pasión vehemente no alcanza la lengua al corazón, ni se puede decir tanto como se siente, y aun eso que se puede, no se dice todo, sino á partes y cortadamente, una vez el principio de la razón, y otra vez el fin sin el principio; que así como el que ama siente mucho lo que dice, así le parece que en apuntándolo él, está por los demás entendido; y la pasión con su fuerza y con increíble presteza le arrebató la lengua y corazón de un afecto en otro, y de aquí son sus razones cortadas entre sí, porque responde el movimiento que hace la pasión en el ánimo del que las dice; la cual quien no la siente ó ve, juzga mal de ellas, como juzgaría por modo de desvarío y de mal seso los meneos de los que bailan el que, viéndolos de lejos, no percibiese el són á quien siguen; lo cual es mucho de advertir en este libro y en todos los semejantes.

Lo segundo que pone oscuridad es ser la lengua hebrea, en que se escribió, de su propiedad y condición lengua de

pocas palabras y de cortadas razones, y esas llenas de diversidad de sentidos, y juntamente con esto, por ser el estilo y juicio de las cosas en aquel tiempo y en aquella gente tan diferente de lo que se platica hora; de donde nace parecernos nuevas y extrañas y fuera de todo buen primor las comparaciones de que usa este libro, cuando el esposo ó la esposa quieren más loar la belleza del otro; como cuando compara el cuello á una torre, y los dientes á un rebaño de ovejas, y así otras semejantes. Como á la verdad, cada lengua y cada gente tenga sus propiedades de hablar adonde la costumbre usada y recibida hace que sea primor y gentileza lo que en otra lengua y en otras gentes parecería muy tosco; así es de creer que todo esto, que ahora por su novedad y por ser ajeno de nuestro uso nos desagrada, era el todo bien hablar y toda la cortesía de aquel tiempo entre aquella gente. Porque claro es que Salomón era, no solamente muy sabio, sino rey é hijo de rey; y que cuando no lo alcanzara por letras y por doctrina, por la crianza sola y por el trato sólo de su corte y casa supiera hablar su lengua mejor y más cortésmente, que otro ninguno.

Lo que yo hago en esto son dos cosas: la una es volver en nuestra lengua, palabra por palabra, el texto de este libro; en la segunda, declaro con brevedad, no cada palabra por sí, sino los pasos donde se ofrece alguna obscuridad en la letra, á fin de que quede claro su sentido entero, y después de él su declaración. Acerca de lo primero procuré conformarme cuánto pude con el original hebreo, cotejando juntamente todas las traducciones griegas y latinas que de él hay, que son muchas; y pretendí que respondiese esta interpretación con el original, no sólo en las sentencias y palabras, sino aun en el corriente y en el aire de ellas, imitando sus figuras y sus modos de hablar y maneras cuánto es posible á nuestra lengua, que á la verdad responde á la hebrea en muchas cosas, donde podrá ser que algunos no se contenten tanto, y les parezca

en algunas partes que la razón queda corta y dicha muy á la vizcaína y muy á lo viejo, y que no hace corra el hilo del decir, pudiéndola hacer fácilmente con mudar algunas palabras y añadir algunas otras; lo cual yo no hice por lo que he dicho y sé, y porque entiendo sea diferente el oficio del que traslada, mayormente escrituras de tanto peso, del que las explica y declara. El que traslada ha de ser fiel y cabal, y si fuere posible, contar las palabras, para dar otras tantas, y no más, de la misma manera, cualidad, y condición y variedad de significaciones que las originales tienen, sin limitallas á su propio sonido y parecer, para que los que leyeren la traducción puedan entender la variedad toda de sentidos á que da ocasión el original si se leyese, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere.

El extenderse diciendo, y el declarar copiosamente la razón que se entienda, y con guardar la sentencia que más agrada, jugar con las palabras, añadiendo y quitando á nuestra voluntad, eso quédese para el que declara, cuyo oficio es; y nosotros usamos de él, después de puesto cada un capítulo, en la declaración que se sigue. Bien es verdad que, trasladando el texto, no pudimos tan puntualmente ir con el original, y la cualidad de la sentencia y propiedad de nuestra lengua nos forzó á que añadiésemos alguna palabrilla, que sin ella quedaría oscurísimo el sentido; pero estas son pocas, y las que son, van encerradas entre dos rayas de esta manera (). Vuestra merced reciba en todo esto mi voluntad; que lo demás á mi no me satisface mucho, ni curo que satisfaga á otros; bástame haber cumplido con lo que se me mandó, que es lo que en todas las cosas más pretendo y deseo.

TRADUCCION LITERAL

Y DECLARACIÓN

DEL LIBRO DE LOS CANTARES

PROPIEDAD es de una lengua hebrea doblar así una palabra cuando quiere encarecer alguna cosa ó en bien ó en mal; así que, decir *Cantar de los cantares*, es lo mismo que solemos decir en castellano cantar entre cantares; es hombre entre hombres; esto es, señalado y eminente entre todos, y más excelente que otros muchos. Entendemos de esto que mostró la riqueza y regalos de su amor el Señor más en este cantar, que en otro alguno, pues dice así:

CAPÍTULO PRIMERO

ESPOSA

1 Bésame de besos de su boca; porque buenos (son) tus amores más que el vino.

2 Al olor de tus unguentos buenos. (Es) unguento derramado tu nombre; por eso las doncellas te amaron.

3 Llévame en pos de ti, correremos al olor de tus unguentos. Metióme el Rey en sus retretes, regocijarnos hemos y alegrarnos hemos en ti, membrárenos han tus amores más que el vino; las dulzuras te aman.

4 Morena yo, pero amable, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón.

5 No me miréis, que soy algo morena, que miróme el sol; los hijos de mi madre porfiaron contra mí, pusiéronme (por) guarda de viñas; la mi viña no guardé.

6 Enséñame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía; porque seré yo descarriada entre los ganados de tus compañeros.

ESPOSO

7 Si no te lo sabes, oh hermosa entre las mujeres; sal (sigue) por las pisadas del ganado, y apacientará tus cabritos junto á las cabañas de los pastores.

8 Á la yegua mía en el carro de Faraón te comparé, amiga mía.

9 Lindas (están) tus mejillas en las perlas, tu cuello en los collares.

10 Tortolitas de oro te haremos, esmaltadas de plata.

ESPOSA

11 Cuando estaba el Rey en su reposo, mi nardo dió su olor.

12 Manojito de mirra mi amado á mí, morará entre mis pechos.

13 Racimo de cofer mi amado á mí, de las viñas de Engaddi.

ESPOSO

14 ¡Ay, cuán hermosa, amiga mía (eres tú), cuán hermosa, tus ojos de paloma!

ESPOSA

15 ¡Ay, cuán hermoso, amado mío (eres tú), y cuán gracioso! Nuestro lecho (está) florido.

16 Las vigas de nuestra casa son de cedro; el techo, de ciprés.

COMENTO

«Béseme de besos de su boca.» Ya dije que todo este libro es una égloga pastoril, en que dos enamorados, esposo y esposa, á manera de pastores se hablan y responden á veces. Pues entenderemos que este primer capítulo comienza á hablar la esposa, que habemos de fingir que tenía á su amado ausente, y estaba en ello tan penada, que la congoja y deseo la traía muchas veces á desfallecer y desmayar, como parece claro por aquello que después en el razonamiento de su proceso hace, cuando ruega á sus compañeros que avisen al esposo de la enfermedad y desmayo en que está por sus amores y por el ardiente deseo que tiene de velle; que es afecto naturalísimo del amor, y nace de lo que comunmente se suele decir, que el ánima del amante vive más en aquel á quien ama, que en sí mismo; por donde, cuando el amado más se aparta y ausenta, ella, que vive en él por continuo pensamiento y afición, le va siguiendo; tanto, que no comunica con su cuerpo cuanto quiere ó cuanto puede; desatariase de él totalmente si fuese posible, y no puede tampoco, que ya que no rompa las ataduras que la tienen en su cuerpo presa, no las enflaquezca sensiblemente, de lo cual da muestra la amarillez del rostro, la flaqueza del cuerpo y desmayo del corazón, que proceden de este enajenamiento del alma, que es también todo el fundamento de aquellas quejas de que siempre usan las casadas y enamoradas, y los aficionados y poetas las encarecen y suben hasta el cielo, cuando llaman á lo que aman alma mía, y publican haberles sido robado el corazón, tiranizada su libertad, puestas á sacomanos sus entrañas; que no es encarecimiento, ni manera de buen decir, sino verdad que pasa así por la manera que tengo dicha; y así, la propia medicina de esta aflicción, y lo que más en ella se pretende y desea, es cobrar cada una que ama su alma, que siente serle robada; la cual, porque pa-

rece tener su asiento en el aliento que se coge por la boca, de aquí es el desear tanto, y deleitarse los que se aman en juntar las bocas y mezclar los alientos, como guiados por esta imaginación y deseo de restituirse en lo que les falta de su corazón, ó acabar de entregarlo todo.

Queda entendido con esto con cuánta razón la esposa, para reparo de su alma y corazón (que la falta por la ausencia de su esposo), pide por remedio sus besos, diciendo: «Bésememe de sus besos;» que es decir: Vivido he y sustentado me he con vanas esperanzas; visto he muchas promesas de su venida, muchos mensajes he recibido; mas ya el ánimo desfallece y el deseo vence; sólo su presencia y el regalo de sus dulces besos es lo que me puede guarecer; mi alma está con él, é yo estoy sin ella hasta que la cobre de su graciosa boca, donde está recogida. Y no hay que pedille vergüenza á la esposa de este caso, que el mirar esos achaques es flaqueza de afición; que el amor grande y verdadero rompe con todo, y muéstrase tan razonable y conforme al entendimiento del que ama, que no le da lugar para imaginar que á nadie le parezca otra cosa. Dice pues: «Bésememe de besos de su boca;» que atenta la propiedad de su original y palabra á quien responde, que es *minesicoth*, se dirá bien en castellano, *bésememe* con cuales ó *qualque besos*; en que da á entender lo mucho que desea la presencia de su esposo y lo mucho en que le aprecia, pues la salud de su desmayo, que es tan grande, no pide besos sin cuenta, sino cuales y qualque besos.

«Porque buenos son tus amores más que el vino.» Viene esto bien á propósito del desmayo, cuyo remedio suele ser el vino, como que imaginásemos que sus compañeras se lo ofrecían y ella lo desechaba, y responde: El verdadero y mejor vino para mi remedio sería ver á mi esposo; aunque, conforme á lo que se trata, la comparación del vino hecha al amor es buena, demás que en otro cualquier caso es gentil y propia comparación, por los muchos efectos en que el vino y el amor se conforman. Natural es al

vino, como se dice en los proverbios y en los salmos, el alegrar el corazón, el desterrar de él todo cuidado penoso, é hincharle de ricas y grandes esperanzas; hace osados, seguros, lozanos, descuidados de mirar en muchos puntos y respetos á aquellos á quien manda, que todas ellas son también propiedades del amor, como se ve por la experiencia de cada día, y se podría probar con muchos ejemplos y dichos de hombres sabios, si para ello nos diera lugar la brevedad que tenemos prometida. Dice más adelante:

«Al olor de tus unguentos buenos.» Hase de entender y añadir: Volveré en mí y sanaré de este mi desmayo; porque está falta y cortada esta sentencia, como dicha de persona apasionada y enferma, que le falta el aliento, y como acontece las más veces en todo lo que se dice en alguna vehemente pasión, que el ardor demasiado del ánimo traba la lengua y demedia las palabras y razones. «Ungüentos buenos» llama á lo que en nuestra lengua decimos aguas de olor ó confecciones olorosas, que todo viene bien en el desmayo que tenemos dicho, para cuyo remedio se suele usar de cosas semejantes. Así que, todo es demostración y encarecimiento de lo mucho que ama á su esposo y de lo mucho que puede con ella su vista y presencia; porque es como si dijese: Si yo viese á quien amo, con la fragancia sola de sus olores tornarí en mí; declara cuán grande sea ésta, y por eso dice y añade: «Ungüento derramado es tu nombre.» Derramado, según la propiedad de la lengua hebrea, y palabra á quien responde, quiere decir repartido en vasos, ó mudado de unas vasijas en otras, porque entonces se esparce más su buen olor. «Tu nombre» no quiere decir tu fama, como algunos entienden, y como se suele entender en otros lugares; porque eso viene fuera de lo que se trata; quiere pues decir el nombre en que es llamado cada uno; así que, dice, llámasete olor esparcido, que es decir, es tal y trasciende tanto tu buen olor, que podemos justamente llamarte, no oloroso, sino el mismo olor

esparcido; que es manera usada en la Sagrada Escritura y en otras lenguas, en la cosa que uno es loado ó vituperado ponelle el nombre de ella, para mostrar que la posee en sumo grado y no así como quiera; como parece claro acerca de san Mateo adonde Cristo á Simón el principal, para demostración de su firmeza y constancia, le puso por nombre *Cephas*, que quiere decir piedra. Mas porque no parezca que la afición engaña á la esposa, y que no es ella sola á quien parece esto, añade luego: « Por tanto, las doncellas te amaron,» las cuales propiamente se pierden por todo lo que es oloroso, hermoso y gentil. «Llévame en pos de ti, correremos.» Puede entenderse esto como cosa que está junta con la razón ya dicha, de arte que de todo ello resulte esta sentencia de la esposa al esposo: Ven y llévame en pos de ti con el olor de tus olores, que es tan grande, que aficiona á todos, que seguirte he corriendo; ó decirte que es razón por sí distinta de todo lo arriba dicho; la cual explicación con nuevo encarecimiento declara el deseo que tiene de verse con su esposo, que estando enferma y sin fuerzas, dice que le seguirá corriendo si la quiere llevar consigo.

« Metióme el Rey en sus retretes.» Cuán natural es esto al amor, imaginar que pasó ya lo que desea, y tratar como de cosa hecha de lo que pide la afición, bien se deja conocer; porque dijo que el esposo la llevase y metiese en su casa, donde le hace grandes regalos, y así dice: *Metióme*, que según el uso de la lengua, aunque muestra tiempo pasado, es cosa que está por venir, para mostrar la certidumbre y esperanza de que será. Así que, en decir « Meterme ha el Rey», olvidóse de la persona de pastora en que hablaba; y así, llámale por su nombre, que siempre el amor trae consigo estos descuidos; ó por ventura es propiedad de aquella lengua, como lo es de la nuestra, todo lo que se llama en extremado amor llamarse así mi rey y semejantemente. «En sus retretes,» esto es, en todos sus retretes, dándome parte de todas sus cosas, que es prenda certísima

de su amor. Declárase esto en lo que se sigue: « Regocijarnos hemos, alegrarnos hemos en ti, » esto es, juntamente contigo. « Membrársenos han tus amores más que el vino; las dulzuras te aman; » y muestra por el defecto el exceso de los regalos y placeres que ha de recibir en el retrete de su esposo, porque dice le quedarán impresos en la memoria más que ningún otro placer ni contento.

En este lugar hay diferencia entre los que escriben la traslación de él, y nace todo el peligro de la palabra hebrea *nazchira*, que yo traslado dulzuras, la cual propiamente suena derechezas, y aunque suena así, dicen algunos hebreos doctos en aquella lengua que cuando está junta con esta palabra..... (1), que significa el vino, le dan título de bueno y preciado, como si dijésemos que justamente y con derecho se bebe; y tiene algunos lugares de la Escritura que ayudan á éste, y de aquí son diferentes los pareceres. San Jerónimo sigue el sonido de la voz, y así traslada las derechuras ó derechos, esto es, los justos y buenos te aman. Siguiendo esta letra, quiere decir, acordarme he de tus amores, está es, de los que me tienes y yo te tengo, de tu trato y conversación blanda, regalada y amorosa, más que de ningún otro placer ó alegría, que todas ellas se entienden por el vino, por el alegría y placer grande que da y pone á los corazones de los que de él usan; y da luego la razón que tiene de preciar tanto los amores del esposo y de acordarse de ellos, diciendo: Las dulzuras ó derechuras te aman; que es decir: Todo lo que es bueno, dulce y apacible te cerca y abraza; estás cercado de dulzuras, eres acabado y perfecto en todas las cosas. La traslación de otros dice así: Membrársenos han tus amores más que el vino preciado, te aman (las doncellas); de arte que, según esto, en decir membrársenos han tus amores, se hace punto, y en lo que sigue todo es mostrar la esposa que no es ella sola la de este parecer en querer y preciar

(1) No se halla en los manuscritos.

tanto á su esposo, pues es amado de todas las doncellas generalmente.

Puédese, á mi juicio, aún leer de otra manera, y no menos que ésta: membrarémonos, poner luego punto, como se ve en su original, y seguir luego: tus amores mejor que el vino dulce ópreciado te aman, esto es, te hacen amable; y la causa es, porque son más dulces y deleitosos que la misma dulzura y deleites, que, como he dicho, se declara en el vino; y según esta manera, en la primera palabra membrarémonos, acordarémonos, que al parecer queda así desacompañada, se encierra un accidente muy dulce y muy natural en los que bien se quieren, cuando acontece verse después de algún año y larga ausencia, que se cuenta el uno al otro con todo el mayor encarecimiento que saben, la pena y dolor en que por esta ausencia ha vivido. Así que, la esposa, como había dicho que se vería en el secreto de su esposo, se alegraría y regocijaría juntamente con él, añade convenientemente lo que por orden de afición se sigue después del regocijo de la primera vista; acordarnos hemos, esto es, contaremos, tú á mí y yo á ti, lo mucho que en esta ausencia hemos pasado y padecido; traeremos á la memoria nuestras ansias, nuestros deseos y temores. Pues quede aquí que esta razón, por cualquiera manera que se entienda, va llena de ingenio y de gentileza y de una afición blandísima.

«Morena yo, pero amable, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón.» Bien se entiende del salmo 44, adonde á la letra se celebran las bodas de Salomón con la hija del rey Faraón, que es, como he dicho, la que habla aquí en persona de pastora y en figura de la Iglesia, que era no tan hermosa al parecer de fuera, cuanto en lo que encubría de dentro; porque allí se dice: «La hermosura de la hija del Rey está en los escondidos;» pues responde ahora la esposa á lo que la pudieran oponer los que la veían tan confiada del amor que le tenía su esposo, siendo al parecer morena y no tan hermo-

sa, que siempre en esto tiene gran recato el amor. Dice pues: Yo confieso que soy morena, pero en todo el resto soy hermosa y bella, y digna de ser amada; porque debajo de este mi color moreno está gran belleza escondida, lo cual cómo sea declara luego por dos comparaciones; soy, dice, como las tiendas de Cedar y como los tenderones de Salomón. Cedar llama á los alárabes, porque son descendientes de Adar, el hijo segundo de Ismael, que es gente movediza, que no vive en lugares, sino en campo, mudándose cada un año donde mejor le parece, y por eso viven siempre en tiendas hechas de cuero ó de lienzo, que se pueden mudar ligeramente. Así que, es la esposa en hermosura muy otra de la que parece, como las tiendas de los alárabes, que por defuera las tienen negras del aire y sol á que están puestas, mas de dentro en sí encierran las alhajas y joyas de sus dueños, que son muchas y ricas; y como los tenderones que suele usar en la guerra Salomón, que lo de fuera es de cuero para defensa de las aguas, mas lo de dentro es de oro y seda y hermosas bordaduras, como suelen ser los de otros reyes. Esto es en cuanto á la letra; que según el sentido que pretende el Señor, clara está la razón por qué la Iglesia, esto es, la compañía de los justos, y cualquiera de ellos tiene el parecer de fuera moreno y feo, por el poco caso y poca cuenta, ó por mejor decir por el grande mal tratamiento que el mundo les hace, que al parecer no hay otra cosa más desamparada ni más pobre y abatida que son los que tratan de bondad y de virtud, como á la verdad estén queridos y favorecidos de Dios, y llenos en el ánimo de incomparable belleza.

«No me miréis, que soy morena; miróme el sol.» Responde esto bien á lo natural de las mujeres, que no saben poner á paciencia todo lo que les toca en esto de la hermosura, que, según parece, bien pagada quedaba esta pequeña falta de color con las demás gracias que de sí dice la esposa, aunque en ello no hablara más; pero, como le escurece, añade diciendo, y muestra que esta falta no es

natural de tal manera que no tenga remedio, sino venida acaso por haber andado al sol, y aun eso no por culpa suya, sino forzada contra voluntad por la porfia de sus hermanos; y así dice: «Los hijos de mi madre porfiaron (encendidos) contra mí; pusiéronme por guarda de viñas, mi viña no guardé.» Donde dice mi viña, en el hebreo tiene doblada fuerza, que dice (mía, remía); dando á entender cuán propia suya es y cuánto cuidado debe tener de ella, como si dijera, la mi querida viña de mi alma; que tal es en la estima de las mujeres todo lo que toca á su buen parecer y gentileza. Dice pues que no guardó su viña, porque se olvidó de sí y de lo que tocaba á su rostro por atender en guardar las viñas ajenas, en que los hermanos la habían ocupado por fuerza; y no se ha de entender que esto pasó así por la hija de Faraón, que habla aquí, que siendo hija de rey, no es cosa verosímil y de creer, sino presupuesta la persona que representa y á quien imita hablando, que es de pastora, es la más propia y gentil disculpa y color que podría dar á su mal color, decir que ha andado en el campo al sol, forzada de sus hermanos, y que, como pastores, era gente tosca y de mal aviso. En el sentido del espíritu es grande verdad decir que sus hermanos la hicieron esta fuerza, porque ningún género de gente es más contrario y perseguidor de la verdadera virtud que los que la profesan en solos los títulos y apariencias de fuera, y los que nos son en mayor deuda y obligación, esos las más veces experimentamos por mayores capitales enemigos.

«Enséñame, amado de mi alma, dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía.» Disculpada de su color, torna á hablar con su esposo, y no pudiendo sufrir más la dilación, desea saber dónde está con su ganado, que se determina á buscallo, que el verdadero amor no mira en puntillos de crianza ni en punto de honores, ni espera ser convidado primero, antes él se convida y se ofrece, y aunque había llamado la esposa á su esposo para su remedio, y no le responde, no por eso se entibia ó desdeña ó hace caso de

honra, antes crece de nuevo más, y pues él no viene, ella determina de ir en su busca. Y puédesse entender esto en dos maneras: ó que sea un mostrar al esposo lo mucho que desea saber de él para seguirle, ó excusarse que si no lo hace es por no andar vagueando, perdida y de monte en monte; como si dijese: Ojalá yo supiera, amor mío, ó tú me lo hubieras dicho, dónde estás con tu ganado, que fuera luego allá; mas si no lo hago, es por no andar de cabaña en cabaña preguntando á los pastores; ó entendemos (y esto es lo más cierto y natural) que pide al esposo dónde ha de sestear al mediodía, que luego se irá allá. Y no estorba esto, que estando el esposo, como presuponemos que está, ausente, ni podrá oír los ruegos de la esposa ni satisfacer á su voluntad; porque en el verdadero y vivo amor pasan siempre mil imposibilidades semejantes; que con la ardiente afición se ocupan así y se ciegan los sentidos, que engañándose, juzgan como posible y hacedero todo lo que piensan; y así, por una parte habla la esposa al esposo como si lo tuviera presente y lo viese y oyese, y por otra no sabe dónde está determinada, como quiera que sea, de buscallo, en lo cual podría haber inconveniente de perderse; y por esto añade: «Porque andaré yo descarriada ó escaminada entre los ganados de tus compañeros.» Donde decimos descarriada ó escaminada, otros trasladan arrebozada, porque la palabra hebrea á quien responde, sufre lo uno y lo otro; y decir arrebozada es decir mujer ramera y deshonesto y perdida, porque este era el traje de las tales entre aquella gente, como se entiende en el capítulo 38 del *Génesis*, cuando Tamar, puesta en semejante hábito, hizo creer á Judas, su suegro, que era ramera. De la una manera y la otra hace buen sentido, porque dice: Yo me determino de buscarte; pero no es justo que ande descaminada como si fuera una desvergonzada y deshonesto, y por tanto conviene que sepa yo dónde tú estás.

Hasta aquí ha dicho la esposa; agora habla el esposo y

responde á esto postrero, diciendo: «Si no te lo sabes, hermosa entre las mujeres, salta y sigue las pisadas del ganado, y apacentarás tus cabritos junto á las cabañas de los pastores.» No puede sufrir un corazón generoso que quien le ama pene mucho tiempo por él, y por eso le dice (entendiendo que su esposa lo desea) que siga la huella del ganado, que por ella le hallará. «Si no te lo sabes,» el (te) abunda y está de sobra. Propiedad es de la lengua hebrea, como en la nuestra decimos, no sabes lo que te dices, y otras tales. «Hermosa entre las mujeres,» es decir, más hermosa que todas; «apacienta tus cabritos;» general decoro es decir cabritos, porque ordinariamente las mujeres, por ser más delicadas, no las ponen en recios trabajos. Si el marido cava, ella quita las piedras; si poda, ella sarmienta; si siega, ella hacina; y así, si el marido trae el ganado mayor, ella suele traer el menudo. El hebreo dice *hacuab*, que es la postrera parte del pie, que en español llamamos carcañal, y poniendo el nombre de la causa á su efecto en este lugar, valdría tanto como decir, la huella, la cual puede tener dos entendimientos: que diga el esposo á su esposa, ó que siga la huella que hallará del ganado que pasó ya, ó que vaya en pos de sus cabritos de ella, los cuales, por la costumbre de otras veces, ó por el amor ó instinto natural que los guía á sus madres (habemos de entender que, como se suele hacer, habían quedado cerrados en casa, y el esposo traía las madres paciendo por el campo), la pondrían do su esposo; y así añade: «Y apacentarás tus cabritos junto á las cabañas de los pastores,» que es decir ellos te llevarán adonde los lleva á ellos su amor y adonde tienen su pasto, que es lugar adonde yo estoy con los demás pastores.. El sentido espiritual es decir el esposo que siga para hallarle la huella del ganado, para avisar á las almas de los justos que le desean; de dos cosas muy importantes. La una, que para hallar á Dios, aun en las cosas brutas y sin razón tenemos bastante guía; que, como lo dice el salmo 18, la grandeza

ó lindeza del cielo, las estrellas con sus movimientos en tal diversidad tan concertadas, y con tanta orden los días y las noches, con las mudanzas y sazones de los tiempos, que siempre vienen tan á tiempo, nos dicen á voces quién sea Dios, para que no quede disculpa alguna á nuestro descuido. La otra, que el camino para hallar á Dios y la virtud no es el que cada uno por los rincones quisiere imaginar y trazar para sí, sino el trillado ya y usado por bienaventurado ejemplo de infinitas personas santísimas y doctísimas que nos han precedido.

«Á la yegua mía en carro de Faraón te comparo yo, amiga mía.» Con la gentil presencia de su esposa concibe el esposo nuevas llenas de amor, que le hacen dar muestra por galanas comparaciones de lo bien que le parece. Hermosa cosa es y llena de gentil brio una yegua blanca y bien enjaezada, cuales son las que hoy día usan los señores en los coches. Pues muestra el esposo en esto la lozanía y gallardía de ver su esposa, y dice, en carro de Faraón, significando por él al rey, la tierra y reino de Egipto, cuyos reyes se llaman así; que quiere decir tanto como vengadores y restauradores, que los antiguos ponían nombre á los maestros de la república, á cada uno conforme á la obra de su oficio. Pues hase de entender que en aquel tiempo eran muy preciados los carros que se hacían en Egipto, y las yeguas traídas para ellos de allá, como parece del tercero libro de los *Reyes*, y Salomón, que es el que habla aquí, como rey riquísimo, tenía en grande abundancia las mejores de estas cosas, porque él enviaba por ellas, y el rey de Egipto se las enviaba y presentaba. Ya otra vez he comenzado á decir, y quedará de aquí dicho para otros muchos lugares donde es menester adelante, que aunque toda esta plática que pasaba entre Salomón y su esposa es como si pasase entre pastor y pastora, pero algunas veces se olvida de lo que representan y hablan como quien son, como en este lugar, do dice ser suya la yegua, muestra tener coches traídos de Egipto, con gentiles yeguas que lo

guien, lo cual no cabe en persona de pastor; como al revés, otras veces digan cosas por el cabo ajenas de sus personas, y muy conformes con la afición y pasión que explican y estilo pastoril que siguen.

«Lindas (están) tus mejillas en las perlas, tu cuello en los collares.» «En las perlas,» la palabra hebrea, que es *thor*, es de varia y dudosa significación. Unos dicen que significa perlas ó aljófar enhilado, otros cadenas de oro delgado, otros tortolicas hechas de bulto, y otros dicen que son hilos ó torzalejos que cuelgan. Paréceme que he visto en pinturas y figuras antiguas, en el tocado de las mujeres, en el remate de la toca, si no es lo que cae sobre la orilla, desde el principio de las sienes para atrás cuelgan como unos rapacejos largos hasta la mitad algo más del carrillo, y según esto, podemos concertar toda esta diferencia, diciendo que estas las personas ricas y principales las usaban de aljófar ó perlas menudas puestas en hilos ó cadenillas delgadas de oro; que los cabos, así de los unos como de los otros, se remataban en algunos briquiños ó piñas de oro pequeñas, hechas en forma de tortolillas ó de otras cosillas semejantes, de arte que *thor* sea principalmente rapacejo. Pues, como si imaginásemos que la esposa estaba tocada así, dice el esposo: ¡Cuán lindas se descubren tus mejillas entre las perlas, y tu cuello entre los collares! Esto estéte bien, y hermoséate maravillosamente este traje, que, como dijo uno en una poesía, «un bello una beldad adorne,» y esto es propio de las que son hermosas, que todo cuánto se ponen les está bien, les dice como cosa nacida y hecha para su ornamento y servicio, como al revés las feas, mientras más se aderezan y atavian, parecen peor. Aunque es verdad que el decir «las perlas ó entre las perlas» da ocasión á otro sentido, que á mi juicio viene bien á propósito, diciendo, no que la esposa tenía algunos de estos arreos que añadiesen á su hermosura, sino que al revés, estaba desnuda de ellos, y con todo esto, al parecer y dicho del esposo, sin comparación estaba

muy más hermosa que otra que los tuviese; porque, así como ya dijimos, en la propiedad de la lengua original, hermosa entre las mujeres es tanto como decir más hermosa que todas las mujeres; así decir lindas tus mejillas entre las perlas y aljófares que á otras hermocean, y tu cuello sin joyales es más bello que todas las joyas que suelen hermocear y adornar los de las demás mujeres; esto es, tu belleza vence á otra cualquiera belleza, ó sea natural ó ayudada con artificio.

«Zarcillos de oro te haremos, con remates de plata.» Á lo que decimos responde la palabra ya dicha; y así, otros trasladan tortolica, otros cadenillas; es lo que hemos dicho, y promete el esposo de mandar hacer las dichas tórtolas, ó dárselas á la esposa, ó porque le estaban bien, si decimos que usaba de ellas, ó si no las usaba ni tenía, porque las usase y con ellas pareciese mejor; y viene bien en este lugar significar tórtolas esta palabra, porque es muy usada entre enamorados, en los servicios que hacen á sus amadas, darles algunos cosas que tengan sombra y significación de sus afectos, unos de amor y otros de desamor y desesperación, otros de desvíos, y algunos otros de celos. Esto hácenlo escribiendo en los tales algunos motetes ó letras que tengan el nombre de los que ellos quieren dar á entender, ó poniendo figura ó color alguno, que da á conocer lo que ellos sienten. Pues así promete el esposo de dar á la esposa de aquellos torzalejos de oro en figura de tórtolas, y que tengan los remates, que son el pico y uñas, de plata; porque, demás de ser el presente hermoso, con esta hechura da á entender el afecto del esposo que es un amor perfecto para siempre en una persona, como el que dos tórtolas, macho y hembra, se tienen entre sí, que, como se escribe, es tan fiel, que muerto el uno, el otro se condena á perpetua viudez.

«Cuando estaba el Rey en su reposo, mi nardo dió su olor.» Responde la esposa, y en caso de querer bien á su esposo y demostralle la afición de su corazón con todas las

buenas palabras que el amor puede y sabe, no le quiere dar la ventaja; y así, al principio del amor tierno cuenta un gran regalo que hizo á su esposo. «Cuando estaba el Rey, dice, en su reposo.» La palabra hebrea, que es *mesab*, quiere decir recostamiento ó en derredor, que según los doctores hebreos, en este lugar es lo mismo que convite; porque, conforme al uso antiguo, comían recostados y puestos á la redonda, porque era así la forma de las mesas. *Nardo* es una raíz muy olorosa que ahora se trae de la India de Portugal, de la cual escribe Plinio y Dioscórides que es conocida y usada en las boticas; y de esta principalmente, y de otras cosas aromáticas, se solía hacer una suave y gentil confección de suave olor, con que se rociaban la cabeza y manos los antiguos; que los griegos llaman *nardina*, y los hebreos, por el mismo nombre de la raíz, le dicen *nered*. Galeno hace mención de ella, y en el evangelio de san Juan se dice que la Magdalena derramó un bote de nardo preciosísimo sobre la cabeza y cara de Jesucristo. Juntamente con esto se ha de advertir que entre la gente hebrea se usaba rociar con este licor á los convidados cuando eran personas ricas y principales, ó á quien se deseaba y debía hacer todo regalo y servicio, por ser cosa de gran precio y estima, demás de ser muy suave y apacible; como parece claramente en el capítulo 7 de san Lucas, donde defendiendo Cristo á la mujer pecadora, que puesta á sus pies, los lavó con lágrimas y los roció con este unguento, dice al fariseo que le había convidado á comer: «Esta ha hecho lo que tú debías hacer en ley de buena razón y costumbre, y no lo hiciste; convidástemme, dice, y no rociaste mi cabeza con unguento oloroso, y ésta roció mis pies.» Con esto quedan claras las palabras de la esposa, que hacen significación del gran gozo y contento que tiene en sí por el servicio que á su esposo hizo. Cuando estaba, dice, el mi Rey en su banquete, yo le rocié todo con mis olores; y por eso dice que el nardo dió su olor, el cual entonces se siente más cuando el licor se esparce.

«Manojuelo de mirra, el mi amado á mí, morará entre mis pechos.» Como es cosa hermosa y amada de las doncellas un ramillete de flores ó de otras cosas semejantes olorosas, que lo traen siempre en las manos y lo llegan á las narices, y por la mayor parte le absconden entre sus pechos, lugar querido y hermoso; tal dice que es para ella su esposo, que por el grande amor que le tiene, le trae siempre delante de sus ojos, puesto en sus pechos y sentado en su corazón. *Mirra* es un árbol pequeño que nace en Arabia, en Egipto y Judea, del cual, hiriendo su corteza á ciertos tiempos, destila lo que llamamos mirra; las hojas y flor de este árbol huelen muy bien, y de esta habla la esposa.

«Racimo de cofer mi amado á mí.» Gran diferencia hay en averiguar el árbol que sea este que aquí se llama cofer, el cual unos trasladan cipro, como es san Jerónimo, y entiendo un árbol llamado así, y no de la isla de Chipre, como algunos incongruamente declaran; otros trasladan alcanfor ó alheña; otros dicen que es un cierto linaje de palma; cierto es ser especie aromática y muy preciosa, y entre tanta diversidad, lo más probable es, ser hoy el cipro árbol de olorosísimo olor, de quien hacen mención Plinio y Dioscórides, el cual crece en Palestina, en Engaddi, que es lugar junto al mar Muerto, como se lee en Josefo, donde hay las vides que llaman el bálsamo, y por eso añade «en las viñas de Engaddi.»

Responde el esposo y dice: «¡Ay, cuán hermosa, amiga mía! tus ojos de paloma.» Todo esto es como una amorosa contienda, en la cual cada uno procura aventajarse al otro en decirle amores y requiebros. Lo a pues la hermosura de la esposa, que á su parecer es sumamente bella, y declara ser grande su belleza, usando de esta repetición de palabras, que es común en la Escritura, diciendo: Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres; como si dijera, hermosa, hermosísima eres; y porque gran parte de la hermosura está en los ojos, que son espejo del alma, y el más noble

de sus sentidos, y que ellos solos, si son feos, bastan para afean el rostro de una persona, por más gentiles facciones que tenga; por eso más particularmente, después de haber loado la belleza de su esposa en general, dice de sus ojos que son como de paloma. Las que vemos por acá no los tienen muy hermosos; pero sonlo de hermosísimos las de la tierra de Palestina; que, como se sabe por relaciones de mercaderes, y por unas que traen de levante, que llaman tripolinas, son muy diferentes de las nuestras, señaladamente en los ojos, porque los tienen grandes y llenos de resplandor y de un movimiento bellissimo, y de un color extraño que parece fuego vivo.

«¡Ay qué hermoso, amado mío!» responde la esposa, y págale en la misma moneda á su esposo, conociendo y publicando la hermosura que hay en él; y porque la belleza está, no solamente asentada en la exterior muestra de la proporción de los miembros y escogida pintura de naturales colores, mas también y principalmente tiene su silla en el alma; y porque esta parte de hermosura del alma se llama gracia y se muestra defuera, y da á entender en los mismos movimientos de la misma ánima, como son andar, mirar, hablar, reir, cantar y los demás, los cuales todos en la lengua toscana se llaman belleza, de tal manera, que sin esta, la otra del cuerpo es una fealdad sin sal ni gracia, y menos digna de ser amada que una imagen, como se ve cada día; así que, por esta causa la esposa, para loar perfectamente á su esposo, le dice: «Y tú hermoso.» En el hebreo está una palabra en estos dos lugares del esposo y esposa, que en latín se interpreta *ecce*, y es voz que en esta parte da muestra de grande afecto y regocijo del que habla; como uno que estando contemplando la beldad de su amada, no cabe en sí ni puede detener al impetu de la alegría que le bulle dentro, y dice: «¡Ay cómo eres hermosa!» ú otra tal razón del impetuoso afecto, la que no se puede pintar al vivo en la escritura, porque el dibujo de la pluma sólo llega á lo que puede trazar la lengua, la cual

es casi muda cuando se pone á declarar alguna pasión, y es como si dijera: Amado mío, no eres hermoso solamente, sino también dulce, y no tú solo, sino todas tus cosas, la casa rica y hermosamente edificada, la cama florida; al fin todo esto es lindo, y tú más que ello; y en decir, «también nuestro lecho florido,» como encubiertamente, le convida que se venga á estar con ella, que es deseo que se sigue ordenadamente después del bien que concibió de su esposo. En decir aquellas palabras, ¡ay, qué hermoso amado mío! el techo de ciprés, las tablas ó artesones que cargan sobre las vigas, que eran, según dice, de cedro, en el espíritu de la letra se declara el deseo de las ánimas que aman á Dios, pero son imperfectas en la virtud, que quieren traerle y gozarle en su casa y en su lecho, esto es, donde tienen su descanso y sus riquezas y su contento; mas llámalas Dios, y procura de sacallas de este regalo, como adelante veremos.

CAPÍTULO II

ESPOSA

- 1 Yo rosa del campo y azucena de los valles.

ESPOSO

- 2 Como azucena entre espinas, así mi amiga entre las hijas.

ESPOSA

- 3 Cual el manzano entre los árboles silvestres, así mi amado entre los hijos. Á la sombra del que deseé, sentéme, y su fruta dulce á mi garganta.

4 Metióme en la cámara del vino, la bandera suya en mi amor.

5 Esforzadme, rodeadme de vasos de vino, cercadme de manzanas; que enferma estoy de amor.

6 La izquierda suya debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

ESPOSO

7 Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y por los ciervos monteses del campo, si despertáredes ó velar hiciéredes á la amada hasta que quiera.

ESPOSA

8 Voz de mi amado (se oye); véislo, viene atravesando por los montes y saltando por los collados.

9 Semejante es mi amado á la cabra montés ó ciervcito; helo (ya está) tras nuestra pared acechando por las ventanas, mirando por los resquicios.

10 Hablado ha mi amado y díjome: Levántate, amiga mía, galana mía, y vente.

11 Ya ves pasó la lluvia, y el invierno fuése.

12 Los capullos de las flores se demuestran en nuestra tierra, el tiempo de la poda es venido, oída es la voz de la tórtola en nuestro campo.

13 La higuera brota sus higos y las pequeñas uvas dan olor; por ende, levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

14 Paloma mía, puesta en las quiebras de la piedra, en las vueltas del caracol, descubre tu vista, hazme oír la tu voz; que la tu voz dulce y la tu bella vista amable.

ESPOSO

15 Prendedme las raposas, pequeñas destruidoras de viñas; que la nuestra viña está en cierne.

ESPOSA

16 El amado mío para mí, y yo para él, que se apacienta entre las azucenas.

17 Hasta que sople el día y las sombras huyan. Tórnate, semejante, amado mío, á la cabra ó al corzo sobre los montes de Beter.

COMENTO

Prosiguen en el principio de este capítulo el esposo y la esposa en su amorosa porfia de loarse el uno al otro cuánto más pueden, y después en el proceso refiere algunas cosas la esposa, que ya en los pasados días le habían acontecido con su esposo.

«Yo rosa del campo.» Estas palabras están así, que se pueden entender indiferentemente del uno de los dos; pero más á propósito es que las diga la esposa, que por ser mujer, tiene más licencia para loarse, y que vengan dependientes y hagan una sentencia con lo que acaba de decir en el fin del primer capítulo: «Nuestro lecho florido y nuestra casa de ciprés», añade, «yo rosa del campo;» porque por todo ello convide y persuada más á que el esposo la ame más y acompañe, y en ningún tiempo la deje.

«Yo rosa del campo.» La palabra hebrea es *habaceleth*, que según los más doctos en aquella lengua, no es cualquiera rosa, sino una especie de ellas, en la color negra, pero muy hermosa y de gentil olor; y viene bien que se compare á ésta, porque, como parece en lo que hemos dicho, la esposa confiesa de sí que aunque es hermosa, es morena.

«Azucena de los valles.» Esto dice la esposa del esposo, como si más claro dijese: Yo soy rosa del campo, y tú lilio del valle, en lo cual muestra cuán bien diga la hermosura

del uno con la belleza del otro; y que, como se dice de los desposados son para en uno, como la rosa y el lilio, que juntos crece la gentileza de entrambos y agradan á la vista y dan olor más que cada uno por sí; demás que, siendo entrambas rústicas flores, cuadra bien la una con la otra, que la una es rosa del campo y la otra lilio de los valles, donde la naturaleza sola es hortelana, que por estar el lugar más húmedo, está más fresco y de mejor parecer.

Lo que traducimos azucena ó lilio, en el hebreo está *susanot*, que quiere decir flor de seis hojas; cuál sea ó cómo se llame acá no está bien averiguado, ni va mucho en ello; y de aquí es que á las veces llamamos azucena, á las veces alhelí ó violeta.

«Como azucena entre espinas.» Muchas veces se ve que una hierba buena crece más cercada de espinas ú otras hierbas que si estuviese sola, y esto es lo que se halla por experiencia. Y la razón de esto es por natural apetito que las plantas tienen de gozar del sol; y lo otro, que las hierbas circunstantes la hacen sombra al pie y la conservan en frescura y humedad, y de aquí viene á ser mayor su crecimiento. Demás de esto, la flor que nace entre las espinas es tanto más amada y preciada, cuanto son más aborrecibles las espinas entre que nace, y de la fealdad de las unas viene á descubrirse más la hermosura de la otra.

Presupuesto esto, consiente el esposo en lo que la esposa dice de sí misma, y añade tanto más, cuanto se echa más de ver y descubre la rosa entre las espinas que entre otras cosas; así que, en decir esto, no sólo dice ser hermosa como rosa entre otras, sino así hermosa, que sólo ella es hermosa y sólo ella es rosa, porque las demás á su comparación parecen espinas.

Lo que dice «entre las hijas», es decir entre todas las doncellas, por propiedad de aquella lengua, que cuando pone esta palabra así á solas, habla de solas las doncellas; y cuando le añade otra cosa, como diciendo hijas de Jerusalén ó hijas de Tiro, significa todas las mujeres de aquella

tierra, ora sean casadas, ora sean viudas ó doncellas; pues es doncella la esposa, y de las mujeres, las doncellas tienen la hermosura más entera y más hermosa, y entre todas ellas la esposa es la que vence.

En el espíritu de la letra es digno de considerarse que la Iglesia es rosa entre espinas, y no rosa cultivada y labrada; porque no es obra de los hortelanos del mundo, sino flor que crece y se sustenta por sola la influencia del cielo y su clemencia, como dice san Pablo: «Yo planté, Apolo fué el que regó; pero sólo Dios fué el que os sacó á luz y á crecimiento.» Y está cercada de espinas por la muchedumbre de las diversas sectas de infidelidad y herejías y supersticiosas creencias que en derredor de ella están, las cuales procuran ahogarla; pero firme y segura es la promesa del Señor, y entre esos golpes, mientras mayores fueren, tanto más centelleará la luz de la verdad.

Págale por la misma medida la esposa, y así le responde: «Como el manzano entre los árboles silvestres y campesinos, tan grande ventaja haces tú á los demás hombres.» Hermoso árbol es un manzano lleno de hoja y cargado de fruta, y en esto la esposa da mayor loor al esposo del que ella había recibido; que él la comparó á la azucena, que es cosa hermosa, pero de ningún fruto; y el manzano á que ella le comparó tiene lo uno y lo otro. Lleva adelante esta su comparación, y como suele un árbol grande y verde con la hermosura de su fruta y frescura de sus hojas convidar á los que lo ven á reposar debajo de su sombra y á coger de su fruta, así dice que la vista de su esposo la puso en semejante deseo, y como lo deseó, así lo puso por obra. «En su sombra que deseé,» conviene á saber, reposar, *sentéme*; esto es, conseguí el fin de mi deseo, «y su fruta dulce á mi garganta;» en que se declara una posesión entera y perfecta. Y como en decir esto tórnase á la memoria el tiempo pasado de aquellos sus primeros y más dulces amores, sigue el hilo del pensamiento, y cuenta con grandes gracias y blanduras de afectos mucha parte de sus ac-



cidentes ; la posesión de sí que le dió el esposo, cómo ella se le desmayó entre los brazos, y los regalos que recibió de él estando así desmayada, con otras cosas de grande afición, terneza y blandura ; y así dice :

«Metiόμε en la cámara del vino.» Ya dijimos que en el vino se declara en la Escritura todo lo que es deleite y alegría ; así que, entrar en la cámara del vino es aposentarse y gozar, no por partes, sino enteramente, de toda la alegría mayor, que cuanto á lo que toca á la esposa, consentía en los mayores regalos y muestras del entrañable amor que recibía de su esposo ; y por tanto añade :

«La bandera suya en mi (amor);» que se puede entender en dos sentidos. Traer bandera, en la propiedad hebrea, como después veremos, es señalarse alguno y aventajarse en aquello de que se trata, como es señalado el alférez que la lleva entre todos los de aquel escuadrón ; y según esto, quiere decir, enriqueció el esposo mi alma de alegría, hizola señora de un increíble contento, y esto porque en ninguna cosa quiso aventajarse tanto como en amarle ; ó digamos, y es lo mejor, que la esposa diga ó dice : Metiόμε en la bodega del vino, y yo le seguí ; que como los soldados siguen su bandera, así la bandera que á mí me lleva tras sí, y á quien yo sigo, es el su amor. De donde se sigue que cualquiera que no esté fuera de seso de hombre, ame á quien sabe que le ama ; y amándole, que se fie de él ; y fiándose, que se deje llevar sin sospecha y sin recelo por donde el otro quisiere ; porque el amor siempre es puerto de la confianza, y el que es amado entiende bien que el que le ama no le lleva sino donde le cumple para su provecho ; y eso es lo que dice la esposa, que sabiendo ella cómo su esposo la amaba, se dejó llevar y guiar de este amor segura ; y su rey y esposo, que la llevaba, la metió en la bodega, donde la hizo particulares mercedes y beneficios, que fueron una nueva yesca para acrecentalle el amor ; que cierto es que los dones y beneficios, aunque no son causa del nacimiento del verda-

dero amor todas veces, á lo menos son parte de acrecentamiento, y son como el mantenimiento con que se sustenta y conserva.

«Rodeadme de vasos de vino.» La flaqueza del corazón humano no tiene fuerzas para sufrir ningún extremo de alegría ó dolor, ninguna extremada afición, ora sea de tristeza, ora de dolor ó alegría. Pues así con el sobrado gozo que recibió con los favores de su esposo se desfalleció la esposa, y por estas palabras pidió el remedio á su desfallecimiento, en que declaró su mal con mayor gracia que si por palabras claras explicara el gozo de esta manera. Vencido de gozo el corazón y el deseo, hállome desmayada; esforzadme con buenos vinos y cosas olorosas para que revoque el corazón en su fuerza y torne en sí el enfermo con tales socorros. Y así en decir *esforzadme* se da á entender el desfallecimiento de su fuerza, que se iba á caer. Y lo que dice que está enferma, no es la enfermedad propia del cuerpo, sino una grave aflicción del alma, que la aflige de alguna cosa, de que se sigue el desfallecer el cuerpo. Así declaran la palabra hebrea *asioth* los más doctos de aquella lengua; aunque el texto vulgar traslada *flores*. Lo uno y lo otro es cosa de recreación para el que está enfermo; aunque los vasos de vidrio hanse de entender aquí llenos de vino, como lo advierten los expositores, para que con su olor y sabor tornasen en sí el corazón desmayado.

«La su izquierda;» prosigue la esposa demandando socorro para su desmayo. El natural remedio á los que desmayan de amores es verse juntos y asidos á los que aman, y que les muestren favor y señal de amor; porque de allí les viene su trabajo, y de lo mismo les ha de venir su remedio y descanso. Y así la esposa, estando ya caída en el desmayo, pide á su esposo que se llegue á ella, la sustente y ciña con sus brazos; y no fué en esto negligente el esposo, pues visto su desmayo, acudió luego y la tomó en sus brazos, que se hace como ella pide, poniendo el brazo

izquierdo debajo de su cabeza y abrazando con el brazo derecho, porque es natural después del desmayo seguir el sueño, que torna en sí, y se repara la virtud, cansada con la pasada lucha.

«Conjúroos.» Hemos de entender que se le adurmió en los brazos la esposa, y que él, poniéndola en el lecho mansamente y guardándola el sueño, como es propio del amor, se volvió á los circunstantes y los conjuró por lo que más quieren, que la guarden el sueño y la dejen reposar. Estas personas á quien conjura, eran las compañeras que se finge aquí traía consigo la esposa, y éstas eran cazadoras, según parece en la conjuración que el esposo les hace; y es muy conforme á la imaginación que se prosigue en este libro; porque si la esposa es pastorcica, las compañeras han de ser rústicas y que tengan ejercicio en el campo, como es ser pastoras y cazar, y éste era uso de tierra de Asia, principalmente hacia Tiro y en aquellas comarcas de Judea, que las vírgenes se ejercitasen en la caza; y así las requiere y juramenta el esposo, diciendo: «Ruégoos y conjúroos, hijas de Jerusalén;» así os vaya bien en la caza, así gocéis de las ciervas y hermosas cabras monteses, que no despertéis á mi amada hasta que ella de suyo se despierte. Esta es comunísima costumbre de los autores, y aun de todas las gentes, orar la felicidad ó desgracia del estudio ó ejercicio del otro cuando le quieren rogar algo ó le desean mal, que á uno que estudia decimos: Así os haga Dios un gran letrado; y á uno que pretende dignidades: Así os veáis un gran señor; ó al marinero: Así os dé Dios buenos viajes; y en esta manera en todas las demás.

Esto pasó así, y la esposa lo relata agora, que el esposo, con el cuidado de su enfermedad, volvió luego á ver si reposaba y hacerle compañía, y si quisiese esforzarse, convidalla se saliese al campo, que por ser en el principio de la primavera ya está fresco y muy florido, y le será gran remedio para su tristeza y enfermedad, ó digamos que fué

como sueño ó imaginación que á causa de grande amor la esposa se fingió á sí misma, pareciéndole que veía á su esposo y le hablaba; como es natural á los que aman ó tratan de algún negocio, avisadamente traerles los sueños imaginaciones semejantes; pues agora, como he dicho, va refiriendo lo que entonces vió y habló entre sueños por las palabras que he dicho, pues dice:

«Voz de mi amado se oye.» Es el cuidado del amor tan grande, y está tan en vela en lo que desea, que de mil pasos lo siente, entre sueños lo oye, y tras los muros lo ve; finalmente, es de tal naturaleza el amor, que hace en quien reina obras mucho diversas de la común experiencia de los hombres, y por esto los que no sienten tal afecto en sí no creen ó les parecen milagros, ó por mejor decir, locura, ver y oír las tales cosas en los enamorados; y de aquí resulta que los autores que tratan de amor son mal entendidos y juzgados por algunos autores de devaneos y disparates. Por lo cual un antiguo poeta de nuestra nación, muy enamorado y muy honesto, hizo el principio de sus canciones diciendo en su lengua misma esta sentencia: «No vea mis escritos quien no es triste, ó quien no ha estado triste en tiempo alguno.» Así que, las extrañas cosas que dicen, sienten y hacen los que aman, no se pueden entender de los libres de amor, donde será forzoso que muchas cosas de este libro sean oscuras, así al expositor de él, como á los demás que en el divino amor estén tan fríos y tibios; y por el contrario, será muy claro todo al que tuviere una sola sentencia de esta obra, y ninguna cosa le parezca imposible, ni disparada. Vemos aquí que la esposa, cansada del trabajo pasado, está durmiendo, y con todo eso, en el punto que su esposo habla, siente su voz y la conoce sin errarla, y le avisa de su venida, diciendo: «Voz de mi amado se oye.» Esto bien muestra, en la manera de las palabras así cortadas, el alboroto de su corazón.

«Véisle, viene atravesando por los montes y saltando por los collados; semejante es mi esposo á la cabra mon-

tés ó ciervecito; helo, ya está tras nuestra pared acechando por las ventanas, mirando por los resquicios.» Propio es de los que sueñan ó imaginan con desaliño alguna cosa, antojárseles que ven así lo ausente y que está lejos, como lo cercano y presente, juntando cosas diferentes y de diversos tiempos, como si todo fuese un mismo negocio. Está en su lecho desmayada la esposa, y parécela que ve venir á su esposo volando por los montes y por los collados, como si fuese una cabra ó un corzo, animales ligerísimos. Es prestísimo Dios en dar favores á los suyos. Véis-le, está ya tras nuestra pared acechando por las ventanas, descubriéndose por las celosías. Todo este mostrarse, abscondirse, no entrar de rondón, sino andar acechando, ora por una parte, ora por otra, es natural de los muy requebrados, y son unos regalos y juegos graciosísimos del amor; lo cual se pónese aquí con gran propiedad y hermosura de palabras. Así que, cuando ella lo ve por entre las puertas, él de presto se quita de allí, y corre á mostrarse por las saeteras de la casa, y de allí, siendo visto, se muda á las rejillas y se asoma un poco, y así de un lugar á otro, y en todos ella le sigue y alcanza con la vista; y esto es muy común acá, cuando uno se absconde burlando, decirle el otro burlando: ¡Ah! bien te veo la cabeza, veo agora los ojos por entre las puertas; que ya se ha quitado; helo, helo allí, por la ventana asoma. Y como hemos dicho, estas cosas, aunque parecen inciertas, no lo son en los amantes; porque ellos estiman unas cosas de las que otros hacen poco caso, y las cosas en que otro se recrea ó precia, á ellos dan fastidio. «Mostrándose por las ventanas;» en la propiedad de su lengua se toca en estas palabras una gentil comparación que en nuestra lengua no se siente. Donde decimos *mostrándose*, la palabra hebrea es *ziz*, que es propiamente mostrarse la flor cuando brota ó de otra manera se descubre; pues como suelen los claveles asomar por los agujeros pequeños de los encañados que los cercan, así imagina y dice que el esposo, más que el clavel

y la rosa bello, se descubre, ya por una parte, ya por la otra.

«Hablado ha mi amado y dijome.» Cuenta lo que le dijo, ó por mejor decir, soñó que le decía su esposo: «Levántate, amiga mía, galana mía, y vente; ya ves pasó el invierno, cesó la lluvia, fuése; descubre flores la tierra, los capullos de las flores se muestran, el tiempo de podar es venido, oída es voz de tórtola en nuestro campo, la higuera brota sus higos, y las pequeñas uvas dan olor; por ende levántate, amiga mía, hermosa mía, y vente.» Y haciendo de todo una sentencia seguida, convida en este lugar á la esposa al gozo de sus amores; y porque él anda en el campo, que es lugar para el amor mejor que otro, pídele que se salga á él, poniéndole para movella el amor que la tiene en regaladas palabras de amiga y de galana, y la sazón del verano, que es tiempo fresco y apacible y muy aparejado para tratar amores; y así dice: «Levántate, amiga mía, galana mía, y vente.» En decir *levántate*, se entiende estaba acostada é indispuesta; y así, la dice que se esfuerce y salga con él para su salud á gozar de la hermosura y frescor del campo, á quien tienen natural afición los corazones enamorados, y que con la nueva venida del verano estaba deleitosísimo; lo cual pinta políticamente por apacibles rodeos y deŕeos; y así dice: «Ya ves pasó el invierno, pasó la lluvia, fuése;» todas son condiciones de la primavera: el tiempo de podar (que es el mes de marzo ó abril) es venido; la voz de la tortolilla (que es ave que suele venir con el verano, como las golondrinas) es oída en nuestro campo; las viñas pequeñas ó uvas dan olor; esto es, están, como decimos en español, en cierne; y haciendo de todo una sentencia seguida, será como si dijese: Levántate, amor mío, de ahí donde estás en tu casa acostada, y vente; no tengas temor á la salida, porque el tiempo está muy gracioso; el invierno con sus vientos y sus fríos, que te pudiera fatigar, ya se fué; el verano (como se ve por todas sus señales) es ya venido; los árboles se visten

de flores, las aves entonan sus músicas con nueva y más suave melodía, y la tortolica, ave peregrina, que no invier-
na en nuestra tierra, es venida á ella, y la hemos oído can-
tar; la higuera brota ya sus higos, las vides tienen pámpa-
nos y huelen á su flor; de manera que por todas partes se
descubre ya el verano; la sazón es fresca y el campo está
hermoso; todas las cosas favorecen á tu venida y ayudan
á nuestro amor, y parece que la naturaleza nos adereza y
adorna el aposento; por eso levántate, amiga mía, her-
mosa mía, y vente.

«Paloma mía puesta en las quiebras de la piedra, en las
vueltas del caracol, etc.» Todas son palabras de amor y de
requiebro, que continuando el cuento, dice la esposa haber
dicho el esposo. Declara pues en esto el esposo á la esposa
la condición de su amor, y cómo se ha de haber con él en
esté oficio de amarlo, y trae para ella una gentil semejan-
za de las palomas, cuya propiedad sabida, queda claro este
lugar. Hanse de tal manera las palomas en su compañía,
que desde que una vez se hermanan macho y hembra para
vivir juntas, jamás deshacen la compañía hasta que el uno
de ellos falta, y tal, que no le basta el amor y lealtad que
de naturaleza le tiene, sino que también sufre muchas riñas
é importunos celos del marido; porque esta ave es la que
mayores muestras de celos da; y así, en viniendo de
afuera, luego hiere con el pico á su compañera, luego le
riñe, y con la voz áspera da grandes indicios de su sospe-
cha, cercándola muy azorado y arrastrando la cola por el
suelo; y á todo esto está ella muy paciente, sin se mostrar
áspera; y estas aves (entre todos los demás animales bru-
tos) muestran más claro el amor que se tienen ser de gran-
de fuerza, así por el andar siempre juntos y guardarse la
lealtad el uno al otro y con gran simplicidad, como por los
besos que se dan y regalos que se hacen después de pasa-
das aquellas iras. Pues de ésta manera misma notifica el es-
poso á la esposa que se han de haber entrambos en el amor;
y así le dice: «Ven acá, compañera mía; que ya es tiempo

que juntemos este dulce desposorio; sabed que yo soy palomo y vos habéis de ser paloma, y paloma no de otro palomo, sino paloma mía y amada mía, y yo amado y compañero vuestro; este amor ha de ser firme para siempre, sin que cosa alguna jamás lo disminuya, y con todo eso, yo os tengo de pedir celos, y porque aunque haiga muchas palomas en un lugar, cada cual vive por sí, ni ella sabe el nido ageno, ni el palomo extraño le quita el suyo, es razón que nosotros nos apartemos á nuestra posadilla aparte; por eso venios al campo, paloma mía; aquí en esta peña hay unos agujeros muy aparejados para nuestra habitación, aquí hay unas cuevas en esta piedra alta, aquí me mostraron los palominos vuestra vista, aquí os oiga yo cantar, que aquí me agradáis, y en esta soledad vuestra vista me es muy bella y vuestra voz suavísima. Dice: «Paloma puesta en las quiebras de la piedra,» porque en semejantes lugares las palomas bravas suelen hacer su asiento; aunque en lo que dice: «En los escondrijos del paredón,» hay diferencia, que algunos trasladan en las vueltas del caracol. Por lo uno y lo otro se entiende un edificio antiguo y caído, como suele haber por los campos, donde las palomas y otras aves acostumbran hacer nido.

«Prendedme las raposas pequeñas, destructoras de las viñas, que nuestra viña está en flor y con pequeñas uvas.» Estas palabras se pueden entender, ó que las diga el esposo ó que las diga la esposa, y después seguiremos el otro sentido. Ufana pues la esposa y muy regalada con los favores y dulces palabras que le acaba de decir su querido, viene en este lugar á ser movida de un afecto que es muy común á los regalados en teniendo delante de sí á quien les ama y regala. Declararlo hemos con este ejemplo: cuando una madre, estando ausente de su niño, y en viniendo, luego pide por él y lo llama y abraza, y mostrándole aquella ternera de regalo que le tiene, lo primero que él hace es quejarse de quien le ofendió en su ausencia, y con unos graciosos puchericos relata como puede su injuria, y pide

á la madre que le vengue; lo mismo hace una esposa ó mujer casada que ama mucho á su marido y le ha tenido ausente, que luego se regala, quejándose de las desgracias que en su ausencia le han sucedido. Este afecto muestra aquí la esposa luego que se ve acariciada y regalada con el llamar de su esposo; y en lo demás que le dijo, quejase de la cosa que más le ofende, y es que, como ella tenía una viña, que arriba hemos visto, la cual apreciaba mucho, y veía que las uvas estaban en cierce y comenzaba á quedar limpio el agraz, tiene gran temor que las raposas se le echen á perder; y quejándose de la mala casta dañadora, demanda socorro al esposo y á los pastores sus compañeros, diciendo: «Cazadme las raposas pequeñas;» y en decir pequeñas guarda bien la propiedad de la naturaleza; porque cuando las viñas están en agraz, y antes que comiencen á madurar, entonces las raposillas de las camadas se crían, y éstas hacen después muchos daños á las viñas, porque son muchas y van juntas; y como por su poca fuerza no se atreven á hacer mal y salto en los ganados pequeños, ni en las gallinas, ni en las otras cosas que los raposos viejos cazan y destruyen, vanse á las viñas, donde hay menos concurso de hombres y de perros, y ellas son menos vistas por la espesura de las hojas y pámpanos, y hacen mucho daño; y por eso pide la esposa que las prendan y maten ahora que aún son pequeñas, que será más fácil que después; y así, dice «las raposas», y declarándose más, añade «las raposas pequeñas»; porque dijo que su viña estaba en cierce, y con esto se acordó del daño y mal que estando en tal sazón podrían hacer en ella las raposas. Porque, como se imagina, en este intermedio alguna corriendo le pasó por delante, parecele á la esposa que deja el esposo su plática y da tras la raposa, diciendo á voces á sus compañeros: Á la raposa, á la raposa, que son destrucción de las viñas, y la nuestra está en flor; y como le ve ir, ruégale que se vuelva luego, diciendo:

«El amado mío es mío, y yo soy suya, que apacienta

entre las azucenas.» El amado mío, y yo á él, es manera de llamar, como si dijese: Amador y amado mío, tú, que apacientas entre las azucenas tu ganado hasta la tarde, vuélvete luego volando como un corzo (algunas palabras destas no carecen de obscuridad) hasta que sople el día y las sombras huyan. Algunos entienden por esto el tiempo de la mañana, otros el mediodía; y los unos y los otros se engañan, porque, así la verdad de las palabras como el propósito á que se dicen, declaran el tiempo de la tarde, porque siempre al caer del sol se levanta un aire blando, y las sombras, que al mediodía estaban como quedas, al declinar del sol crecen con tan sensible movimiento, que parece que huyen; por donde los setenta intérpretes dijeron bien en este lugar: «Hasta que se muevan las sombras;» como también dijo el poeta, significando la misma sazón de tiempo: *Attæque cadunt de montibus umbræ.*

«Sobre los montes de Beter.» Beter es nombre propio de monte así llamado, ó es el epíteto general de todos los montes; porque *beter* quiere decir división, y por la mayor parte los montes dividen entre unas y otras tierras; así que, decir «montes de Beter» es decir montes divididores, y con estas palabras tornó en sí, y viéndose sola, y conociendo su engaño, hace lo que en el capítulo siguiente prosigue, diciendo:

CAPÍTULO III

ESPOSA

1 En el mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma; busquéle y no le hallé.

2 Levantarme he agora, y cercaré por la ciudad, por las plazas y lugares anchos buscaré al que ama mi alma; busquéle y no le hallé.

3 Encontráronme las rondas que guardan la ciudad; preguntéles: ¿Visteis por ventura al que ama mi alma?

4 Á poco que me aparté de ellas (anduve) hasta hallar al que ama mi alma; asile, y no le dejaré hasta que le meta en casa de mi madre y en la cámara del que me engendró.

5 Ruégoos, hijas de Jerusalén, por las cabras ó por los ciervos del campo, no despertéis, ni hagáis velar el amor hasta que quiera.

CORO DE PASTORES

6 ¿Quién es ésta que sube del desierto como columna de humo de oloroso perfume de mirra é incienso y todos los polvos olorosos del maestro de olores?

7 Veis el lecho de Salomón, sesenta de los más valientes de Israel están en su cerco.

8 Todos ellos tienen espadas y son gueredores sabios; la espada de cada uno sobre su muslo por el temor de las noches.

9 Litera hizo para sí Salomón de los árboles del Líbano.

10 Las columnas hizo de plata, su recodadero de oro, la silla de púrpura, y por el entremedio amor por las hijas de Jerusalén.

11 Salid y ved, hijas de Sión, al rey Salomón con corona con que le coronó su madre en el día del desposorio y en el día de la alegría de su corazón.

COMENTO

Natural conocida cosa es á las mujeres desposadas que bien aman á sus esposos, en faltándoles de noche de su casa, les viene mala sospecha, ó que no las aman ó que aman á otras; y algunas hay que les da tanto atrevimiento esta pasión, que les hace creer tener en todo tiempo presente al que aman, y en las noches mucho más; parte, porque con el sosiego y silencio de la noche, de su natu-

ral, desembaraza los sentidos de otras cosas que los distraen, ocúpase el ánimo toda en el pensamiento del que ama, y enciéndese más el amor; y parte, porque crecen los celos, pensando que se ayuda de la noche para alguna travesura, y los recelos, de temor no le acontezca algún peligro de los muchos que suelen acaecer y acarrean las tinieblas. Esta pena, que es mezclada de amor y celos, escarba el corazón y le abrasa tanto, que llega algunas veces á sacar una pobre, flaca y temerosa mujer de su casa, que olvidando su temor y condición, de noche y á solas ronda las calles y plazas, y no se satisface con menor diligencia; la cual pasión vehemente se declara en esta letra, además de los ejemplos que cada día se ven de esto; y porque, como hemos dicho, el amor bueno ni teme peligro, ni pára en ningún inconveniente, dice:

«Levantarme he ahora, y cercaré por la ciudad y plazas y por los lugares anchos, y buscaré al que ama mi alma; busquéle y no le hallé.» Lugares anchos llama á los públicos, que por el mayor concurso de gente se edifican siempre más anchos y espaciosos que los otros. Cuenta en esto Salomón, no lo que en hecho pasó por su esposa, que no es cosa que pudo pasar; sino lo que podía acontecer, y está bien que acontezca á una persona tan común como una pastora perdida de amores por su pastor, cuyas palabras imita; que es una ficción muy usada entre los poetas, decir, como he dicho, no lo que se hace, sino lo que el afecto de que hablan pide que se haga, fingiendo para ello personas que con más encarecimiento y más al natural lo podían hacer, y así lo hace aquí Salomón.

«Levantarme he.» Gran fuerza de amor es ésta, que ni la noche, ni la soledad, ni los atrevimientos de hombres perdidos, que en tales tiempos y lugares suelen tomar licencia, pudo estorbar á la esposa que no buscarse á su deseo. Según el espíritu, se entiende de aquí el engaño de los que piensan á Dios descansando, y lo mucho que se ha de arriesgar el que de veras le busca.

Dice: « Encontráronme los guardas que rondan la ciudad. » No se espanta, ni enflaquece el amor por ningún poder humano, y el que es verdadero no trata de encubrirse de nadie, ni de buscar colores para que los otros no le entiendan; y así, la esposa en viendo á las rondas les pregunta: « ¿Visteis por ventura al que ama mi alma? » Vense aquí dos muy grandes afectos del amor: el uno, que ya queda dicho, que no se recata de nadie, ni se avergüenza de mostrar su pasión; el otro es una graciosa ceguedad que trae consigo, y es general en todo grande afecto, el pensar que con decir « visteis á quien amo », estaba ya entendido por todos como por ella quién era aquel por quien preguntaba. No dice lo que la respondieron; de donde se entiende no haberle dado buen recaudo á su pregunta; porque las gentes divertidas en varios y diversos pensamientos, como son los públicos, saben poco de esto que es amor con verdad, y porque, según la verdad del espíritu que aquí se pretende, toda la alteza del saber y prudencia humana, en cuya guarda y conservación viven los hombres, jamás alcanzaron á dar ciertas muestras de Jesucristo.

« Á poco que me aparté de ellas anduve hasta que hallé al amado de mi alma. » No pierde la esperanza el amor, aunque no halle nuevas de lo que busca y desea; entonces se enciende más; y así, la esposa anduvo, y halló por sí lo que no supieron mostralle las otras gentes, y dice que le halló á poco que se apartó de las rondas de la ciudad; que, según el espiritual sentido, es cosa de grande admiración y de considerar, que antes le había buscado mucho y no le halló, y en apartándose de las guardas y de la ciudad, luego le halló; en que se entiende que en las cosas más desesperadas, y cuando todo el saber é industria humana se confiesa por más rendida, está Dios más presto aparejado para nuestro favor; y juntamente con esto, se ve la razón por que muchos que buscan á Cristo longamente por muchos días y con grandes trabajos, no le hallan, hallán-

dole otros con más brevedad, que es porque le buscan donde él está; y no le hallan los otros, ni quiere, porque le buscan, no donde él está, sino donde ellos gustan de hallarle, sirviéndole en aquellas cosas de que ellos más gustan, y les coge más en gracia por ser conformes á sus inclinaciones y particulares juicios.

«Asile, y no le dejaré hasta que le meta en la casa de mi madre y en la cámara del que me engendró.» No es amor el que, viendo al fin de su deseo, en alcanzando la voluntad del que ama se entibia y desfallece; que el bueno y verdadero de allí crece hasta venir al más alto y perfecto grado; lo que se declara en la casa de la esposa y en la cámara de su nacimiento, esto es, reposo y perfecta posesión que trae consigo el acabado y perfecto y encendido amor. Llama á su casa, no suya, sino de su madre, y cámara de quien la engendró, imitando en esto la común manera de hablar de las doncellas, que se usa también en nuestra lengua castellana, como se ve en diversos cantares.

«Conjúroos, hijas de Jerusalén.» Esto dice aquí la esposa, que son palabras semejantes á las que el esposo antes había dicho. Hablando de ellas, entendemos que era de noche, y le traía después de muy buscado para que reposase en su casa; y así, ruega á la gente de ella que no le quiebren el sueño.

«¿Quién es ésta que sube?» Desde aquí hasta el fin del capítulo hablan los compañeros del esposo, festejando con voz de admiración y de loor á los nuevos casados; que es declarar el alegría de los ciudadanos de Jerusalén, y las palabras que conforme á ello se pudieron decir cuando la hija de Faraón entró la primera vez en la ciudad y se casó con Salomón. Así que, esto no trae mucha dependencia con lo de arriba, antes parece que Salomón aquí respondió al cuento que llevaba enhilado. Se pone á relatar cosas diferentes de aquellas, ó ya muy pasadas, que suelen dar mucha gracia á las escrituras semejantes desta; si no que-

remos decir que todo lo que se ha dicho hasta aquí responde al tiempo que medió entre los conciertos hasta que se celebraron las bodas de los reyes; en lo cual, como suele acontecer, es de creer que hubo muchas demandas y respuestas de la una parte á la otra, muchos deseos, muchos afectos y nuevos sentimientos, los cuales se han declarado hasta aquí por la figura y rodeos que hemos dicho y visto. Pues dice: «¿Quién es ésta que sube del desierto?» Porque los había muy grandes entre Egipto (de donde venía la esposa) y la tierra de Judea; porque se finge, como dicho es, que ella vido á su esposo en el campo, y de allí vienen juntos.

«Como columna de humo.» Cosa sabida es, así en la Escritura Sagrada como en las profanas, que la gente de Palestina y de sus provincias comarcanas, por la calidad de la tierra, usaban de muchos y preciosos olores; pues compara á la esposa á la columna de humo; que llama al humo así por la semejanza que tiene con ellas cuando de algún perfume ó de otra cosa que se quemó sube en alto seguido y derecho; con la cual comparación la loa tanto de bien dispuesta y gentil de cuerpo (que esto más adelante se hace copiosamente) cuanto de la fragancia grande y excelencia de olor que trae consigo y que iguala al más precioso y mejor perfume; y así dice: Como columnas de humo oloroso, y oloroso perfume de mirra.

«Veis el lecho mío, que es de Salomón.» Deja de decir de la esposa, y vuelve á loar el palacio y atavíos de camas y doseles de Salomón, que es desconcierto que da mucha gracia en semejantes poesías; porque responde á la verdad de lo que acontece á los mirados de semejantes fiestas, que pasan la vista de unas en otras cosas muy diversas, sin guardar en ésta ningún orden, ni concierto; y como el gusto y sabor de mirarlo les desconcierta los ojos, así el alboroto del corazón alegre, cuando declara por palabra su regocijo y trae sin orden ninguna á la boca mil diferencias de cosas. Por eso dice: «Veis el lecho de Salo-

món;» que es decir, riquísimo y hermosísimo, y que para muestra de grandeza y mayor seguridad de los que en él descansan, velan junto á él nuestra gente de armas, como es costumbre de los reyes; y así dice:

«Sesenta poderosos de su cerco, de los más poderosos de Israel; todos ellos tienen espadas y son guerreadores sabios;» esto es, saben de guerra, que es decir que son escogidos en fuerza y saben de armas, y son bien proveídos de ellas, y diestros en ellas para defenderse.

«La espada de cada uno sobre su muslo,» que es el asiento de la espada, «por el temor de las noches;» esto es, por los peligros, que entonces suelen acontecer y se temen, para que entiendan la misma guardia que pone Dios en que nadie rompa el reposo de los que en él descansan.

«Litera hizo para sí Salomón de madera del Libano.» Pensaba decir el trono real con palabras de regocijo y admiración, como diciendo: «Pues ¿qué me diréis del trono que ha edificado para sí, en quien la hermosura compite con la riqueza, que todo él es hecho de plata y oro y de púrpura por extraña labor y manera? Lo que dice: «Y en medio cubierto con amor,» la palabra hebrea *razuph* quiere también decir encendido, que es decir, todo él con su hermosura y riqueza encendía en amor, y codiciaba afición á las hijas de Jerusalén; esto es, á todos los ciudadanos de aquel lugar, que mirando tan rica y excelente obra, la codiciaban; pero toda esta belleza era menos á la que mostraba el Señor de todas estas obras en sus vestidos y disposición; y así dice:

«Salid y ved, hijas de Sión, al rey Salomón con la corona que le coronó, etc.» Corona significa gracia en la Escritura Sagrada, reino y mando, por ser tal la insignia de los reyes. Dice que se la dió su madre, porque Betsabé, madre de Salomón, como parece en el libro segundo de los *Reyes*, por su discreción y buena industria alcanzó de David que, entre otros muchos hijos que tuvo, señalase

por sucesor á Salomón en todos sus reinos y señorios; ó corona es, y esto no me parece menos bien, todo género de atavío y traje galano y de buen parecer, y que agrada al que lo trae, como la guirnalda, que hace al que la trae en la cabeza agraciado; como el mismo Salomón, en el capítulo primero de los *Proverbios*, amonestando al mozo bozal á que diese atención y creyese á sus palabras, le dice que el hacello así le será corona de gracias; conviene á saber, agraciada y hermosa para su cabeza; esto es, lo estará también al alma cuánto cualquiera otro traje hermoso al cuerpo, por galán y gentil que fuese; pues cosa sabida es que el día de las bodas es el día de las galas.

CAPÍTULO IV

ESPOSO

1 ¡Ay qué hermosa eres, amiga mía, ay cuán hermosa! Tus ojos de paloma entre tus guedejas, tu cabello como un rebaño de cabras que suben al monte de Galaad.

2 Tus dientes como un rebaño de ovejas trasquiladas que salen de bañarse, todas ellas con sus crías; no hay machorra en ellas.

3 Como hilo de carmesí tus labios y el tu hablar pulido. Como cacho de granada tus sienes entre tus guedejas.

4 Como torre de David tu cuello, fundada en los collados; mil escudos cuelgan de ella, todos escudos de poderosos.

5 Tus dos tetas como dos cabritos mellizos, que están pa-ciendo entre azucenas.

6 Hasta que sople el día y huyan las sombras voyme al monte de la mirra y al collado del incienso.

7 Toda eres, amiga mía, hermosa; falta no hay en ti.

8 Conmigo del Líbano, esposa, conmigo del Líbano te vendrás, y serás coronada de la cumbre de Amaná, de la

cumbre de Sanir y Hermón, de las cuevas de los leones y de los montes de las onzas.

9 Robaste mi corazón, hermana mía, esposa; robaste mi corazón con uno de los tus ojos en un sartal de tu cuello.

10 Cuán lindos son tus amores, más que el vino, el olor de tus amores sobre todas las cosas aromáticas.

11 Panal que destila tus labios, esposa, miel y leche está en tu lengua, y el olor de tus vestidos como el olor del incienso.

12 Huerto cerrado, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada.

13 Las tus plantas (son) como jardín de granadas, con fruta de dulzuras; juncia de olor y nardo.

14 Nardo y azafrán, canela, con los demás árboles del Líbano; mirra y sándalo, con los demás preciados olores.

15 Fuente de huertos, pozo de aguas vivas que corren del monte Líbano.

16 Sus, vuela, cierzo, y ven tú, ábrego, y orea el mi huerto y espárganse sus olores.

COMENTO

« ¡Ay qué hermosa eres, amiga mía, ay qué hermosa! » Este capítulo no trae dependencia alguna con lo que arriba se ha dicho, porque todo es un loor lleno de requiebro y gracia que da el esposo á su esposa, particularizando todas sus facciones, encareciendo la hermosura dellas por comparaciones diversas, en que hay grande dificultad, no tanto por ser la mayor parte ajenas y extrañas de nuestro común uso y estilo, y algunas de ellas contrarias al parecer de todo lo que quieren declarar: sino es, como ya dije, que en aquel tiempo y en aquella lengua todas estas cosas tenían gran primor, como en cada tiempo y en cada lengua vemos mil cosas recibidas y usadas por buenas, que en otra lengua ó en otro tiempo no las tuvieran por bue-

nas, ó decir, lo que tengo por más cierto, que como todo este canto sea espiritual, y los miembros de la esposa que en él se loan sean varias y diferentes virtudes que hay en los hombres justos, explicadas por miembros y partes corporales; la comparación, aunque desdiga de aquello de que se hace al parecer, dice muy bien y cuadra mucho con la hermosura del ánimo, que debajo de aquellas palabras se significa.

Pues comienza el esposo como maravillándose de la excesiva hermosura de la esposa, y diciendo una vez y repitiendo otra, por mayor confirmación y demostración de lo que siente: « ¡Ay qué hermosa te eres, amiga mía, ay qué hermosa! » Y porque no se pueda sospechar que la afición lo ciega, ni se satisface con decillo así á bulto, desciende en particular por cada cosa, y comienza por los ojos, que son, como dicen los sabios, donde más se descubre la belleza ó torpeza del ánimo interior, y por donde entre las personas más se comunica y enciende la afición.

« Son, dice, como de paloma tus ojos. » Ya dijimos la ventaja grande que hacen las palomas de aquella tierra á las de ésta, señaladamente en esto de los ojos; y como se ve en las que llamamos tripolinas, parece que les centellean como un vivo fuego, y echan de sí sensiblemente unos rayos de resplandor; y ser así los ojos de la esposa, es decille lo que los enamorados á las que aman dicen comunmente: que tienen llamas en los ojos, y que su vista les abrasa el corazón.

« Entre tus guedejas. » En la traslación y exposición de esto hay alguna diferencia entre los intérpretes. La voz hebrea *zama*, que quiere decir cabellos ó cabellera, es propiamente la parte de los cabellos que cae sobre la frente y ojos, que algunos los suelen traer postizos, y en castellano se llaman lazos. San Jerónimo, no sé por qué fin, entendió por esta voz la hermosura encubierta; y así traduce: Tus ojos de paloma, demás de lo que está encubierto; en lo que no solamente va diferente del común

sentido de los más doctos de esta lengua, pero también en alguna manera contradice á sí mismo, que en el capítulo 5 de Isaías, donde está la misma palabra, entiende por ella torpeza, fealdad, y así la traduce. Como quiera que sea, lo que he dicho es lo más cierto, y ayuda á declarar con mejor gracia el bien parecer de los ojos de la esposa, mostrándose entre los cabellos; algunos de los cuales, desmandados de su orden, los cubrían á veces, y con su temblor los hacían parecer que echaban centellas de sí como dos estrellas; y siendo, como se dice ser, los hermosos ojos matadores y alevosos, dice graciosamente el esposo que entre los cabellos, como si estuvieran puestos en celada, le herían con mayor fuerza, y muy á su salvo hacían muy ciertos sus golpes.

Dice más: «Tus cabellos como un rebaño de cabras.» San Pablo confiesa que el cabello en una mujer es una cosa muy decente y hermosa; cierto es una gran parte de lo que el mundo llama hermosura; y por esto el esposo, después de los ojos, ninguna cosa trata primero que del cabello, que cuando es largo, espeso y bien rubio, es lazo y grande red para los que se ceban de semejantes cosas. Lo que es de maravillarse aquí es la comparación, que al parecer es grosera y muy apartada de aquello que se habla; fuera acertada si dijera ser como una madeja de oro, ó que competían con los rayos del sol en muchedumbre y color, como suelen hacer nuestros poetas. En esto ya he dicho lo que siento; particularmente aquí digo que si se considera como es razón, no carece esta comparación de gracia y propiedad habido respeto á la persona que habla y á lo que especialmente quiere loar en los cabellos de esta esposa. El que habla es pastor, y para haber de hablar como tal, no puede ser cosa más á propósito que decir de los cabellos de su amada que eran como un gran hato de cabras puestas en la cumbre de un monte alto, mostrando en esto la muchedumbre y color de ellos, que eran negros y relucientes como lo son las cabras que pacen en aquel

monte. Señaladamente digo negros, porque de aquesta color eran muy preciados entre las gentes de aquella tierra y provincia, como lo son ahora en muchas partes, según que diremos después. Pues dice: Así como las cabras esparcidas por la cumbre del monte Galaad le adornan y hacen que parezca bien, el cual sin ellas parece un peñasco seco y pelado; así los cabellos componen y hermocean tu cabeza con gentil color y muchedumbre. Semejante á esta es la comparación que se sigue:

«Tus dientes como un hato de ovejas trasquiladas, que salen de bañarse;» que, además de ser pastoril, y por la misma causa muy conveniente á la persona que la dice, es galana y digna de gran significación y propiedad para el propósito á que se dice. La bondad y gentileza de los dientes está en que sean debidamente menudos, blancos, iguales y bien juntos, lo cual todo se pone en esta comparación como delante de los ojos; el estar juntos y ser menudos es decir que son como un hato de ovejas, que van siempre así apiñadas; la blancura, porque salen de bañarse, y la igualdad, es decir que no hay enferma, ni estéril en ellas. Basta la fealdad sola de la boca para hacer fea á una mujer, aunque todo el rostro sea hermoso; y la boca fea ninguna cosa le afea más, que los malos dientes. Así que, en esta parte la esposa queda bien loada.

Donde decimos *trasquiladas*, en el hebreo es cortar por regla y á la iguala; y así, quiere decir trasquiladas á una misma medida y regla y del todo iguales, que declara la igualdad de los dientes que he dicho, á que se compara. De los dientes sale á los labios, que para ser hermosos han de ser delgados y que viertan sangre; lo cual, así lo uno como lo otro, declaró maravillosamente, diciendo:

«Como hilo de carmesí tus labios;» añade luego: «Y el tu hablar polido;» lo cual viene muy natural con los labios delgados, como cosa que se sigue una de otra; porque, según dice Aristóteles, en las reglas de conocer calidades de un hombre por sus facciones, los labios delgados son

señal del hombre discreto y bien hablado y de dulce y graciosa conversación.

«Como cachos de granada tus sienes entre tus guedejas.» Compara las sienes, que en una mujer hermosa lo suelen ser mucho, á cacho de granada, ó por mejor decir, á granada partida, por la color de sus granos, que es mezcla de un blanco y colorado, ó encarnado muy sutil, cual es la color que se ve en las sienes delicadas y hermosas, que por la sutileza de la carne y cuero què hay en aquella parte, y por las venas que á esta causa se juntan, se descubre más allí que en otra parte si tiene lo blanco, y da gran contentamiento á los que la miran.

Las sienes en hebreo se llaman *raqua*, que es como decir flacas y delgadas, porque son más que ninguna otra parte del cuerpo. «Entre tus guedejas,» esto es, que se te descubren y echan de ver entre los cabellos.

«Como torre de David.» Compara el cuello de la esposa á una torre, mostrando en esto que es largo y derecho y de buen aire, que es en lo que consiste ser hermoso. Pero hay gran diferencia en lo que se le añade, «puesta en el cerco ó collado,» que en la palabra hebrea se declara diversamente por diversos autores. Unos dicen que es collado ó lugar alto; otros, cosa que enseña el camino á los que pasan, y otros dicen ser lo mismo que cerca ó barbacana, y todo aquello con que se fortalece una cosa; y cierto es que se halla en esta significación en el libro de Josué, en el capítulo 11, adonde se dice que Josué, no sólo dejó en pie las ciudades que había conquistado por fuerza de armas, por aquellas que estaban bien cercadas y fortalecidas, las cuales se dicen por la palabra hebrea ya dicha. Lo que á mí me parece más acertado en este lugar para abrazar todas estas diferencias ya dichas, es trasladar así: «Tu cuello como torre de David puesta en atalaya;» que es decir, en lugar alto y fuerte y que sirve para descubrir á los enemigos si vienen y mostrar el camino á los que pasan, y por

el oficio de que sirve y el sitio que tiene, de necesidad ha de ser cosa fuerte.

Dice de David, que es decir, de las que edificó David, y no hace comparación con torre edificada en llano, sino en la cuesta, puesta en atalaya y lugar alto, porque lo está así el cuello, puesto sobre los hombros. «Mil escudos cuelgan de ella, esto es, de la torre, todos escudos de valientes,» que es de gentes de armas que están allí de guarnición. En esto de los escudos no es menester decir que se hace comparación al cuello ó alguna parte de él, sino como mención de la torre. Es un divertirse, ó contar algunas condiciones de ella, aunque no venga mucho en el propósito que espiritualmente se trata, lo que es una cosa muy usada y graciosa en los poetas, sino queremos decir que los escudos colgados de la torre responden á las cadenas y collares que hermoseaban el cuello de la esposa, así como á la torre los escudos.

«Tus dos tetas como dos cabritos mellizos (que están) paciendo entre las azucenas.» No se puede decir cosa más bella, ni más al propósito, que comparar las tetas de la esposa á dos cabritos mellizos, los cuales, demás de la ternura que tienen por ser cabritos, y de la igualdad por ser mellizos, y demás de ser cosa tan linda y apacible, llena de regocijo y alegría, tienen consigo un no sé qué de travesura y buen donaire con que llevan tras sí y roban los ojos de los que los miran, poniéndoles afición de llegarse á ellos, que todas son cosas muy convenientes, y que se hallan así en los pechos hermosos á quien se comparan. Dice que «pacen entre las azucenas», porque, con ser ellos de sí lindos, así lo parecen más, y queda así más encarecida y más loada la belleza de la esposa en esta parte.

«Hasta que sople el día y huyan las sombras voyme, etc.» Soplar el día y huir las sombras, ya he dicho ser rodeo con que se declara la tarde, pues dice ahora el esposo que se va á tener la siesta y á pasar el día hasta la tarde entre los

árboles de la mirra y del incienso, que es algún collado donde se crían semejantes plantas, que las hay muchas en aquella tierra; y decirle esto ahora después de tantos y tan soberanos loores con que la ha loado, es convidalla abiertamente á que se vaya; mas vuelve luego la afición, y torna á loar las perfecciones de su esposa, que son mudanzas muy propias de amor, y dice como en una palabra todo lo que antes había dicho por tantas, y por en particular de toda su hermosura.

«Falta no hay en ti;» que aunque no lo dice por palabras, porque las de los muy aficionados siempre son cortas, dícelo con el afecto, y es como si dijese: Mas ¿me apartaré de ti, amiga mía? Ó ¿cómo podré estar un punto sin tu presencia, que eres la misma belleza, y toda tú convidas y fuerzas á los que te ven se pierdan por ti? Por tanto dice; «Vamos juntos;» y si es grande atrevimiento y pido mucho en pedirte esto, tu extremada y jamás vista belleza, que basta á sacar de su seso á los hombres, me disculpa. Demás de esto, dice: que nos volveremos juntos por tal y tal monte, donde verás cosas de gran contento y recreación para ti; que es aficionarla más á lo que pide con las buenas calidades del lugar, diciendo:

«Conmigo del Líbano, esposa, te vendrás.» Líbano aquí no es el monte así llamado, de donde se trajo la madera para el templo y casa de Salomón, de que se hace mención en el libro de los *Reyes*, que este no estaba en Judea, sino es lo que en los mismos libros se llama *Saltus Libani*, el bosque del Líbano, llamado así por los reyes de Jerusalén, por alguna semejanza que tenía con los árboles ó con alguna otra cosa de aquel monte.

«Robaste mi corazón, hermana mía.» También esto es á propósito de persuadille lo mismo, que se vaya con él por el amor que le tiene, y porque le es á él imposible hacer otra cosa, como aquel que está preso y encadenado de sus amores, que es como si dijese: pues yo soy tuyo más que mío, no es justo que te desdeñes de mi compañía; y si el

campo y recreación con que te he convidado no basta para que te quieras venir tras mí, sabe que yo no me puedo apartar de ti ni un solo punto, no más que de mi misma alma, la cual tienes en tu poder; porque con los ojos me robaste el corazón, y con la menor cadena de las que te adornan tu cuello me tienes preso. Y de aquí torna á relatar, loando y usando de comparaciones nuevas, las gracias y la hermosura de la esposa por el fin ya dicho, que es demostrar que no puede ir sin ella, y obligalla así que le siga, si no queremos imaginar y decir que salió ya y se fué con él, y así, juntos y á solas, y cogiendo el fruto de sus amores, encendido el esposo, como es natural, con un nuevo y encendido y más vivo amor, y lleno de un terrible gozo, habla con mayor y más particular dulzura y regalo; que esto experimentan cada día las almas aficionadas á Dios, que cuando por secreto é invisible amor les comunica su gracia, derretidas sus almas de amor, se requiebran con él y se desentrañan, diciéndole mil regalos y dulzuras de palabras; y esto viene muy bien con lo que se sigue:

«Cuán lindos son tus amores;» que es como si junto con ellos y enterneciéndose en su amor, le dijese: Hermana mía, querida y dulcísima esposa, más alegría me pone amarte que la que me pone el vino, ó á los que con más gusto le beben; tns unguentos y aceites, que son algalias, y los demás olores que traes contigo, vencen á todo el mundo; en ti, y por ser tuyos, tienen un particular y aventajado olor; tus palabras son todas miel, y tu lengua parece anda toda bañada en leche y miel, y no es sino dulzura, gracia y suavidad todo lo que sale de tus labios; hasta tus vestidos, además de que te están bien y adornan maravillosamente tu gentil persona, huelen tan bien y tanto, que pareces con ellos al bello monte del Líbano, donde tanta frescura hay, así en la vista de las verdes y floridas plantas como en los suaves olores que el aire mezcla; porque en aquel bosque, como hemos dicho, había plantas de grande y excelente olor; que todo lo demás está declarado

por lo que se ha dicho en otros lugares antes de este.

«Huerto cerrado.» Prosigue en su requiebro el rústico y gracioso esposo, y aunque pastor, muestra bien la elocuencia que aprendió en las escuelas de amor. Así, con una semejanza y otra alaba la belleza extremada de su esposa, y declara agora así enteramente y á bulto toda la gracia y frescura y perfección, lo cual había hecho antes de agora particularizando cada cosa de por sí. Pues dice que toda ella es como un jardín cerrado y guardado, lleno de mil variedades de frescas y preciosas plantas y hierbas, parte olorosas, parte sabrosas á la vista y á los demás sentidos; que es la cosa más cabal y más significativa que le pudo decir en este caso para declarar del todo el extremo de una hermosura llena de frescor y gentileza; y añade luego otra semejanza, diciendo que es así agradable y linda, como lo parece y lo es una fuente de agua pura y serena rodeada de hermosas hierbas y guardada con todo cuidado, porque ni los animales, ni otra ninguna cosa la enturbie. Las cuales dos comparaciones propónelas desde el principio como en suma, y luego prosigue cada una de ellas por sí más extendidamente, diciendo «huerto cerrado», esto es, guardado de los animales que no le dañen, y tratado con curioso cuidado; que donde no hay cerca no se puede guardar jardín, ni menos al amoroso que vive sin aviso y sin recato no hay que pedille planta alguna, ni raíz de virtud.

«Hermana mía, esposa, eres tú huerto cerrado;» repítelo segunda vez para encarecer más la significación de lo que dice; «y fuente sellada,» que es cercada con diligencia para que nadie enturbie su claridad. «Tus plantas,» esto es, las lindezas y grandezas innumerables que hay, amiga mía, en este tu huerto, que eres tú, son como jardín de granadas con fruto de dulzuras, que es decir, dulces y sabrosas cuales son las granadas, adonde también hay cipro y nardo, con los demás árboles olorosos; y pone un gran número de ellos, de arte que viene á ser un deleitoso jar-

dín, el cual pinta; y tal dice que es su esposa, tal su belleza y gracia; toda ella y por todas partes y en todas sus cosas graciosa y amable y alindada, como es el jardín á que la compara; que ni hay en él parte desaprovechada, ni por cultivar que no lleve algún árbol ó hierba que la hermosee, ni de los árboles y hierbas que tiene hay alguno que no sea de grande deleite y provecho, como diremos de cada uno; que según la verdad del espíritu, es mucho de advertir que en el justo y en la virtud están juntos provecho, deleite y alegría con todos los demás bienes, sin haber cosa que no sea de utilidad y de valor, y que no sólo tiene y produce fruto que deleite el gusto y con que deleite su vista, sino también verdor de hojas, olor de buena fama con que recree y sirva al bien de su prójimo, como lo declara maravillosamente el real profeta David en el salmo primero, adonde dice del justo que es como un árbol plantado en las corrientes de las aguas, que da fruto á su tiempo y está siempre verde y fresco, sin secarse jamás la hoja; y señaladamente es de advertir que todos estos árboles de que hace mención son de hermosa vista y excelente olor; por lo cual queda confundido el desatino de los que dicen que las ceremonias y obras exteriores no son necesarias con la fe; porque lo son mucho para la salud del alma del justo, con la fe que está escondida en ella, y es gran disparate no hacer mucho caso de las buenas y loables obras y muestras de fuera, que son las hojas y el olor que edifica á los circunstantes.

«Cipro.» Dioscórides en el capítulo 41 del libro I pone dos maneras de él: uno que se trae de la India oriental en una raíz y semejanza al jengibre, y de este no se habla aquí; el otro, de quien aquí se hace conmemoración, es un género de junco, alto dos codos, cuadrado ó triangulado, que á la raíz tiene unas hojas largas y delgadas, y en lo alto hace una mazorca llena de menuda flor, y es aromático y de grandes provechos; criase junto á las lagunas ó lugares húmedos, y señaladamente se crían en Siria y en

Cilicia, y en español llaman juncia de olor ó avellanada, y en latin *juncus odoratus*.

«Nardo.» Hierba es por el semejante olorosa y provechosa; de ella hay algunas diferencias, y una de ellas se da muy bien en Siria y Palestina, según dice Dioscórides. En España, en algunas partes la llaman azumbar.

«Canela y cinamomo.» Canela es lo que los griegos llaman *caria*. Galeno dice que el cinamomo tiene una suavidad de olor que no se puede explicar; y es cosa cierta que el cinamomo es cosa muy delicada en sabor y olor, y de más precio que la *caria*, aunque se parecen en muchas cosas, y lo uno y lo otro se trae hoy de la India de Portugal, y según parece, son diferencias de canela mejor y más buena. En el original hebreo, donde yo volví canela, algunos trasladan *calamus aromaticus*, que es otra hierba diferente de la *caria* ó cinamomo, como parece por Dioscórides y por Plinio, que se da en Siria, semejante algo á la juncia de olor que es más olorosa que ella, y quebrada no se tronza, sino levanta astillas. El cinamomo que puse está en hebreo, *Quinamon quane*, que los doctores de la lengua dicen que es cinamomo. Mirra tórnase aquí por el árbol de donde se saca, del cual dice Plinio es alto cinco codos y algo pinoso, y herida su corteza, destila de él una gota, á quien se da el nombre del mismo árbol.

Sándalo está en hebreo *haloth*, por donde algunos traducen áloe ó acibar, llevados del sonido de la voz; en lo cual se engañan grandemente, porque el acibar no se cuenta entre los árboles, sino entre las plantas, y es una planta pequeña, de un tronco y una raíz y de hojas gruesas; por lo cual otros traducen sándalo, que es un árbol hermoso y de buen olor, y viene mejor con el intento de la esposa, que hace mención de todas las plantas olorosas y preciadas que suelen hermohear más un jardín muy gentil, y así dice: «Con todos los demás preciados olores.»

«Fuente de huertos.» Había comparado el esposo á su querida esposa, no sólo á un lindo huerto, sino á una pura

y guardada fuente; declara agora más esto segundo, especificando más las calidades de aquella fuente, y dice: fuente de huertos, esto es, tan abundante y copiosa, que de ella se saca por acequia agua para regar los huertos. «Pozo de aguas vivas;» esto es, no encharcado, sino que perpetuamente manan, sin faltar jamás. «Que corren del monte Libano,» que, como hemos dicho, es monte de grandes y lindas arboledas y frescas, y muy nombrado en la Escritura; para que de esto se entienda que es muy dulce y muy delgada el agua de esta fuente de que habla, pues nace y corre por tales mineros, con lo cual queda pintada una fuente con todas sus buenas calidades, de mucha agua, muy pura, muy sosegada, muy fresca y muy sobrada, que jamás desfallece; para que de la lindeza de la fuente del jardín entendamos la extremada gentileza de la esposa, que es como un jardín y una fuente.

«Sús, vuela, cierzo, y ven tú, ábrego.» Esto es un apóstrofe y vuelta poética muy graciosa, en la cual el esposo, habiendo hecho mención y pintura de un tan hermoso jardín, como habemos visto, prosiguiendo en el mismo calor de decir, vuelve su plática á los vientos cierzo y ábrego, pidiéndoles, al uno que se vaya y no dañe en su lindo huerto, y al otro que venga y que con su soplo tan templado y apacible le recree y le mejore, y ayude á que broten las plantas que hay en él, que es bendecir á su esposa y desear su felicidad y prosperidad, lo cual es muy natural cuando se ve ó se pinta con afición y palabras una cosa. Según el espíritu, significa hacer Dios que cesen los tiempos ásperos y de tribulación, que encogen y como que marchitan la virtud; y enviar el temporal templado y blando de su gracia, en que las virtudes, que tienen raíces en el alma, suelen brotar en público, para olor y buen ejemplo y provecho de sus prójimos; y así, el esposo, diciendo que su esposa es un jardín, añade y dice luego: ¡Ay! Dios me guarde mi jardín de malos vientos, y el amparo del cielo me lo favorezca; no vea yo el rigor y el aspereza

del cierzo, que, como se ve, es un viento dañosísimo y por su demasiado rigor abrasa y quema los jardines y huertos; «venga el ábrego,» y sople en este huerto mío con airecito templado y suave, para que con el calor despierte el olor, con el movimiento se lleve y derrame por mil partes; por manera que todos gocen de suavidad y deleite. Y esta bendición es dicha así y muy graciosamente, por irse conforme á la naturaleza del huerto de que habla; porque es regla que cuando bendecimos ó maldecimos ó aborrecemos alguna persona ó cosa tal, la maldición ó bendición ha de ser conforme á su oficio ó naturaleza, conforme lo hizo David en aquella lamentación sobre la muerte de Saúl, diciendo: ¡Oh montes de Gelboé, estériles seáis, sin ningún fruto ni planta, privados del beneficio del cielo, y rocío ni agua descienda sobre vosotros!

CAPÍTULO V

ESPOSA

1 Venga el mi amado á su huerto y coma las frutas de sus manzanas delicadas.

ESPOSO

Ven á mi huerto, hermana mía, esposa; cogí mi mirra y mis olores, comí mi panal con la miel mía, bebí el vino y la mi leche; comed, compañeros, y bebed y embriagaos.

ESPOSA

2 Yo duermo y el mi corazón vela; la voz de mi querido llama. Abre, hermana mía, compañera mía, paloma mía, per-

fecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de gotas de la noche.

3 Desnudéme mi vestidura, ¿cómo me la vestiré? Lavé mis pies, ¿cómo me los ensuciaré?

4 Mi amado metió la mano por el resquicio de las puertas, y mis entrañas se me estremecieron en mí.

5 Levantéme para abrir á mi amado, y mis manos goteando mirra, y mis dedos mirra, que corre sobre los goznes de la aldaba.

6 Yo abrí á mi amado, y mi amado se había ido y se había pasado. Mi ánima se me salió en el hablar de él: busquéle y no le hallé, llaméle y no respondió.

7 Halláronme los guardas que rondan la ciudad; hiriéronme, tomáronme el mi manto que sobre mí tenía las guardas de los muros.

8 Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, que si halláredes á mi querido, me le hagáis saber que soy enferma de amores.

COMPAÑERAS DE LA ESPOSA

9 ¿Qué tiene tu amado más que otro amado, porque así nos conjuraste?

10 El mi amado blanco y colorado (trae bandera) entre los millares.

11 Su cabeza oro de Tíbar, sus cabellos crespos, negros como cuervo.

12 Sus ojos como los de paloma junto á los arroyos de las aguas bañadas con leche, junto á la llanura.

13 Sus mejillas como eras de plantas olorosas de los olores de confección; sus labios, violetas que destilan mirra que corre.

14 Sus manos, rollos de oro que viene de Tarsis. Su vientre blanco, de ebur cercado de zafiros.

15 Sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre las basas de oro fino. El su semblante como el del Líbano, erguido como los cedros.

16 Su paladar dulzura, y todo él deseo: tal es mi amado y tal es mi querido, hijas de Jerusalén.

GUARDAS

17 ¿Adónde se fué el tu amado, hermosa entre las mujeres? ¿Dónde se volvió el tu querido, y buscarle hemos contigo?

COMENTO

«Venga mi amado á su huerto.» Como acabó de hablar en huertas el esposo, la esposa, avisada de ello, acuérdase de uno que tenía su amado, que por ventura es el mismo de que hizo la comparación arriba dicha, y ruégale que se deje ir donde van y que se vayan allá juntos á comer de las manzanas; ó por mejor decir, porque le había hecho semejante á un hermoso huerto y deleitoso, y ella agora por estas palabras encubiertas y honestamente se le ofrece así, y le convida á que goce de sus amores, como si más claro dijera: Pues vos me hicisteis semejante á un jardín bello, ¡oh amado esposo! y dijisteis yo era vuestro huerto, vos venid, esposo mío, coged y comeréis de los buenos frutos que en este vuestro huerto tanto os han costado; á lo que responde el esposo, diciendo: «Vendré á mi huerto, esposa mía, hermana mía;» en lo cual dice que, pues ella le convida con la posesión y con la fruta de su huerta, á él le place el venir á él y hacelle suyo, que por tal le tiene, siendo él y su esposa una misma cosa; y porque la nombra debajo de figura de huerto, y dice que vendrá á solazarse con ella, prosiguiendo por las mismas figuras, dice, no por las mismas palabras sencillas, sino como por rodeos y señas, explicando con gentiles palabras todo lo que suele hacerse en cualquier deleitoso huerto cuando algunas gentes se juntan en él para vacarse y tomar solaz, que no solamente cogen olorosas flores ó hierbas, pero también suelen comer ó merendar en él, ó llevar viandas y vino, y allá cogen de las frutas que hay. Por eso dice el esposo: «Comi mi panal con mi miel;» como si dijera: Yo vendré prestísimo á este mi huerto, y cogeré la mirra mía, con

las demás flores que en él se crían; comeremos en él frutas dulcísimas, á las cuales mi esposa me ha convidado, y panales de miel que allá en el huerto hay, y mucha leche y mucho vino, de manera que nos regocijemos mucho; y como si estuviera ya en él, convida á sus compañeros los pastores que beban y se regocijen, como suelen decir los amigos que conciertan de ir á algún jardín: Iremos allá, comeremos y regocijarnos hemos hasta embeodarnos; no porque ha de ser así, sino por un encarecimiento de lo mucho que desean solazar; y así dice: Comed, compañeros, y bebed hasta que os embeodéis: como se suele decir en los convites alegres, cuando con regocijo se convidan unos á otros; y esto para declarar el esposo la determinación y deseo que tenía de regocijarse y deleitarse con su esposa, que es aquí la que es señalada por huerto, de quien se habla.

La palabra *vine*, que es del tiempo pasado, declaramos del tiempo venidero, diciendo: Yo vendré; asimismo las otras, *comí*, *cogí*, *bebí*, *cogeré*, *beberé*; porque es cosa muy usada y recibida en la Sagrada Escritura poner pasado por futuro, y futuro por pasado; y este se ve en todas las demás promesas que la divina Palabra hace por sus profetas, para mostrar que son tan ciertas como si fuesen ya pasadas y cumplidas; y así, en los salmos, las cosas que se esperan, muchas veces se dicen por tiempo pasado, como es aquello: «Y mi hijo despertó á los enemigos,» que los despertará; y diciendo «leche y vino y panales de miel», á la letra se guarda el decoro y conveniencia de la persona que habla, porque una pastora semejantes comidas usa, con el abundancia de ellas se deleita mucho, como los delicados con las soberbias comidas.

Hase de entender aquí que, dicho esto, se fué el esposo, y vino la tarde, y pasó aquel día y amaneció otro; y la esposa cuenta lo que en aquella noche le había acontecido con su esposo, que la vino á ver y llamó á su puerta, y por poco que se detuvo en abrirle se tornó á ir, que fué causa

que ella saliese de su casa perdida de noche y se fuese á buscallo; lo que todo cuenta, y cada cosa en particular, con extraña gracia y sentimiento.

«Yo duermo y mi corazón vela.» Dicese del que ama que no vive consigo sino la mitad, y la otra mitad, que es la mejor parte de él, vive y está con la cosa amada. Porque, como nuestra alma tenga dos oficios, uno de criar y conservar el cuerpo, y el otro, que es el pensar é imaginar, ejercitándose en el conocimiento y contemplación de las cosas, que es el mayor y más principal; cuando uno ama, este oficio, que es de pensar é imaginar, nunca lo emplea en sí, sino en aquella cosa á quien ama, contemplando en ella y tratando siempre de ella; solamente obra consigo las obras de su cuerpo, aquello primero que es un poco de su presencia y cuidado, cuanto es menester para tenerle en vida y sustentarle, y aun esto no todas veces muy enteramente. Esto así parece; y supuesto simplemente, sin más filosofar en ello, nos declara la grandeza del amor que en este lugar muestra la esposa, diciendo: «Yo duermo y mi corazón vela;» porque dice que, aunque duerme, no duerme del todo, ni toda ella reposa, porque su corazón no está siempre en ella, sino en su amado está siempre; que como se ha entregado al amor y servicio de su esposo, no tiene que ver con ella en su provecho; que el uno quería huir los trabajos del amor, mas el corazón dice: Yo los quiero sufrir. Dice el que ama: Grave carga es ésta; responde el corazón: Llevarla tenemos. Quéjase el amante que pierde el tiempo, la vida y la esperanza; dalo el corazón por bien empleado todo; y así, cuando el cuerpo duerme y reposa, entonces está el corazón velando y negociando con las fantasmas del amor, y recibiendo y enviando mensajes; y por esto dice: «Yo duermo y mi corazón vela;» que es decir: Aunque yo duerma, el amor de mi esposo y el cuidado de su ausencia me tienen sobresaltada y media despierta y así oi fácilmente su voz. Ó podemos decir que llama al esposo á su corazón por requiebro, conforme á

como se suele decir comunmente; y según esto, dice que cuando ella reposaba, su corazón, esto es, su esposo, estaba velando; que es un lastimarse de su trabajo en mostrar lo mucho que de él es querida. Lo cual es muy propio á Dios, cuyo amor sumo y ardentísimo con los hombres se va declarando debajo de estas figuras, que muchas veces, cuando los suyos están más olvidados de él, entonces por su grande amor los vela y los rodea con mayor cuidado.

«Voz de mi esposo.» Dice que al punto que ella despide el sueño (el cual, por causa de traer alborotado y desasosegado el corazón, tenía ligero) llega el esposo y llama á la puerta, cuya voz ella bien conoce; el cual le dice así: «Ábreme, hermana mía;» que todas son palabras llenas de regalo y que muestra bien el amor que le traía vencido; y en este repetir cada palabra tantas veces muestra bien el afecto con que le llama, para moverla á abrir á aquel de quien tanto es amada. «Acabada mía,» el amor no halla falta en lo que ama. Así lo dice Salomón: «El amor y caridad encubren mucho la muchedumbre de los pecados;» esto es, hacen que no se echen de ver los defectos del que es amado, por muchos que sean. Y á la verdad la esposa, de quien se habla aquí, que es la Iglesia de los justos, es en todas sus cosas acabada y perfecta por el beneficio y gracia de la sangre de Cristo, como dice el Apóstol; y por eso dice «acabada mía», como si dijera: Por mis manos y trabajos hermoseedada y perfeccionada, y vuelta así linda y hermosa como paloma. Y porque no puede sufrir quien ama de ver padecer á su amado, dice: «Que mi cabeza llena es de rocío;» que es decir: Cata que no puedo estar fuera, que hace gran sereno y cae grave rocío, del cual traigo llena mi cabeza y cabellos; en que muestra la grande necesidad que traía de tomar reposo y obligar á que abra con mayor brevedad y voluntad.

Esto decía el esposo; mas ella, así que le oyó, comenzó á decir entre sí con una tierna y regalada pereza: «Desnúdeme mis vestiduras;» que es decir: ¡Ay cuitada! yo esta-

ba desnuda, ¿ y tengo de tornarme á vestir ? y los mis pies, que ahora me los acabo de lavar, ¿ téngolos de ensuciar luego ? En lo que se pinta un melindre muy al vivo, que es muy común á las mujeres, haciéndose esquivas donde no es menester ; y aun muchas, deseando mucho una cosa, cuando la tienen á la mano fingen enfadarse della y que no la quieren. Había la esposa deseado que viniese, y dicho que no podía vivir sin él ni una sola hora, y rogándole que venga, y despertando con alegría á la primera voz del esposo y al primer golpe que dió á la puerta, y agora, que le ve venido, ensoberbécese y empereza en abrirle, y hace de la delicada por hacerle penar y ganar aquella victoria más de él. Y dice, poniendo otras excusas: Desnudéme en mi cama de mi vestidura, ¿ cómo me la tornaré á vestir, que estará fría ? Lavéme mis pies poco há para acostarme, ¿ téngolos ahora de ensuciar poniéndolos en el suelo ? Es gentil trueco éste, que viene el esposo cansado y mojado, habiendo pasado por el sereno y mal rato de la noche, y ella rehusa de sufrir por él la camisa fría ; en que, como digo, muestra bien la condición y natural genio de su linaje, que lo que más aman y desean, cuando lo ven presente, cualquiera cosilla que tienen hace que lo estorbe, y hacen mil melindres y niñerías. Aunque decir esto la esposa no se entiende que no quiera abrir á su esposo, que esto no se sufría en un amor tan verdadero y encendido; sino que, presupuesto que lo quiere y ha de hacer, muestra pesarle que no hubiese venido un poco antes, que ella estaba vestida y por lavar, para no tener agora que vestirse y desnudarse tantas veces.

«El mi amado metió la mano por entre el resquicio de la puerta, y mis entrañas se estremecieron en mí.» Dice agora que, como se detuviese un poco, á lo que se entiende, en tomar sus vestidos, no sufriendo dilación su esposo, tanteó de abrir la puerta, metió la mano por entre los resquicios de ella, procurando de alcanzar el aldaba, y que ella, sintiéndola, toda muy turbada en ver su prisa, y como

causándole dolor en las entrañas de la pereza que había mostrado y de su tardanza, así como estaba, medio vestida y revuelta, acudió á abrir: y así dice:

«Levantéme á abrir á mi amado; las mis manos destilaron mirra, que cae sobre los goznes del aldaba.» Presupónese que levantándose, tomó cualquier botecillo de mirra, esto es, de algún precioso licor confeccionado con ella, para en entrando recibir y recrear con ella al esposo, que venía cansado y fatigado, como se suele hacer entre los enamorados; que en todo, aun hasta esto, guarda Salomón con maravilloso aviso é ingenio todas las propiedades que hay, así en palabras como en hechos, entre dos personas que se quieren bien, cuales son las que en este su cantar introduce. Dice pues que, con la prisa que llevaba de abrir á su esposo, estuvo á punto de caérsele el botecillo; pero al fin se le volvió y derramó entre las manos y sobre los goznes del aldaba que estaba abriendo. «Mirra que corre,» no quiere decir que corrió y se derramó sobre la aldaba, aunque fuese así como he dicho; sino es decir mirra líquida, á diferencia de la que ya está cuajada en granos, como es la que comunmente vemos; ó lo que tengo por más cierto y más conforme al parecer de san Jerónimo y los hebreos, es dicha mirra excelentísima y líquida, porque la palabra hebrea *hober* quiere decir corriente, que pasa por buena por todas partes; lo cual, según la propiedad de aquella lengua, es decir que es muy buena y perfecta, y aprobada de todos los que la ven, conforme á lo que en nuestra lengua solemos decir de la moneda de ley, que es moneda que corre.

«Yo abrí al mi amado, y el mi amado, etc.» Y dice que, por presto que abrió, ya el esposo, enojado de la tardanza, se había pasado de largo. Á muy buen tiempo usa el esposo del tanto por tanto con su esposa, porque viendo que ella al principio no le quiso abrir, dándole así á entender que no le había menester, él prueba abrir la puerta, mas cuando sintió que se levantaba á abrir la puerta y que ve-

nia, quisole pagar la burla, como si dijese: Vos queréis darme á entender que podéis estar sin mí; pues yo os daré á entender cómo yo puedo sufrir más sin vos, que vos sin mí; y así se ausenta, no aborreciéndola, sino castigándola y haciéndola penar un rato entre esperanzas y temores, para que esté más pronta después, y juntamente escarmiente.

Dice pues: «Yo abrí á mi amado», y no le hallé á la puerta como pensaba, porque se era ya ido y pasado de largo. Bien se entiende la tristeza de la esposa en decir estas palabras, como aquella que juntamente se halla corrida y triste de su descuido; y así, parecen las palabras como de asombrada y medio fuera de sí; que la repetición de su decir que era ido y que se había pasado denota esto. «Mi alma se salió en el su hablar;» esto es, derritióse el alma en su amor y pena en verle ido; mas yo iré y le buscaré y le daré voces, henchiré el aire del sonido de su nombre, porque me responda y venga á mí. Mas ¡ay de mí! que procurándolo, no le hallo, y llamándole, no me responde; y así dice: «Busquéle y no le hallé, llaméle y no me respondió;» de donde se entiende la ansia con que quedaba, y cuenta juntamente las desgracias que tras ello le acontecieron buscando á su esposo, «que se encontraron con ella las guardas que de noche guardan y rondan la ciudad;» y como entre los tales siempre hay capeadores y ladrones, gente traviesa y desconocida, dice que la hirieron, dándole algunos golpes, como á mujer sola, y que la quitaron el manto ó mantilla con que se cubría, y socorrieron á su pasión con esta buena obra; y así dice: «Topáronme las rondas que rondan la ciudad, y quitáronme el manto de sobre mí», esto es, con que me cubría, «las guardas de los muros.» Esto ya va dicho así, no porque aconteciese á la hija de Faraón por esta manera que aquí habla, sino porque á persona de enamorada, que aquí representa, es natural buscar con tanta ansia en todos y semejantes tiempos á sus amores, y con el andar de noche siempre andan juntos tales acontecimientos. Según el Espi-

ritu, es gran verdad que todos los que con ansia buscan á Cristo y á la virtud, estos tropiezan siempre en grandes estorbos y contradicciones; y es cosa de grande admiración que los que tienen de oficio la guarda y vela y celo del bien público, y en quien de razón había de tener todo su amparo la virtud, éstos por la mayor parte la persiguen y maltratan.

«Conjúroos, hijas de Jerusalén.» Con la mayor pena que sentía de no hallar á su esposo, que duele más que todo el resto, no echó mucho de ver, ni se agravia del mal tratamiento que de las guardas recibía; y así, en lugar de quejarse de su mal comedimiento, ó de recogerse á su casa y huir de sus manos, ruega á las vecinas de Jerusalén que le den nuevas de su amor, si le han visto, y si no, que le ayuden á buscarle; que es propio del verdadero amor crecer más y encenderse cuando más dificultades se le ofrecen y peligros se le proponen delante. Dice más: «Y le contaréis que estoy enferma de amor;» conforme á lo que suele decirse comunmente en nuestra lengua: que parece que me fino de amor; y es de considerar que, aunque estaba fatigada de buscarle, y maltratada y despojada por el comedimiento de los que la toparon, no les manda decir su congoja, ni su cansancio, ni el trabajo que ha puesto en su busca, ni los desastres sucedidos: sino lo que padece por su amor, por dos causas: la una, porque esta pasión, como la mayor de todas, vencía el sentimiento de las demás y las borraba de la memoria; la otra, porque ninguna cosa podía, ni era justo que pudiese con el esposo para inducille á que volviese, tanto como el saber el ardiente y vivo amor de su esposa, como representalle lo que le amaba y su enfermedad; porque no hay cosa más eficaz, ni que pueda tanto con quien ama, como saber que es amado; que siempre fué el verdadero cebo y piedra imán del amor. Este mismo amor induce á que algunas mujeres de Jerusalén que la oyeron, parte maravilladas que una doncella tan bella á tal hora anduviese con tanta ansia buscando á su

amado, parte movidas á lástima y compasión de su ardiente deseo, le pregunten cuál sea este su amado, por quien tanto se queja, y en qué se aventajaba á los demás, que merezca el extremo que hace buscándole á tal hora; lo cual otra no haría, creyendo que esto nacía de grandeza de amor ó de alguna locura y desatino, ó por ventura por ser el amado merecedor de todo esto; y así dicen:

«¿Qué tiene tu amado más que otro amado, oh hermosa entre las mujeres? Qué tiene tu amado sobre otro amado, pues que así nos preguntas? Que es decir: ¿En qué se aventaja éste que tú amas entre los demás mancebos y personas que quieren ser queridas? Y esto pregúntanlo por dos causas: la una, como pidiendo razón del grande y excesivo amor que se le mostraba, que era justo fuese así por alguna señal de ventaja que hubiese su esposo entre todos los demás hombres; la otra, para por las señales que diese poderlo conocer cuando lo vieses. Á lo cual responde: «Mi amado, blanco y colorado, trae la bandera sobre los millares.» Da al principio la esposa las señas de su esposo generalmente, diciendo que es blanco y colorado; después va señalando las partes de su belleza, cada una en su lugar. Dice pues; Sabed, hermanas mías, que el mi amado es blanco y rojo, porque de lejos le conozcáis con la luz de estos colores, que son tan perfectos, que entre millares se diferencia y hace raya y lleva la bandera; y por ser primero de todos ellos la lleva. La palabra hebrea *dagul* significa al que lleva la bandera, y así, aquí quiere decir el alférez; y con ella, por semejanza, se puede significar todo lo que se señala en cualquier cosa, como es señalado el alférez entre los de su escuadrón, lo cual por la misma forma se dice en nuestra lengua. Y así, san Jerónimo, atendiendo más al sentido que á la palabra, tradujo: «Escogido entre mil;» en las cuales palabras se entiende como encubierta una reprehensión á las que piden señas de su esposo, como si dijese: No hay para qué os diga quién ni cuál es mi esposo, que entre mil que esté se echa

de ver y descubre. Pero prosigue relatando sus propiedades, porque es natural del amor deleitarse y como saborearse de traer siempre á la memoria y en la boca al que ama, por cualquiera ocasión que sea.

Pues dice: «Su cabeza como oro de Tíbar;» esto es, su cabeza es muy gentil, redonda y bien proporcionada, como hecha de oro acendrado sin ninguna falta ni tacha. Porque cosa es usada entre todas las lenguas, para decir que cualquiera cosa es perfecta y agraciada, decir que es hecha de oro; y por esto lo dice la esposa aquí, y no por ser rubios los cabellos, como luego veremos ser negros; porque en los tierras orientales y en todas las tierras calientes tienen por galano el cabello negro, como aún hasta hoy se precian los moros; y así añade: «Sus cabellos crespos, negros como cuervo.» Y cierto, al rostro de un hombre muy blanco mejor le están los cabellos negros y barba que los rubios, por ser colores contrarios, que el uno da luz al otro.

Dice más: «Sus ojos como de paloma en los arroyos de las aguas, bañadas en leche.» Ya he dicho que las palomas de aquella tierra, que agora llaman tripolinas, son de bellísimos ojos, y parécenlo mucho más con las calidades que añade luego, diciendo: «en los arroyos;» porque señaladamente cuando salen de bañarse les relucen y centellean en gran manera, y los que las compran, suelen con la mano mojada mojalles los ojos, y en aquel relucir y relampaguear de ellos conocen su fineza; y así, dice la esposa que los ojos de su esposo son tan hermosos como los ojos de las tales palomas cuando más hermosos se les ponen, que es cuando se lavan junto á las corrientes de las aguas, donde se bañan y refrescan y cobran una particular gracia.

«Bañadas en leche;» esto es, blancas como la leche, que es la color que más agrada en la paloma. «Reposan sobre la llenura;» quise traducir así para dar lugar á todas las diferencias de sentidos que los expositores é intérpretes imaginan aquí, dándonos esta libertad el original, don-

de puntualmente se dice por las mismas palabras. Algunos entienden aquí que la llenura debe ser agua, cuales son ríos grandes y estanques, y de este parecer es san Jerónimo, y traslada que reposan junto á los ríos grandes y muy llenos, que es repetir sin necesidad lo mismo que acaba de decir: Junto á las corrientes de las aguas. Á otros les parece entender que este lleno que se dice aquí son vasos grandes llenos de leche; pero es cosa agena y muy torcida. Podriase decir que por aquella palabra *meleoth*, que en lo que suena significa llenura ó henchimiento, en algunos lugares de la Escritura por ella se explica lo que es acabado y perfecto; porque todo lo tal es lleno en su género. Así que, se podría decir que estar en la llenura las palomas bañadas en leche, es decir que están del todo y perfectamente bañadas; esto es, que son perfectamente blancas, sin tener mancilla de otro color; conforme á esto, dirá la letra: «Tus ojos como paloma junto á las corrientes de las aguas, que se bañan en leche y quedan enteramente bañadas.» El sentido cierto es, que la palabra hebrea que hemos dicho, significa todo aquello que teniendo algún asiento ó lugar vacío ó señalado para su asiento, hinche bien tal lugar, que viene medido con él, como un diamante que iguala bien en su engaste, ó una paloma que hinche bien el agujero de la piedra donde hace su nido, porque las palomas parecen bien en uno ó en dos lugares, ó junto á los arroyos donde se bañan, ó puestas en el nido, como se vió arriba, donde, por mayor encarecimiento ó requiebro, el esposo llama á la esposa «paloma puesta en el agujero del paredón», esto es, en su nido; por esta causa aquí la esposa, para encarecer los hermosos ojos del esposo, compáralos á los de la paloma en aquellos lugares en que están más hermosos y parecen mejor. Así dice: Son como de palomas junto á las corrientes de las aguas; como palomas blanquísimas, que con su gentil grandeza hinchen bien y ocupan y hacen llenos sus nidos donde reposan.

«Las sus mejillas como hileras de hierbas aromáticas de

plantas olorosas.» Por las mejillas se entiende todo el rostro y todo lo que en español llamamos *faces*; el cual dice que es tan hermoso y tan bien asentado de gentil parecer y gracia, cuanto lo son y parecen unas eras de hierbas y plantas aromáticas puestas por gentil orden y criadas con cuidado y regalo, como se crían y ponen en Palestina y Oriente, donde la esposa habla y donde se da esta hierba más que en otra parte. Pues como son hermosas estas hierbas en igualdad y parecer, así lo es, y no menos agraciado, el rostro del esposo; y así añade: «De plantas olorosas.»

Dice más: «Los labios como azucenas.» Dioscórides, en el capítulo que trata de ellas, confiesa que hay un género de ellas coloradas como un carmín, á las cuales se entiende en este lugar ser semejantes los labios del esposo, que no sólo eran colorados, sino olorosos también; y por eso añade: «De los cuales se destila mirra que corre;» esto es, fina y preciada, como habemos dicho.

Es muy digno de considerar aquí el grande artificio con que la rústica esposa loa á su esposo; porque los que mucho quieren encarecer una cosa, alabando y declarando sus propiedades, dejan de decir los vocablos llenos y propios, y dicen los nombres de las cosas en que más perfectamente se halla aquella propiedad y calidad de lo que loan, lo cual da mayor encarecimiento y mayor gracia á lo que se dice; como lo hace aquel gran poeta toscano, que habiendo de loar los cabellos, los llama oro; á los labios, rosas ó grana; á los dientes, perlas; á los ojos, luces, lumbrés ó estrellas; el cual artificio se guarda en la Escritura Sagrada más que en otra del mundo; y así, vemos que aquí la esposa procede de esta manera. Porque, diciendo de los ojos que son de paloma, dice más que si dijera que eran hermosos; y las mejillas como las hileras de las plantas, las loa más que si dijera parejas iguales y graciosas; y por el mismo tenor alaba las manos, diciendo:

«Las sus manos como rollos de oro que viene de Tar-

sis.» En lo cual alaba la gracia y composición de ellas, por ser largas y los dedos rollizos, tan lindos como si fuesen torneados de oro, y la piedra tarsis, que se llama así de la provincia donde se halla, es un poco entre roja y blanca, según la pinta un hebreo antiguo llamado Alvenecio; y según esto, da á entender la esposa las uñas en que se rematan los dedos de las manos, que son un poco rojas y relucientes, como lo son las piedras preciosas de Tarsis. Y por tanto, las manos en su hechura y con sus uñas son como rollos de oro rematados en tarsis, que diciendo aquí de las manos que son como rollos de oro, solamente habla de la hechura y gracia de ellas; que del color ya ha dicho que son blancas y coloradas cuando arriba dijo: «Mi esposo blanco y colorado.» Luego dice por el mismo estilo y semejanza de hablar:

«El su vientre blanco diente, adornado de zafiros.» Su vientre, esto es, su pecho y sus carnes, blanco diente; esto es, marfil que se hace de los dientes de los elefantes, que son blanquísimos. «Adornados de zafiros», que son piedras de gran valor, bermejas algo al parecer, que es decir: Todo él es pulido, y así lucido y resplandeciente como una piedra de marfil blanquísima cercada de piedras preciosas.

«Las sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino;» en que se muestra la firmeza y gentil postura y proporción de ellas; y habiendo loado á su esposo tan en particular como habemos dicho y visto, señalando su belleza por sus partes desde la cabeza hasta los pies, torna, como no bien satisfecha de lo dicho ni de las señas dadas, á comprehender en breves palabras lo que ha publicado; y ahora mucho más, diciendo:

«El su semblante como el del Líbano;» en que muestra con harta significación la majestad, hermosura y gentil postura del esposo, como lo es cosa bellísima y de gran demostración de majestad un grande monte alto, cual es el Líbano, de espesos y deleitosos árboles, al parecer de los que le miran de lejos. Dice más:

«Erguido como cedro.» En nuestro castellano, loando á uno de bien dispuesto, suelen decir: Dispuesto como un pino; que así el pino como el cedro son árboles altos y bien salidos. Donde decimos *erguido*, la palabra hebrea *tob* quiere decir escogido, y es propiedad de aquella lengua llamar así á los hombres altos y de buen cuerpo, porque á la verdad, la disposición los diferencia y hace como escogidos entre los demás. Así dice en el primero de los *Reyes* el capítulo 9, del padre de Saúl, que tenía un hijo llamado Saúl, que era escogido y bueno, esto es, hermoso y bien dispuesto, como de hecho lo era Saúl. Asimismo en el capítulo 11 del *Ecclesiastes*, donde dice la letra vulgar: «Huélgate, date al placer, ándate á la flor del berro, mancebo, en la juventud; que presto te se pedirá cuenta estrecha;» está la misma palabra, que es decir: «Huélgate, erguidillo;» en lo cual, como se ve claro, el Espíritu Santo usa de un donaire por el cabo bellissimo, que siendo su intento en aquellas palabras, usando de una artificiosa y fingida simulación, y como pervirtiéndolas, debajo de halagarles la vanidad á los mancebos, escarnece de su liviandad, que se andan siempre al buen tiempo, y cogiendo, como dicen, la flor del berro, desacordándose de lo que está por venir y les puede suceder; así que, siendo el intento del Señor reprender mofando el desacuerdo de los mancebos y amenazallos con pena, no les llama con el nombre propio de su edad, sino llámalos *erguidos*, usando del nombre que declarase al natural el brío, altivez y lozanía, que es la fuente de donde nace no mirar ni curar lo que está por venir, y aquel coger sin rienda y sin medida el fruto del deleite y el pasatiempo presente, que tanto reprehende.

Pues tornando á nuestro propósito, concluye la esposa finalmente, diciendo: «El su paladar;» esto es, su habla *dulzuras*; esto es, dulcísima y suavísima; «y todo él deseo;» esto es, amable, y tal, que convida por todas partes á que le deseen y se pierdan por él los que le ven. «Tal es

mi amado y tal es mi querido, hijas de Jerusalén;» como si añadiendo dijese: Porque veáis si tengo razón de buscarle y de estar ansiosa en no hallalle.

Sabidas las facciones y señas por aquellas dueñas de la esposa, y conociendo con cuán justa razón la tenía el esposo enamorada, y se atormentaba y acuitaba por su ausencia, y moviéndolas agora á compasión su tormento, con el deseo de remedialle, piden de nuevo á la esposa que, si sabe, les diga hacia dónde cree ó imagina haberse declinado su amado, porque se lo ayudarán á buscar; y así dicen: «¿Á dónde fué tu amado, bellissima entre las mujeres? ¿Hacia dónde se volvió tu amado, y buscarle hemos contigo?» Á lo cual parece que responde en lo primero del capítulo que se sigue, diciendo:

CAPÍTULO VI

ESPOSA

1 El mi amado descendió á los huertos míos, á la tierra de los aromas, á apacentar entre los huertos y coger las flores.

2 Yo al mi amado, y el mi amado á mí, que apacienta entre las flores.

ESPOSO

3 Hermosa eres, amiga mía, como Tirsa, bella como Jerusalén, terrible como los escuadrones con banderas tendidas.

4 Vuélvete los ojos tuyos que me hacen fuerza. El tu cabello como las manadas de cabras que se parecen en Galaad.

5 Tus dientes como atajo de ovejas que suben del lavadero, las cuales paren de dos en dos, y no hay estéril en ellas.

6 Tus sienes son como un casco de granada entre tu cabello.

7 Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, y las doncellas sin cuento.

8 Una es la mi paloma, la mi perfecta, única es á su madre, es la escogida á la que le parió. Viéronla las hijas, y llamáronla bienaventurada, y las reinas y las concubinas la loaron.

9 ¿Quién es ésta que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?

10 Al huerto del nogal descendí por ver los frutos de los valles, y ver si está en cierne la vid y si florecen los granados.

ESPOSA

11 No sé; mi ánima me puso como los carros de Amínadab.

12 Torna, torna, Sunnamita; torna, torna, y verte hemos.

COMENTO

«El mi amado descendió al su huerto.» Si de cierto sabía que estaba en el huerto su esposo, por demás era el andar á buscarlo por la ciudad y en otras partes. Por lo cual estas palabras, que en el sentido parecen ciertas, se han de entender con alguna duda haber sido dichas, como si la esposa, respondiendo á las dueñas de Jerusalén, dijese: Buscádole he por mil partes, y pues no le hallo, sin falta debió de ir á ver su huerto, adonde suele ir á apacentar; ó digamos que esta no es respuesta de la esposa á la pregunta que hicieron aquellas dueñas, sino que luego que acabó de hablallas se dió á buscar á su esposo, y saliendo de la ciudad á buscallo al campo hacia el huerto suyo, que

estaba en lo bajo, sintió la voz ú otras señales manifiestas de su esposo, y arrebatada de alegría, de improviso comenzó á decir: ¡Ay! Véisle aquí al mi amado y al que me trae perdida buscándole, que al su huerto descendió. Porque ella le buscaba en Jerusalén, que era ciudad puesta en lo alto de un monte, y en los arrabales ó aldeas que están al pie se finge estar el huerto de esta rústica esposa y otros de sus vecinos, como es uso; y dice que anda entre las eras de las plantas olorosas, y que es venido á holgarse y recrearse entre los lirios y violetas. Dice más: «Yo al mi amado, y el mi amado á mí.» Lo cual, como ya he dicho, es forma de llamar á voces, como si dijese: Hola, amado mío, ¿oisme, entendéisme? De donde se entiende que salió á buscarlo al campo hacia el lugar á dó está el huerto, y sintiendo estar en él, llámale, como he dicho, para que le responda. Á la cual voz sale el esposo, y viendo á su amada, y la afición grande con que le busca, enciéndese en un nuevo y vivo amor, y recíbele con mayores y más encendidos regalos que antes, y más encarecidos requiebros, diciendo:

«Hermosa, hermosa eres así como Tirsa.» Encarece grandemente los loores de su esposa, porque en los capítulos de arriba, para loar la variedad de su gentileza y hermosura, la apoda á un huerto, y agora le hace semejante á dos ciudades las más hermosas que habían en aquella tierra, Tirsa y Jerusalén. Tirsa es nombrada una ciudad de Israel, noble y populosa, donde los reyes tenían su asiento antes que se edificasé Samaria. San Jerónimo, donde dice Tirsa, traslada cosa suave; y los sesenta intérpretes ponen contento, sosiego, diciendo: «Hermosa eres como el contento y deleite;» y es porque miraron la derivación y etimología del vocablo, y no lo que de hecho significa, que es aquella ciudad, así dicha por el contento y descanso que daba al que la moraba, por su asiento y habitación de ella descansado y apacible. Jerusalén era la más principal ciudad y la más hermosa que había en toda la Palestina, y

aun en todo Oriente, según sabemos por las escrituras hebreas y gentiles; tanto, que David hizo un salmo loando á la letra la grandeza, beldad y fortaleza de Jerusalén.

Pues á estas dos ciudades dice el esposo que es semejante el parecer bello y hermoso, lleno de majestad y grandeza de la esposa, diciendo: Tan grande maravilla he visto, tan hermosa eres en todo y por todo, cuanto lo es ver estas dos ciudades, en las cuales la fortaleza de sus sitios, la magnificencia de sus edificios, la grandeza y hermosura de sus riquezas, la variedad de sus artes y oficios pone grande admiración. Á la verdad, es muy al propósito para declarar el mucho espanto que pone al amor del esposo la vista de su esposa, y cuán grande y cuán incomparable y fuera de toda medida le parece su hermosura; pues para explicar lo que sentía no le venían á la boca menores cosas que ciudades, y ciudades tan populosas; esto es, cosas cuya hermosura consiste en mucha variedad y grandeza. Dice más:

«Terrible como ejército con banderas tendidas.» No espanta menos un extremo de bien que lo que hace extremado mal; y así, para mayor encarecimiento dice á la esposa que le pone espanto, y que así le saca de sí el excesivo extremo de su belleza, que está ya á punto de romper; que también es decir que, de la misma manera que un ejército así bien ordenado lo vence todo y lo allana, sin ponérsele cosa delante que no la rinda y sujete; así, ni más ni menos, no había poder ni resistencia alguna contra la fuerza y hermosura extremada de la esposa; y por esta causa añade luego:

«Vuelve los ojos tuyos, que me hacen fuerza.» Como si levantando la mano en alto y poniéndola delante del rostro, y torciendo los ojos á otra parte, dijese: Esposa mía, no me mires, que me robas con tus ojos y me traspasas el corazón. En lo cual habiendo el esposo loado en suma la belleza de la esposa, y queriendo loalla otra vez por sus partes, comienza lo primero por los ojos, y para loallos

usa de una manera elegantísima, que no dice la hermosura de ellos, sino ruega que los aparte y vuelva á otra parte mirando, porque le hacen fuerza. En lo cual loa más encarecidamente que si los antepusiese á las dos más claras y relucientes estrellas del cielo. Donde dice: «Que me hacen fuerza, y me vencieron,» hay diferencia entre los intérpretes; porque los setenta, y san Jerónimo con ellos, traducen: «Aparta tus ojos, que me hicieron volar;» otros ponen: «Aparta tus ojos, que me ensoberbecieron;» y los unos y los otros traducen, no lo que hallaron en la lengua hebrea, sino lo que le pareció á cada uno que quería decir, porque daba ocasión al uno y otro sentido el sonido y propia significación de ella, que es este al pie de la letra:

«Aparta tus ojos, que hicieron sobrepujarme;» porque la palabra *harhibeni* de que usa aquí el original, propiamente quiere decir sobrepujar. Esto á san Jerónimo le parece que sería volar, porque los que vuelan se levantan así en alto, y como que se sobrepujan en cierta manera; conforme á lo cual quiere decir el esposo que aparte la esposa sus ojos y no le mire, porque viéndolos, no está en su mano no irse á ella, que arrebatada y lleva tras sí el corazón como volando, sin poder hacer otra cosa, que es requiebro usado. Los que traducen: «Que me hicieron ensoberbecer, «tuvieron el mismo modo de parecerles que el ser soberbio es un sobrepujarse en alto, que conforme á esto pedía el esposo á su esposa que no le hiciese aquel favor de mirarle, por no desvanecerse con él. Lo uno y lo otro fuera bien excusado, pues está claro que decir: «Hicieron sobrepujarme,» es rodeo de hablar poético, que vale lo mismo que si dijera: Sobrepujéronme^o ó vencieronme; y el propósito y hilo de lo que le va diciendo pedía que se dijese esto. Porque en efecto dice: Deseo contar otra vez de tus ojos; mas ellos son tan bellos y resplandecientes, y tienes en ellos tanta fuerza, que al tiempo que los miro para alabarlos, contemplándolos, y queriendo recoger una

á una sus propiedades y sus gracias, ellos me arrebatan el sentido, y con su luz ellos me encandilan de tal manera, que por la fuerza que el amor me hace, en esto estoy como excusado; por tanto, esposa dulcísima, vuévelos, no me miréis, que no puedo resistirles. Y demandando esto el esposo, demanda lo que no quiere, que es que su esposa no le mire, porque es gran placer el que siente en su vista; mas con tal demanda dice más en su loor que si dijera muy más por extenso todas las partes de belleza que en ellos se encierran; y estas son cosas que mejor se entienden que se pueden declarar.

Habiendo loado los ojos el esposo tan altamente por este delicado artificio, enhila tras esto las otras partes del rostro, dientes, labios y mejillas, diciendo las mismas palabras que arriba dijo; porque aquellas semejanzas son tan excelentes, que no se pueden aventajar. Dice: «Tus dientes como atajos de ovejas.» Esto dice por la blancura, por la igualdad de los dientes, y por el color y gracia y buen asiento de las mejillas, como vimos en el capítulo cuarto, donde se declara esto muy á la larga: «Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, é innumerables las doncellas; mas única es la paloma mía, la alindada mía, única es á su madre, ella escogida es á la que la parió.» Muestra el esposo cuán excesivamente y con cuánta razón ame á su esposa, diciendo en persona suya, como si declarase que es Salomón rey este pastor que aquí se representa: «Sesenta son las reinas.» No está la prueba ni la fuerza del amor en amar á una persona á solas sin compañía de otras; antes el verdadero amor y mayor punto de él es, cuando, extendiéndose y abrazándose con muchos, entre todos se señala y se diferencia y aventaja claramente con uno. Lo cual declara bien el esposo en estas palabras, en las cuales, queriendo bien y teniendo afición á otras mujeres, confiesa amar á su esposa más que á todas con un amor así particular y diferente de todas las demás, que las demás en su comparación no merecen el nombre de amor;

y aunque quiere á muchas, empero la su esposa es de él querida por una y singular manera.

Sábase del libro de los *Reyes* que Salomón usó de muchas mujeres, que, según la diferencia del estado y tratamiento que tuvieron en la casa de Salomón, la Escritura les pone diferentes nombres: las unas nombraban reinas, porque su servicio y casa era como de tales; estas eran sesenta; otras dellas, que no eran tratadas con tanta ceremonia, se llamaban concubinas; y no se ha de entender que eran mancebas, como algunos, engañándose, creen y piensan; antes acerca de los hebreos eran también mujeres legítimas, pero mujeres de esta manera, que habían sido antes y primero esclavas ó criadas, y su amo las tomó por mujeres; mas no se celebraban en el casamiento las bodas por escrito ni con las ceremonias legítimas que se usaban en el casamiento de las otras que eran libres; y estas se añadían á las mujeres principales, y los hijos que de estas concubinas nacían no sucedían en los mayorazgos ni herencias capitales; pero podía bien el padre hacelles algunas mandas y donaciones para su sustentamiento, como parece claramente en el *Génesis*, 25 y 35, de Cetura y Agar, mujeres de Abraham, que la Escritura llama allí concubinas. Pues de estas tenía ochenta Salomón, entendiéndose por este número muchas y muchas más, según el uso hebreo. Las demás, y bien queridas de Salomón, hacían el tercero orden, y destas no había número. Pues dice agora que entre tanto número de mujeres, la que en amor y servicio y preeminencia se aventajaba á todas es la una, que es la hija de Faraón, de quien se habla en este cantar en persona de pastora.

«Una, dice, es mi paloma.» Y es así, que el amor, como es unidad, no apetece otra cosa sino unidad; y así, no es firme ni verdadero cuando se pone en igual grado por muchas y diferentes cosas. El que bien ama, á sola una cosa tiene particular amor, y el que quiere juntamente amar de veras y no limitar su amor á una sola cosa, debe emplear

en Dios su voluntad, que es bien general que lo abraza y comprehende todo, como, por el contrario, todas las criaturas son limitadas y diferentes entre sí, y á las veces unas contrarias á las otras, de arte que el querer bien á una es querer mal y aborrecer á otras. Dice: «Mi paloma y mi alindada,» y no mi esposa, para hacer mostrar en la manera de nombrarla la razón que tenía de amarla con tan particular amor y de hacelle tan grandes ventajas.

«Única es á su madre, escogida á la que la engendró.» Remeda en esto la común y vulgar manera de hablar, que es decir: Como la hija amada es todo el regalo y amor de su madre, así es probada y querida mi esposa con la misma singularidad y diferencia de amor.

«Viéronla las reinas.» Grande y nueva cosa es conocer y no envidiar tanto bien las demás mujeres de Salomón á la esposa, porque lo son de su natural envidiosas todas las mujeres entre sí extremadamente; mas en las cosas muy aventajadas desfallece la envidia. Y muestra en esto el esposo que no es afición ciega la que le mueve á querella, sino razón tan clara y de tanta fuerza, que las otras mujeres, que de su natural la habían de tener envidia, confiesan llanamente que reconociéndola por tal, la loan á boca llena; y así, refiriendo las palabras de otras mujeres, dice:

«¿Quién es ésta que arriba mira, como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol?» Que aunque son breves, son de grande loor, porque juntan tres cosas, la mañana, la luna y el sol, que son toda la alegría y la belleza del mundo. Pues es como si dijese así: ¿Quién es ésta que viene por allí mirando hacia nosotros, que no parece sino el alba cuando asoma rosada y hermosa? Y es tan hermosa entre las mujeres como la luna entre las menores estrellas; antes, por mejor decir, es resplandeciente y escogida entre todas las luces como el sol entre las lumbres del cielo; que, así como el sol es príncipe entre todas las luces soberanas, y escogido de tal manera que todos se aprovechan y participan de su lumbre, así ésta es todo dechado de

toda beldad, y la que á ella pareciere, más bella será, y juntamente con su hermosura, tiene una majestad y gravedad, que no parece sino un escuadrón, que á todos pone reverencia y temor. Y en decir «escogida como el sol», alude á la gran belleza de ella, y á la grande estimación en que su esposo la tiene más que á las otras, y es muy gentil manera de loar ésta, diciendo primero *alba*, que es hermosa y resplandeciente, y luego *luna*, que es más, y luego *sol*, que es lo sumo en este género, y los artifices de bien hablar loan mucho este modo de decir, y lo llaman encarecimiento acrecentado.

«Al huerto de los nogales descendí, á ver los frutos de los valles, y si florecía la vid y si florecían los granados. No sé; la mi alma me puso como los carros de los príncipes de mi pueblo.» Estas palabras, los más atribuyen á la esposa, en que respondiendo al esposo, le da cuenta de cómo vino á aquel huerto donde él estaba, que llama del nogal, por alguno que en él había, á ver los frutales si brotaban; y que esto lo dice por uno de dos fines: el uno, que sea como una excusa y un color de ser venida por aquella parte, que aunque en realidad de verdad la traía el amor y deseo que tenía de verse con su esposo, pero es muy propio al natural y genio de las mujeres dar muestras diferentes de sus deseos, y fingirse como olvidadas de lo que más buscan; y así como respondió á lo que el esposo le pudiera preguntar de su venida, dice: Vine á ver este mi huerto, y á ver si los árboles echan ya flor; pero un amor tan descubierta como (según lo que hemos visto) era este, no da lugar á semejante disimulación; y así, es mejor entender que estas palabras se dicen por otro fin, que es que sepa el esposo la causa de su cansancio de la esposa, como se verá en las palabras que dice: «No sé; mi alma, etc.» Había venido corriendo, y estaba de la prisa sin fuerza y sin aliento, de lo cual juntamente da cuenta y se queja á su esposo; que las personas que bien se quieren, y mayormente las mujeres, con lástima regalada cuentan luego sus

cuitas, y es como si dijese: ¡Ay esposo mío, tan deseado y tan bien buscado de mí, y qué cansada estoy y qué muerta de la priesa que he traído! Que luego como sentí que andábades en el huerto, en el cual hay grandes nogales y parras y otros frutales, luego en este punto descendí aguijando, y he venido tan presto, que yo no sé cómo vine ni cómo no, mas de que mi amor me aguijó tanto, y me puso en el amor tanta fuerza y ligereza, que no me parece sino que he venido como en un ligerísimo carro de los que usan los príncipes y poderosos de mi tierra ó pueblo.

Parece mejor que estas palabras, «descendí al huerto,» las diga el esposo, y que en ellas responde á la secreta queja que verisimilmente se presupone tener su esposa de él, por haber llegado á su puerta y llamádola, y después pasádose de largo, de donde nació andar ella perdida buscándolo; á lo cual, ganándole por la mano, responde que, como se tardó en abrirle, quiso ver el estado de su huerto entre tanto, y proveer á lo que fuere necesario, y con esta disculpa del esposo vienen muy á pelo las palabras que siguen, á que le responde la esposa:

«No sé; la mi alma, etc. » Mi alma, muchas veces es lo mismo que mi afición y mi deseo. «Los carros de Aminadab,» entiéndese cosa ligera y que vuela corriendo, que *Aminadab* no es nombre propio de alguna persona ó lugar, como algunos piensan; que quiere decir, de mi pueblo príncipe, y esto dice, porque en tierra de Judea había pocos caballos, toda la demás gente usaba ir cabalgando en asno, sino era los principales y poderosos de ella, que hacían traer de Egipto caballos muy buenos y muy ligeros, y andaban en carros de cuatro ruedas, que traían aquellos caballos. Pues dice: No sé lo que ha sido, ni lo que te has hecho en dejarme así, ni la causa que te movió á ello, si no fué querer ver tu huerto ó alguna otra cosa; en fin, no sé nada; esto sé, que el deseo mío y el amor entrañable que tengo, que posee mi alma y la rige á su voluntad, me ha traído en tu busca luego que te sentí, volando, como

en posta. Y contando esto, dícele lo que pasó con las mujeres que la acompañaban, viéndola ir con tanta presteza, que la decían:

«Torna, torna, solimitana.» Y no se ha de entender, como avisan los que tienen mejor entendimiento en estas cosas, que son las dueñas las que dicen agora estas palabras, sino hase de entender que las dijeron antes, esto es, cuando vieron que se les partía tan apresuradamente; y que la esposa las refiere agora al esposo, contándole esto y todo lo demás que con ellas pasó, pues acaba de decir que vino volando en busca de su esposo. Dice que las compañeras, viendo que se apartaba de ellas, con apresuramiento la comienzan á llamar, y pedilla que volviese y no se diese tanta prisa, como que no la habian visto del todo ni gozado enteramente, ni considerado bien su beldad; y así la dicen: «Tórnate, tórnate.» El redoblar unas mismas palabras es propio de todo lo que se dice y pide con afición. *Solimitana* es como decirle jerosolimitana ó mujer de Jerusalén, como llamamos romana á la mujer de Roma, y esto porque Jerusalén antiguamente se llamó Salén, como la Escritura la llama donde dice: *Melchisedech rex Salem*; y David lo llama también así en el salmo 76. Pues á este ruego de las demás responde la esposa, y dice:

«¿Qué miráis en la solimitana en coros de escuadrones?» Lo cual se declara diferentemente. Algunos ponen demanda y respuesta, de manera que volviéndose hacia las dueñas que llaman con tanta instancia les diga: ¿Qué es lo que queréis en mí? Responden ellas: Miramos en ti un coro de escuadrones, esto es, una cosa de tan buen parecer y tan poderosa para vencer á los que te miran y sujetarlos á tu mandado, como lo es un escuadrón puesto en concierto y ordenanza. Lo que tengo por más acertado, es hacer toda una cláusula y una sentencia, en que diga á la esposa de esta manera: Como me llamaron, volvíme hacia ellas, las cuales, por mirarme mejor, divididas de la una parte y la otra, se pusieron en dos hileras como en coros; yo enton-

ces díjeles: ¿Á qué me miráis así, puestas unas de una banda y otras de otra, como escuadrón que está puesto por sus hileras? De arte que se presupone que se volvió á ellas, y que se dividieron en dos partes para vella mejor. Y llámalas escuadrón porque eran muchas, y coro por estar así divididas. Lo que cuenta habelles respondido, se cuenta en el capítulo que sigue, que es la mayor parte de él.

CAPÍTULO VIII

ESPOSA

1 ¿Qué miráis en la Solimitana, sino coros de escuadrones? ¡Cuán lindos son tus pasos con el calzado, hija del Príncipe! los cercos de tus muslos como ajorcas labradas de mano de maestro.

2 Tu ombligo como taza de luna que está vacía. Tu vientre como montón de trigo cercado de violetas.

3 Los dos pechos tuyos como dos cabritos mellizos de una cabra.

4 El tu cuello como torre de marfil. Tus ojos como estanques de Esebón, junto á la puerta de Barrabín. Tu nariz como la torre del Líbano, que mira frontera de Damasco.

5 La cabeza tuya sobre ti como el Carmelo; la madeja de tu cabeza como la púrpura, el rey atado en las canales.

6 ¡Cuánto te alindaste! cuánto te enmelaste, amada, en los deleites!

7 Esta tu disposición semejante es á la palma, y tus pechos á los racimos.

8 Dije: Yo subiré á la palma, y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid, y el aliento de tu boca como el olor de los manzanos.

9 El tu paladar, como vino bueno que va á mi amado á las derechas, hace hablar con labios de dormientes.

10 Yo soy de mi amado, y su deseo á mí.

11 Ven, amado mío, salgamos al campo, moremos en las granjas.

12 Levantémonos de mañana á las viñas, veamos si florece la vid, si se descubre la menuda uva, si brotan los granados; allí te daré mis amores.

13 Las mandrágoras si dan loor; que todos los dulces frutos, así los nuevos como los viejos, amado mío, los guarde para ti.

COMENTO

«¿Qué miráis en la Solimitana, etc.?» Véase su explicación á fines del capítulo antecedente.

«Cuán lindos son tus pasos.» Prosigue en su cuenta la esposa, y dice á su esposo que, como las dueñas se llegaron á que se detuviese un poco, que volvió á ellas; y ella por su ruego les volvió la cara, preguntándoles qué era lo que de ella querían, y la causa por qué la miraban así. Ellas, como dando razón de la justa demanda y de su ardiente deseo, comenzaron á loar con gran particularidad y encarecimiento su gracia y gentileza, refiriendo todas sus perfecciones por menudo, desde la mayor hasta la menor. Lo cual debe responder á la admiración de la hermosura que pusieron, y los loores que la gente del pueblo le dió cuando, viniendo de Egipto, entró en Jerusalén la primera vez. Pues comienza de los pies, cuya ligereza y presteza acaba de ver entonces, y va hasta la cabeza, por ir á lo mayor de lo menor, que es galana manera de loar; y así dice:

«¡Cuán lindos son tus pies en tu calzado, hija de príncipe!» Loan el buen aire y movimiento del pie bien hecho y calzado justo, y que venía como nacido á la esposa. Y dicho en forma de admiración, quiere decir que eran extremadamente bellos, y no así como quiera, «hija del Prín-

cipe,» es decir, princesa; que, demás de convenirle por su linaje y estado, es nombre que en común uso se da á todos los que loamos de alguna excelencia. Demás de esto, se ha de advertir que en este lugar la palabra hebrea no es *Melech*, con la cual se suelen nombrar los reyes comunmente, sino es *Nadib*; lo cual los setenta intérpretes, no sin misterio, en su traducción la dejaron así sin trasladalla. *Nadib* propiamente quiere decir generoso de corazón y liberal; y como nosotros en la lengua española al príncipe llamamos príncipe, porque de hecho es principal entre los demás, como lo suena la voz; entre los hebreos se llama *Nadib*, que es decir, el noble, el liberal, el de corazón generoso, porque estas son propias virtudes del príncipe, en que se ha de señalar entre todos; pues según el origen de la palabra hebrea y según su sonido, es aquí la esposa hija del noble, del generoso. Y juntando á esto ser uso muy recibido en aquella lengua que cuando quiere dar alguna virtud ó vicio, lo llama hija de ella, como es por pacífico hijo de paz, é hijo de guerra por lo belicoso; así, según esto, ser la esposa hija de franco y generoso, es decir que lo es ella; y llámanla noble y gallarda de corazón, y así, dirá la letra: «¡Cuán lindos son tus pasos! Cuán gentiles tus pies!» ¡Con qué gracia los meneas, la del corazón gallardo y generoso! Como si dijese que en el gentil meneo de su cuerpo mostraba bien la generosidad y gallardía de su corazón, porque esta virtud más que ninguna otra se descubre en el movimiento y aire de todo el cuerpo. En la verdad del espíritu tiene gran misterio y gran verdad en llamar á todos los justos y á la Iglesia hija del noble y del franco, porque son hijos de Dios, no por haber nacido así ni por merecello por sus obras, sino por sola la franqueza y liberalidad de Dios; que puesto caso que el justo que es ya justo y hijo merece mucho más con Dios, mas esto, que es ser hijo, ninguno lo mereció por sí, y Cristo, derramando su sangre liberalmente por nosotros y haciéndonos gracia de ella, lo alcanzó para todos.

Siguiese: «El cerco de tus muslos como ajorcas muy bien labradas de mano de maestro.» Y esto dice por la espesura y macicez de las piernas, que no son flojas, sino rollizas y bien hechas y redondas, en tal manera, que si hiciese un artífice una ajorca ó collar de muy perfecta redondez y se lo ciñese á las piernas, vendría muy justo y se hincharía toda la carne de ellas. Donde decimos cerco ó redondez algunos entienden conjunturas y artejos ó goznes de las rodillas donde juega el muslo; y así, trasladan: «El juego de tu muslo, etc.» No quiere decir más que lo que suena, que es la redondez de los muslos y el cuerpo de ellos, que es una maciza y rolliza hermosura y de muy gentil proporción; lo cual pusieron los setenta intérpretes con mucha propiedad y significación, diciendo en griego: *Rytmoi ton morion*; porque *rytmos* es toda buena proporción y compostura de partes entre sí. Bien se descubre sobre los vestidos el grueso y buen talle de los muslos, mayormente cuando se va de prisa y contra el aire. Mas lo que se sigue, no sé cómo las compañeras de la esposa, ni de dónde lo pudieron adivinar. Dicen:

«El tu ombligo como taza de luna que no está vacía.» Vaso de luna, es decir, hechura de luna, esto es, perfectamente redondo. *Mixtura* entiéndese de vino mezclado con agua y templado; quieré decir: Sobre estas dos hermosas columnas de tus piernas se asienta el edificio de tu persona. La primera parte de él es el ombligo y vientre tuyo, el cual está muy hermosamente proporcionado, porque no parece sino una taza tan redonda como la luna, y que esta taza está siempre llena de mixtura, que es vino aguado para beber; así, ni más ni menos, es el tu vientre redondo y bien hecho, ni flojo, ni flaco, sino lleno de virtud, que nunca le falta, y para más declarar esta loa del vientre, torna á decir:

«Tu vientre como montón de trigo rodeado de violetas;» y es muy gentil apodo éste, porque el montón de trigo está por todas partes redondo y igual en redondez, que en nin-

guna parte de él hay hoyo, ni seno alguno, porque luego los granos lo hinchen; y así, dice ser de todas partes lleno y levantado el vientre de la esposa. Por el ombligo, como por parte, entiendo el vientre que Aristóteles y Galeno llaman inferior, que es así redondo; la parte más alta, que toca en el estómago y se avecina del pecho, es de quien dice: Tu vientre como montón de trigo cercado de violetas; que es añadir hermosura á hermosura. Suben del vientre á los pechos, viniendo por su orden en la fábrica del cuerpo, y dicen:

«Tus dos tetas como dos cabritos mellizos de una cabra.» Ya dijimos arriba sobre esta comparación. Sobre los pechos se levanta el cuello; y así añaden:

«El tu cuello como torre de marfil,» que es llamarle alto, blanco, liso y bien sacado, que es todo lo bueno que ha de tener el cuello para ser hermoso. La Iglesia, como lo enseña el Apóstol, es como un cuerpo, cuya cabeza es Cristo, en la cual la diferencia de los estados y vidas hacen lo mismo que los diferentes miembros en el verdadero cuerpo. El cuello por donde se recibe el aliento y se despiden la palabra, son en la Iglesia los predicadores, que reciben el aliento del Espíritu Santo, y lo comunican por palabras á los demás; pues los tales han de ser como torre de marfil, esto es, firmes, blancos y sin mancha, ni engaño en su doctrina; que ni dejen por temor de decir rasamente lo que deben, ni escurezcan con afectados colores, con palabras enderezadas á sólo el gusto de los oyentes la sencillez y pureza de la santa doctrina y verdad no artificiosa del Evangelio. Dicen más:

«Los tus ojos estanques de Esebón junto á la puerta de Barrabín.» Vese en esto que los ojos de la esposa eran grandes, redondos y bien rasgados, llenos de sosiego y resplandor; que todas estas propiedades se muestran en un estanque lleno de agua clara y sosegada. Esebón es una ciudad fresca de Israel, la cual ganaron los hebreos á Seón, rey de los amorreos (*Números, 21*); y estos estanques que

aquí dice la letra están junto á una puerta de la dicha ciudad que se llama Barrabín, que quiere decir: hija de muchedumbre; y llamábase así porque en entrando por ella estaba luego una plaza grande y capaz de mucha gente, que, según parece de muchos lugares de la Escritura, antiguamente las plazas y las casas de consistorio, agora están en medio de la ciudad, y entonces junto á las puertas de ella; y como era grande y capaz, su nombre de la plaza era Barrabín, que es hija de muchedumbre, porque los hebreos en su uso y manera de hablar se sirven del nombre de hijo para diversas cosas, como para decir muy sabio, dicen hijo de sabiduría, y por muy malo, hijo de maldad. Dicen luego, loando lo demás:

«El bulto de la nariz como la torre del Líbano.» San Jerónimo y todos los demás declaran ó trasladan aquí tu nariz, y la palabra hebrea, que es *aph*, recibe el uno y el otro sentido, y quiere decir nariz, y también toda la cara y vulto, y lo que en español llamamos *faces*; y de estas dos cosas parece mejor entendamos en este lugar la postrera de ellas; porque comparar la nariz á la torre, no sé si es cosa muy conveniente; y eslo mucho si la comparación se hace al semblante de la esposa, levantado y hermoso y lleno de majestad y gallardía. Si entendemos la nariz, diremos así: La tu nariz es semejante á la torre del Líbano, que mira hacia Damasco, la cual torre estaba puesta en aquel monte tan nombrado y celebrado (*Isaias*, cap. 7) por sus frescuras, y era muy fuerte, porque servía de atalaya en las fronteras de Damasco, que era cabeza de Siria. Así dice: Está tu nariz hermosa y bien hecha, que se levanta fuera del graciosísimo rostro como aquella hermosa y fuerte torre que está asentada sobre el fresco monte del Líbano y se levanta sobre él.

«Tu cabeza sobre ti como el Carmelo.» La última parte de la persona es la cabeza, considerando desde los pies; y llamamos en este lugar cabeza al casco de ella, donde nacen los cabellos, y por esto la letra dice: La tu cabeza, que

está sobre ti ; que es decir : Lo último de tu cabeza es tan hermoso y tan gentil como el monte Carmelo, que es un monte muy alto en la tierra de Israel, bien celebrado en la Escritura por haber estado en él muchas veces Elías y Eliseo, profetas. Y para denotar cuán gentil y cuán dispuesta es esta esposa, le dice que su cabeza sobrepuja á las otras, como la cumbre del monte Carmelo á los otros montes. La palabra hebrea, según aparece en su original, significa tres cosas diferentes : espiga llena, grano, y el monte sobredicho ; y así, los doctores trasladan diferentemente este lugar. Y aunque en cualquiera sentido tiene propiedad la comparación, pero el que habemos dicho es el mejor y el más recibido. Añade luego :

«La madeja de tu cabeza como púrpura, el rey atado en las regueras.» Este es lugar obscuro y dificultoso en sí, y por la variedad de los que lo trasladan y declaran. En el hebreo quiere decir maderas ó tablas delgadas y pequeñas; y de aquí significa la techumbre de algún edificio hecho de artesones, obra morisca, compuesta de muchas piezas pequeñas. También quiere decir canales de madera largas y estrechas por donde suelen guiar el agua, y según esta diferencia, trasladan los unos y los otros muy diferentemente; los primeros leen de esta manera : Tus cabellos como la púrpura ó carmesí del Rey, asida de los maderos ó artesones; que es decir que sus cabellos de la esposa en su lindeza y hermosura son semejantes á las flocaduras de seda y de carmesí de los doseles y de la tapicería real, que está colgada del techo y artesones de la casa; otros leen de esta manera : Son como la púrpura real puesta en los canales; y entienden por esto los vasos donde meten los tintoreros la seda ó grana cuando la tiñen; y porque entonces, como más nueva, así estará más lucida y de mejor lustre.

Si se mira y guarda la propiedad de la letra hebrea, ni los unos ni los otros dicen bien ; porque se ha de leer así: «Los cabellos de sobre tu cabeza como púrpura;» y aquí

se ha de hacer punto. Y añade luego: «El Rey asido y preso á las canales;» que es decir, colgado de los mismos cabellos por amor y afición; los cuales se significan aquí debajo de este nombre de canales, porque en ellas el agua cuando corre se va encrespando y haciendo unos altos y bajos muy semejantes á los largos y hermosos cabellos, que sueltos sobre los ojos, con el movimiento de la persona se ondean y toman nuevos y diferentes lustres, y hacen unas como aguas muy graciosas. Y esta letra, á más de ser la más propia, encarece mejor que otra ninguna la hermosura de los cabellos, que aquí se pretende loar; porque, demás de decir que son lindos y vistosos como púrpura, que es decir mucho, como luego declararemos, dice que son un lazo y como una cadena en que por su inestimable belleza está preso el Rey, esto es, Salomón, su esposo. Pues siguiendo esta letra, para mejor entendimiento de la comparación, es de advertir que la púrpura antigua, de la cual agora no tenemos uso, tenía dos cosas: que era finamente bermeja, y relucía desde lejos como el carmesí que los plateros dan sobre oro y plata. Conforme á esto, asemejan aquellas dueñas el cabello de la esposa á la púrpura, porque debían ser castaños; que aunque no sea perfecto rojo, tira más á ello, que á otro color; y porque en las tierras calientes, como son las de Asia, no se estima el cabello rubio, antes á los hombres está muy bien el negro, y á las mujeres negro ó alheñado, como ellas lo suelen criar, y hoy en día lo usan las moriscas. Por eso las alaba aquí de aquel color, y más por el resplandor que daban de sí, y en esto eran muy semejantes á la púrpura; porque vemos en el color castaño y otros que se le parecen, cuando relucen son sus luces rojas; así como las luces del amarillo tiran á blanco y las del verde á negro. Pues dícenle aquí á la esposa que sus cabellos son rojos un poco y relucientes como la púrpura, y que son crespos y ondeados como canales ó regueras adonde el agua va dando vueltas. Y usan luego de un hablar común á los enamora-

dos diciéndole: «Y en estas vueltas de tus cabellos tienes tú atado y preso al Rey, esposo y enamorado tuyo.» De los cabellos hace amor la cuerda con que los liga, que es una muy regalada y muy graciosa y amorosa loa; y concluye diciendo:

« ¡ Cuánto te alindaste, cuánto te enmelaste, amada, en los deleites ! » Esta es una cláusula sentenciosa, que remata todo lo sobredicho, que los retóricos llaman epifonema, y va mezclada con una grande admiración, como es natural, después de haber visto y desmenuzado por palabras alguna muy buena cosa, romper el ánimo del que lo ve y trata en otro tanto espanto y admiración; pues dicen aquellas dueñas: «¿ Para qué es ir particularizando tus gracias, pues es cosa que saca de juicio ver cuánto seas graciosa en todas tus cosas, tus dichos, tus obras, dulce, alindada y deleitosa, pues eres el extremo de la dulzura y lindeza? » Y así fué remate de lo pasado el decir esto, que dió nuevo principio á lo poco que ya restaba de decir; y así añaden: « Es tu disposición, » esto es, tu gallardía y bien sacada estatura, « semejante á la palma; » que es árbol alto, derecho y hermoso: « Y tus pechos á los racimos. » Hase de entender de alguna vid ó parra cercada á la palma y abrazada con ella, ó que trepa por el tronco arriba, dando vueltas y encaramándose con sus sarmientos; que así como los tales racimos cuelgan y están asidos á la palma, así los dos pechos tuyos se hacen afuera, y muestran estar colgados de tu gentil estatura. Porque es natural de la belleza acodiciar así cualquiera que la conoce; y porque es común uso de las mujeres, cuando cuentan de alguna otra hermosa ó graciosa que les agrada mucho, decir: Va tal y tan linda, que quisiera llegarme á ella y dalla mil abrazos y mil besos. Siguiendo y imitando Salomón á este afecto, añade con singular gracia y propiedad las palabras que se siguen:

« Dije: Yo subiré á la palma y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid, el aliento de tu boca como el olor de las manzanas, y el tu paladar como el

vino bueno, que va á mi amor á las derechas, que hace hablar los labios de dormientes.» Son palabras que cada una de las dueñas dice por sí, en que muestran por galana manera la codicia y afición de gozalla que ponía la esposa con su hermosura en ellas, y en todas las que la veían; que es decir: «Tan dispuesta y linda eres como una palma; ¡ay quién subiese á ella hasta asirse de los sus racimos altos!» *Dije*; esto es, á mí y á cuántos te ven encendidos en tu belleza nos dice el deseo y el corazón: «¡Quién te alcanzase y gozase así, que pueda llegarse á ti, y recreándose en tus brazos y dándote mil besos, coger el fruto de tu boca y pechos!» Y así dice: «Y serían;» esto es, y son; pone el tiempo pasado por el presente; pues «y son tus pechos como racimos de vid», que es fresco, oloroso y apiñado, de gracioso y mediano bulto; «y el olor de tu boca como olor de manzanas,» que es olor por extremo suave y apacible. Ó hagamos de todo esto una razón trabada y continuada que diga de esta manera: «Linda eres como una palma, ¡ay! quiero llegarme á ella, asiréme de los sus ramos altos, y subiréme hasta la cumbre, y seránme los tus pechos como racimos de vid; alegrarme he y deleitarme he con ellos, tratándolos como unos frescos y apiñados racimos de uvas; cogeré el aliento de tu boca, más olorosa que manzanas; gustaré del gusto de tu lengua y paladar, que en el deleitar, alegrar, embriagar con dulzura y afición, vence al que el vino mejor y más gustoso da á tu amado cuando más sabor halla en él y más dulce lo siente; que bebe tanto dél, que después parla temblando los labios y desconcertadamente, como si estuviese durmiendo;» que decir esto así es llegar hasta el cabo de todo lo que puede y suele decir un deseo semejante; y esta es la sentencia. En las palabras donde se compara el paladar al vino hay alguna escuridad, porque dice así:

«El tu paladar, como vino bueno que va á mi amigo á las derechas, hace hablar con labios de dormientes.» «Que va;» es decir, cual es el que escoge ó bebe el mi amigo; que es

como decir en español mi vecino ó *Hulano* (1), palabra que no determina alguna cosa ó persona cierta, y confusamente las significa todas. Dice: «que va á las derechas,» y la palabra hebrea, que es *lemesarim*, que quiere decir derechas, se puede entender de dos maneras: la una es decir que se bebe á las derechas ó derechamente; esto es, que contenta y da gusto, y debidamente y con razón, por su bondad y excelencia; la otra es, que ir el vino á las derechas sea irse y entrarse, como decimos, de rondón, dulce y suavemente por la garganta, y de allí al cuerpo. Esta es forma de hablar usada en aquella tierra, que responde y significa lo que podemos y solemos entender en la nuestra cuando, hablando del vino, que es bueno en el gusto, y hace después de bebido sus obras, decimos que se cuele sin sentir. De esta manera de decir en el mismo propósito usa Salomón en el capítulo 23 de los *Proverbios*, diciendo: «No miréis el vino cuando se torna rojo y toma su color y va á las derechas;» como si dijese: Y se cuele sin sentir dulcemente; y con esto concierta bien lo que se sigue: «Y hace hablar los labios de los dormientes;» esto es como si dijese que, como se cuele dulcemente y hace hablar después desconcertadamente, como suelen hablar los que están vencidos del sueño, que es propiedad del bueno y suave, que se bebe como si fuese agua, y puesto después en la cabeza y hecho señor de ella y del corazón, traba la lengua y media las palabras y muda las letras, y muda todo el orden de buena pronunciación.

«Yo soy á mi amado, y su deseo á mí.» Estas palabras dice de sí la esposa propiamente; de arte que habiendo relatado al esposo las cosas que en su loor las compañeras le dijeron, vuélvese á él agora y dile lo que entonces le respondió, lo que agora está bien decirle; que es como si dijera: Sea hermosa ó linda cual os parezco, no me entrometo en esto; esto sé: que tal cual soy, soy toda de mi

(1) Fulano.

amado, y él no desea ni ama otra cosa más que á mí; que son palabras que por la coyuntura en que se dicen, esto es, cuando parece que por ser tan soberanamente loada se pudiera desvanecer algún tanto, y volviendo sobre sí, amarse demasiadamente, y juzgar que si su esposo la amaba, era cosa que se le debía; así que, por decirse en esta coyuntura, muestran y encarecen el excesivo amor que tenía á su esposo, por el cual siendo así loada, de ninguna cosa se acordó primero que de su esposo; como diciendo: Eso, y más bien que hubiera en mí, todo es de mi amado, todo se le debe, y todo lo quiero yo para él y lo tengo de él, y no hay que tratar de que yo quiera á otro, ni que piense nadie de gozar de mí, ni lo diga; que yo toda soy y seré de mi amado, y él es mío, y el que bien me quisiere, quiere á él bien, que yo no soy más de lo que él quiere que sea. Esto es según la letra; que según el entendimiento cubierto del espíritu, es el humilde reconocimiento que el alma santa tiene de que cuánto bien y cuánta riqueza posee es por Dios y para Dios; y así dice: Yo, si soy algo, por beneficio de mi amado lo soy, y el su deseo y amor que me tiene es lo que me hermosea y enriquece.

«Yo soy á mi amado, y su deseo á mí.» Tres condiciones y diferencias entendemos en el amor de dos personas: una, cuando fingen quererse bien, y no se quieren, y viven engañándose el uno al otro con palabras y demostraciones amorosas; otra, cuando una de las partes ama con verdad, y la parte amada muestra quererle responder, mas de hecho no le responde; la otra, cuando quieren y son queridos por igual grado y medida. De los primeros no hay que tratar, porque no es amor el suyo, sino fingimiento y embuste, y cual hacen, así lo pagan; y aunque entrambos hagan mal y profanen la virtud, verdad y santidad del amor, cuyo nombre usurpan y cuyas propiedades remedan estando tan lejos de sus obras, pero ninguno agravia al otro, ni tiene de qué quejarse de su compañero, porque en fingir entre sí y mentirse, ambos corren parejas.

El segundo estado, donde el que ama no es amado, es estado de amor; pero es estado infeliz y trabajoso más que ningún otro de cuantos hay bajo del cielo, porque se juntan en él culpa y pena, y son todos sus males en su más subido grado; la pena padece el que ama, y la culpa se comete de parte del que no responde á su amado. Y entenderse ha cuán grave sea cada uno de estos males en su razón, si se advierte, primero, que el amar una persona á otra no es otra cosa sino hacer el que ama un entregamiento y una cesión de sí y de todos sus bienes en el que es amado, desposeyéndose de sí mismo, y poniendo en la posesión de esto y de toda su alma á la otra parte. Y que esto sea así está claro; porque el amor es un aplicarse y entregarse la voluntad á lo que ama; y la voluntad es la señora que manda y rige, y sola ella mueve y menea todo lo que hay en la casa del hombre. De do se sigue que amar es darse todo, porque es dar la voluntad, que es señora de todo. Tócase esta verdad con las manos y con la experiencia, porque vemos que el que ama de veras no vive en sí, sino en lo que ama; siempre piensa en ello y habla de ello, su voluntad es la de su amado, sin saber querer otra cosa ni poder querella; que es evidente señal que no es suyo, sino ajeno, entregado ya al poder y albedrío de otro, que es la regla y el señor de su querer y entender. Esto presupuesto, entiéndese, lo primero, el incomparable mal y daño que la parte desamada padece de la parte de su amado, porque se ve desposeída de sí y entregada sin remedio al poder ajeno, y que el señor se levanta con la entrega villanamente, sin hacelle correspondencia ó restitución alguna. Si es pena á un rico verse despojado de su honra y hacienda, ya veis cuál y cuánto mayor será la del pobre que se ve desposeído de lo uno y de lo otro, y de sí mismo, que ve á sí mismo y á todos sus bienes en el poder ajeno; y si pena más y es causa de mayor sentimiento la pena que viene sin culpa, ¿qué dolor sentirá el que de buen servicio saca mal galardón, y el que sembrando amor, coge frutos

de desdén y de aborrecimiento? Por el contrario, por los mismos pasos se entiende lo segundo, lo mucho que peca, y la gran fealdad y vileza que comete el que, siendo amado, no ama, ó no desengaña abiertamente al triste amante; porque si es culpa hurtar la capa y es pecado tiznar la fama ajena, ¿qué será levantarse alevosamente con la posesión de todo, juntamente de la fama, de la hacienda, de la vida, del alma, y finalmente, de toda una persona que nació libre y se vendió á él, para comprar con este precio parte de su voluntad? Este se recoge el precio y se abraza con él y con la mercadería. Y si la verdadera caridad es noble aun con los que no conoce, y se extiende su virtud y beneficios aun hasta los malquerientes y enemigos, ¿qué palabras encarecerán la bajeza del que paga el amor con desamor, y roba la libertad del que le sirve, y se va riendo con ella, y triunfa de su mayor amigo, y da en truco y cambio de firmeza y sencillez y claridad de buen amor un cuento ó millón de engaños y de embustes, un favor fingido y recatado, un cariciar muy disimulado, un mofar y un reir muy verdadero en volviendo las espaldas, una muestra de favor muy recatado, un enfadarse luego de lo hecho, un agraviarse de nonada, levantar en el aire sin fundamento mil vanidades de quejas, con otros melindres y niñerías que se callan?

Así que, quien esto hace, por más principal persona y por más generosa que sea, aunque nadie se lo diga, dígaselo ella á sí, y condénese con testimonio de su conciencia, por muy baja y soez y de muy viles y torpes mañas. Porque se ha de entender que entre dos personas (aunque las demás calidades, ó que se adquieren por ejercicio, ó que vienen por caso de fortuna, ó que se nace con ellas) puede haber y hay grandes y notables diferencias, pero unidas en caso de amor y voluntad, porque esta es señora y libre; así como en todo es libre y señora, así todos en ella son iguales, sin conocer ventaja del uno al otro, por diferentes estados y condiciones que sean. Así que, mi voluntad es

de tanto valor como la de mi vecino, cualquiera que sea, y no se puede pagar la deuda de mi amor sino con otro amor tan bueno y tan grande. Lo cual es tanta verdad, que aun una sola cosa que hay, que por el incomparable exceso que nos hace, podía salir muy bien de esta cuenta, que es Dios, principio de todo bien y bien sin colmo; ese iguala con nosotros en este artículo, y da por bien vencido el cuanto de su voluntad por el tanto de la nuestra; y así dice: «Yo amo á los que me aman;» y en otra parte: «El que me ama á mí será amado de mi Padre.» Y queda dicho lo mucho que ofende el que no le ama, y el miserable mal que padece el que no es amado, y la infidelidad y gran copia de males que se encierran en este estado, que dijimos ser segundo.

Resta que digamos del tercero, donde se entiende todo esto, porque ciertamente es la más alegre y dichosa vida que en esta vida se vive, y es muy semejante y muy cercano retrato del cielo, donde viven las llamas del divino amor, en que amando y siendo amados los bienaventurados, se abrasan, y es una melodía suavisima, que vence toda música artificiosa, la consonancia de dos voluntades que amorosamente se responden, porque los que aman como los primeros que dijimos, no son hombres; y los que aman como los segundos, son ó desdichados ó malos hombres; sólo para estos terceros queda la buena dicha y la buena andanza, que, como dicen los sabios, consiste en tener el hombre todo el bien que quiere.

El que ama y es amado, ni desea más de lo que ama, ni le falta nada de lo que desea. De este bienaventurado amor gozaba la esposa, y por esto dijo: «Yo soy á mi amado, y el su deseo á mí.» Y dicho esto, convidale á que se salga con ella á vivir al campo, huyendo del estorbo é inquietudes de las ciudades, y porque sin embarazo de nadie se gocen ambos, y gocen de los bienes y deleites de la vida del campo, que son varios y muchos, y ella refiere algunos; y así dice:

«Ven, amado mío, vámonos al campo; pasemos las noches en las granjas, levantémonos de mañana á ver si florece la vid;» que todas son cosas de grande gusto y recreación. Pero lo que ella más pretende, es poderse gozar á solas y sin estorbos de gentes, que para los que se aman de veras es tormento á par de muerte; y por eso dice: «Allí te daré mis amores, las mandrágoras si dan olor, que todos los frutos, así viejos como nuevos, guardé en mis puertas para ti;» como si dijese: Demás de estos gustos y pasatiempos que tendremos en gozar del campo y andar viendo cómo florecen los árboles, no nos faltarán buenos mantenimientos y dulces y sabrosas frutas, así de las frescas y recién cogidas, como de las de guarda, que son riquezas de que suele abundar la vida rústica; lo cual todo dice, «yo te lo guardé y aderecé.»

CAPÍTULO VIII

ESPOSA

1 ¿Quién te me dará como hermano que mamases los pechos de mi madre? Hallarte yo afuera, besaríate, y ya nadie me despreciaría.

2 Cogerte yo en la casa de mi madre y en la cámara de la que me parió, y enseñaríasme; daríate á beber vino adobado y del mosto de las granadas mías.

3 Su izquierda debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

ESPOSO

4 Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, ¿por qué despertaréis, por qué desasosegaréis la amada hasta que quiera?

CORO DE PASTORES

5 ¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de deleites, recostada sobre su amado? Debajo del manzano te despertaré, allí te parió tu madre, allí estuvo de parto la que te parió.

ESPOSO

6 Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo; porque el amor es fuerte como la muerte, duros como el infierno los celos, las sus brasas (son) brasas de fuego encendidas vehementísimas.

7 Muchas aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos lo pueden anegar. Si diere el hombre todos los haberes de su casa por el amor, como si no los preciase.

ESPOSA

8 Nuestra hermana (es) pequeña, y no tiene tetas; ¿qué haremos de nuestra hermana cuando se hablare de ella?

9 Si hay pared, edifiquemos sobre ella un palacio de plata; si hay puerta, fortaleceremosla con tablas de cedro.

10 Yo soy muro, y mis pechos como torres; entonces fui en sus ojos como aquella que halla paz.

11 Tuvo una viña Salomón en Bahalmón; entregó la viña á los guardas, y que cada uno traiga por el fruto de ella mil monedas de plata.

12 La viña mía que (es) mía delante de mí, mil para ti, Salomón, y doscientas para los que guardan su fruto.

ESPOSO

13 ¡Oh tú que estás en el huerto!; los compañeros escuchan; haz que yo oiga tu voz.

ESPOSA

14 Huye, amado mío, y aseméjate á la cabra montés y á los ciervечitos sobre los montes de los olores.

COMENTO

«¿Quién te me dará como hermano?» Una de las cosas que hay en el verdadero amor es el crecimiento suyo, que mientras más de él se goza, más se precia y más se desea. Al contrario es el amor falso y vil, que es fastidioso y pone una aborrecible hartura. Hemos visto bien los procesos de este gentil amor que aquí se trata; como al principio la esposa, careciendo de su esposo, deseaba siquiera algunos besos de su boca; después de haber alcanzado la presencia y regalos suyos, deseó tenerle en el campo consigo; y ya que le tiene en el campo, gozando de él á sus solas, sin que nadie le estorbase, desea agora tener más licencia de nunca se apartar de él, sino en el campo y en el pueblo andar siempre á su lado, y gozar de sus besos en todo lugar y tiempo; y para mostrar este deseo la esposa, y la manera con que quería cumplillo, comienza como en forma de pregunta, diciendo:

«¿Quién me dará?» La cual en lengua hebrea es oración que decimos deseo; y vale tanto como ojalá, pluguiese á Dios, y así es aquella que dice Jeremías, capítulo 7: «¿Quién dará agua á mi cabeza?» David dice: «¿Quién me dará alas como paloma y volaré?» Pues la esposa estando á sus solas y sin conversación de gentes, ella goza de los besos de su esposo, y se alegra y se huelga mucho con él; mas cuando está delante de gentes tiene vergüenza, como la suelen tener las mujeres, y dice que es gran

pérdida aquella, porque siempre querría estar colgada de sus hombros del esposo, cogiendo sus dulces besos sin descansar un punto, y pluguiese á Dios ella pudiese tenerlo, y tratar con él como con un niño pequeño hermano suyo, hijo de su madre, que aún mamase; que, como ella lo hallase en la calle, arremetería á él y le daría mil besos delante de todos los que allí estuviesen, porque esto es muy usado de las mujeres con los niños, y no son notadas por esto, ni tienen empacho de hacer estos regalos y mostrarles este amor públicamente. Esta felicidad desea la esposa tener en los besos de su esposo, y gozar de él, y dudando aún de la semejanza que ha puesto del niño, prosigue en su deseo, diciendo:

«En teniéndote yo en mi casa,» con mil besos y abrazos te daría á beber vino dulce, vino adobado con mil espíritus y otras aguas, que los antiguos usaban, porque fuese más suave y menos dañoso, y esto era más género de regalo que ordinaria bebida.

«Y dariate también arrope de granadas,» porque en todas estas cosas dulces se huelgan los niños, y sus madres y hermanas tienen gran cuidado de les regalar así. Y lo que dice, *enseñariasmé*, es como si dijese: Estando todavía en figura de niño y comenzando á hablar, diríasmé mil cosas de las que hubieses oído y visto por la calle, y mil cantar-citos, porque los niños todo cuánto ven y oyen lo parlan, bien ó mal, como aciertan, y de esto reciben gran regocijo los que los crían y aman.

Conforme al Espíritu, se pone aquí el grado más alto y de más subido amor que hay entre Dios y entre los justos, que es llegar á amallo y querelle bien. Así que, no se recelan ya, ni se recatan de ninguna cosa de las del mundo, llenos de una santa libertad, que no se sujeta á las leyes de los juicios y devaneos mundanos, antes rompe con todos, y hace ley sobre todos por sí, y sale con esto, porque al fin la verdad y la razón es la que vence. Pues los que llegan á este punto y á esta perfección de gracia (que son

pocos y raros), que andan ya con espíritu de verdad y santidad, y que viven vida espiritual y fiel, como viven los justos, no tienen respeto á cosa alguna, sino en público y en secreto gozan de la suavidad de sus amores. Los tales entonces son hermanos de Cristo y hijos perfectos de Dios, como lo manifiesta el Apóstol (á los Romanos, capítulo 8): «Los que son gobernados por espíritu de Dios, estos son hijos de Dios:» y el mismo dice «que Cristo tiene muchos hermanos, y él es el primogénito entre ellos;» pero es de advertir que aunque los sobredichos, por el gran extremo de su amor y gracia, tienen ya cobrada licencia para amar y servir á Dios á ojos vistos del mundo, sin temor de sus juicios, estos mismos sienten un particular gusto y una libertad desembarazada cuando se ven á solas con Dios sin compañeros ni testigos; por eso dice: «Que te halle fuera;» lo cual en todo amor es natural. Los que bien se aman, aman la soledad y aborrecen cualquiera estorbo de la compañía y conversación, porque el que ama y tiene presente lo que ama, tiene llena su voluntad con la posesión de todo lo que se desea; y así, no le queda voluntad, ni deseo, ni lugar para querer, ni pensar otra cosa; y de ahí nace que todo lo que le divierte algo de aquel su amor y gozo, poniéndose delante, le es enojo y aborrecible como la muerte. Así que, en toda la amistad pasa esto así, pero señaladamente, más que en otra ninguna, se ve en la que se enciende entre Dios y el ánima del justo, porque, así como excede sin ninguna comparación el bien que hay en Dios al que se puede hallar y desear en las criaturas, por su acabada perfección y beldad infinita, así los que por gran dón suyo, enamorados de este bien, comienzan á tener gusto de él incomparablemente más que de otro, cuando le tienen ausente, él solo es su deseo; cuando por secretos favores se les da presente, arden en vivos fuegos; y ricos en la posesión de un bien tamaño, juzgan por desventura y mala suerte todo lo que fuera de él se les ofrece: y en tanto grado aman á la soledad y se molestan de todo

lo que les ocupa cualquiera parte de su voluntad, por pequeña que sea, que si en estado tan bienaventurado como es el suyo se compadece haber pena ó falta, no sienten otra cosa sino es la de su entendimiento y voluntad, que por su natural flaqueza y limitación quedan atrás del amor que á tan excelente bien se debe. De aquí es que los tales por la mayor parte se apartan de los negocios y trabajos de esta vida, huyen el trato y conversación de los hombres, desterrándose de las ciudades, y aman los desiertos y los montes, y viven entre los árboles á solas, y solos al parecer, y olvidados y pobres; pero á la verdad contentos y alegres, y tanto más, cuanto en vivir así están más seguros de que cosa alguna les pueda cortar el hilo de su bienaventurado pensamiento y deseo, que continuo en el corazón les avisa; y dicen con la esposa:

«¿Quién te me dará, hermano mío, criado á los pechos de mi madre, que te halle fuera?» En toda parte está Dios, y en todo lo bueno y hermoso que se nos ofrece á los ojos, en el cielo y en la tierra y en todas las demás criaturas hay un resplandor de su divinidad, que por oculto y secreto poder está presente en todas y se comunica con todas. Mas estar Dios así es estar encerrado, y lo que se ve de él, aunque por ser de él es bien perfecto, por parte de los medios, que son bienes limitados y angostos, vese más imperfectamente y ámase más peligrosamente; y por eso quiere la esposa tenelle fuera, que es gozalle así por sí, sin medio, ni tercería de nadie, ni sin ir mendigando, ni como barruntando su belleza por las criaturas, y visto así cuál es, y cuán grande y perfecto es, llegalle á sí y abraza-le con un nuevo y entrañable amor; metello en su casa y en lo más secreto de su alma, hasta transformarse toda en él y hacerse una misma cosa con él, como dice el Apóstol: «El que se ajunta á Dios, hácese un mismo espíritu con él;» y entonces se verá la verdad de lo que añade: «Y nadie me despreciará;» que, como dice san Pedro: «Todo lo que acá se vive es sujeto á vanidad y escarmiento, pero

aquel día será que volverá por la honra de la virtud y descubrirá la gloria de los hijos de Dios.» Mas, tiempo es que volvamos al hilo de nuestro propósito. Dice la esposa:

«Su izquierda debajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará.» Es propio del corazón enternecido en la pasión del amor, desear mucho; y viendo la imposibilidad ó dificultad de su deseo, desfallece con las fuerzas y desmábase luego. Estaba, como parece, la esposa en el campo con su esposo, y aunque gozaba de él, deseaba gozalle con más libertad y sin estar obligada á recatarse de nadie, como declaró en las palabras ya dichas. Mas viendo que le faltaba aquella facilidad para gozar totalmente de su amado, desmábase con una amorosa congoja, como en semejantes afectos otras veces lo ha hecho; y porque para todas sus pasiones tiene por único remedio á su esposo, á tiempo de su desfallecimiento demanda el regalado socorro del abrazo suyo, conforme á la demanda de otro desmayo que ya dijimos, donde declaramos esta letra y parte de la que se sigue; sólo es de advertir un punto en lo que dice:

«Conjúroos, hijas de Jerusalén, ¿y por qué despertaréis y alborotaréis á la amada hasta que quiera?» La pregunta por qué, vale tanto como rogar vedado, lo mismo quiere decir por qué despertaréis que no despertéis, y tal como es lo del salmo: «¿Por qué te apartastes, Señor, tan lejos? Por qué abscondes tus faces?» Que es decir: Señor, no te alejes, no te ausentes; salvo que diciéndolo por pregunta, pone más comparación; como si dijera: ¿No habéis lástima de despertarla? Dejadla dormir y pasar su desmayo hasta que torne de suyo á volver en sí.

«¿Quién es ésta que sube del desierto, sustentada en su amado? Debajo del manzano te desperté, allí te parió tu madre, allí estuvo de parto la que te parió.» El primer verso es paréntesis, ó sentencia entretejida entre las hablas de los dos, esposo y esposa, y son palabras de las personas que van, como los dos amantes se iban, desde el campo á la ciudad, y la esposa venía muy pegada y abra-

zada de su esposo, porque después que ella tornó en sí del desmayo sobredicho, se finge subir á la ciudad, y ella con más atrevimiento que antes se iba muy junta y abrazada á su esposo, sin tener el respeto del temor que primero tenía, y como señora ya que era de aquella libertad que poco antes deseaba y pedía, como habemos dicho, porque el amor suyo había ya llegado á lo sumo, y le daba aliento para vencer todo esto, y parte fué aquel desmayo que tuvo, y esta es cosa muy aguda. En este caso de amor y punto es de notar mucho que cada vez que sobre algún negocio que le da pasión de escándalo, ó de otra manera, se desmaya uno y pierde el juicio, cuando torna en sí tiene nuevo ánimo y nuevo atrevimiento en aquel negocio, y esto es muy probado en los que han estado sin seso, que después tornan otros hombres diferentes de lo de antes. Y vemos que al que enloqueció por algún caso de honra, después que torna en su libre poder no estima aquello; y de esto hay cada día muchas experiencias, y la causa de ello es lo que acaece por ley de naturaleza en todos los demás sentidos, pues eso mismo que sienten y que apetecen naturalmente, cuando viene á ser excesivo los corrompe y destruye, como vemos que una claridad muy clara ciega á las veces, y un sonido desmedido ensordece, el sentido de tocar se torna insensible con el frío ó calor que es extremado, y por la misma razón un afecto de pena ó pasión que llegó á este extremo de torcer el juicio ó desmayar el corazón, deja como amortiguados los sentidos para sentir jamás cosa semejante.

Así la esposa, que poco antes se acongojaba por no osar públicamente gozar de sus amores con su esposo, de sentir mucho esta vergüenza, viene agora á no sentilla, y viene delante de todos tan asida y tan afirmada en él, que todas las otras con admiración preguntan: ¿Quién es esta que sube del desierto tan asida y junto á su esposo, que viene como sustentada toda sobre él? *Desierto* en este lugar, á la letra significa tanto como campo, porque así se

ve que ellos no tornan del desierto á la ciudad, sino del campo, donde había huerto, viñas y árboles y granjas, y también porque este vocablo *desierto* no siempre significa entre los hebreos lugares yermos y que carecen de habitación y de pastos y de verduras, antes muchas veces significa lugares anchos y llanos en el campo, adonde, aunque no hay tan espesas moradas de gentes, no faltan á lo menos algunas, y juntamente hay pastos y bebederos. Porque en la Escritura muchos pueblos y ciudades se cuentan estar asentadas en el desierto, que quiere decir en el campo llano; y así, leemos en Josué que á los del tribu de Judá les cupieron seis ciudades del desierto, y de Moisés se dice en el *Exodo* que llevó el ganado de su suegro, que apacentaba, al desierto más adentro de lo que antes estaba.

«Debajo del manzano te desperté, allí te parió, etc.» Esto es trasladado á la letra del original hebreo; que el trasunto latino dice de otra manera; así: «Allí fué corrompida tu madre, allí fué violada la que te parió.» El sentido á la letra de estas palabras parece ser que la esposa, viéndose tornada en sí del desmayo pasado, y con mayor atrevimiento comenzando á gozar de su esposo, al cual en la mayor parte de esta canción se pinta rústico pastor, conforme á la imaginación que el autor de ella tomó, viniendo agora con él muy junta y abrazada, acuérdase del principio de sus amores, de los cuales ella agora tan dulcemente goza; y acordándose, cuéntalo con grande alegría; porque una de las condiciones del amor es que á los enamorados hace de gran memoria, que sin olvidarse jamás de cosa, por pequeña y liviana que sea, siempre les parece tener delante un retablo de toda la historia de sus amores, acordándose del tiempo, del lugar y del punto de cada cosa; y así, en sus dichos y secretos usan muchas veces de las cosas pasadas para su propósito; unas veces cantándolas sin parecer que hay para qué, y otras que se ve claro el fin de su invención; y como la retórica de los enamorados con-

siste más en lo que hablan dentro de sí que en lo que por la lengua publican, muchas veces traen lo primero á la postre y lo último al principio, como vemos en este lugar, que la esposa dice el principio de sus amores tan al fin de su canción, que parece que lo debía de haber contado antes, si de ello quería hacer mención; mas, como habemos dicho, en ellos no hay antes ni después en estas cosas, que todo lo tienen presente en su fantasía, y agora embebecida en el amor que delante tenía, pensando unas cosas y callando otras, lo que dice es esto: Esposo mío, que me parece que agora te desposaron conmigo, y esto era estando yo y tú debajo de un árbol en las huertas, debajo de aquel árbol que te parió tu madre. «Y allí estuvo de parto la que te parió.» Repite la sentencia como suele; quiere decir: No eres extranjero, porque de allí eres natural y allí te parió la tu madre, y allí te desperté y encendí en mis amores; y porque este amor me ha hecho tan dichosa gozando del bien, por el gozo bendigo aquel día y aquella hora y el lugar donde tú me amaste; lo cual es dicho como otras cosas que arriba hemos dicho, conforme á lo que mejor dice y asienta y suele acontecer más comunmente á los pastores y labradores que viven en el campo, cuyas personas y propiedades imita Salomón en este canto, á los cuales, así como andan lo más tiempo en el campo, así les es muy natural en el campo el concertar sus amores los zagales con las zagalas por las florestas y arboledas donde se topan. Esta es la sentencia de esta letra en cuanto podemos alcanzar, y vamos conforme á las otras razones que en este caso suelen decir los enamorados.

«Ponme como sello en tu corazón y como sello en tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, dura como el infierno la emulación; los sus carbones (son) como carbones de llamas de Dios, las muchas aguas no pueden apagar el amor, y los ríos no lo pueden anegar, y si diere el hombre todos los haberes de su casa por el amor, los despreciaría.» El gran misterio de este lugar es muy digno

de consideración; hasta aquí mostrado ha el esposo á la esposa el amor que le tiene, mas no del todo abiertamente; que unas veces la regalaba antes de agora, y otras la loaba, y algunas se mostraba esquivo y airado, porque ella fuese conociendo poco á poco la falta que sin él tenía. Agora después que ella ha venido á amalle perfectamente del todo, y que él siente ser así, muéstrale y dale á entender por claras palabras, sin fingimientos ni rodeos, lo mucho que le ama, como si dijera: Agora es tiempo de avisar á esta mi esposa de mi amor, para que no pierda ni disminuya el amor que me tiene; y dícele estas palabras, las cuales pronuncia con grande y vehemente afecto en esta sentencia: Ten cuenta, esposa carísima, cuánto te amo y cuánto he penado por tus amores, te encargo que nunca me dejes de tu corazón ni de amarme; de manera que tu corazón tenga esculpida en sí mi imagen, y no la de otro ninguno; haz que yo esté en él tan firme como está la figura en el sello, que está siempre en él, sin mudarse, y todo cuanto se imprime en él sale de una misma imagen; así quiero yo que en tu corazón no haya otra imagen más de la mía, ni que tus pensamientos impriman en él más que á mí, y primero le hagan pedazos que le puedan hacer mudar el retrato que en sí tiene mío. Y no sólo deseo que me traigas en tu corazón y pensamiento, mas también de fuera quiero que no mires otra cosa ni oigas otra cosa sino á tu esposo, y que todo te parezca que soy yo, y que allí estoy yo; y esto hacerlo has trayéndome siempre delante de tus ojos, como los que usan sellar sus secretos y sus escrituras, que porque nadie les hurte y falsee el sello lo traen siempre consigo en alguna sortija en la mano; de manera que siempre ven su sello, porque la parte que más presto se muestra y más á menudo vemos son las manos. Y sabe, esposa, tengo razón de pedirte esto por lo que he hecho por ti, por causa del amor tuyo que está en mi pecho, el cual es tan fuerte y me ha forzado tanto, sin poderlo resistir, que la muerte, contra quien no se ve defensa

humana, no es más fuerte que el amor que yo te tengo, y hecho esto mismo de mí y lo que ha querido este mi amor, como la muerte hace su voluntad con los hombres, sin ser ellos parte para defenderse de ella. Deseo también, esposa, que me ames solo, sin amar á otro, así porque mi amor lo merece, como por el tormento que reciben con los celos los que aman como yo, que te certifico que no les es menos dura y grave la imaginación celosa que la vista de la sepultura, y más fácilmente sufren que les digan: En este sepulcro que está abierto te han de echar agora, que si les dijese: La que tú amas tiene otro amado. Por eso ten cuenta de amarme solo, así como solo lo merezco por el encendido amor que te tengo. Y tornando el esposo á hablar y recordar su amor debajo de esta figura de fuego amoroso que arde en el corazón, dice que son brasas de llamas de Dios: quiere decir: Son brasas vivas y de fuerte llama. Mayor y más ardiente fuego es este que el que acá se usa, porque el fuego de acá con echarle un poco de agua se apaga; mas el fuego del amor vence á todas aguas; echándole agua, arde más y se embravece más, aunque se derramasen sobre él los ríos enteros; así que, tan fuerte es el amor, que no basta todo el poder de la tierra para lo vencer, ni tampoco se quiere dejar vencer por dádivas ni sobornos, porque no se abate á nada de esto el amor, por su gran majestad.

Así dice: Afirмо que si el hombre quiere rescatar del amor, cuando él cautiva á alguno, y le diese cuántas riquezas y haberes que en su casa tiene, aunque fuese el más rico, no curaría el amor de ellas, y despreciaría al que se las ofreciese con gran desprecio, y le haría servir por fuerza; de manera que el amor es señor muy fuerte é inexpugnable cuando ha tomado posesión en el corazón de alguno. Pues siendo tal mi amor contigo, justo es que tú me respondas, amándome en igual fuerza y grado. Este es el sentido; declaremos agora algunas particularidades de la letra.

«Como sello en tu brazo;» quiere decir, en tu mano y dedo, donde está el anillo, y significa por el todo la parte. Por el vocablo *infierno* entendemos sepulcro, porque así lo significa aquí y en otros lugares de la Escritura, como en aquello de Jacob, *Génesis*, 37, que dice: «Descenderé al infierno;» que quiere decir: Esta desgracia de mi hijo Josef me ha de acabar y llevar á la sepultura. Donde dice «llamas de Dios», quiere decir *vehementísimas*. «Como montes de Dios» quiere decir altísimos, cedros de Dios crecidísimos; como aquello de David, salmo 35: «Es, Señor, tu justicia como montes de Dios.» Y de semejante manera de decir usamos los españoles y otras naciones para sublimar y engrandecer una cosa, que usamos de este nombre *divino*, diciendo: Es un hombre divino; tiene una divina elocuencia.

«Hermana en años pequeña, y tetas no tiene, qué la haremos á nuestra hermana el día que de ella se hablare?» Después que las mujeres están casadas, y por su parte contentas con su nuevo esposo, suelen acudir nuevos cuidados de remediar y poner en cobro las hermanas menores que en casa de sus padres quedan, y comienzan desde entonces á mirar por ellas y por su honra, y sus esposos las ayudan tomando por suyo el negocio de las amadas cuñadas. Este mismo cuidado le mueve agora á esta contentísima esposa, y cuenta á su esposo cómo ellos tienen una hermana tan pequeña, que aún no le han nacido los pechos, y que es hermosa, y que por ser así no le faltarán nuevos enamorados; y siendo, como es, niña y simple y sencilla, no tendrá valor para recatarse y mirar por sí; por tanto, que es menester mirar cómo la guardarán y qué harán de ella hasta que venga el tiempo de casalla: que esto quiere decir «el día que se hablará de ella». Á esto responden ellos mismos que será bien tenella encerrada en lugar que esté muy fuerte, y que así, se ha de hacer algún edificio de paredes para ello, que sea tan fuerte, tan macizo, tan liso por defuera, como si fuera de plata, que

ni lo puedan quebrantar minándole ni por él trepando, y después las puertas del tal edificio guarnezcámoslas de muy fuertes y durables tablas de cedro, para que de esta suerte esté bien guardada nuestra hermana.

Estas palabras parecen ser dichas burlando, como si dijese: Si por vía de guarda lo hemos de hacer, hagámosle un palacio fortísimo, que no baste nadie á entrar donde ella está; mas en fin dice: Todo esto no es menester; y la causa es por lo que añade: «Yo soy muro,» que es decir: Si yo no estuviera casada con tal esposo como el que tengo, tendríamos necesidad de tratar de sus negocios para la guarda de mi hermana; mas agora, estando yo tan amparada con la sombra de mi esposo, tan honrada con su nobleza y tan acatada por su causa, yo sola basto para hacer segura á mi hermana, no hay para qué tenella encerrada de esa manera, sino traella conmigo, junto á mí y abrazada á mis pechos, que no hay quien la ose ofender, porque no hay muro tan fuerte como yo, ni hay torres tan fuertes como mis pechos y la sombra de mi seno; y esta fortaleza tengo yo desde el tiempo que comencé á agradar á mi esposo y le parecí bien á sus ojos, y él comenzó á comunicarme su amistad. Esto es dicho siguiendo el parecer de algunos; mas á mi juicio, todo este lugar se puede entender de otra manera más llana y mejor, diciendo que la esposa, movida del natural cuidado del bien de su hermana, conforme á lo que dijimos acontece comunmente á una doncella cuando se ve casada y remediada, desea luego el remedio de sus hermanas las demás. Así que, movida de esto, pregunta á su esposo la manera que tendrán, no en guardar ni encerrar á la pequeña hermana, sino en aderezalla y atavialla bien el día de las bodas y al tiempo de casalla, de manera que parezca bien; porque, como dicen, la pobrecilla, por la edad y por su propia composición, no tenía pechos y era menudilla y de no muy buena disposición. Á esto responde que el remedio será vencer la naturaleza con arte, y cubrir el defecto natural

con la gentileza y precio de los vestidos y arreos; como quien hermosea á un muro pintándole las almenas de plata, y aferrando una puerta con tablones y entabladuras de cedro por el mismo fin. Y diciendo y oyendo esto la esposa, viénesele á la memoria acordarse de sí y de su gentileza, y de la poca necesidad que tiene de semejantes artificios para agradar á su esposo; y agradándose consigo misma y saboreándose consigo misma de ello, dice: «Yo soy muro,» como si dijera: Dios loado, que yo no me ví en esa necesidad de buscar artificios y afeites postizos para agradar al mi amado; que yo sin ayuda de hermosura ajena me soy el muro y las almenas y las torres de plata, y todo lo demás que dices. Por lo cual, como he dicho, se significa toda la hermosura advenediza y toda la gentileza añadida por arte. Prosigue:

«Una viña fué á Salomón en Bahalmón, entregó la viña á los guardas; cada uno trae por el fruto de ella mil monedas de plata; la viña mía que es mía delante de mí, mil para ti, Salomón, y doscientas para los que guardan sus frutos.» Después que las mujeres se hallan con buenos y honrados maridos, para la sustentación de su familia es necesario que entiendan en allegar y guardar la hacienda, y cuánto más honrada es y más ama á su marido, más cuenta tiene en esto, como parece claro en las parábolas ó los proverbios de Salomón. Y así, luego que esta esposa se casa tan á su contento, comienza á tomar cuidado de la hacienda, y espera de haber gran provecho, porque ella tiene una muy buena viña, como arriba la oímos decir; y como agora está favorecida con su esposo, ella tendrá gran cuidado de la guardar hasta que se coja el fruto, y no habrá quien ose apartarla de guardar su viña, como de antes hacían sus hermanos; y así, guardándola ella, como persona á quien le duele, estará más entero el fruto de la viña y rentará más. Y para decir esto, usa de un argumento entre sí de esa manera: Salomón, el rey de Jerusalén, tiene una viña en aquel lugar que se llama Bahalmón, que

quiere decir señorío de muchos, como si dijésemos en el pago de muchas viñas; y esta viña arriéndala Salomón á unos hombres para que la labren y guarden y le traigan mil monedas de plata del valor cierto de aquel tiempo por el fruto de ella, y que ellos se ganen lo demás; y de aquí concluye la esposa que por fuerza la su viña habrá de rentar más que la de Salomón, porque la guarda ella, que es propia señora, y por la misma causa estaba mejor labrada que no la otra; y dice: Pues si la tuya, Salomón, te renta mil á ti, y los que la arriendan y guardan por lo menos la quinta parte, que son doscientos, ¿qué me rentará á mí la mía, de quien yo tendré tanto cuidado? Dicho esto, habla el esposo y dice:

«¡Oh tú, que estás en los huertos, los compañeros te escuchan; haz que yo oiga tu voz!» La viña de la esposa no estaba muy lejos de los huertos, como podemos colegir de lo que ella en el capítulo antecedente decía, convidando á su amado al campo: «Levantarémonos de mañana, veremos las viñas y los huertos;» de manera que estando en los huertos, podría ver y guardar su viña; y como el esposo es pastor, conviéndole andar entre día con su ganado; y así, se ocupaba el uno con el pasto, y el otro con la guarda de las viñas y en aderezar también alguna cosa del huerto, y que esto competía á la esposa; mas como se amaban tanto, no quisieran estar apartados uno de otro. Demás de esto, suele acaecer que cuando dos están en gran conformidad de estrecho amor, nunca faltan envidiosos que les pese de ello, porque ellos no tienen semejantes amores, ó porque naturalmente son envidiosos del bien ajeno, y cualesquiera señas ó cosas que ven pasar entre los buenos amantes les es enojoso y grave; y de esto, reciben gran gusto los que mucho se aman, porque no solamente con estas muestras hacen pesar á los émulos, mas acreciéntase también su amor, que parece que el atizar del contrario les enciende más el amoroso fuego de sus corazones.

Esto es lo que pasa en la letra presente, que el esposo

dice á su amada. Cuando tú estuvieres en los huertos guardando las viñas, é yo anduviere en el campo apacentando el ganado, canta alguna canción que pertenezca á nuestro amor, de manera que yo la oiga y me goce mucho, por ser tu voz que yo tanto amo, y los pastores que estuviesen escuchando revienten de envidia. La canción que la esposa dice para estos propósitos de mostrar el amor suyo y de su esposo, y de hacer rabiar á los émulos, es la que está luego á la letra, que dice :

«Corre, amado mío, que parezcas á la cabra montés y al ciervecito sobre los montes de los olores.» Como si dijese: Esposo mío, amado mío, gran deseo tengo de verte; no estés sin venir á visitar á tu esposa, acude de cuando en cuando á verla, y cuando vinieres no estés en el camino, sino muestra el amor que me tienes, no sólo en visitarme á menudo, sino en venir más ligero que la cabra montés y más que el ciervecito que anda en los montes espesos, donde hay cedros, terebintos y otras plantas olorosas; porque bien sabes tú que corren con gran ligereza; no tardes; corre, amor mio verdadero, pues no puedo hallarme sin ti; con grande presteza acude á verme. Y podíase trobar esta canción en pocos versos, que dijese de esta manera :

Amado, pasarás los altos montes
más presto que el cabrito
de la cabra montés, y que el gamito.

Son tres pies de la canción de la esposa, con los que concluye Arias Montano la paráfrasis que hizo de los *Cantares*.

La virtud siempre fué y es envidiada de muchos, y para muchas gentes no hay dolor que más les llegue al alma qué ver á otros que tratan de amar y ser amados de Dios; y si pudieran muy á costa suya el deshacer esta santa liga, y desterrar la piedad del mundo, y poner perpetuos bandos y disensión entre el divino Esposo y los hombres, y sacalle de entre los brazos, lo harían, y así lo intentan y

procuran cuánto en sí es. Para contra éstos le pide Dios la voz de su cantar y confesión, en que publique lo mucho que la quiere, que es un amargo y mortal tósigo para el gusto de sus envidiosos contrarios, los cuales son falsos y sembradores de la zizaña del demonio y sus bandoleros. Á esto obedece la esposa, y el cantar de que usa para el gozo del esposo y rabia de sus enemigos, es pedille que se apresure y que venga, que es una voz secreta que, aguzada por el entendimiento del Espíritu Santo, suena de continuo en los pechos y corazones de los ánimos justos y amadores de Cristo, como lo testificó san Juan en el *Apocalipsi*, capítulo último, diciendo: « El esposo y la esposa dicen: Ven, Señor.» Y poco después dice el mismo en persona suya, como uno de los más justos: « Ven presto, Señor, Jesús; » la cual voz y petición es una muestra de amor muy agradable y muy preciada de Dios; porque pedille que se apresure y venga, es pedille lo que se demanda en la oración que él nos enseñó: que santifique su nombre, que lo ponga todo debajo de su poder y sus leyes, que reine enteramente y perfectamente en nosotros, y que vuelva por sí y por su honra, y ponga fin á los desacatos de los rebeldes contra la majestad de su nombre; que dé su asiento á la virtud, y usando de riguroso castigo, ponga en la mala reputación que merecen á los vicios y á los viciosos; que todas ellas son cosas que, como dicen, le tañen y pertenecen, y tiene á su cargo de hacellas al tiempo que él sabe y tiene señalado, que es el del juicio universal, que con particular razón suele en la Escritura Sagrada llamalle día suyo, porque es propio día de su honra y gloria. Por donde el pedille que se acelere presto y que venga, á él le es por extremo agradable; y por el contrario, les es triste y aborrecible á sus enemigos; porque en descubrir ya Cristo su luz y resplandor enteramente por el juicio en el mundo, está el remate de todo su mando usurpado y tiranizado, y el principio de su abatimiento y mal perpetuo.

Pues este aceleramiento de la honra de Dios es el que

pide en esta letra la esposa, como perfecta ya en el amor suyo, y el que cada cual de nosotros, si somos miembros de Cristo y si nos cabe parte de su divino espíritu, debemos continuamente pedirle que le plegue, aunque sea á costa de asolar las provincias y trocar los reinos, y poner á fuego y á sangre todo lo poblado, y de trastornar el mundo; poniendo sus más antiguas y firmes leyes, y allanando por el suelo los cerros y los montes, venir volando á deshacer las afrentas y baldones que cada día recibe su honra, y volver por su honor, á quien sola y propiamente se debe toda gloria por los siglos de los siglos. *Amén.*

RESPUESTA

QUE DESDE SU PRISIÓN DA Á SUS ÉMULOS
EL MAESTRO FR. LUÍS DE LEÓN

AÑO DE 1573

RESPUESTA

QUE DESDE SU PRISIÓN DA Á SUS ÉMULOS

EL MAESTRO FR. LUÍS DE LEÓN

DONDE haya alguna mayor dificultad, yo quisiera pasar en silencio por ella, porque no sé si hallaré palabras suficientes para declarar lo que siento; mas, pues la fuerza é injuria de mis enemigos me compele á ello, perdonarme han las orejas honestas y religiosas si para mi debida y necesaria defensa se levantara el velo con que san Jerónimo quiso encubrir la vergüenza que á su parecer halló en este lugar; y así, hablaré de las cosas que la naturaleza hizo para fin honesto, con palabras usadas, las cuales si el uso vicioso las entorpece, el juicio limpio y que trata solamente del conocimiento de la verdad, las limpia; porque á los limpios y buenos que no pervirtieron en nada el uso natural, todo lo natural les es limpio, y sólo el vicio, que es desorden de la naturaleza, les ofende. Pues digo que san Jerónimo puso este rodeo de palabras: *Proæter id quod intrinsecus latet*, en lugar de lo que en hebreo se dice con una sola, la cual es *zama*, quiere decir, hermosura encubierta, habiendo él mismo en Isaías, al capítulo 47, donde está la misma palabra, trasladado por ella torpeza y fealdad; y así, sin declararme más, añadido que aquella palabra quiere también decir cabellos, á lo que propiamente llamamos en castellano, en las mujeres, copetes ó aladares;

y yo, viendo esta significación, que viene bien para el loor que allí el esposo pretende dar á los ojos de la esposa, decir que son hermosos entre sus cabellos, porque de ordinario algunos de ellos que se desordenan del orden y asiento que el artificio del tocado y trenzado pone en los otros, caen sobre la frente, y meneados del aire y del movimiento, andan como jugando sobre los ojos; y así, cubriendo á veces y descubriendo sus luces, les son causa que parezcan mejor. Esto dije allí, y no quise descubrir más la llaga, porque no era para aquel lugar ni para la persona á quien se escribió aquel libro; y lo que callé allí diré aquí, donde hablo con solos los hombres buenos y doctos.

Y lo primero de todo, digo que de cualquier manera de las sobredichas que traslademos aquel lugar, ora digamos: «Hermosos son tus ojos, demás y allende de lo escondido,» en substancia es la misma sentencia, y por todas parece se consigue lo mismo que allí el Espíritu Santo pretende, que es loar la hermosura de los ojos de la esposa; y si estas razones en algo se diferencian, toda la diferencia de ellas no importa un cabello; y siendo esto así, decir que por ello me aparto de la Vulgata es por acaso calumnia, pues no me aparto en cosa que importe, ni lo que allí digo yo es propiamente desechar el texto latino, sino declaralle y reducirle á su significación con una palabra, y como con mudar una sola letra.

Lo segundo, digo (y perdóneme el que lo leyere, que ni lo sé decir ni se puede decir de otra manera), pues digo que san Jerónimo entendió que la palabra *zama*, que habemos dicho, era el nombre propio con que en aquella lengua se nombran las vergüenzas de la mujer, como en castellano tiene su nombre, y en latín el suyo; y porque no se atrevió á trasladallo en latín por su vocablo, por no ofender los oídos, usó de rodeo y dijo como vemos: «Demás de lo que está allá escondido;» y siguió en ello á Simaco, que entendió lo mismo, y se aprovechó también para trasladallo del mismo artificio de significar por muchas pala-

bras encubiertas honestamente lo que he dicho; pero la suya propia era deshonesto; y así, trasladó: «Hermosos son tus ojos, demás de lo que se calla.» Este parecer de san Jerónimo acerca de este lugar y palabra, yo confieso que ni me cuadró cuando escribía aquel libro, ni me satisface agora; y lo primero, mostraré que san Jerónimo dice esto, y que yo no se lo levanto; y lo segundo, diré las causas que tengo para estar poco contento de ella. Y quanto á lo primero, séase él testigo de sí mismo, que en los *Comentarios de Isaias*, en el capítulo 47 alegado, en el libro XIII dice así: *In eo ubi nos interpretati sumus; denuda turpitudinem tuam, pro quo 70 transtulerunt... Revela operimentum... Aquila ipsum verbum haebraicum posuit... Zamathec. Simachus... Taciturnitatem tuam, quod taceri debeat prae verecundia. Quod quidem in cantico canticorum legimus; ubi sponsae pulchritudo describitur; ad extremum infert absque taciturnitate tua, nolentibus, qui interpretati sunt transferre nomen, quod in Sacra Scriptura sonaret turpitudinem.* Y un poco más abajo: *Disputant stoici multa re turpia prava hominum consuetudine, verbis honesta esse, ut parricidium, adulterium, homicidium, incestum et his similia. Rursus quae re honesta, nominibus videri turpia, ut liberos procreare, vexicam urinae efusione laxare. Denique non posse nos ut dicimus a ruta rutilam, sic mentulam... a... menta facere; ergo Zamathec quod Aquila posuit, ut diximus, verecunda mulieris apellantur. Cujus etimologia apud eos sonat: Sitiens tuus, ut inexplentam Babilonis indicet voluptatem.* De las cuales palabras se colige claro de san Jerónimo, lo uno, que entiende que esta palabra hebrea es el nombre propio en que en aquella lengua se llaman las partes deshonestas de la mujer; lo otro, que confiesa que en los *Cantares* esta palabra la puso el Espíritu Santo en la misma significación; lo tercero, que él y Simaco, por servir al respeto que se debe á la Sagrada Escritura, no trasladaron con otra tal palabra latina ó griega, sino que uno dijo por rodeo: «Demás de lo que se

calla, ó demás del silencio ;» y el otro : «Demás de lo que está escondido.»

Resta ahora decir el por qué siempre me desagradó este parecer, el cual creo yo que agradará á pocos buenos juicios ; porque siendo, como es, este cantar espiritual y dictado por Dios para la salud y aprovechamiento de las almas, ¿ cómo se sufre que en él se nombren partes tan vergonzosas, y con nombres tan descubiertos, ó por mejor decir, tan deshonestos? Y si á san Jerónimo y á Simaco les parecía cosa indecente, y que no se pudiera sufrir ponello por su nombre en latín, ¿ cómo pudieron creer y persuadirse que en el hebreo le había puesto por su nombre el Espíritu Santo? ¿ Era menos deshonesto ó menos peligroso ó menos indecente decirse en hebreo á los hebreos, que en latín á los latinos, ó en griego á los griegos? Ó ¿ quiso el Espíritu Santo que tuviese san Jerónimo más respeto á las orejas de Roma, que tuvo él á los oídos de la gente hebrea, donde lo leían todos los sanos siervos de Dios hebreos? Demás de esto, si esta mujer de quien se habla en este cantar es la Iglesia, como lo es en la verdad, ¿ cuál será en la Iglesia el *zama*? Si son los oídos por los cuales se concibe en las almas fieles la palabra de Dios, no era menester nombrarlos por metáforas y rodeos tan asquerosos, pues tenían su nombre limpio y gentil. Mas dirán por dicha que el hilo del decir y el orden de lo que se iba platicando lo forzó á Salomón á hacer memoria de aquella parte encubierta. Ninguna cosa va más fuera de camino. Trataba Salomón de loar la hermosura de la esposa y su gentileza, particularizando sus facciones todas; y habiendo comenzado por la cabeza, y llegando á los ojos, sin poderse más sufrir, dejando tantas en medio que pueden ser sujeto de extremada belleza, como son frente, ojos, boca, nariz, labios, cuello, pechos y manos, hizo salto tan peligroso, y así tornándolo á repetir tres veces, como lo repite en los ojos, sienes y mejillas, que son lo que cubren los cabellos. ¡ Cosa es aquella para repetirse como intercalar limpieza! Si en algún

Lo último que me achacan está en el capítulo 6, en aquellas palabras: *Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt*; donde dicen que digo que san Jerónimo trasladó lo que á él le pareció, y no lo que halló en el hebreo; en lo que, los que lo dicen muestran que aun no entienden romance; porque las palabras formales que digo son estas: «San Jerónimo y los setenta intérpretes trasladan: Que me hicieron volar;» y otros: «Que me ensoberbecieron; y los unos y los otros trasladan, no lo que hallan en la palabra hebrea, sino lo que parece á cada uno que quiere decir.» En lo que no digo que traducieron mal, sino que traducieron la palabra hebrea así como suena en su lengua, y no conforme al propósito á que se aplicaba, lo que cada uno entendió; porque el sonido de la palabra es éste: «Hiciéronme sobrepujar.» Así á unos pareció, como allí digo, que el *sobrepujar* era *volar*; á otros que era *ensoberbecerse*; y á uno y otro da ocasión la palabra original; y yo lo declaro todo, y muestro que aun así, en el sonido que suena, sin discurrir ni filosofar más, hace sentido conveniente si destrocamos las palabras, y entendemos que es decir: *Sobrepujéronme*. Y pues es claro y cierto que si dice el esposo que la esposa con su vista le ensoberbece, esto es, le desvanece y saca de quicios, ó le sobrepuja y hace fuerza, en todo ello y por cualquiera manera de ello dice y declara lo mismo, que es el poder que tenían los ojos de la esposa para, mirándole, hacerse señora de su corazón. No pueden decir que desecho la Vulgata, como dicen; sino que declaro con lo que está sencillo en el original la metáfora y figura de que usa la Vulgata; ni menos tienen justicia en llamarme en esto atrevido, siendo lo que hago obra de hombre estudioso y diligente; pero es imposible que nadie contente á todos, harto es contentar á la mayor parte. Y así, concluyendo esta razón, á vuestras señorías suplico consideren, de tanto número de hombres doctos y religiosos que por espacio de diez años que anduvo en público este mi libro le han visto y leído, cuántos más son los que

le aprueban; pues los que le condenan son dos ó tres solos, y valga y pueda más en este juicio el sentido de tantos apasionados que no el antojo de éstos, que, demás de ser pocos, son, como vuestras señorías saben, enemigos míos; los cuales si hasta aquí engañosamente en el ministerio de tribunal tan santo han vengado en mí sus pasiones, y cuánto toca á lo particular de mi persona me han destruído, de aquí adelante es tiempo que hable la verdad y sea oída de vuestras señorías; y ya que no puedo ser reparado, que á lo menos ella lo sea, porque su daño es mal común, y su reparo es honrar á Dios, que es padre de la verdad y merecedor único de todo lo que de veras es honra y gloria.

FRAY LUÍS DE LEÓN.

ODAS

ODAS

Á Francisco de Salinas

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

Á cuyo són divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna á cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar á la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta,

y entre ambos á porfía
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye ni siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
durase en tu reposo,
sin ser restituído
jamás a queste bajo y vil sentido.

Á este bien os llamo,
gloria del apolineo sacro coro,
amigos á quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh! suene de contino,
Salinas, vuestro són en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando á lo demás adormecidos.

Inspira nuevo canto
Caliope en mi pecho a queste día,
que de los Borjas canto
y Enríquez la alegría
del rico dón que el cielo les invía.

Hermoso sol luciente,
que el día das y llevas, rodeado
de luz resplandeciente
más de lo acostumbrado,
sal, y verás nacido tu traslado;

Ó si te place agora
en la región contraria hacer manida,
detente allá en buen hora,

que con la luz nacida
podrá ser nuestra esfera esclarecida.

Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada,
cuando veniste al suelo
robaste de pasada
la celestial riquísima morada.

Diéronte bien sin cuento
con voluntad concorde y amorosa,
quien rige el movimiento
sexto, con la diosa
de la tercera rueda poderosa.

De tu belleza rara
el envidioso viejo mal pagado,
torció el paso y la cara,
y el fiero Marte airado
el camino dejó desocupado.

Y el rojo y crespo Apolo
que tus pasos guiando, descendía
contigo al bajo polo,
la cítara hería,
y con divino canto así decía:

»Deciende en punto bueno,
espíritu real, al cuerpo hermoso,
que en el ilustre seno
te espera deseoso,
por dar á tu valor digno reposo.

»Él te dará la gloria
que en el terreno cerco es más tenida:
de agüelos larga historia,
por quien la no hundida
nave, por quien la España fué regida.

»Tú dale, en cambio desto,
de los eternos bienes la nobleza,
deseo alto, honesto,
generosa grandeza,

claro saber, fe llena de pureza.

»En tu rostro se vean
de su beldad sin par vivas señales,
los tus dos ojos sean
dos luces inmortales
que guíen al sumo bien á los mortales.

»El cuerpo delicado,
como cristal lucido y transparente,
tu gracia y bien sagrado,
tu luz, tu continente
á sus dichosos siglos represente.

»La soberana agüela,
dechado de virtud y hermosura,
la tía de quien vuela
la fama, en quien la dura
muerte mostró lo poco que el bien dura;

»Con todas cuantas precio
de gracia y de belleza hayan tenido,
serán por ti en desprecio
y puestas en olvido,
cual hace la verdad con lo fingido.

»¡ Ay tristes! ay dichosos
los ojos que te vieren! Huyan luego,
si fueren poderosos,
antes que prenda el fuego
contra quien no valdrá ni oro ni ruego.

»Ilustre y tierna planta,
dulce gozo del tronco generoso,
creciendo te levanta
á estado el más dichoso
de cuantos dió ya el cielo venturoso.»

Noche serena, á don Oloarte

Cuando contemplo el cielo,
de innumerables luces adornado,

y miro hacia el suelo,
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,

El amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
despide larga vena,
los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:

«Morada de grandeza,
templo de caridad y hermosura,
el alma que á tu alteza
nació ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

»¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que, de tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?»

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.

¡Oh! despertad, mortales,
mirad con atención en vuestro daño;
las almas inmortales,
hechas á bien tamaño,
¿podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay! levantad los ojos
á aquesta celestial eterna esfera,
burlaréis los anteojos
de aquesta lisonjera
vida, con cuánto teme y cuánto espera.

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
con ese gran trasunto,

do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales;

La luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor la sigue, reluciente y bella;

Y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benigno,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma, y destes bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz, aquí asentado,
en rico y alto asiento
está el amor sagrado,
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;

eterna primavera aquí florece.

¡ Oh campos verdaderos !
¡ oh prados con verdad frescos y amenos,
riquísimos mineros !
¡ Oh deleitosos senos,
repuestos valles, de mil bienes llenos !

Á Felipe Ruiz

¿ Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo
contemplar la verdad pura sin duelo ?

Allí, á mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan á nivel y plomo,
do estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento ;

Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que á la mar hinchada
la providencia tiene aprisionada ;

Por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen,
dó sale á mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen ;

De dó manan las fuentes

quién ceba y quién bastece de los ríos
 las perpetuas corrientes,
 de los helados fríos
 veré las causas y de los estíos ;

Las soberanas aguas,
 del aire en la región quién las sostiene,
 de los rayos las fraguas ;
 dó los tesoros tiene
 de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿ No ves cuando acontece
 turbarse el aire todo en el verano,
 el día se ennegrece,
 sopla el Gallego insano,
 y sube hasta el cielo el polvo vano ;

Y entre las nubes mueve
 su carro Dios, ligero y reluciente ;
 horrible són conmueve,
 relumbra fuego ardiente,
 treme la tierra, humíllase la gente ;

La lluvia baña el techo,
 invían largos ríos los collados,
 su trabajo deshecho,
 los campos anegados
 miran los labradores, espantados.

Y de allí levantado,
 veré los movimientos celestiales,
 así el arrebatado
 como los naturales,
 las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
 veré, y quién las enciende con hermosas
 y eficaces centellas ;
 porque están las dos osas
 de bañarse en la mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
 fuente de vida y luz, dó se mantiene,

y por qué en el invierno
tan presuroso viene;
quién en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

Otra á Felipe Ruiz

¿Qué vale cuánto vee
dó nace y dó se pone el sol luciente,
lo que el indio posee,
lo que da claro Oriente,
con todo lo que afana la vil gente?

El uno mientras cura
dejar rico descanso á su heredero,
vive en pobreza dura,
y perdona el dinero,
y contra sí se muestra crudo y fiero.

El otro que sediento
anhela el señorío, sirve ciego;
por subir su asiento
abájase á vil ruego,
y de la libertad va haciendo entrego.

Quien de dos claros ojos
y de un cabello de oro se enamora,
compra con mil enojos
una menguada hora,
un gozo breve, que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
á sí solo lo pide,
y mira como ajeno

aquello que no está dentro en su seno.

Si resplandece el día,
Si Eolo su reino turba en saña,
el rostro no varía,
y si la alta montaña
encima le viniere, no le daña.

Bien como la ñudosa
Carrasca en alto risco desmochada
con hacha poderosa,
del ser despedazada
del hierro torna rica y esforzada.

Querrás hundille, y crece
mayor que de primero, y si porfia
la lucha, más florece,
y firme al suelo invía
al que por vencedor ya se tenía.

Exento á todo cuanto
presume la fortuna, sosegado
está y libre de espanto
ante el tirano airado,
de hierro, de crueza y fuego armado.

«El fuego, dice, enciende,
aguza el hierro crudo, rompe y llega,
y si me hallares, prende,
y da á tu hambre ciega
su cebo deseado y la sosiega.

»¿Qué estás? ¿No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? ¡Oh! no te cabe
en puño tan estrecho
el corazón que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave.

»Ahonda más adentro,
desvuelve las entrañas, el insano
puñal penetra el centro;
mas es trabajo vano,
jamás me alcanzará tu corta mano.

»Rompiste mi cadena
ardiendo por prenderme; al gran consuelo
subido he por tu pena;
ya suelto, encumbro el vuelo,
traspaso sobre el aire, huello el cielo.»

De la vida del cielo

Alma región luciente,
prado de bienandanza, que ni el hielo
ni con el rayo ardiente
fallece, fértil suelo,
productidor eterno de consuelo;
de púrpura y de nieve,
florida la cabeza, coronado,
á dulces pastos mueve
sin honda ni cayado
el buen pastor en ti su hato amado.

Él va, y en pos, dichosas,
le siguen sus ovejas, do las pace
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza, más renace.

Y dentro á la montaña
del alto bien las guía, ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo y suerte buena.

Y de su esfera cuando
á cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando,
de su hato ceñido,
con dulce són deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,

con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa,
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh són! ¡Oh voz! Siquiera
pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma pusiese,
y toda en ti, oh amor, la convirtiese.

Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
desta prisión adonde
padece, á tu manada
viviré junta, sin vagar errada.

Al Apartamiento

¡Oh ya seguro puerto,
de mí tan luengo error! Oh deseado
para reparo cierto
del grave mal pasado!

¡Reposo dulce, alegre, reposado!

Techo pajizo, adonde
jamás hizo morada el enemigo
cuidado, ni se esconde,
invidia en rostro amigo,
ni voz perjura ni mortal testigo;

Sierra que vas al cielo,
altísima, y que gozas del sosiego
que no conoce el suelo,
adonde el vulgo ciego
ama el morir ardiendo en vivo fuego,

Recíbeme en tu cumbre,
recíbeme; que huyo perseguido
la errada muchedumbre,
el trabajar perdido,

la falsa paz, el mal no merecido.

Y do está más sereno
el aire me coloca, mientras curo
los daños del veneno
que bebí mal seguro,
mientras el mancillado pecho apuro;

Mientras que poco á poco
borro de la memoria cuanto impreso
dejó allí vivir loco
por todo su proceso
vario, entre gozo vano y caso avieso.

En ti, casi desnudo
deste corporal velo, y de la asida
costumbre roto el ñudo,
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida.

De ti, en el mar sujeto,
con lástima los ojos inclinando,
contemplaré el aprieto
del miserable bando
que las saladas ondas va cortando.

El uno que surgía
alegre ya en el puerto, salteado
de bravo soplo, guía,
en alta mar lanzado,
apenas el navío desarmado;

El otro en la encubierta
peña rompe la nave, que al momento
el hondo pide abierta;
el otro calma el viento,
otro en las bajas Sirtes hace asiento.

Á otros roba el claro
día y el corazón el aguacero,
ofrecen al avaro
Neptuno su dinero;
otro nadando huye el morir fiero.

Esfuerza ó pon el pecho;
 mas ¿cómo será parte un afligido
 que va, el leño deshecho,
 de flaca tabla asido,
 contra un abismo inmenso embravecido?
 ¡Ay, otra vez y ciento
 otras, seguro puerto deseado!
 no me falte tu asiento,
 y falte cuanto amado,
 cuanto del ciego error es codiciado.

Á la vida religiosa

Mil varios pensamientos
 mi alma en un instante revolvía,
 cercada de tormentos,
 de pena y agonía,
 buscando algún descanso y alegría;

Mas, como no hallaba
 contento en esta vida ni reposo,
 desaladâ buscaba
 con paso presuroso
 á su querido amor y dulce esposo.

Y andándole buscando,
 cansada, se sentó junto á una fuente
 que la iba destilando
 un risco mansamente,
 regando el verde prado su corriente.

Las parleruelas aves
 una acordada música hacían
 de voces tan suaves,
 que al alma enternecían,
 y en amor de su esposo la encendían;

Y con gentil donaire
 plegando y desplegando sus alillas,

jugaban por el aire
las simples avecillas,
divididas en orden por cuadrillas;

Y en forma de torneo
las unas con las otras se encontraban,
con ligero meneo
después revoleaban,
y entre la verde hierba gorjeaban.

Gozando de esta fiesta
mi alma entre mil flores recostada,
durmió un poco la siesta,
y estando descuidada,
oyó una voz que la dejó admirada.

«No temas, le decía;
mas oye atentamente lo que digo:
si buscas alegría
y estar siempre conmigo,
huye del mundo y de quien es su amigo;

»Que si al trabajo huyes,
y gustas de deleites y consuelo,
sabe que te destruyes,
pues truecas por el suelo
la gloria eterna del impíreo cielo.

»Mira que estás cercada
de tres contrarios tuyos capitales,
y vives descuidada
de los crecidos males
que te podrán causar contrarios tales.

»Advierte que está el uno
apoderado ya de tu castillo,
y los dos de consuno
comienzan á batillo,
sin que tus fuerzas puedan resistillo.

»Déjalos por despojos
el contento, el regalo y la riqueza,
y no vuelvas los ojos

á ver esa vileza,
pues cuanto dejar puedes es pobreza.

»Que si dejares uno,
ciento tendrás por él en esta vida
sin descontento alguno;
y allá á la despedida
daráte Dios la gloria prometida.

»Verás en este suelo,
dando de mano al mundo fementido,
un retrato del cielo
que Dios tiene escondido
en la celdilla pobre y el vestido.

»Ajeno del cuidado
que al mercader sediento trae ansioso,
de sólo Dios pagado,
se goza el religioso,
libre del mundo falso y engañoso.

»No busca los favores
que al ambicioso traen desvelado
en casa de señores;
mas antes retirado
goza su suerte y su felice estado.

»No tiene desconsuelo
ni puede entristecerle cosa alguna,
porque es Dios su consuelo,
ni la baja fortuna
con su mudable rueda le importuna.

»Su casa y celda estrecha
alcázar le parece torreado;
la túnica deshecha,
vestido recamado;
y el suelo duro, lecho delicado.

»El cilicio tejido
de punzadoras cerdas de animales,
que al cuerpo está ceñido,
aparta de los males

que causa el ciego amor con los mortales.

»La disciplina dura
de retorcido alambre le da gusto,
pues cura la locura
del estragado gusto
que huye á rienda suelta de lo justo.

»En estos ejercicios
su vida pasa más que venturosa,
apartado de vicios,
sin que le dañen cosa
mundo, demonio, carne pegajosa.

»Cuanto el seglar procura
adquirir con deleites y hacienda
se dan de añadidura,
no más de porque atienda
al servicio de Dios, y no le ofenda.»

Gustaba en gran manera
mi alma de la plática que oía;
y para ver quién era
el que aquello decía,
durmiendo, aquí y allí se revolvía.

Mas tocando la mano
el agua cristalina de la fuente,
salió su intento vano,
pues luego de repente
la voz se fué y el sueño juntamente.

Á don Pedro Portocarrero

No siempre es poderosa,
Portocarrero, la maldad, ni atina
la envidia ponzoñosa,
y la fuerza sin ley, que más se empina,
al fin la frente inclina;
que quien se opone al cielo,

cuando más alto sube, viene al suelo.

Testigo es manifiesto
el parto de la tierra mal osado,
que cuando tuvo puesto
un monte encima de otro y levantado,
al hondo derrocado,
sin esperanza gime,
debajo su edificio, que le oprime.

Si ya la niebla fría
al rayo que amanece odiosa ofende,
y contra el claro día
las alas escurisimas extiende,
no alcanza lo que emprende
al fin, y desaparece,
y el sol puro en el cielo resplandece.

No pudo ser vencida,
ni lo será jamás, ni la llaneza,
ni la inocente vida,
ni la fe sin error, ni la pureza,
por más que la fiereza
del tigre ciña un lado,
y el otro el basilisco emponzoñado.

Por más que se conjuren
el odio y el poder y el falso engaño,
y ciegos de ira, apuren
lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,
jamás le harán daño;
antes, cual fino oro,
recobra del crisol nuevo tesoro.

El ánimo constante,
armado de verdad, mil aceradas
mil puntas de diamante
embota y enflaquece, y desplegadas
las fuerzas encerradas,
sobre el opuesto bando
con poderoso pie se ensalza hollando;

Y con cien voces suena
la fama, que á la sierpe, al tigre fiero
vencidos, los condena,
á daño no jamás perecedero,
y con vuelo ligero
venciendo la vitoria
corona al vencedor de gozo y gloria.

Contra un Juez avaro

Aunque en ricos montones
levantes el cautivo inútil oro,
y aunque tus posesiones
mejores con ajeno daño y lloro,
y aunque cruel tirano
oprimas la verdad, y tu avaricia,
vestida en nombre vano,
convierta en compra y venta la justicia;
aunque engañes los ojos
del mundo, á quien adoras, no por tanto,
no nacerán abrojos
agudos en tu alma, ni el espanto
no velará en tu lecho,
ni escucharás la cuita y agonía,
el último despecho,
ni la esperanza buena en compañía
del gozo tus umbrales
penetrará jamás, ni la Meguera
con llamas infernales,
con serpentino azote la alta y fiera
y diestra mano armada,
saldrá de tu aposento sola una hora;
y ni tendrás clavada
la rueda, aunque más puedas, voladora
del tiempo hambriento y crudo,
que viene, con la muerte conjurado,

á dejarte desnudo
del oro y cuanto tienes más amado;
y quedarás sumido
en males no finibles y en olvido.

En una esperanza que salió vana

Huíd, contentos, de mi triste pecho,
¿qué engaño os vuelve á do nunca pudistes
tener reposo ni facer provecho?

Tened en la memoria cuando fuistes
con público pregón ¡ay! desterrados
de toda mi comarca y reinos tristes,

Adó ya no veréis sino nublados
y viento y torbellino y lluvia fiera,
suspiros encendidos y cuidados.

No pinta el prado aquí la primavera,
ni nuevo sol jamás las nubes dora,
ni canta el ruiseñor lo que antes era.

La noche aquí se vela, aquí se llora
el día miserable sin consuelo,
y vence al mal de ayer el mal de agora.

Guardad vuestro destierro, que ya el suelo
no puede dar contento al alma mía,
si ya mil vueltas diere andando el cielo;

Guardad vuestro destierro, si alegría,
si gozo y si descanso andáis sembrando,
que aqueste campo abrojos solos cría;

Guardad vuestro destierro, si tornando
de nuevo, no queréis ser castigados
con crudo azote y con infame bando;

Guardad vuestro destierro, que, olvidados
de vuestro sér, en mí seréis dolores;
tal es la fuerza de mis duros hados.

Los bienes más queridos y mayores
se mudan y en mi daño se conjuran,
y son por ofenderme á sí traidores.

Mancillanse mis manos si se apuran,
la paz y la amistad me es cruda guerra,
las culpas faltan, mas las penas duran.

Quien mis cadenas más estrecha y cierra
es la memoria mía y la pureza;
cuando ella sube, entonces vengo á tierra.

Mudó su ley en mi naturaleza,
y pudo en mi dolor lo que no entiende
ni seso humano ni mayor viveza.

Cuanto desenlazarse más pretende
el pájaro captivo, más se enliga,
y la defensa mía más ofende.

En mí la culpa ajena se castiga,
y soy del malhechor ¡ay! prisionero,
y quieren que de mí la fama diga:

Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,
ni el alto tribunal ni las ciudades,
ni conoció del mundo el trato fiero;

Que por las inocentes soledades
recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
levanta al puro sol las manos puras,
sin que se las aplomen odio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras,
la mesa le bastece alegremente
el campo, que no rompen rejas duras.

Lo justo le acompaña y la luciente
verdad, las sencilleces pechos de oro,
la fe no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro,
y paz con su descuido le rodean,
y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.

Allí, contento, tus moradas sean,
alli te lograrás, y á cada uno
de aquellos que de mí saber desean,
les di que no me viste en tiempo alguno.

En la Ascensión

¿Y dejas, Pastor santo,
 tu grey en este valle hondo, oscuro,
 con soledad y llanto;
 y tú, rompiendo el puro
 aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,
 y los agora tristes y afligidos,
 á tus pechos criados,
 de ti desposeídos,
 ¿á dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
 que vieron de tu rostro la hermosura,
 que no les sea enojos?
 Quien oyó tu dulzura,
 ¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Á aqueste mar turbado
 ¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
 al viento fiero, airado,
 estando tú cubierto?

¿Qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa
 aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?
 ¿Dó vuelas presurosa?
 ¡Cuán rica tú te alejas!
 ¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

Á don Pedro Portocarrero

La cana y alta cumbre
 de Iliberi, clarísimo Carrero,
 contiene en sí tu lumbre
 ya casi un siglo entero,
 y mucho en demasia

detiene nuestro gozo y alegría.

Los gozos que el deseo
figura ya en tu vuelta, y determina
á dó vendrá el Lileo,
y de la Cabalina
fuente la moradora,
y Apolo con la cítara cantora.

Bien eres generoso
pimpollo de ilustrísimos mayores;
mas esto, aunque glorioso,
son títulos menores,
que tú por ti venciendo,
á par de las estrellas vas luciendo.

Y juntas en tu pecho
una suma de bienes peregrinos,
por donde con derecho
nos colmas de divinos
gozos con tu presencia,
y de cuidados tristes con tu ausencia.

Porque ha salteado
en medio de la paz la cruda guerra
que agora el Marte airado
despierta en la alta sierra,
lanzando rabia y sañas
en las infieles bárbaras entrañas;

Do mete á sangre y fuego
mil pueblos el morisco descreído,
á quién ya perdón ciego
hubimos concedido,
á quien en santo baño
tenemos para nuestro mayor daño;

Para que el nombre amigo,
¡ay piedad! cruel desconociese
el ánimo enemigo,
y así más ofendiese;
mas tal es la fortuna,

que no sabe durar en cosa alguna.

Así la luz, que agora
serena, relucía con nublados,
veréis negra á deshora,
y los vientos alados
amontonando luego
nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.

Mas tú, que solamente
temes al Claro Alfonso, que inducido
de la virtud ardiente
del pecho no vencido,
por lo más peligroso
se lanza, discurriendo vitorioso;

Como en la ardiente arena
el líbico león las cabras sigue,
las haces desordena
y rompe, y la persigue,
armado relumbrando,
la vida por la gloria aventurando.

Testigo es la fragosa
Poqueira, cuando él solo, y traspasado
con flecha ponzoñosa,
sostuvo denodado,
y convirtió en huida
mil banderas de gente descreída.

Mas sobre todo, cuando
los dientes de la muerte agudos, fiera,
apenas declinando,
alzó nueva bandera,
mostró bien claramente
de valor no vencible lo excelente.

El pues relumbre claro
sobre sus claros padres, mas tú en tanto,
dechado de bien raro,
abraza el ocio santo,
que muchos son mejores
los frutos de la paz, y muy mayores.

Del mundo y su vanidad.

Los que tenéis en tanto
la vanidad del mundanal ruido,
cual áspide al encanto
del mágico temido,
podréis tapar el contumaz oído.

¿Por qué mi ronca musa
en lugar de cantar como solía,
tristes querellas usa,
y á sátira la guía
del mundo la maldad y tiranía?

Escuchen mi lamento
los que, cual yo, tuvieren justas quejas;
que bien podrá su acento
abrasar las orejas,
rugar la frente y enarcar las cejas.

Mas no podrá mi lengua
sus males referir ni comprendellos,
ni sin quedar sin mengua
la mayor parte dellos,
aunque se vuelvan lenguas mis cabellos.

Pluguiera á Dios que fuera
igual á la experiencia el desengaño,
que dárosle pudiera,
porque, si no me engaño,
nacierá gran provecho de mi daño.

No condeno del mundo
la máquina pues es de Dios hechura;
en sus abismos fundo
la presente escritura,
cuya verdad el campo me asegura.

Inciertas son sus leyes,
incierta su medida y su balanza,
sujetos son los reyes,

y el que menos, alcanza
á miserable y súbita mudanza.

No hay cosa en él perfeta:
en medio de la paz arde la guerra,
que al alma más quieta
en los abismos cierra,
y de tu patria celestial destierra.

Es caduco, mudable,
y en sólo serlo más que peña firme,
en el bien variable,
porque verdad confirme,
y con decillo su maldad afirme.

Largas sus esperanzas,
y para conseguir el tiempo breve,
penosas las mudanzas
del aire, sol y nieve,
que en nuestro daño el cielo airado mueve.

Con rigor enemigo
las cosas entre sí todas pelean,
mas el hombre consigo,
contra él todas se emplean,
y toda perdición suya desean.

La pobreza envidiosa
es de los por quien fué más alabada,
mas esta no reposa
para ser conservada,
ni puede aquella tener gusto en nada.

La soledad huída
es de los por quien fué más alabada,
la trápala seguida
y con sudor comprada
de aquellos por quien fué menospreciada.

Es el mayor amigo
(espejo, día, lumbre en que nos vemos),
en presencia testigo
del bien que no tenemos,

y en ausencia del mal que no hacemos.

Pródigo en prometernos,
y en cumplir tus promesas, mundo, avaro,
tus cargos y gobiernos
nos enseñan bien claro
que es tu mayor placer, de balde, caro.

Guay de aquel que procura,
pues hace la prisión, adó se queda
en servidumbre dura,
cual gusano de seda,
que en su delgada fábrica se enreda.

Porque el mejor es cargo,
y muy pesado de llevar agora,
y después más amargo,
pues perdéis á deshora
su breve gusto, que sin fin se llora.

Tal es la desventura
de nuestra vida y la miseria della,
que es próspera ventura
nunca jamás tenella
con justo sobresalto de perdella.

De do, señores, nace
que nadie de su estado está contento,
y más le satisface
al libre el casamiento,
y al que es casado, el libre pensamiento.

¡Oh dichosos tratantes!
Ya quebrantado del pasado yerro,
escapado denantes
por hacer tanto hierro,
dice el soldado en áspero destierro;

Que pasáis vuestra vida
muy libre ya de trabajosa pena,
segura la comida,
y mucho más la cena,
llena de risa, y de pesar ajena.

¡Oh dichoso soldado!
responde el mercader del espacioso
mar en alto llevado,
que gozas de reposo
con presta muerte ó con vencer glorioso.

El rústico villano
la vida con razón envidia y ama
del consulto tirano,
que desde la su cama
oye la voz del consultor que llama;

El cual por la fianza
del campo á la ciudad por mal llevado,
llama sin esperanza
del buey y corvo arado
á la ciudad, no bienaventurado.

Y no sólo sujetos
los hombres viven á miserias tales,
que por ser más perfetos,
lo son todos sus males,
sino también los brutos animales.

Del arado quejoso,
el perezoso buey pide la silla,
y el caballo brioso
(mirad qué maravilla)
querría más arar que no sufrilla;

Y lo que más admira,
mundo cruel, de tu costumbre mala,
es ver cómo el que aspira
al bien que le señala
su misma inclinación, luego resbala.

Pues no tan presto llega
el término por él tan deseado,
cuando es de torpe y ciega
voluntad despreciado,
ó de fortuna en tierno agraz cortado.

Bastáranos la prueba

que en otros tiempos ha la muerte hecho,
sin la funesta nueva
de don Juan, cuyo pecho
alevemente della fué deshecho ;

Con lágrimas de fuego,
hasta quedar en ellas abrasado,
ó por lo menos ciego,
de miserias llorado,
viniese á ser de todos consolado.

La rigurosa muerte,
del bien de los cristianos envidiosa,
rompió de un golpe fuerte
la esperanza dichosa,
y del infiel la pena temerosa;

Mas porque de cumplida
gloria no goce, de morir tal hombre,
la gente descreída,
tu muerte les asombre
con sólo la memoria de tu nombre.

Sientan lo que sentimos,
su gloria vaya con pesar mezclada,
recuérdense que vimos
la mar acrecentada
con su sangre vertida y no vengada.

La grave desventura
del lusitano, por su mal valiente,
la soberbia bravura
de su animosa gente
desbaratada miserablemente,

Siempre debe llorarse,
si como manda la razón se llora ;
mas no podrá jactarse
la parte vencedora,
pues reyes dió por rey la gente mora.

Ansí que, nuestra pena
no les puede causar perpetua gloria,

pues siendo toda llena
de sangrienta memoria,
no se puede llamar buena victoria.

Callo las otras muertes
de tantos reyes en tan pocos días,
cuyas fúnebres suertes
fueron anatomías,
que liquidar podrán las peñas frías.

Sin duda cosas tales,
que en nuestro daño todas se conjuran,
de venideros males
muestras nos aseguran,
y al fin universal nos apresuran.

¡Oh ciego desatino!
que llevas nuestras almas encantadas
por áspero camino,
por partes desusadas,
al reino del olvido condenadas;

Sacude con presteza
del leve corazón el grave sueño
y la tibia pereza,
que con razón desdeño,
y al ejercicio aspira que te enseño.

Soy hombre piadoso
de tu misma salud, que va perdida;
sácala del penoso
trance do está metida;
evitarás la natural caída,

Á la cual nos inclina
la justa pena del primer bocado;
mas en la rica mina
del inmortal costado,
muerto de amor, serás vivificado.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
La Perfecta casada.	5
Libro de los cantares.	125
Respuesta.	247
Odas.	257



474646

D
I
B

